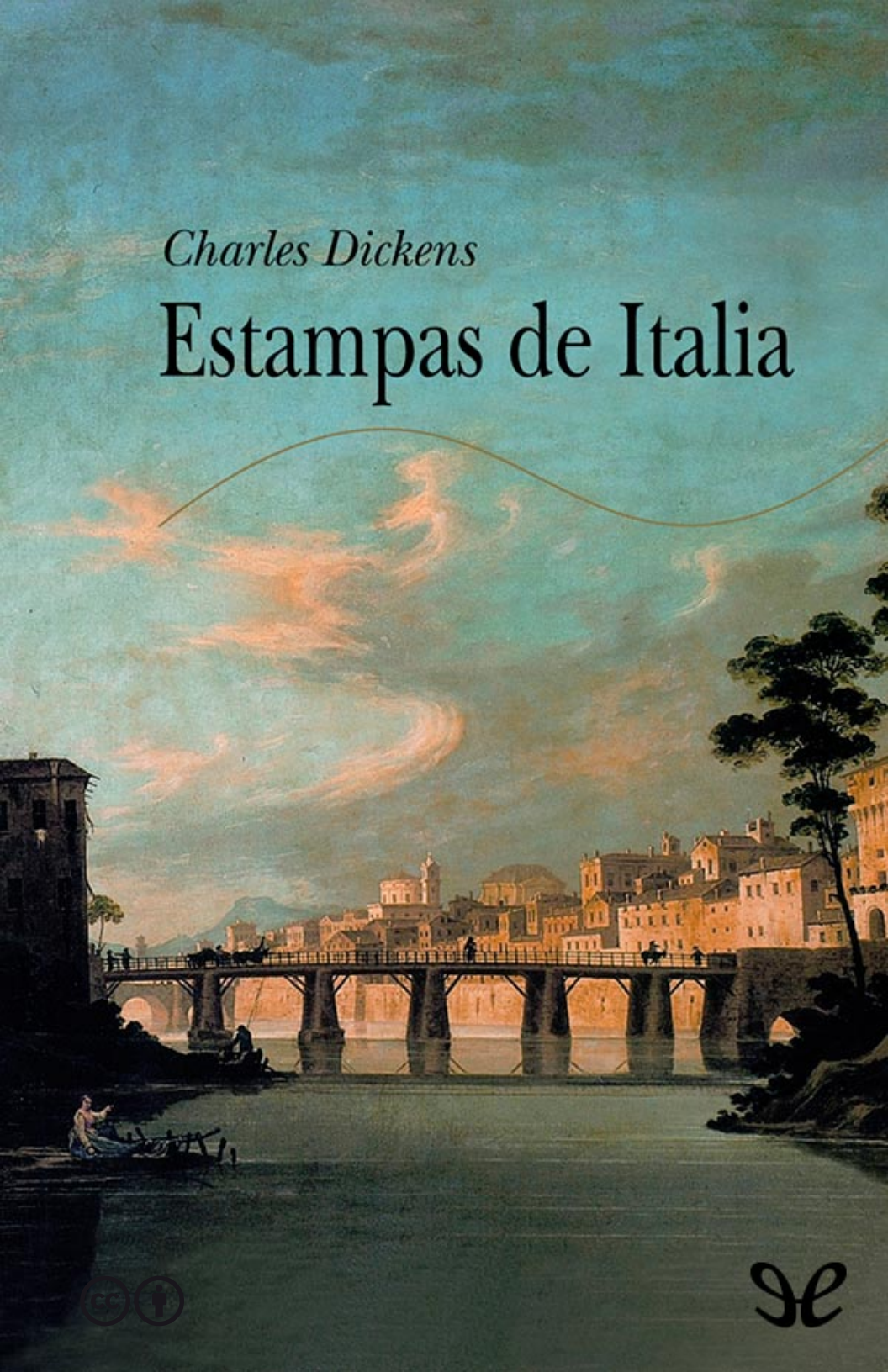
Charles Dickens

Estampas de Italia



Resultado de casi un año de viaje por Italia en 1844, las *Estampas de Italia* (1846) de Dickens no pretenden ser una amalgama de historia y notas topográficas, sino un vibrante fresco de los lugares visitados. Agudísimo observador, Dickens se siente atraído por la desolación de los pueblos y ciudades, la vida callejera llena de colores y olores, y los signos, visibles en todas partes a través de las ruinas y la degradación, de un rico pasado. Registra la simultaneidad de tiempos históricos: cómo un pilar romano se halla coronado por la imagen de un santo cristiano, o cómo obeliscos y columnas se emplean para construir graneros y establos. Dickens describe con una prosa no exenta de pinceladas humorísticas las ceremonias de Semana Santa en Roma, o las fiestas en honor de un santo local.

Crítico con todo lo que se le antoja falsa piedad y culto a las apariencias, no oculta sin embargo su fascinación por la expresividad y la bulliciosa vida italianas, pues «cada fragmento de sus templos caídos y cada piedra de sus palacios desiertos» hace al mundo mejor.

Charles Dickens

ESTAMPAS DE ITALIA

ePub r1.1
Titivillus 26.12.2022

Título original: *Pictures from Italy*
Charles Dickens, 1846
Traducción: Ángela Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM
EX - LIBRIS
titivillus in culpa est

Índice de contenido

Cubierta

Estampas de Italia

Nota al texto

Pasaporte del lector

Paso por Francia

Lyon, el Ródano y la tarasca de Aviñón

De Aviñón a Génova

Génova y su entorno

A Parma, Módena y Bolonia

Bolonia y Ferrara

Un sueño italiano

Por Verona, Mantua y Milán hasta Suiza, cruzando el paso del Simplón

A Roma, por Pisa y Siena

Roma

Un diorama rápido

Autor

Notas

NOTA AL TEXTO

Estampas de Italia se publicó en mayo de 1846. A finales de junio casi se había agotado la edición (6.000 ejemplares) y se preparó la segunda. En 1859 apareció la Library Edition, revisada por el autor (que, en realidad, sólo introdujo algunas correcciones); y en 1868, la Charles Dickens Edition. Esta traducción corresponde a la primera edición, con las correcciones posteriores.

Pasaporte del lector

Si los lectores de este libro tienen a bien aceptar del propio autor las credenciales para visitar los diferentes lugares que constituyen el tema de sus recuerdos, quizá los vean con la imaginación de forma más agradable y con una idea más clara de lo que deben esperar.

Se han escrito muchos libros sobre Italia, que aportan múltiples medios de estudiar la historia de ese país tan interesante y las innumerables asociaciones con él relacionadas. Yo hago en este escasas alusiones a ese caudal informativo, ya que no considero en modo alguno consecuencia necesaria de haber tenido que recurrir a ese arsenal en beneficio propio el que haya de reproducir ante los ojos de mis lectores su contenido, fácilmente asequible.

Tampoco hallaréis en estas páginas análisis profundos sobre el gobierno o desgobierno de ninguna región del país. Todo el que visite esa hermosa tierra tendrá sin duda convicciones propias sobre el tema. Pues así como decidí yo cuando residía allí, como extranjero, abstenerme de analizar esas cuestiones con toda clase de italianos, así también preferiría no entrar en el tema ahora. En los doce meses que residí en una casa de Génova, nunca vi que las autoridades constitucionalmente celosas desconfiaran de mí; y lamentaría darles ahora motivo de arrepentirse de su generosa cortesía conmigo o con cualquiera de mis compatriotas.

Tal vez no haya en toda Italia una sola pintura o escultura que no pueda cubrirse sin problema con una montaña de papel impreso dedicado a estudios sobre ella. Así que no me extenderé en detalles sobre los cuadros y las estatuas célebres, pese a considerarme un sincero admirador de la pintura y la escultura.

Este libro es una serie de vagos reflejos —meras sombras en el agua— de los lugares que atraen en mayor o menor grado la imaginación de la mayoría, y en los que la mía se había detenido durante años, y que tienen cierto interés general. Escribí casi todas las descripciones que figuran en el libro allí mismo, de vez en cuando en cartas a Inglaterra. No lo menciono como excusa de los defectos que puedan contener, pues no lo sería; sino para garantizar al lector que fueron escritas al menos bajo los efectos de las más vivas impresiones de novedad y frescura.

Si algunas descripciones tienen un aire vago y fantasioso, quizá suponga el lector que se escribieron a la sombra un día soleado, entre los objetos de los que tratan, y no le agradarán menos por contener tales influencias del país.

Considero poco probable que los doctores de la Iglesia católica me malinterpreten a causa de algún comentario contenido en estas páginas. Ya puse todo mi empeño en una de mis obras anteriores para hacerles justicia; y confío en que ellos me hagan justicia a mí en este. Cuando menciono algún acto que me pareció absurdo o desagradable, no pretendo relacionarlo, ni afirmar que se relacione forzosamente, con los fundamentos de su fe. Cuando analizo las ceremonias de la Semana Santa, me limito a comentar su efecto, y no discuto en modo alguno la interpretación que del significado de las mismas nos da el sabio doctor Wiseman[1]. Cuando indico que no me gustan los conventos de monjas para las jóvenes que abjuran del mundo sin haberlo conocido ni probado, o dudo de la santidad *ex officio* de todos

los sacerdotes y frailes, no hago más de lo que hacen muchos buenos católicos en Inglaterra y en el extranjero.

He comparado estas *Estampas* con sombras en el agua y espero no haber agitado el agua en ninguna ocasión tanto como para desfigurarlas. Nunca podría haber deseado contar con el favor de todos mis amigos más que ahora, que se alzan una vez más en mi camino las montañas lejanas. Pues tengo que confesar sin vacilación que, decidido a corregir un leve error que cometí no hace mucho al alterar las viejas relaciones con los lectores y apartarme un momento de mis viejos objetivos, estoy a punto de volver a ellos gozosamente en Suiza; donde podré desarrollar sin interrupción los temas que tengo in mente, durante otro año de ausencia. Y mientras conserve a mis lectores al alcance de la voz, ampliar mi conocimiento de un país tan noble, que me atrae indescriptiblemente.

Este libro se ha hecho lo más asequible posible, porque me complacería en grado sumo intercambiar impresiones gracias a él con algunas de las multitudes que visitarán en adelante los mismos lugares aquí descritos con interés y satisfacción.

Sólo me queda ya, en cuanto al pasaporte, esbozar el retrato de mi lector, que espero pueda trazarse hipotéticamente para ambos sexos:

Tez	Clara
Ojos	Muy alegres
Nariz	Nada arrogante
Boca	Risueña
Aspecto	Radiante
Expresión general	Sumamente agradable

Escrito en 1846

Paso por Francia

Una espléndida mañana de domingo, en pleno verano de 1844, mi buen amigo, no te alarmes, no fue cuando podrían haber observado a dos viajeros que se abrían paso lentamente por ese territorio pintoresco y quebrado en que suele iniciarse el primer capítulo de una novela medieval, sino cuando un soldado francés muy bajo vio salir (pues yo lo vi mirarlo) de la verja del hotel Meurice en la rue Rivoli de París un flamante carruaje inglés de considerable tamaño, procedente de los sombreados locales del Pantechnicon en la plaza Belgrave de Londres.

No me siento inclinado a explicar por qué la familia que viajaba dentro y fuera de ese coche partía rumbo a Italia precisamente un domingo por la mañana, más de lo que lo estoy a dar una razón de que todos los hombrecillos de Francia sean soldados, y todos los hombretones sean postillones, que es la norma invariable. Pero alguna razón tenía para hacerlo, de eso estoy seguro; y su razón para estar allí era, como sabéis, que iban a vivir un año en la hermosa ciudad de Génova; y que el cabeza de familia se proponía visitar durante ese tiempo todos los lugares adonde su infatigable ánimo lo llevara.

Y me hubiera proporcionado escaso consuelo explicar a la población de París en general que el cabeza de familia era yo, y no la radiante encarnación de buen humor que se sentaba a mi lado en la persona de un correo francés, ¡el mejor servidor y el hombre más cordial del mundo! A decir verdad, él tenía un

porte mucho más patriarcal que yo, que, a la sombra de su figura corpulenta, quedaba reducido a la mera insignificancia.

Desde luego había muy poco en el aspecto de París —mientras pasamos traqueteando por la lúgubre morgue y el Pont Neuf— que nos reprochara viajar en domingo. Las bodegas (una casa sí y otra no) hacían el agosto; abrían las marquesinas, colocaban mesas y sillas en la calle junto a los cafés para los clientes que acudirían a tomar helados y refrescos más tarde (cuando avanzara el día); los limpiabotas se afanaban en los puentes; las tiendas estaban abiertas; carros y carretas iban y venían estrepitosamente; las calles de la otra orilla del río, empinadas y estrechas como embudos, eran un hormiguero bullicioso; se veían gorros de dormir multicolores, pipas de tabaco, blusas, botas altas y cabezas desgreñadas; nada indicaba en ellas a esa hora que fuera un día de descanso, a no ser la presencia aquí y allá de un grupo familiar apretujado en un viejo cabriolé voluminoso y pesado; o la de algún que otro veraneante pensativo, ataviado con la bata más cómoda y holgada, asomado al ventanuco de una buhardilla, que contemplaba con serena expectación sus zapatos recién embetunados secándose en el pretil exterior (si era una caballero) o sus medias oreándose al sol (si era una dama).

En cuanto dejamos atrás el inolvidable e infame pavimento que rodea París, los tres primeros días de viaje hacia Marsella son bastante tranquilos y monótonos. Hasta Sens. Hasta Avallon. Hasta Chalons. La descripción de los sucesos de una jornada es la descripción de las tres; hela aquí:

Tenemos cuatro caballos y un postillón, que lleva un látigo larguísimo y que guía su tiro al estilo del correo de San Petersburgo en el circo de Astley o de Franconi; sólo que él va sentado en el caballo y no de pie sobre el mismo. Las enormes botas altas que calzan estos cocheros a veces tienen uno o dos siglos, y son tan grotescamente desproporcionadas a los pies

del usuario que la espuela, que se coloca donde va el talón, suele ponerse a mitad de la caña. El hombre sale a menudo de los establos empuñando el látigo y con los zapatos puestos, y saca con ambas manos una bota y luego la otra, dejándolas en el suelo junto al caballo con suma seriedad hasta que todo está dispuesto. Y entonces —¡santo cielo, qué jaleo arman!— se pone las botas con zapatos y todo, o bien lo izan en ellas dos amigos. Ajusta luego los arreos, que han repujado innumerables palomas en los establos; hace cocear y corcovear a todos los caballos; restalla el látigo como un loco; grita: «¡En marcha!». Y allá vamos. Seguramente tendrá una pelea con su caballo antes de que lleguemos muy lejos. Y entonces lo llama ladrón, bandido, cerdo y demás; y le golpea la cabeza como si fuera de madera.

El paisaje apenas varía los dos primeros días. Sólo pasa de una llanura monótona a una avenida interminable, y de una avenida interminable a una llanura monótona de nuevo. Abundan las vides en el campo abierto, pero de una variedad pequeña y baja, sin guías en corona, sino con estacas rectas. Y se ven mendigos por doquier, muchísimos. Y poquísima gente; y muy pocos niños, nunca he visto tan pocos. Creo que no vimos ni cien entre París y Chalons. Extrañas ciudades antiguas, con puentes levadizos y murallas con torretas en las esquinas que parecían rostros grotescos, como si la muralla se hubiera puesto una máscara y mirara al foso; y otras torrecillas extrañas en huertos y campos, caminos y corrales: todas aisladas y siempre redondas, con tejado a dos aguas, y jamás destinadas a propósito alguno en absoluto; edificios ruinosos de todo género; a veces, un *hôtel de ville*; otras, un cuartel o una casa particular; a veces un castillo con un jardín exuberante, lleno de diente de león, y vigilado por torretas coronadas por apagavelas y ventanas parpadeantes; los mismos objetos repetidos una y otra vez. A veces pasamos junto a la posada de un pueblo, con su muro ruinoso y una verdadera ciudad de dependencias, y pintado so-

bre la entrada «Cuadras para siete caballos», cuando en realidad habría espacio para mil doscientos si hubiese caballos que guardar allí, o alguien que descansara allí, o algo que se moviera en el lugar, aparte del ramo de parra indicativo de que en el interior había vino: y que se agita ociosamente al viento en lánguida armonía con todo lo demás y desde luego nunca en una vejez lozana sino siempre tan viejo como para caerse a pedazos. Y durante todo el día pasan cascabeleando extraños carros estrechos en reatas de seis o siete, que transportan queso de Suiza, muchas veces al cuidado de un hombre todo el trayecto —o de un muchacho, incluso— que suele ir dormido en el primer carro: los caballos hacen sonar soñolientos las campanillas de sus arneses con aire de pensar (sin duda lo hacen) que su inmenso equipamiento de lana azul y peso y grosor inmensos, con los grotescos cuernos sobresaliendo de la collera, abriga demasiado para el tiempo estival.

La diligencia pasa dos o tres veces al día: los viajeros que van fuera, cubiertos de polvo y con blusones azules como los carniceros; y los de dentro, con gorros de dormir blancos; y la parte delantera de la baca, la berlina, que se bambolea y se agita como la cabeza de un idiota; y sus pasajeros de la «joven Francia», mirando por la ventanilla, con barba hasta la cintura y gafas azules que les oscurecen atrozmente los ojos belicosos, y bastones enormes que agarran con sus puños nacionales. Y también el coche correo o *malle poste*, que sólo lleva dos pasajeros y que pasa como una exhalación, a una velocidad realmente temeraria, algo visto y no visto. Pasan de vez en cuando fieles *curés* ancianos en coches tan desvencijados, polvorientos, herrumbrosos y traqueteantes que ningún inglés lo creería; mujeres esqueléticas vagan por lugares solitarios sujetando con cuerdas a las vacas mientras pastan, o bien cavando, sachando o realizando otras labores más trabajosas, o desempeñando la tarea de auténticas pastoras con sus rebaños; para hacerse una correcta

idea del trabajo y de quienes lo desempeñan, en cualquier país, basta tomar cualquier pintura o poema pastoril e imaginarse exactamente lo contrario a las descripciones de una u otro.

Sigues viajando bastante estúpidamente, como sueles hacer casi siempre en la última etapa del día; y las noventa y seis campanillas de los caballos —treinta y cuatro cada uno— llevan sonando en tono soñoliento en tus oídos una media hora o así; y se ha convertido en un trote agotador, monótono y rutinario; y te has dedicado a pensar profundamente en lo que cenarás en la posada siguiente; cuando al final de la larga avenida de árboles por la que viajas, aparece el primer indicio de una población en forma de casitas dispersas: y el coche empieza a traquetear por un pavimento atrozmente irregular. Como si el equipaje fuera un enorme artificio pirotécnico y la simple visión de la chimenea humeante de una casita lo hubiera encendido, empieza a crujir y a crepitar como el mismísimo infierno. Crac, crac, crac, crac. Crac-crac-crac. Cric-crac. ¡Arre! ¡So! *Vite! Voleur!* ¡Bandido! ¡Hi hi hi! ¡En marrrrrcha! Látigo, ruedas, conductor, piedras, mendigos, niños, crac, crac, crac; ¡hala!, ¡hola! *Charité pour l'amour de Dieu!* Cric-crac-cric-crac; cric, cric, cric; bum, paf, crac, bum, cric-crac; dobla la esquina, calleja arriba, baja la loma empedrada del otro lado; en la cuneta; bum, bum; tras, tris, tras, cric, cric, cric; crac, crac; hacia los escaparates de la izquierda de la calle, antes de tomar con un amplio giro la entrada de madera a la derecha; bum, bum, bum; cric, cric, cric; y ya estamos en el patio del Hôtel de l'Écu d'Or; agotados, destrozados, acabados, exhaustos; ¡pero emitiendo a veces un crujido de improviso, sin consecuencias, como un fuego artificial hasta el último instante!

Aparece la dueña del Hôtel de l'Écu d'Or. Y aparece el dueño del Hôtel de l'Écu d'Or. Y aparece un caballero con un gorro brillante y barba rojiza como un amigo íntimo, que se aloja en el Hôtel de l'Écu d'Or; y el señor cura pasea solo de un lado a

otro en un rincón del patio, con sombrero de teja, la capa negra echada por los hombros, un libro en una mano y un paraguas en la otra; y todos, excepto el señor cura, se quedan boquiabiertos y asombrados cuando se abre la puerta del coche. Hasta tal punto adora al correo el dueño del Hôtel de l'Écu d'Or que no puede esperar que baje del pescante, y le abraza las larguísimas piernas y los tacones de las botas mientras desciende.

—¡Mi correo! ¡Mi valiente correo! ¡Amigo mío! ¡Hermano!

La dueña del hotel lo ama, la doncella le bendice, el mozo lo adora. El correo pregunta si han recibido la carta. Sí, sí, la han recibido. ¿Están preparadas las habitaciones? Sí, sí, lo están. Las mejores habitaciones para mi noble correo. Las habitaciones de lujo para mi valiente correo: ¡toda la casa está al servicio de mi mejor amigo! Él mantiene la mano sobre la puerta del coche y hace algunas otras preguntas para aumentar la expectación. Lleva una bolsa de cuero crudo colgada al cinto por encima de la chaqueta. Los ociosos la miran; uno la toca. Está llena de monedas de cinco francos. Se oyen murmullos de admiración entre los chicos. El dueño del hotel cae sobre el cuello del cochero y lo abraza, estrechándolo sobre su pecho. ¡Está bastante más gordo!, le dice. ¡Está tan sonrosado y tiene tan buen aspecto!

Se abre la puerta. ¡Muda expectación! Sale la señora de la familia. ¡Qué encantadora! ¡Qué dama tan bella! Sale la hermana de la señora de la familia. ¡Santo cielo, la señorita es encantadora! Sale el primer niño pequeño. ¡Ay, qué niño tan guapo! Sale la primera niña pequeña. ¡Caramba, qué preciosidad! Sale la segunda niña pequeña. La dueña del hotel cede al impulso más delicado de nuestra común naturaleza y la toma en brazos. Sale el segundo niño pequeño. ¡Qué niño tan tierno! ¡Ay, qué criaturillas tan tiernas! Sacan al bebé. ¡Angelical bebé! El bebé se lleva la palma. ¡Todo el arrobamiento es para el bebé! Bajan entonces tambaleándose las dos niñeras. Y el entusiasmo aumenta y se convierte en desvarío y arrastran a toda la familia escaleras

arriba como en una nube; mientras tanto, los ociosos rodean el coche y miran el interior y dan la vuelta y lo tocan. Pues tiene su cosa tocar un coche que ha transportado a tanta gente. Es un legado que dejar a tus hijos.

Las habitaciones están en la primera planta, todas menos el cuarto de los niños, que es un aposento laberíntico inmenso, con cuatro o cinco camas, al que se accede cruzando un pasillo oscuro, subiendo dos peldaños, bajando cuatro, pasando una bomba, cruzando una galería y la puerta contigua al establo. Los otros dormitorios son amplios y de techos altos; en cada uno hay dos camas pequeñas con colgaduras de color rojo y blanco, como las cortinas de las ventanas. La sala de estar es espléndida. Ya está puesta la mesa para tres en ella; con las servilletas dobladas como sombreros de tres picos. Los suelos son de baldosas rojas. No hay alfombras, ni muebles dignos de mención; pero sí espejos, en abundancia, y grandes jarrones bajo las pantallas de cristal, llenos de flores artificiales; y muchos relojes. Todo el grupo se pone en movimiento. Y sobre todo el valiente correo, que está en todas partes: mira debajo de las camas, se echa al coleto el vino que le ha servido su hermano el dueño del hotel, escoge pepinillos —siempre pepinillos; sabe Dios dónde los conseguirá—, uno en cada mano, como cachiporras.

Anuncian la cena. Hay sopa poco espesa; bollos de pan muy grandes, uno para cada uno; pescado; después cuatro platos; luego, un poco de volatería; y a continuación, un postre; y el vino no falta. Las raciones no son muy abundantes, pero la comida es muy buena, y la preparan y la sirven con premura. Cuando ya casi ha oscurecido, el valiente correo, que se ha tomado ya los dos pepinillos partidos en rodajas con aceite y vinagre abundantes, sale de su retiro de abajo y propone una visita a la catedral, cuya torre imponente contempla ceñuda el patio de la posada. Allá vamos; y es grandiosa y solemne, a la débil

luz: tan débil, al final, que el anciano y afable sacristán de cara alargada se alumbra con la luz tenue de un cabo de vela que lleva en la mano para pasar a tientas entre las tumbas; y parece un ánima en pena buscando la suya entre las columnas oscuras.

Los criados de la posada están cenando al aire libre debajo de la galería cuando regresamos, en una mesa enorme. Toman estofado de carne y hortalizas, que humea caliente en la misma olla en que lo han guisado. Tienen también una jarra de vino aguado y parecen muy contentos; más contentos que el caballero de barba rojiza, que juega al billar en la habitación iluminada de la izquierda del patio, donde las sombras, con tacos en la mano y cigarros en los labios cruzan y vuelven a cruzar la ventana continuamente. El delgado *curé* sigue paseando solo de un lado a otro, con el libro y el paraguas. Y sigue haciéndolo, y siguen repiqueteando las bolas de billar mucho después de que nosotros estemos profundamente dormidos.

Nos levantamos a las seis de la mañana. Hace un día espléndido, que avergonzaría al coche cubierto de barro de ayer, si algo pudiera avergonzar a un coche en una tierra donde nunca se ve uno limpio. Todos se apresuran; y cuando acabamos el desayuno, llegan al patio los caballos con su cascabeleo de la posta. Todo lo que se había sacado del carruaje vuelve a colocarse en su sitio. El valiente correo anuncia que todo está listo, tras haber entrado en todas las habitaciones y haberlas registrado para asegurarse de que no nos dejamos nada. Subimos al coche. Todas las personas relacionadas con el Hôtel de l'Écu d'Or están encantadas de nuevo. El valiente correo entra corriendo en la casa a buscar un paquete que contiene fiambre de ave, lonchas de jamón, pan y galletas para el almuerzo. Lo deja en el coche y vuelve corriendo a la casa.

¿Qué trae ahora en la mano? ¿Más pepinillos? No. Una tira larga de papel. Es la cuenta.

El valiente correo lleva puestos dos cintos esta mañana: uno que sujeta la bolsa; y el otro, una especie de botella de cuero, llena hasta el borde del mejor burdeos de la casa. Nunca paga la cuenta hasta que le llenan esa botella. Entonces la discute.

La discute ahora enérgicamente. Sigue siendo hermano del dueño del hotel, pero ahora de padre o de madre diferente. Ya no está tan íntimamente emparentado con él como anoche. El dueño se rasca la cabeza. El valiente correo señala determinadas cifras de la factura e insinúa que si siguen en la misma, el Hôtel de l'Écu d'Or será en adelante y para siempre un Hôtel de l'Écu de Cuivre. El dueño pasa a una pequeña contaduría. El valiente correo le sigue, le obliga a coger la factura y una pluma y le habla más deprisa que nunca. El dueño sujeta la pluma. El correo sonríe. El dueño introduce un cambio. El correo hace una broma. El dueño se muestra afectuoso, pero no débil. Aguanta como un hombre. Estrecha la mano a su valeroso hermano; pero no le abraza. Aun así, estima a su hermano; porque sabe que volverá por aquí uno de estos días espléndidos, con otra familia, y prevé que le añorará de nuevo. El valiente correo examina todo el carruaje otra vez, mira el tiro, inspecciona las ruedas, sube de un salto, da la señal ¡y allá vamos!

Es día de mercado. Se celebra en la plazuela que queda frente a la catedral. Está llena de hombres y mujeres vestidos de azul, rojo, verde y blanco. Con tenderetes plegables y mercancías revoloteantes. Los campesinos se agrupan junto a sus cestos limpios: aquí los vendedores de encajes; allí, los de manteca y huevos. A ese lado, los fruteros; allá los zapateros. El lugar parece el escenario de un gran teatro, y acaba de alzarse el telón de un ballet pintoresco. Y ahí está la catedral, además, como un decorado: sombría, oscura, fría y desmoronándose; salpicando el pavimento en un lugar con tenues gotas púrpura cuando el sol matinal que entra por una ventana pequeña del lado oriental atraviesa los paños de una vidriera hacia el oeste.

A los cinco minutos pasamos la cruz de hierro de las afueras del pueblo, que tiene delante un reclinatorio de hierba roto; y ya estamos otra vez en la carretera.

Lyon, el Ródano y la tarasca de Aviñón

Chalons es un buen lugar de reposo debido a su excelente posada, a la orilla del río, y a los pequeños vapores, pintados con alegres colores verde y rojo, que van y vienen por él y que constituyen un panorama grato y reconfortante tras los caminos polvorientos. Pero, a menos que te agrade vivir en una llanura inmensa, con hileras irregulares de álamos a lo lejos como peines con los dientes rotos, y a menos que te guste pasarte la vida sin posibilidad de escalar ni de subir nada más que escaleras, seguro que no elegirías Chalons como lugar de residencia.

Aunque quizá lo prefirieras a Lyon, adonde puedes llegar en ocho horas, si lo deseas, en uno de los barcos de vapor mencionados.

¡Qué ciudad, Lyon! ¡Dicen que la gente se siente hundida en ciertos momentos aciagos como si se hubiera caído de las nubes! Pero aquí es toda una ciudad la que se ha derrumbado como si se hubiera caído del cielo tras haberse alzado de ciénagas y páramos como otras piedras que caen de esa región. ¡Lamentable espectáculo! Las dos calles principales por las que corren los dos grandes ríos, y todas las calles pequeñas cuyo nombre es legión, resultaban abrasadoras, bochornosas y sofocantes. Las casas, altas y enormes, sucias en exceso, podridas como quesos rancios e igualmente pobladas. Llenaban como un enjambre hormigueante todas las colinas que rodean la ciudad; y criaturillas holgazaneaban dentro, asomadas a las ventanas y secaban sus andrajos en palos y entraban y salían arrastrándose por las

puertas, jadeaban y respiraban entrecortadamente en las aceras, aparecían y desaparecían sigilosamente entre inmensas pilas y fardos de artículos húmedos, mohosos y sofocantes; y vivían —o, mejor dicho, no se morían— hasta que les llegaba la hora en un receptáculo vacío. Todas las ciudades industriales fundidas en una sola no darían la impresión que me produjo Lyon: pues todas las características de la falta de saneamiento e higiene y de desagües de una ciudad extranjera parecían injertadas allí en las miserias propias de una ciudad industrial; y el resultado es tal que daría con gusto un buen rodeo para no volver a encontrarlo.

Fuimos a visitar la catedral al atardecer, cuando refrescó o, mejor dicho, cuando el calor del día remitió un poco. Unas ancianas y varios perros estaban entregados a la contemplación. En cuestión de limpieza, no existía la menor diferencia entre el pavimento de piedra del interior y el de las calles. Había un santo de cera en una urna que parecía un camarote, con la parte delantera de cristal, al que madame Tussaud[2] no habría tenido nada que objetar en ningún aspecto y del que ni la abadía de Westminster podría avergonzarse. Si quisierais saberlo todo sobre la arquitectura de esta iglesia, o de cualquier otra, las fechas, dimensiones, atributos e historia, ¿no figura en la guía del señor Murray, y podríais leerlo en ella, agradecidos, como hice yo?

Por tal razón, me abstendría de mencionar el curioso reloj de la catedral de Lyon si no fuera por un pequeño error que cometí relacionado con ese mecanismo. El encargado de la iglesia estaba deseoso de que lo enseñaran; en parte, por la honra del lugar y de la ciudad; y tal vez también en parte por el porcentaje que le correspondía de la consideración adicional. Comoquiera que fuese, lo pusieron en marcha, y se abrieron de inmediato un montón de puertecillas de las que salieron tambaleándose innumerables figuritas que retrocedieron de nuevo, con esa in-

seguridad y vacilación que suele asociarse a las figuras que se mueven mediante un mecanismo de relojería. El sacristán, mientras tanto, nos explicaba estos prodigios, señalándolos muy serio con una vara. Había una figura central de la Virgen María; y junto a ella, una casilla, de la que otra figura de aspecto atroz hizo una de las salidas más súbitas que se haya visto: saltando hacia atrás al verla y cerrando de golpe la puertecilla. Lo interpreté como símbolo del triunfo sobre el pecado y la muerte, y como no estaba en absoluto dispuesto a demostrar que no entendía el tema a la perfección, me adelanté al hombre y dije precipitadamente:

—¡Ajá! El espíritu maligno. Sin duda. Queda eliminado de inmediato.

—*Pardon, monsieur* —repuso el sacristán, con un delicado movimiento de la mano hacia la puertecilla, como si presentara a alguien—. ¡El ángel Gabriel!

Al día siguiente por la mañana poco después de amanecer navegábamos por el Ródano a unas veinte millas por hora, en una embarcación sucísima llena de mercancías, con otros tres o cuatro pasajeros por única compañía, entre quienes destacaba un caballero anciano ridículo, de aire sumiso, comedor de ajo e infinitamente cortés, que llevaba colgada al ojal una cinta sucia de color rojo, como si se la hubiera atado allí para recordar algo, lo mismo que el tonto de la farsa hace nudos en el pañuelo de bolsillo.

Durante los dos últimos días habíamos visto grandes colinas sombrías amenazantes a lo lejos, los primeros indicios de los Alpes. Ahora corríamos a su lado: a veces pegados a ellas, a veces separados de ellas por una ladera cubierta de viñedos. Los pueblos y las aldeas colgaban en el aire, y por las torres abiertas de sus iglesias se veían los extensos olivares y las nubes, que se movían despacio sobre la pronunciada pendiente. En cada pro-

montorio se encaramaba un castillo en ruinas, y las casas dispersas en las vegas y hondonadas de las colinas le daban una gran belleza. La enorme altura de las mismas hacía que los edificios parecieran tan pequeños que poseían todo el encanto de los modelos elegantes; su excesiva blancura, comparada con las rocas pardas y el verde oscuro, intenso, fuerte y apagado del olivo y el tamaño minúsculo y el paso un poco lento de hombres y mujeres liliputienses en la ribera, constituían un cuadro precioso. Había innumerables barcos, también; y puentes; el famoso puente del Espíritu, con no sé cuántos arcos; y pueblos en los que se hacen los vinos memorables; Valence, donde estudió Napoleón; y el noble río, que en cada recodo ofrecía a la vista nuevas bellezas.

Aquella misma tarde apareció ante nosotros el puente roto de Aviñón, y toda la ciudad achicharrándose al sol; pero con una muralla almenada de corteza poco hecha que no se dorará nunca, aunque se cueza al sol durante siglos.

Las uvas colgaban en racimos en las calles, y la esplendorosa adelfa estaba en flor en todas partes. Las calles son antiguas y muy estrechas, aunque bastante limpias, y sombreadas por toldos tendidos de una casa a otra. Debajo de los mismos, paños y pañuelos brillantes, curiosidades, antiguos marcos de madera tallada, sillas viejas, mesas fantasmagóricas, santos, vírgenes, ángeles y retratos pintarrajeados; todo muy pintoresco y muy animado. Y realzado además por las vistas captadas por una puerta herrumbrosa entreabierta: los patios interiores de las mansiones, tranquilos y aletargados, tan silenciosos como tumbas. Todo ello semejaba una de las descripciones de las *Mil y una noches*: los tres mendigos tuertos podrían haber llamado a cualquiera de aquellas puertas hasta que la calle resonara de nuevo, y el portero que insistía en hacer preguntas —el hombre que había colocado las deliciosas compras en su cesto por la mañana— podría haberla abierto con toda naturalidad.

Fuimos a ver a los leones el día siguiente después de desayunar. Soplaba una brisa del norte tan agradable que el paseo era una delicia, aunque las piedras del suelo y las de los muros y las casas estaban demasiado calientes para posar las manos en ellas sin problema.

Subimos primero a un cerro rocoso hasta la catedral, donde estaban celebrando la misa; la congregación era muy parecida a la de Lyon, a saber: unas cuantas ancianas, un bebé y un perro la mar de tranquilo, que había delimitado para sí un camino o plataforma de ejercicio que iba desde el comulgatorio hasta la puerta y por donde correteaba durante el oficio tan metódica y tranquilamente como cualquier caballero anciano al aire libre. Es una iglesia antigua con escaso mobiliario y muy pocos ornamentos, y las pinturas del techo se hallan lamentablemente desvaídas por el tiempo y la humedad; pero en su interior brillaba el sol esplendoroso que pasaba por las cortinas rojas de las ventanas y relumbraba en los objetos del altar; resultaba de lo más luminoso y alegre.

Me aparté del grupo para ver una pintura que estaban ejecutando al fresco un artista francés y su discípulo, y eso me permitió observar mejor de lo que hubiera podido hacerlo de otro modo un gran número de exvotos colgados en las paredes de las diferentes capillas. No diré que las decoraban, pues estaban realizados de forma tosca y absurda; seguramente por pobres cartelistas que se ganaban a duras penas la vida con ello. Todos eran cuadros pequeños, y cada uno representaba alguna dolencia o calamidad de la que la persona que lo había colocado allí se había salvado gracias a la intercesión de su santo patrón o de la Virgen; y puedo calificarlos de buenos en su género. Abundan en Italia.

No difieren mucho de las xilografías de los libros antiguos en cuanto a la grotesca forma cuadrada del esbozo y a la falta de perspectiva. Pero eran óleos, y el artista no había escatimado

colores, como el retratista de la familia Primrose[3]. En uno de ellos, estaban amputando un dedo del pie a una señora: un personaje piadoso había entrado en el cuarto a supervisar la operación sobre un lecho. En otro cuadro, una dama estaba echada en la cama, muy arropada y recatada, mirando serenamente un trípode, con un recipiente para el agua sucia; la forma usual de palanganero y el único mueble de la estancia además de la cama. Nadie podría haber imaginado que la mujer estuviera sufriendo ninguna molestia, aparte de la incomodidad de hallarse totalmente despierta milagrosamente, si el pintor no hubiera dado con la idea de colocar a toda su familia de rodillas en un rincón, con las piernas asomando detrás de ellos en el suelo como hormas. Y sobre la que la Virgen, en una especie de diván azul, prometía la recuperación de la mujer. En otro caso, aparecía una dama en el momento de ser atropellada junto a la muralla de la ciudad, por una especie de furgón que parecía un pianoforte. Pero allí estaba la Virgen de nuevo. No sé si la aparición sobrenatural había espantado al caballo (un grifo bayo) o si era invisible, pero se alejaba galopando desbocado sin atisbo de reverencia o de remordimiento. En cada cuadro habían pintado con letras mayúsculas de color amarillo en el cielo: «Exvoto».

Los exvotos no eran desconocidos en los templos paganos, y sin duda se cuentan entre los muchos compromisos de la religión verdadera y la falsa cuando la verdadera aún estaba en pañales; ya me gustaría a mí que todos los demás compromisos fueran tan inofensivos como ese. La gratitud y la devoción son virtudes humanas; y quizá hubiera dictado esa práctica un espíritu cristiano agradecido y humilde.

Muy cerca de la catedral se alza el antiguo palacio de los papas, parte del cual es ahora cárcel común y la otra un estruendoso cuartel: mientras que los sombríos aposentos cerrados y desiertos se burlan de su gloria y solemnidad antiguas como los

cuerpos embalsamados de los reyes. Pero no habíamos ido a ver salones de recepción ni cuarteles ni una cárcel común, aunque echamos unas monedas en la caja de los prisioneros que había fuera, mientras ellos miraban entre los barrotes, observándonos impacientes. Fuimos a ver las ruinas de las espantosas dependencias que había ocupado la Inquisición.

Una anciana menuda, muy morena y de ojos negrísimos y brillantes —prueba de que el mundo no había conjurado al demonio de su interior, aunque había tenido de sesenta a setenta años para hacerlo— salió de la caseta del cuartel del que era celadora con unas llaves grandes en la mano, y nos guio. No es necesario que relate cómo nos explicó en el camino que era funcionaria *(concierge du palais apostolique)* y que lo había sido desde hacía no sé cuántos años; y que había enseñado aquellos calabozos a los príncipes; y que era la mejor guía de los calabozos; y que vivía en el palacio desde que era niña: había nacido allí, si mal no recuerdo. Nunca había visto a una arpía tan horrorosa, pequeña, rápida, centelleante y enérgica. Su actitud era sumamente violenta. No hablaba nunca sin pararse expresamente para hacerlo. Golpeaba el suelo con los pies, nos agarraba del brazo, adoptaba poses, golpeaba los muros con las llaves sólo para subrayar algo: lo mismo susurraba como si la Inquisición aún estuviera allí, que chillaba como si ella misma se hallara en el potro; y movía el índice de forma misteriosa como una bruja al acercarnos a los restos de algún horror nuevo —mirando hacia atrás con paso furtivo y haciendo muecas horrendas—, algo que la habría capacitado por sí mismo para pasearse sobre la cama de un enfermo, con exclusión de todas las demás apariciones durante toda la fiebre.

Cruzamos el patio entre grupos de soldados ociosos y salimos por una verja que la tarasca abrió y cerró con llave cuando pasamos: y entramos así en un claustro pequeño, que lo parecía todavía más por las piedras caídas y los montones de basura;

parte de lo cual obstruía la entrada a una galería subterránea en ruinas que en tiempos se comunicaba (o al menos eso decían) con otro castillo de la otra orilla del río. Junto a este patio hay un calabozo —al que llegamos en otro minuto— en la lúgubre torre *des oubliettes*, donde estuvo encerrado Rienzo[4], atado con una cadena al mismo muro que se alza ahí, pero separado del cielo que lo domina ahora. Unos cuantos pasos nos llevan a los *cachots*[5] en los que confinaban a los prisioneros de la Inquisición durante cuarenta y ocho horas cuando los detenían, sin darles comida ni bebida, para debilitar así su fortaleza antes incluso de que se enfrentaran con sus lúgubres jueces. El día aún no ha llegado allí. Todavía hay pequeñas celdas, rodeadas por cuatro muros inquebrantables, cerrados, resistentes; todavía de una oscuridad impenetrable; todavía con puertas macizas y cerradas, como antiguamente.

Nuestra guía avanzó con cuidado mirando hacia atrás, tal como ya he descrito, y entró en una cámara abovedada, que empleaban ahora como almacén y que fuera en tiempos capilla del Santo Oficio. Podía verse el sitio donde se sentaba el tribunal. Podrían haber retirado el estrado ayer mismo. ¡Imaginad la parábola del buen samaritano pintada en el muro de una de esas cámaras de la Inquisición! Pues lo estaba, y aún puede encontrarse allí.

En lo alto del celoso muro están las celdas donde escuchaban y anotaban las titubeantes respuestas de los acusados. Muchos de ellos habían salido de la misma celda que acabábamos de examinar, tan atrozmente, por la misma galería de piedra. Nosotros habíamos seguido sus pasos.

Estoy contemplando el entorno, con el espanto que inspira este lugar, cuando la tarasca me agarra la muñeca y se lleva a los labios, no el índice huesudo sino la tija de la llave. Me invita a seguirla con un tirón. Lo hago. Me lleva a una habitación contigua: una estancia irregular con el techo en forma de em-

budo y abierto en la parte superior al día luminoso. Le pregunto qué es. Cruza los brazos, mira de soslayo con una mueca horrenda y desorbita los ojos. Vuelvo a preguntárselo. Echa una ojeada para asegurarse de que todo el grupo está allí. Se sienta en un montón de piedras; alza los brazos y grita como un demonio:

—*La Salle de la Question!*

¡La Cámara de la Tortura! ¡Y habían construido el techo de aquella forma para que sofocara los gritos de las víctimas! Ay, bruja, bruja, déjanos pensar en eso un momento, en silencio. Cállate, por favor. Siéntate con tus brazos cortos cruzados en tus piernas cortas en ese montón de piedras sólo durante cinco minutos y luego grita otra vez si quieres.

¡Minutos! El reloj del palacio ni siquiera ha marcado segundos cuando la tarasca está de nuevo en pie con ojos relampagueantes en el centro de la cámara, describiendo con sus brazos quemados por el sol una rueda de tortura. ¡Así gira!, grita. ¡Machaca, machaca, machaca! Una serie interminable de gruesos martillos. ¡Machaca, machaca, machaca las extremidades de la víctima! Fijaos en la piedra, nos dice la arpía. ¡Para la tortura del agua! ¡Borbotea, traga, hínchate, explota en honor del Redentor! ¡Traga con cada aliento el maldito trapo hasta el fondo de tu incrédulo cuerpo, hereje! Y cuando el verdugo tira luego del mismo, lleno de los misterios menores de la propia imagen de Dios, que nos reconoce como sus siervos elegidos, auténticos creyentes en el sermón de la montaña, discípulos elegidos de Él, que nunca hizo un milagro que no fuera sanar, que jamás dejó a un hombre con parálisis, ceguera, sordera, mudez, ni ninguna otra aflicción humana; y que no tendió su bendita mano una sola vez más que para aliviar y curar.

¡Fijaos!, grita la arpía. Ahí estaba el horno. Ahí ponían los hierros al rojo vivo. En esos agujeros sujetaban la estaca afilada

sobre la que las personas torturadas colgaban del techo en el aire con todo el peso del cuerpo.

¿Ha oído hablar monsieur de esta torre?, pregunta la arpía, hablando ahora en un susurro. ¿Sí? Entonces, que mire abajo el señor.

Un aire frío, cargado de olor a tierra baña la cara a monsieur, porque la mujer ha abierto una trampilla mientras hablaba. Monsieur se asoma. Mira hacia abajo, hasta el fondo. Y hacia arriba, hasta el final de una torre: oscura, abrupta, elevada; muy lúgubre, muy oscura, muy fría. El verdugo de la Inquisición, dice la arpía, asomándose también a mirar, arrojaba ahí a todos los que superaban los demás tormentos.

—¡Pero mira! ¿Ve monsieur las manchas negras del muro?

Una ojeada por encima del hombro a la mirada entusiasta de la mujer muestra a monsieur —y lo habría hecho sin la ayuda de la llave indicadora— dónde están.

—¿Qué es?

—¡Sangre!

Cuando en octubre de 1791 la revolución estaba aquí en su apogeo, sesenta personas: hombres y mujeres («y sacerdotes —dice la mujer—, y sacerdotes») fueron asesinados y arrojados (muertos y agonizantes) a esa fosa horrible y luego cubrieron sus cuerpos con cal viva. Las horrendas huellas de la matanza desaparecieron enseguida; pero mientras una sola piedra de la fortaleza en que se cometieron los hechos permanezca en pie, seguirán en la memoria de los hombres, tan claras como las salpicaduras de su sangre en el muro.

¿Formaría parte del grandioso plan del castigo que tan cruel acción se cometiera en este lugar? ¿Que una parte de las atrocidades y de las monstruosas instituciones que llevaban funcionando muchísimos años para cambiar la naturaleza del hombre los tentara en su último servicio con los medios dispuestos de

satisfacer su furiosa y bestial cólera? ¿Que les permitiera mostrarse en su paroxismo no peores que una institución legal, solemne y grandiosa en el pináculo de su poder? ¡Peores no! Mucho mejores. Utilizaron la Torre de los Olvidados en nombre de la Libertad: su libertad; una criatura mortal, criada en el barro negro de los fosos y calabozos de la Bastilla y que forzosamente traiciona muchas pruebas de su malsana formación. Pero la Inquisición la empleó en nombre de Dios.

La mujer alza el dedo, y vuelve sigilosamente a la capilla del Santo Oficio. Se detiene en un punto determinado del suelo. Su golpe de efecto se acerca. Espera a los demás. Lanza una mirada al valiente correo, que está explicando algo; le da un golpecito sonoro en el sombrero con la llave más grande y le pide que guarde silencio. Nos reúne a todos en torno a una trampilla que hay en el suelo, como alrededor de una sepultura.

—*Voilà!* —exclama, lanzándose hacia la argolla y abriendo la portilla con un ruido estruendoso, con su energía de duende, aunque no es nada ligera—. *Voilà les oubliettes! Voilà les oubliettes!* ¡Subterráneos! ¡Espantosos! ¡Negros! ¡Terribles! ¡Mortales! *Les oubliettes de l'Inquisition!*

Se me heló la sangre al apartar la mirada de ella y bajar la vista hacia las bóvedas, donde aquellas criaturas olvidadas murieron de hambre con los recuerdos del mundo exterior (de las esposas, los amigos, los hijos, los hermanos), haciendo resonar las piedras con sus vanos gemidos. Pero el estremecimiento que sentí al ver el maldito muro de abajo, roto y destrozado, y el sol brillando a través de sus heridas abiertas, parecía una sensación de victoria y de triunfo. Me sentí exaltado de jubiloso orgullo de vivir en estos tiempos degenerados para verlo. Como si fuera el protagonista de alguna hazaña. La luz de las lúgubres cámaras representaba la luz que ha entrado a raudales sobre toda persecución en nombre de Dios, pero que aún no ha alcanzado su cenit. ¡No podría parecerle más preciosa a un ciego que aca-

ba de recuperar la vista que a un viajero que la ve, recorriendo tranquila y majestuosamente la oscuridad de aquel pozo infernal!

De Aviñón a Génova

La tarasca creyó que ya había dado su gran *coup* en cuanto nos enseñó los *oubliettes*. Dejó caer la puerta de la trampilla con gran estrépito y se plantó sobre ella con los brazos en jarras.

Salimos de allí y la acompañé a su casa, que quedaba debajo del portalón exterior de la fortaleza, para comprar una breve historia del edificio. Su garita era una habitación baja y oscura, iluminada por ventanucos hundidos en el grueso muro y —a la tenue luz, con un fogón como el de las fraguas, un pequeño mostrador junto a la puerta, con botellas, jarras y vasos encima, sus enseres domésticos y algunos vestidos en la pared, y una mujer de aire formal (debía de llevar una vida agradable con la tarasca) tejiendo junto a la puerta— parecía exactamente un cuadro de Ostade.

Di la vuelta al edificio por fuera, como en un sueño, pero aun así, con la agradable sensación de haber despertado del mismo, de que la luz, abajo en las criptas, me había dado seguridad.

El inmenso grosor y la vertiginosa altura de los muros, la enorme fortaleza de sólidas torres, la gran extensión del edificio, sus gigantescas dimensiones, su aspecto amenazador y su bárbara irregularidad causaban sobrecogimiento y asombro. El recuerdo de sus antiguos usos opuestos (fortaleza inexpugnable, palacio suntuoso, prisión espantosa, lugar de tortura, tribunal de la Inquisición y, al mismo tiempo, casa de festejos, combate, religión y sangre) da a cada piedra de su inmensa mole un interés extraordinario y confiere un significado nuevo a sus in-

congruencias. Ni entonces ni mucho después, podía pensar yo en nada más que en el sol de los calabozos. El palacio reducido a lugar de ocio de soldados bulliciosos, obligado a retumbar con su ruda conversación y sus juramentos ordinarios y a tener sus prendas de vestir ondeando en sus ventanas sucias, era bajar bastante de categoría y algo de lo que alegrarse; pero el día en sus celdas, y el cielo en sus cámaras de tortura, ¡eso era su desolación y su derrota! Si lo hubiera visto en llamas desde el foso hasta la muralla, habría sentido que ni aquella luz ni toda la luz de todo el fuego que arde podían consumirlo como los rayos de sol en su cámara secreta y sus prisiones.

Antes de dejar el palacio de los papas, permitidme traducir de la pequeña historia que acabo de mencionar una breve anécdota relacionada con sus avatares y muy apropiada.

> Cuenta una leyenda que, en 1441, un sobrino del legado pontificio Pierre de Lude ofendió gravemente a una distinguida dama de Aviñón, cuyos parientes se vengaron apoderándose del joven y mutilándolo espantosamente. El legado ocultó sus deseos de venganza durante varios años, si bien no fue menos resuelto en tomarla al final. Llegó a hacer incluso insinuaciones de una reconciliación completa, con el tiempo; y cuando su aparente sinceridad convenció a sus enemigos, invitó a ciertas familias a un espléndido banquete en este palacio, familias completas a quienes se proponía exterminar. Un gran regocijo animó el ágape. Pero el legado había atado bien todos los cabos. Cuando se sirvieron los postres, apareció un guardia suizo, que anunció que un embajador extranjero solicitaba una audiencia extraordinaria. El legado pidió entonces a sus invitados que le disculparan un momento, y se retiró, seguido de sus funcionarios. A los pocos minutos, quinientas personas quedaron reducidas a cenizas: ¡toda el ala del palacio que ocupaban saltó por el aire con una terrible explosión!

Nos marchamos de Aviñón aquella tarde después de visitar las iglesias (pero no voy a molestaros con iglesias precisamente ahora). Hacía muchísimo calor y fuera de las murallas de la ciudad los caminos estaban salpicados de gente que dormía profundamente en cada trocito sombreado, y de grupos de ociosos

que dormitaban esperando que el sol bajara lo suficiente para poder jugar a los bolos entre los árboles abrasados y en la carretera polvorienta. Habían recogido ya la cosecha y los mulos y los caballos trillaban las parvas en las eras. Al oscurecer, llegamos a un paraje montañoso, famoso en tiempos por los bandoleros. Y viajamos lentamente cuesta arriba. Seguimos así hasta las once de la noche; entonces paramos a dormir en la ciudad de Aix (a dos jornadas de Marsella).

El hotel tenía todas las ventanas y los postigos cerrados para que no entraran la luz y el calor, y al día siguiente por la mañana nos pareció acogedor, espacioso y aireado. Y la ciudad, pulcrísima; pero hacía tanto calor y la luz era tan intensa que cuando salimos al mediodía fue como salir de repente del cuarto oscuro a una luz de bengala. También el aire era muy límpido, tanto que las colinas y las puntas rocosas lejanas parecían a una hora caminando; mientras que la ciudad, que quedaba al lado —con una especie de viento azulado entre ella y yo— parecía candente y como si un viento atroz estuviera arrancándola de la superficie.

Salimos de esta ciudad al atardecer y tomamos la carretera de Marsella. Una carretera polvorienta; las casas estaban cerradas a cal y canto. Y las viñas cubiertas de polvo blanco. En casi todas las puertas de las casas había mujeres pelando y partiendo cebollas en cazuelas de barro para la cena. Ya las habíamos visto haciendo lo mismo la noche anterior en el camino desde Aviñón. Pasamos por uno o dos castillos oscuros y sombreados, rodeados de árboles y adornados con pilones de agua fresca, que resultaban de lo más agradable, debido a la gran escasez de tales residencias en el camino por el que habíamos viajado. Cuando ya nos aproximábamos a Marsella empezamos a ver a gentes de fiesta en la carretera. Fuera de los establecimientos públicos había grupos fumando, bebiendo, jugando a las damas y a las cartas y (en una ocasión) bailando. Pero había polvo, pol-

vo y más polvo en todas partes. Seguimos por un barrio grande, sucio, desordenado y abarrotado de gente; a nuestra izquierda quedaba una ladera sombría, en la que las casas de campo de los comerciantes de Marsella se mezclan y amontonan sin orden ni concierto: hastiales, fachadas, partes traseras, costados mirando hacia todos los puntos cardinales; hasta que, al final, entramos en la ciudad.

He estado allí dos o tres veces después, con buen tiempo y con un tiempo horrible; y creo que es un lugar sucio y desagradable. Pero la vista del hermoso mar Mediterráneo desde los altos fortificados, con sus preciosas islas y rocas, es bellísima. Esos cerros constituyen un refugio atractivo por razones menos pintorescas: como escape de la mezcla de olores pestilentes que se alza continuamente del gran puerto lleno de agua estancada y contaminado por los desperdicios de innumerables embarcaciones con toda suerte de cargamentos y que, en la temporada calurosa, resulta insoportable. Había marineros extranjeros de todas las naciones en las calles; con camisas de color rojo, azul, pardo, naranja; con gorras rojas, azules y verdes, con barbas enormes y sin barba; con turbantes turcos, con elegantes sombreros ingleses y con tocados napolitanos. La gente de la ciudad se sentaba en grupos en la calle o tomaba el aire en las azoteas de las casas o paseaba arriba y abajo por los bulevares más sofocantes y menos aireados; y había multitudes de la clase baja y aspecto feroz que te cerraban el paso continuamente. Y en el mismo centro de esa barahúnda estaba el manicomio: un edificio bajo, contraído y miserable, que daba directamente a la calle, sin ninguna protección ni patio de ningún tipo; donde los locos y las locas parloteantes atisbaban entre los barrotes herrumbrosos mientras el sol, que caía implacable oblicuamente en sus minúsculas celdas, parecía secarles el cerebro y acosarlos como una jauría de perros.

Nos instalamos bastante cómodamente en el Hôtel du Paradis, situado en una calle estrecha de casas muy altas, frente a una peluquería, en uno de cuyos escaparates se exhibían dos señoras de cera de tamaño natural que daban vueltas sin parar, y que complacían tanto al peluquero que su familia y él se sentaban cómodamente en butacas en la acera con batas frescas disfrutando de la satisfacción de los viandantes con serena dignidad. La familia ya se había retirado a descansar cuando nosotros nos acostamos a medianoche; pero el peluquero (un individuo corpulento, con pantuflas pardas) seguía allí sentado con las piernas estiradas, y era evidente que no podía soportar la idea de cerrar el negocio.

Al día siguiente bajamos al puerto, donde los marineros de todas las naciones descargaban y cargaban toda suerte de productos: frutos, vinos, aceites, sedas, paños, terciopelos. Tomamos uno de los muchos botes rápidos con alegres toldos a rayas y nos alejamos remando bajo las popas de los grandes buques, bajo sirgas y cables, contra y entre los otros botes, y demasiado cerca de los costados de los buques cargados de naranjas, hasta el *Marie Antoinette*, un vapor precioso que hacía la travesía a Génova y que estaba cerca de la embocadura del puerto. Al poco rato atracó estúpidamente el coche, aquella «pesada fruslería del Pantechnicon», en una gabarra que chocaba con todo y que provocó un prodigioso número de juramentos y muecas; zarpamos a las cinco y salimos a alta mar. El buque estaba maravillosamente pulcro; servían las comidas bajo un toldo en cubierta; hacía una noche serena y clara; la belleza del cielo y del mar en calma era indescriptible.

Al día siguiente por la mañana temprano estábamos frente a la costa de Niza; bordeamos el litoral, a pocas millas de la carretera de la Corniche (de la que hablaré más en su momento) durante casi todo el día. Avistamos Génova antes de las tres; y contemplarla mientras desplegaba su espléndido anfiteatro,

una hilera de casas tras otra, un jardín tras otro, palacio tras palacio, colina sobre colina, fue ocupación más que suficiente para nosotros hasta que entramos en el majestuoso puerto. Tras haber quedado debidamente pasmados al ver a unos cuantos monjes capuchinos que vigilaban que pesaran bien unos toneles en el muelle, nos fuimos en el coche a Albaro, que quedaba a unas dos millas, donde habíamos alquilado una casa.

El camino pasa por las calles principales, pero no por la strada Nuova ni la strada Balbi, que son las famosas calles de los palacios. ¡En mi vida me había sentido tan consternado! Me desconcertaron profundamente la prodigiosa novedad de todo, los olores extraños, la inexplicable inmundicia (aunque se considera la ciudad más limpia de Italia), la desordenada mezcla de casas sucias, una sobre el tejado de la otra; los pasajes más sórdidos y más estrechos que ninguno del barrio londinense de Saint Giles o de la parte vieja de París, de los que entraban y salían no vagabundos, sino mujeres bien vestidas con velos blancos y grandes abanicos; la absoluta falta de parecido de todas las viviendas, tiendas, muros, postes y columnas con ningún otro que hubiera visto antes; y la mugre, la incomodidad y el deterioro descorazonadores. Me sumí en un ensueño nostálgico. Soy consciente de la visión febril y confusa de hornacinas de santos y vírgenes en las esquinas de las calles, de gran número de frailes, monjas y soldados, de inmensas cortinas rojas en que se agitaban en las puertas de las iglesias, de seguir siempre colina arriba y, sin embargo, ver siempre otra calle y otro pasaje que seguían subiendo, de puestos de fruta con limones y naranjas colgando en guirnaldas hechas con hojas de parra, de un cuartel y de un puente levadizo, y de algunas verjas, y de vendedores de agua fresca, que se sentaban con pequeñas bandejas a la orilla del camino; y eso es todo lo que percibí, hasta que me bajaron a un patio feo y lleno de hierbajos, anexo a una especie de cárcel rosada. Y me dijeron que yo vivía allí.

¡Poco pensaba yo aquel día que alguna vez llegaría a sentir cariño por las mismas piedras de las calles de Génova y a recordar la ciudad con afecto, asociándola a tantas horas de calma y de felicidad! Pero estas son mis primeras impresiones, descritas con sinceridad; también describiré cómo cambiaron. De momento, dejadnos respirar después de un viaje tan largo y agotador.

Génova y su entorno

Las primeras impresiones de un lugar como Albaro, el barrio de Génova donde estoy ahora «establecido», como dirían mis amigos americanos, no podían dejar de ser tristes y decepcionantes. Se requiere un poco de tiempo para habituarse y superar la sensación deprimente que producen, al principio, tanta ruina y tanto abandono. Creo que la novedad, que complace a casi todo el mundo, me resulta especialmente agradable. No me desanimo fácilmente cuando dispongo de medios para dedicarme a mis caprichos y ocupaciones; y creo que tengo cierta aptitud natural para adaptarme a las circunstancias. Pero, de momento, paseo por todos los agujeros y rincones del barrio en un perpetuo estado de triste sorpresa; y al volver a mi villa: la Villa Bagnerello (parece romántico, pero signore Bagnerello es un carnicero vecino), tengo ocupación suficiente con reflexionar sobre mis nuevas experiencias, y compararlas con regocijo con mis expectativas, hasta que salgo otra vez a vagar por ahí.

La Villa Bagnerello (o Cárcel Rosa, un nombre mucho más expresivo para la mansión) está en uno de los mejores emplazamientos imaginables. La espléndida bahía de Génova, con el Mediterráneo de un azul intenso, se extiende casi al alcance de la mano. Toda la zona está salpicada de monstruosas casas antiguas abandonadas y de palacios; las majestuosas colinas, con sus cimas ocultas siempre por las nubes y con fortalezas en sus escarpadas laderas, quedan cerca a la izquierda; y enfrente, extendiéndose desde los muros de la casa hasta la iglesia en ruinas

que se alza sobre las rocas pintorescas de la costa, hay verdes viñedos por los que puedes vagar durante todo el día más o menos a la sombra entre vistas interminables de uvas guiadas en emparrados toscos al otro lado de los estrechos senderos.

Los caminos de acceso a este lugar retirado son tan estrechos que, cuando llegamos a la aduana, encontramos que la gente de aquí había tomado las medidas de los más estrechos de todos y esperaban para medir el carruaje; ceremonia que llevaron a cabo con solemnidad en la calle, mientras todos nosotros esperábamos angustiados. Resultó que cabía por muy poco, pero sólo había una posibilidad y nada más, como recuerdo cada día al ver los grandes agujeros que hizo en los muros a ambos lados al pasar. Me dicen que nosotros tenemos más suerte que una anciana que alquiló una casa en esta zona no hace mucho y que se quedó atascada en su coche en un sendero; y que como era imposible abrir las puertas, no tuvo más remedio que someterse a la humillación de que la sacaran por una de las pequeñas ventanillas delanteras como a un arlequín. Cuando has recorrido esas calles estrechas, llegas a un arco tapado por una verja herrumbrosa: la mía. La verja herrumbrosa tiene su correspondiente campanilla, que puedes tocar cuanto quieras sin que nadie acuda a la llamada porque no tiene conexión alguna con la casa. Pero hay también una aldaba oxidada —muy floja, por lo que se desliza en cuanto la tocas—, y si le coges el tranquillo e insistes, acudirá alguien. El valiente correo acude a abrir la puerta. Entras en un jardín abandonado, lleno de malas hierbas, que linda con la viña. Lo cruzas, entras en un vestíbulo cuadrado como un sótano, subes una escalera de mármol agrietado y llegas a una estancia espaciosísima de techo abovedado y paredes encaladas: muy parecida a una iglesia metodista. Es la *sala*. Tiene cinco ventanas y cinco puertas, y está decorada con pinturas que alegrarían el alma de uno de esos restauradores londinenses que cuelgan como enseña un cuadro dividido como la

muerte y la dama del romance antiguo y que te deja siempre con la sensación de no saber a ciencia cierta si el ingenioso profesor ha limpiado una mitad o ensuciado la otra. El mobiliario de la sala es una suerte de brocado rojo. Todas las sillas son inamovibles, y el sofá pesa varias toneladas.

En la misma planta están el comedor, la sala de recepción y varios dormitorios, que dan todos a esta misma cámara: y cada uno de ellos tiene múltiples puertas y ventanas. En el piso superior hay algunas otras habitaciones lúgubres y una cocina; y en la planta baja, otra cocina, equipada con toda suerte de artefactos extraños para quemar carbón y que parece un laboratorio de alquimia. Hay también una media docena de salitas de estar, donde pueden escapar del calor del fuego los sirvientes en este tórrido mes de julio, y donde el valeroso correo toca toda suerte de instrumentos musicales de fabricación propia durante los largos atardeceres. Jamás había visto ni imaginado casa tan viejísima, tortuosa, fantasmal, resonante, lúgubre y desangelada como esta.

El salón da a una pequeña terraza cubierta por una parra, debajo de la cual y contiguo al pequeño jardín, está lo que fue caballeriza y ahora es establo de vacas. Hay tres, por lo que tomamos leche fresca en abundancia. No hay prados para que pasten cerca, así que no salen nunca, se pasan la vida tumbadas hartándose de hojas de parra: son las perfectas vacas italianas que disfrutan todo el santo día de un *dolce far niente*. Las cuidan y duermen con ellas un anciano que se llama Antonio y su hijo; dos nativos de color siena tostado, que no usan zapatos ni calcetines y que visten ambos una camisa, pantalones y fajín rojo, y llevan al cuello una reliquia o dije religioso como el caramelo del rosco de Reyes. El anciano está empeñado en convertirme al catolicismo y me exhorta a menudo. A veces nos sentamos en una piedra junto a la puerta al atardecer, como Robinson Crusoe y Viernes, pero a la inversa. Él suele narrarme, para mi con-

versión, un resumen de la historia de san Pedro, creo que más que nada porque le gusta muchísimo imitar el canto del gallo.

La vista, como ya he dicho, es preciosa; pero durante el día hay que tener las celosías cerradas o te volvería loco el sol; y cuando se pone el sol, hay que cerrar todas las ventanas, o los mosquitos te inducirían a suicidarte. Así que en esta época del año, no ves mucho el paisaje dentro de la casa. En cuanto a las moscas, ya te dan lo mismo. Como las pulgas, que son legión y de un tamaño prodigioso, y que pueblan la cochera hasta el punto de que todos los días espero ver salir el carruaje arrastrado por miríadas de industriosas pulgas en equipo. Las ratas se mantienen a raya bastante bien, gracias a los muchísimos gatos famélicos que deambulan por el jardín con ese propósito. De las lagartijas no se preocupa nadie, claro. Juegan al sol y no muerden. Los pequeños escorpiones sólo son curiosos. Los escarabajos son bastante tardíos y aún no han aparecido. Las ranas hacen compañía. Hay un coto de ranas en la villa de al lado; y cuando cae la noche, cualquiera pensaría que montones de mujeres con chanclos suben y bajan por la vereda de piedra húmeda sin cesar un momento. Pues ese es exactamente el ruido que hacen.

La capilla en ruinas que hay en la costa bella y pintoresca estuvo dedicada en tiempos a san Juan Bautista. Creo que existe una leyenda de que los restos mortales de san Juan se trasladaron a Génova, donde los recibieron con diversas ceremonias solemnes. En Génova siguen todavía hoy. Siempre que hay una tempestad en el mar, los sacan y los exponen al temporal, que se calma siempre. Debido a esa relación de san Juan con la ciudad, gran número de personas se llaman Giovanni Baptista, que en jerga genovesa se pronuncia *batchiitscha*, como un estornudo. Oír a todo el mundo llamando a todo el mundo *batchiitscha* un domingo o día de fiesta cuando hay multitudes en las calles no deja de ser bastante extraño y divertido para un extranjero.

Las villas dan directamente a las estrechas calles, y sus muros (los exteriores, quiero decir) están profusamente pintados con toda suerte de temas religiosos y macabros. Pero el tiempo y la brisa marina casi los han borrado y parecen la entrada de los jardines Vauxhall (de Londres) un día soleado. Los patios de estas casas están llenos de malas hierbas; los pedestales de las estatuas están cubiertos de manchas repugnantes como si padecieran alguna enfermedad cutánea; las verjas están herrumbrosas; y las rejas de las ventanas más bajas se están cayendo. Guardan la leña en los vestíbulos, montañas, donde podrían acumularse valiosos tesoros; las cascadas están secas y obstruidas; las fuentes, demasiado estancadas para sonar y demasiado perezosas para funcionar, sólo guardan recuerdo suficiente de su identidad en el sueño para hacer húmedo este barrio; y el siroco sopla a menudo sobre todas estas cosas durante días seguidos como un horno gigantesco de fiesta.

Hace poco tiempo que celebraron la festividad de la *madre de la Virgen*, y los jóvenes del barrio que habían llevado guirnaldas de vid en una u otra procesión, se bañaron luego con ellas a montones. Resultaba muy extraño y agradable. Aunque he de confesar que (como no conocía la fiesta entonces) pensé que las llevaban para mantener a raya a las moscas, como los caballos (y me pareció muy razonable).

Celebraron otra fiesta en honor de san Nazario al poco tiempo. Un joven de Albaro trajo dos ramos grandes poco después del desayuno y subió las escaleras hasta la sala para entregarlos personalmente. Era una forma educada de pedir un donativo para los gastos de algo de música en honor del santo, así que le dimos lo que fuera y se marchó muy contento. Fuimos a la iglesia a las seis de la tarde —queda muy cerca—: un lugar muy charro, cubierta de guirnaldas y de tapices y llena desde el altar hasta la puerta principal de mujeres, todas sentadas. Aquí no llevan tocas, sólo un velo blanco largo, el *mezzero*; y eran la

congregación más diáfana y etérea que yo haya visto jamás. Las jóvenes no son guapas, en general; pero caminan extraordinariamente bien, y en cuanto su porte y al manejo de los velos, poseen un donaire y una elegancia innatos. También había algunos hombres en la iglesia —no muchos—; unos cuantos estaban arrodillados en la nave lateral mientras todos los demás tropezaban con ellos. Ardían en la iglesia innumerables cirios; las piececillas de plata y de latón de los santos destellaban, sobre todo las del collar de la Virgen; los sacerdotes estaban sentados en el altar mayor; el órgano resonaba incesante, con fuerza, y una orquesta completa hacía lo mismo; mientras un director situado en una pequeña galería frente a la orquesta se afanaba marcando el ritmo en el atril que tenía delante con un rollo. Y un tenor, sin nada de voz, cantaba. La orquesta iba por un lado, el órgano por otro, y el cantor por otro distinto. Y el pobre director golpeaba y golpeaba marcando el ritmo según un método propio y al parecer complacido con toda la interpretación. En mi vida había oído ruido tan discordante. Hacía mucho calor.

Los hombres, ataviados con gorros rojos y con chaquetas holgadas echadas por los hombros (nunca se las ponían) jugaban a los bolos y compraban dulces delante de la iglesia. Media docena de ellos acabaron una partida y entraron en la nave lateral, se santiguaron con agua bendita, hicieron una rápida genuflexión y salieron de nuevo a jugar otra partida de bolos. Son muy expertos en ese juego, con el que se entretienen en calles y callejas empedradas, y en el terreno más irregular y menos adecuado para tal fin, con la misma precisión que sobre una mesa de billar. Pero su juego preferido es el nacional de la morra, al que se entregan con sorprendente pasión y al que apuestan hasta la camisa. Es un juego de azar muy peligroso, porque no requiere más accesorios que los diez dedos que están siempre a mano (no es mi intención hacer juegos de palabras).

Juegan dos hombres. Uno de ellos dice un número —digamos, el máximo, diez—, al tiempo que estira tres, cuatro o cinco dedos; y su adversario tiene que jugar al mismo tiempo y sin verle la mano, estirando también un número de dedos, exactamente el resto. Están tan acostumbrados a jugar y son tan rápidos con ojos y manos, que al viandante que no conozca el juego le resultará difícil, si es que no imposible, enterarse. Pero los iniciados, de los que aquí hay siempre un grupo entusiasta mirando, lo devora con intensísima avidez; y como siempre están dispuestos a defender a una de las partes en caso de disputa, y con frecuencia están divididos en su partidismo, suele resultar un procedimiento muy bullicioso. Nunca es el juego más tranquilo del mundo, porque siempre gritan los números con voz aguda y siguen todo lo deprisa que pueden contarlos. Un día de fiesta al atardecer, junto a la ventana, o paseando por un jardín o por las calles, o caminando por cualquier lugar tranquilo de la ciudad, oirás a los hombres que juegan a este juego en muchísimas tabernas a la vez; y contemplando cualquier camino de los viñedos o doblando prácticamente cualquier esquina te toparás con un grupo de individuos que juegan a grito pelado. Puede apreciarse que casi todos los jugadores son propensos a indicar un número determinado de dedos con más frecuencia que otro: y la atención con que dos jugadores perspicaces se empeñen en detectar esa debilidad y atenerse a ella en el juego, es curiosísimo y muy entretenido. El efecto se intensifica muchísimo por la brusquedad y vehemencia del gesto; dos hombres se juegan medio céntimo con un apasionamiento y una concentración tan absolutos como si les fuera la vida en ello.

Cerca de aquí hay un palazzo grande, que perteneció antes a la familia Brignole, pero que precisamente ahora han alquilado los jesuitas para una escuela de verano. La otra tarde a la hora del crepúsculo entré en su recinto desmantelado y no pude resistirme a pasear de un lado a otro un rato, asimilando soño-

liento el aspecto del lugar, que se repite por aquí en todas direcciones.

Anduve de un lado a otro bajo una columnata que forma los dos lados de un patio cubierto de malas hierbas y del que la casa propiamente dicha formaba el tercer lado, y una terraza baja que daba al jardín y a las colinas cercanas, el cuarto. No creo que hubiera una piedra intacta en todo el suelo. Había una estatua melancólica en el centro tan estriada en su deterioro que parecía exactamente que la hubieran cubierto de esparadrapo y luego de polvo. Los despachos, cocheras y establos estaban todos vacíos, ruinosos y absolutamente desiertos.

Las puertas no tenían goznes y se aguantaban en las cerraduras; las ventanas estaban rotas, la escayola pintada se había desconchado y estaba en montoncitos en el suelo. Los gatos y las aves de corral habían invadido las dependencias y no pude por menos de pensar en los cuentos de hadas y observarlos con recelo como a criados transformados que esperaban recuperar su forma. Un viejo gato, en particular: un animal escuálido, de ojos verdes y hambrientos (un pariente pobre, en realidad, me siento inclinado a pensar), que no dejaba de merodear a mi alrededor, casi como si creyera, por un momento, que yo podría ser el héroe que iba a casarse con la dama y a solucionarlo todo; pero, al descubrir su error, lanzó de pronto un gruñido horrible y se alejó con una cola tan tremenda que no podía entrar en el pequeño agujero en que vivía y se vio obligado a esperar fuera hasta que su indignación y su cola bajaron juntas.

En una especie de cenador, o lo que fuera, de la columnata habían estado viviendo unos ingleses como larvas en una nuez. Pero los jesuitas les habían notificado que se marcharan y lo habían hecho, por lo que también estaba cerrado. La casa, un barracón laberíntico y resonante, con las ventanas inferiores enrejadas, como siempre, tenía la puerta de par en par, y no tengo la menor duda de que podía haber entrado, haberme

acostado y haberme muerto y nadie se habría enterado. Sólo había unas habitaciones alquiladas en un piso de arriba; una joven vocalista practicaba virtuosismo con entusiasmo en una de ellas, y su voz caía ondeando en la tarde silenciosa.

Bajé al jardín, de trazado correcto y original, con avenidas y terrazas, naranjos, estatuas y agua en pilas de piedra; y todo era verde, desolado, lleno de maleza, desordenado, raquítico o exagerado, mohoso, húmedo, olía a toda clase de bichos viscosos, pegajosos, reptantes y desagradables. No había nada brillante en todo el lugar más que una luciérnaga —una luciérnaga solitaria—, que destacaba en los arbustos oscuros como la última mota del pasado esplendor de la casa; e incluso ella iba y venía repentinamente, dejando un lugar con una sacudida y describiendo un círculo irregular y volviendo al mismo punto con un temblor que te sobresaltaba, como si estuviera buscando el resto del esplendor y se preguntara (¡Dios sabe que podría!) qué había sido de él.

Las sombras y las formas fugaces de mi triste ensueño inicial fueron convirtiéndose paulatinamente durante dos meses en formas y sustancias más familiares; y ya empezaba a pensar que cuando llegara el momento de poner fin a las largas vacaciones y regresar a Inglaterra dentro de un año, partiría de Génova con lo que fuera menos con alegría.

Es un lugar que «vas haciendo tuyo» cada día. Parece que siempre hay algo nuevo que descubrir en él. Tiene las callejas y caminos más extraordinarios para pasear. Puedes perderte veinte veces al día, si quieres (¡y qué consolador es hacerlo cuando estás ocioso!) y aparecer luego en las más sorprendentes e insólitas situaciones. Abundan los contrastes más extraños. A cada vuelta surgen ante ti cosas pintorescas, feas, miserables, magníficas, agradables, desagradables.

Quienes saben lo precioso que es el entorno inmediato de Génova, suben a la cima del monte Faccio cuando el día está despejado (o al menos dan una vuelta a las murallas de la ciudad, hazaña más fácil de realizar). Ningún panorama puede ser más diverso y hermoso que las vistas cambiantes de la bahía y los valles de los dos ríos, el Polcerava y el Bizagno, desde los altos a que llevan las murallas fortificadas, como la gran muralla de China en pequeño. Y no es en modo alguno lo menos pintoresco de este recorrido un buen ejemplo de la auténtica taberna genovesa, donde el visitante podrá saborear los auténticos platos genoveses como tagliarini, ravioli, salchichas alemanas con mucho ajo, que se toman en rodajas con higos frescos; crestas de gallo y riñones de cordero, picadillo de hígado y chuletas; trocitos de alguna pieza desconocida del ternero, que fríen y sirven en una fuente como chanquetes. Y otras curiosidades por el estilo. Y en estas *trattorie* suburbanas suelen tener vino de Francia, España y Portugal, que transportan pequeños capitanes en pequeños buques mercantes. Lo compran a tanto la botella, sin preguntar qué es, ni molestarse en recordarlo si alguien se lo dice, y suelen dividirlo en dos montones. Etiquetan uno como Champagne y el otro como Madeira. Los diferentes y diversos aromas, cualidades, orígenes, edades y cosechas reunidos en estas dos denominaciones son absolutamente insólitos. La gama más limitada quizá vaya del gruel fresco al marsala añejo y luego otra vez a la manzanilla.

Las calles son en su inmensa mayoría todo lo estrechas que puede ser una vía pública, donde se supone que vive y camina la gente (incluso los italianos); son simples callejas, con una especie de patio o lugar de descanso aquí y allá. Las casas son muy altas y están pintadas de muchos colores, hallándose en todas las etapas y estados de deterioro, suciedad y abandono. Suelen alquilarlas por pisos o plantas, como las casas del casco antiguo de Edimburgo y muchas de París. Hay pocas puertas de

la calle; los vestíbulos se consideran, en su mayor parte, propiedad pública; y cualquier carroñero medianamente emprendedor podría hacer una fortuna vaciándolos de vez en cuando. Como es imposible que los coches entren en estas calles, hay sillas de mano, doradas y de otro tipo, que pueden alquilarse en diversos lugares. La nobleza y la pequeña aristocracia disponen también de sillas particulares; y de noche van y vienen en todas direcciones, precedidas de portadores de enormes faroles, hechos de lino tensado sobre un armazón. Las sillas y los faroles son los legítimos sucesores de las largas reatas de mulas pacientes y maltratadas que recorren estas calles cerradas durante todo el día. Las siguen con la misma regularidad que las estrellas al sol.

¡Cuándo olvidaré las calles de los palacios: la strada Nuova y la strada Balbi! ¡O el aspecto de la primera un día de verano que la vi por primera vez bajo el cielo estival más brillante y azul del mundo, y que su estrecha perspectiva de mansiones inmensas reducía a una franja fina y preciosísima de resplandor, que dominaba la densa sombra de abajo! Un resplandor no demasiado común ni siquiera en julio y agosto, para apreciarlo bien, pues, a decir verdad, no hubo ocho cielos azules en otras tantas semanas del verano (salvo, a veces, por la mañana temprano, en que, mirando el mar, el agua y el firmamento eran un universo azul profundo y brillante). Otras veces había nubes y neblina suficientes para que un inglés refunfuñara en su propio clima.

Los innumerables detalles de estos palacios: ¡los muros de algunos de ellos, en el interior, rebosantes de obras maestras de Vandyke! Los balcones de piedra, grandes y macizos, uno sobre otro, y planta sobre planta, con una aquí y allá más alta que el resto, dominando una inmensa plataforma de mármol. Los vestíbulos sin puertas, las ventanas inferiores enrejadas, las escalinatas públicas, los gruesos pilares de mármol, los arcos fuertes como calabozos y las cámaras abovedadas, lúgubres, fantasma-

góricas y retumbantes por las que vagaba la mirada de nuevo, una y otra vez, porque a todos los palacios les sigue siempre otro; los jardines entre una casa y otra, con los arcos verdes de las parras, y los naranjales y las adelfas rojizas en plena floración, seis, nueve, doce metros sobre la calle; los vestíbulos pintados, desmoronándose, sucios y carcomidos en los rincones húmedos; y aun así, brillando con preciosos colores y dibujos voluptuosos donde las paredes están secas; las figuras desvaídas en los exteriores de las casas, con guirnaldas y coronas, y volando hacia arriba y hacia abajo, y de pie en hornacinas y con aspecto más desfallecido y débil aquí y allá que en otros sitios, en contraste con algunos pequeños cupidos frescos que en una parte decorada más recientemente de la fachada despliegan lo que parece un manto pero que en realidad es un reloj de sol —las calles empinadas, empinadas, colina arriba, de pequeños palacios (pero palacios grandísimos en realidad), con terrazas de mármol que dan a las estrechas calles—; y las iglesias espléndidas e innumerables; y el paso súbito de una calle de edificios majestuosos a un laberinto de la más inmunda miseria, que emana los hedores más malsanos, y plagado de niños medio desnudos y mundos enteros de gente sucia, constituye en conjunto, una escena asombrosa: tan vivos, y sin embargo tan muertos; tan bulliciosos, y sin embargo tan callados; tan entrometidos, y sin embargo tan tímidos y hoscos; tan absolutamente despiertos y sin embargo tan profundamente dormidos, que es una especie de intoxicación para un extranjero caminar por él y seguir y seguir y mirar alrededor. ¡Una fantasmagoría desconcertante, con toda la incoherencia de un sueño, y con todo el dolor y el placer de una realidad extravagante!

Los diferentes usos a que se dedican algunos de esos palacios, todos al mismo tiempo, es característico. Por ejemplo, el banquero inglés (mi excelente y afable amigo) tiene su oficina en un palazzo de considerables proporciones situado en la stra-

da Nuova. En el vestíbulo (cada milímetro del cual está elaboradamente pintado pero tan sucio como una comisaría londinense) vende bastones una cabeza sarracena de nariz ganchuda y abundante maraña de cabello negro (hay un hombre unido a la misma). Al otro lado de la entrada, una señora que lleva un pañuelo vistoso a modo de tocado (esposa de la cabeza sarracena, creo) vende artículos tejidos por ella misma; y a veces, flores. Un poco más allá, mendigan de vez en cuando dos o tres ciegos. A veces, los visita un hombre sin piernas que se desplaza en un carrito, pero que tiene una cara tan lozana y alegre y un cuerpo tan respetable y en forma, que parece que se hubiera hundido en el suelo hasta la cintura o asomado en un tramo de escaleras del sótano para hablar con alguien. Un poco más al fondo, duermen a veces en pleno día algunos hombres; o tal vez sean porteadores que esperan a su cliente. De ser así, meten consigo las sillas; y allí están, también. A la izquierda del vestíbulo hay una habitación pequeña: una sombrerería. En la primera planta está el banco inglés. Y también en la primera planta hay una vivienda completa y una residencia de considerable tamaño. Sabe Dios qué no habrá más arriba. Pero cuando estás allí, no has hecho más que empezar a subir las escaleras. Y sin embargo, bajas de nuevo pensando todo eso; y sales por un portón del fondo del vestíbulo en lugar de volver a la calle por donde habías entrado. El portón se cierra de golpe a tu espalda, produciendo los ecos más tristes y solitarios, y te encuentras en un patio (el patio de la misma casa), que parece no haber pisado pie humano durante cien años. Ni el más leve sonido perturba su reposo. Nadie se asoma a las lúgubres ventanas de celosía ni desanima a las hierbas del pavimento agrietado sugiriendo la posibilidad de manos que las arranquen. Verás enfrente una gigantesca imagen yacente tallada en piedra, con una urna, sobre una majestuosa pieza de rocalla artificial; de la urna penden los restos de una cañería de plomo, que vertiera en tiempos un pequeño

torrente en las rocas. Pero las cuencas oculares del gigante no están más secas que este canal ahora. Parece haber inclinado por última vez su vasija, que está casi boca abajo, y haberse sumido en un silencio pétreo después de gritar «¡Se acabó!» como un niño sepulcral.

En las calles de las tiendas las casas son mucho más pequeñas, pero de gran tamaño, pese a todo, y altísimas. Están muy sucias: sin ningún desagüe, si mi nariz es mínimamente fiable, y emanan una fragancia peculiar, como el olor a queso malísimo guardado en mantas muy calientes. A pesar de la altura de estas casas, se diría que ha habido falta de espacio en la ciudad, porque las casas nuevas se abren paso en todas partes. Siempre que ha sido posible meter una casa de vecinos ruinosa en un rincón o una grieta, se ha hecho. Si hubiera un rincón o un ángulo en el muro de una iglesia, o una grieta en cualquier otro muro sin huecos de cualquier tipo puedes estar seguro de encontrar allí alguna clase de morada. Con el aspecto de haber crecido allí como un hongo. En la residencia del Gobierno, en la del antiguo Senado, alrededor de cualquier edificio grande hay pequeños comercios pegados como parásitos a su enorme armazón. Y pese a todo eso, mires a donde mires, escaleras arriba, escaleras abajo, en cualquier sitio, en todas partes, hay casas irregulares, hundidas, sobresaliendo, en ruinas, apoyadas en las de sus vecinos, estropeándose o estropeando a las otras, hasta que una, más irregular que todas, bloquea el camino y ya no puedes ver más.

Creo que una de las zonas más deterioradas de la ciudad es la que queda junto al embarcadero. Aunque quizá sea que al asociarla con una gran cantidad de podredumbre el día de nuestra llegada se haya grabado más profundamente en mi mente. También aquí las casas son muy altas y de una infinita variedad de formas informes y tienen (como casi todas) algo que cuelga de los muchísimos ventanales y dispersa su fragan-

cia viciada en la brisa. A veces es una cortina. A veces, una alfombra. A veces, una cama. A veces, toda la colada. Pero casi siempre hay algo. Delante del sótano de estas casas hay una arcada sobre el pavimento: muy sólida, oscura y baja, como una cripta antigua. La piedra o el yeso de que esté hecha está totalmente ennegrecido. Y sobre cada uno de esos pilares negros parece que se acumula de forma espontánea todo tipo de inmundicia y de basura. Los vendedores de macarrones y de polenta montan sus puestos bajo algunos arcos; no resultan tentadores en absoluto. Los despojos del mercado de pescado, que queda muy cerca, al lado —es decir, de una callejuela donde la gente se sienta en el suelo y en diversos mamparos y barracas, y vende pescado cuando tiene algo que despachar—, y de un mercado de hortalizas construido sobre la misma base contribuyen a la decoración de este barrio. Y como todas las transacciones comerciales se llevan a cabo aquí y está lleno de gente todo el día, tiene un marcado aroma. También está aquí el Porto Franco o puerto franco (donde las mercancías de otros países no pagaban derechos de aduanas hasta que las vendían y se las llevaban, como los almacenes de depósito en Inglaterra), y dos funcionarios siniestros, con sombrero de tres picos, estaban plantados a la puerta para registrarte si querían e impedir el paso a señoras y monjes. Pues sabido es que tanto la santidad como la belleza ceden a la tentación del contrabando de la misma manera: o sea, ocultando los artículos en los holgados pliegues de sus vestidos. Así que ni la santidad ni la belleza entraban, de ningún modo.

Las calles de Génova mejorarían mediante la importación de algunos sacerdotes de aspecto agradable. Uno de cada cuatro o cinco hombres que veías en la calle era un fraile o un sacerdote; y es casi seguro que dentro o fuera de cada coche de alquiler que viaja por las carreteras circundantes vaya por lo menos un eclesiástico itinerante. No tengo conocimiento, en otras partes,

de semblantes más repulsivos que los que se encuentran entre esa pequeña nobleza. Si la escritura de la naturaleza fuera perfectamente legible, no podrían observarse mayores variedades de pereza, engaño y sopor intelectual entre ninguna clase de hombres del mundo.

Míster Pepys oyó una vez a un clérigo afirmar en su sermón para ilustrar el respeto que sentía por el oficio sacerdotal, que si encontrara a un sacerdote y a un ángel juntos, saludaría primero al sacerdote[6]. Yo prefiero la opinión de Petrarca, que cuando su discípulo Boccaccio le escribió muy atribulado por la visita de un fraile cartujo que le había amonestado por sus escritos y que afirmó ser un mensajero nombrado directamente por el cielo para tal propósito, le contestó que, por su parte, se tomaría la libertad de comprobar la veracidad de la comisión mediante la observación personal de la cara, ojos, frente, comportamiento y discurso del mensajero. Y yo no puedo sino creer, mediante semejante observación, que muchos mensajeros celestiales no acreditados pueden verse merodeando por las calles de Génova o malgastan sus vidas en otras ciudades italianas.

Quizá los capuchinos, aunque no son una congregación culta, sean como orden los más amigos del pueblo. Parece que se mezclan con la gente más directamente, como consejeros y consoladores; asisten a los enfermos y no se inmiscuyen tanto como los religiosos de otras órdenes en los secretos familiares con el propósito de imponer una influencia siniestra a sus miembros más débiles; ni parecen dominados por un deseo tan ferviente de hacer conversos y, una vez hechos, dejarlos arruinarse en alma y cuerpo. Puedes verlos con su basta indumentaria en todas las partes de la ciudad a todas horas, y pidiendo en los mercados a primera hora de la mañana. También los jesuitas se congregan en las calles y andan por ahí sigilosamente, en parejas, como gatos negros.

En algunos de los estrechos pasajes se congregan los diferentes oficios. Hay una calle de joyeros y una hilera de libreros; pero incluso en lugares en los que nadie puede ni pudo nunca entrar en coche, hay antiguos palacios imponentes rodeados de los más lúgubres muros y a los que apenas llega el sol. Muy pocos comerciantes tienen la menor idea de cómo presentar sus mercancías o disponerlas para que los clientes las vean. Si quieres comprar algo, normalmente miras por la tienda hasta que lo encuentras; entonces lo coges si está al alcance de la mano, y preguntas el precio. Aquí todo se vende en los lugares más insólitos. Si necesitas café, vas a una confitería; si quieres carne, probablemente la encuentres tras una vieja cortina de cuadros, bajando media docena de peldaños, en algún rincón retirado tan difícil de localizar como si el producto fuera veneno y su venta se castigara con la muerte en Génova.

Casi todas las boticas de Génova son centros de reunión y ocio. Allí se sentaban a la sombra hombres muy serios durante horas seguidas, pasándose un exiguo periódico de mano en mano y comentando las noticias en tono frugal y soñoliento. Dos o tres contertulios eran médicos pobres dispuestos a manifestarse en caso de urgencia y acudir de inmediato con cualquier mensajero que llegara. Los identificas por la forma de estirar el cuello para escuchar cuando entras; y por el suspiro con que se repliegan de nuevo en sus oscuros rincones al comprobar que sólo quieres un medicamento. Poca gente pasa el rato en las barberías; aunque son muy numerosas, ya que casi ningún hombre se afeita él mismo. Pero el boticario cuenta con su grupo de gandules que se recuestan entre los frascos con las manos juntas sobre la empuñadura de sus bastones. Tan silenciosos e inmóviles que o no los ves en la penumbra, o los confundes con medicamento para caballos, como me pasó a mí un día con un individuo fantasmal vestido de color verde botella y que llevaba un sombrero como un tapón.

Los genoveses son muy aficionados a ocupar cada palmo de espacio disponible dentro y fuera de la ciudad —como sus antepasados a colocar las viviendas—. Se congregan como abejas en todas las calles y callejas, en lo alto de cada pequeña cuesta, en cada pequeña tapia y en cada tramo de escaleras. Mientras tanto, y sobre todo los días de fiesta, las campanas de las iglesias doblan sin cesar; no repican ni tocan de ninguna forma conocida sino en un campaneo horrible e irregular, con una pausa súbita cada quince campanadas o así, que resulta enloquecedor. Suele realizarlo un muchacho en el campanario, que agarra el badajo o una cuerda sujeta al mismo e intenta tocar más fuerte que ningún otro muchacho empeñado en lo mismo. Se supone que el ruido resulta especialmente detestable a los malos espíritus; pero si alzas la vista hacia los badajos y ves (y oyes) a esos jóvenes cristianos así ocupados, fácilmente podrías tomarlos por el enemigo.

Hay muchos días de fiesta a principios de otoño. Todas las tiendas cierran dos veces por semana para estas fiestas. Y una noche, todas las casas del vecindario de una iglesia concreta estaban iluminadas, mientras la propia iglesia destellaba con antorchas por fuera; y se levantaba un bosquecillo de antorchas encendidas en un claro fuera de una de las puertas de la ciudad. Esa parte de la ceremonia es más bonita y singular en el campo, donde puedes localizar las casitas iluminadas toda una ladera arriba; y donde pasas las guirnaldas de velas que se consumen en la noche estrellada delante de alguna casita del camino.

En esos días suelen engalanar la iglesia del santo en cuyo honor se celebra la fiesta. Cuelgan de los arcos guirnaldas de diferentes colores bordadas en oro; se dispone especialmente el mobiliario del altar; y a veces envuelven incluso las altas columnas de arriba abajo con colgaduras bien ajustadas. La catedral está dedicada a san Lorenzo. Fuimos a verla el día de San Lorenzo por la tarde a la hora del crepúsculo. Aunque los orna-

mentos suelen ser de gusto muy dudoso, el efecto era verdaderamente soberbio en aquel preciso momento. Todo el templo estaba adornado de rojo; y el sol poniente que entraba a raudales por el cortinón rojo de la puerta principal le daba una magnificencia peculiar. Cuando se puso el sol y el interior de la iglesia fue quedando a oscuras (a no ser por unas cuantas velas que ardían en el altar mayor y algunas lamparillas de plata oscilantes), el ambiente resultaba muy misterioso y efectista. Pero sentarse en una iglesia al atardecer es como tomar una ligera dosis de opio.

Suelen pagar los adornos de la iglesia, la orquesta y las velas con el dinero recolectado en una fiesta. Si sobra algo (cosa que me parece improbable), se benefician de ello las almas del purgatorio. Y se supone que se benefician también de los esfuerzos de algunos niños pequeños que agitan las alcancías delante de algunos pequeños edificios misteriosos que semejan barreras de peaje rurales y que (cerrados habitualmente) se abren en días señalados, permitiendo ver una imagen y algunas flores en el interior.

Nada más salir de la puerta de la ciudad en la carretera de Albaro hay una casita con un altar dentro y una alcancía fija, también para las almas del purgatorio. Para fomentar aún más el espíritu caritativo hay una pintura espantosa en el yeso a ambos lados de la verja, que representa a un selecto grupo de almas abrasándose. Una de ellas tiene bigote gris y una intrincada cabeza de cabello gris, como si la hubieran sacado del escaparate de un peluquero y la hubieran echado al horno. Hela ahí, el alma más grotesca y ridícula: abrasándose eternamente al sol real y fundiéndose en el fuego ficticio por la satisfacción y perfeccionamiento (y las aportaciones) de los pobres genoveses.

Los genoveses no son muy alegres, y pocas veces los veréis bailar en las fiestas, siendo los principales lugares de esparcimiento de las mujeres las iglesias y los paseos públicos. Son en

cambio muy afables, atentos y laboriosos. Pero la laboriosidad no les hace ser pulcros, pues las viviendas suelen estar muy sucias y su principal ocupación los domingos por la mañana si hace buen tiempo es sentarse a la puerta rebuscando unos la cabeza de los otros. Pero sus viviendas están tan pegadas y son tan reducidas que si esas zonas de la ciudad hubieran sido destruidas por Masséna en la época del espantoso bloqueo, al menos habría sido un beneficio público entre tantos infortunios[7].

Se ven tantas campesinas descalzas lavando ropa en canales, arroyos y lavaderos públicos que, entre tanta suciedad, uno no puede dejar de preguntarse quién se pondrá la ropa limpia. Tienen la costumbre de colocar la ropa húmeda en una piedra lisa y golpearla con un mazo de madera plano. Y lo hacen con la misma furia que si se estuvieran vengando de la ropa en general por estar relacionada con la caída de la humanidad.

No es insólito ver echado al borde del lavadero en esos momentos, o en otra piedra lisa, a un desafortunado bebé, bien envuelto (brazos y piernas y todo) en una gran cantidad de tela, de tal forma que no puede mover ni un dedo. Esta costumbre (que puede verse representada en algunas pinturas antiguas) es general entre la gente común. Dejan a los niños en cualquier sitio sin que haya posibilidad de que se alejen gateando o se caigan accidentalmente de la cama, o lo cuelgan de un gancho de vez en cuando y lo dejan oscilando como un muñeco en una trapería inglesa sin la menor molestia para nadie.

Estaba yo sentado un día, poco después de mi llegada, en la pequeña iglesia rural de San Martino, a un par de millas de la ciudad, mientras celebraban un bautizo. Vi al sacerdote y al monaguillo con una vela grande, y a un hombre, una mujer y algunos más; pero hasta que no terminó la ceremonia no comprendí que se trataba de un bautismo, ni que el extraño instrumento rígido y pequeño que había pasado de uno a otro durante la misma como un atizador era un niño, más de lo que lo ha-

bría hecho de ser mi propio bautizo. Tomé luego al niño uno o dos minutos (cuando estaba echado en la pila) y comprobé que tenía la cara muy roja, pero estaba muy tranquilo y que no se doblaba en absoluto. Pronto dejó de sorprenderme el número de tullidos que se veía en las calles.

Hay muchos santuarios de la Virgen y de los santos, por supuesto. Generalmente en las esquinas de las calles. El recuerdo preferido a los fieles en Génova es una pintura que representa a un campesino de rodillas, con una pala y algunos otros aperos agrícolas a su lado, y a la Virgen, con el Niño Jesús en brazos, en una nube. Se trata de la leyenda de la Madonna della Guardia: una capilla situada a pocas millas en una montaña y que es muy célebre. Parece ser que este campesino vivía completamente solo en lo alto de la montaña, donde labraba la tierra y, como era un hombre devoto, rezaba a la Virgen todos los días al aire libre, porque su cabaña era muy pobre. Y cierto día, la Virgen se le apareció como en la pintura, y le dijo: «¿Por qué rezas al aire libre y sin ningún sacerdote?». El campesino repuso que porque no había iglesia ni sacerdote cerca, una excusa verdaderamente insólita en Italia. «Entonces quiero que mandes construir aquí una capilla, donde los fieles puedan rezar sus plegarias», le dijo la celestial visitante.

—Pero, *santissima Madonna* —repuso el campesino—, yo soy pobre. Y las capillas no pueden construirse sin dinero. Y hay que mantenerlas, además, porque tener una capilla y no mantenerla liberalmente es una perversidad, un pecado mortal.

Esas palabras complacieron sumamente a la Virgen.

—¡Bien! —repuso la Señora—. Hay una aldea en el valle a la izquierda, y otra aldea en el valle a la derecha, y otras en otros lugares que ayudarán complacidas a la construcción de una capilla. ¡Ve allí! Cuenta a todos lo que has visto; y no dudes de que

se conseguirá dinero suficiente para construir mi capilla ni de que se mantendrá después espléndidamente.

Y así había sido. Todo se cumplió milagrosamente. Y en prueba de esta predicción y revelación existe la capilla de la Madonna della Guardia, rica y floreciente en la actualidad.

El esplendor y variedad de las iglesias genovesas difícilmente pueden exagerarse. Sobre todo el de la iglesia de la Annunciata, construida como muchas otras a cargo de una familia noble y ahora en lento proceso de restauración; está tan elaboradamente pintada y engastada en oro desde la puerta exterior hasta lo más alto de la cúpula más alta, que parece (tal como la describe Simond en su precioso libro sobre Italia) una inmensa caja de rapé esmaltada[8]. Las iglesias más ricas suelen contar con algunos cuadros preciosos u otros adornos de gran valor, generalmente colocados al lado de figuras desgarbadas de monjes sensibleros y las baratijas y el oropel más grandes jamás vistos.

Quizá se deba a la concentración frecuente de la mente popular (y el bolsillo) en las almas del purgatorio, aunque demuestran muy poca ternura con los cuerpos de los difuntos. Para los muy pobres, hay fosas comunes junto a un ángulo exterior de las murallas y bajo un punto que sobresale de la fortificación cerca del mar —una para cada día del año—, que permanecen todas tapadas hasta que llega el turno de cada una para la recepción diaria de cadáveres. Entre los soldados de la ciudad suele haber algún suizo; más o menos. Cuando muere uno de ellos, lo entierran con un fondo aportado por sus compatriotas residentes en Génova. El que procuren ataúdes a estos hombres es motivo de gran asombro para las autoridades.

Creo que tirar a los difuntos de forma tan promiscua e indecente a tantas fosas ha de ser pernicioso. Rodea la muerte de asociaciones repugnantes relacionadas inconscientemente con aquellos a quienes se acerca la muerte. El resultado natural son

la indiferencia y el rechazo; y todas las influencias relajantes del gran dolor se ven severamente perturbadas.

Cuando fallece un *cavaliere*[9] o alguien semejante celebran una ceremonia en la catedral: disponen una serie de bancos como si fueran su ataúd y los cubren con un paño de terciopelo negro, sobre el que colocan la espada y el sombrero del difunto; hacen un pequeño círculo de asientos en torno al conjunto, y envían invitaciones oficiales a los amigos y conocidos para que acudan a sentarse allí y a oír la misa que se celebra en el altar mayor, adornado para la ocasión con un sinnúmero de velas.

Cuando mueren o están a punto de morir personas de mejor clase, sus parientes más allegados suelen ausentarse: se retiran al campo para un pequeño cambio y dejan que se deshagan del cuerpo sin ninguna supervisión por su parte. El cortejo fúnebre suele estar formado por un grupo de personas a quienes llaman *confraternita*. Ellas llevan el ataúd y se encargan del funeral también, realizando por orden todos esos oficios por los difuntos a modo de penitencia voluntaria; aunque, mezclando con su humildad cierto orgullo, se visten con un ropón y ocultan su rostro bajo una capucha, con agujeros para respirar y aberturas para los ojos. Este atavío produce un efecto espantoso, sobre todo en el caso de cierta Cofradía Azul de Génova y que, por decir poco de ellos, son horrendos y cuando los encuentras de pronto en las calles cumpliendo su piadoso cometido, parecen demonios o espíritus necrófagos.

Aunque esa costumbre puede estar expuesta al abuso que comportan muchas costumbres italianas de considerarlo un medio de establecer una cuenta corriente con el Cielo, a la que recurrir con demasiada facilidad para futuras malas acciones o para expiar pasados delitos, hay que admitir que es beneficiosa y práctica y que sin duda implica buenas obras. Un servicio voluntario como ese sin duda es mejor que la penitencia impuesta (en absoluto infrecuente) de dar tantos lengüetazos a tal o cual

piedra del suelo de la catedral; o prometer a una Virgen vestir siempre de azul durante uno o dos años. Se supone que eso proporciona gran satisfacción en las alturas; el azul (como bien se sabe) es el color preferido de la Virgen. Es muy frecuente ver caminar por las calles a mujeres que han hecho tan piadosa promesa.

Hay tres teatros en la ciudad, además de uno antiguo que ahora casi nunca se abre. El más importante —el Carlo Felice, el teatro de la ópera de Génova— es un local espléndido, muy cómodo y muy bello. Cuando llegamos actuaba en el mismo una compañía de cómicos, y poco después llegó una compañía de ópera de segunda fila. La gran temporada no empezará hasta el carnaval, en primavera. Nada me impresionó tanto en mis visitas al lugar (que fueron muy numerosas) como el comportamiento insólitamente duro y cruel del público, que protesta por el defecto más leve, no toma nada con buen humor, parece estar siempre acechando la oportunidad de abuchear y es tan severo con las actrices como con los actores. Pero como no hay ninguna otra cosa de carácter público en la que les permitan manifestar la más mínima desaprobación, quizá hayan decidido aprovechar esa oportunidad al máximo.

También hay muchos funcionarios piamonteses que gozan del privilegio de esperar impacientes en la platea prácticamente por nada: insistiendo el gobernador en que den entradas gratuitas o muy baratas a esos caballeros en todos los espectáculos públicos o semipúblicos. Son por ello los críticos más altivos e infinitamente más exigentes que si enriquecieran al desdichado director.

El Teatro diurno es un escenario cubierto al aire libre, donde se representan funciones a la luz del día por la tarde; la función empieza a las cuatro o las cinco y dura unas tres horas. Resulta curioso sentarse entre los asistentes con una buena vista de las colinas y las casas circundantes y ver a los vecinos mirando en

las ventanas, y oír las campanas de iglesias y conventos que tocan en total desacuerdo con la escena. Aparte de eso y de la novedad de ver una obra tomando el fresco mientras cae la tarde, no hay nada muy emocionante ni característico en las representaciones. Los actores son mediocres; y aunque a veces representan alguna obra de Goldoni, el repertorio es francés. Nada más peligroso que la nacionalidad para los gobiernos despóticos y los reyes asediados por los jesuitas. El Teatro de Marionetas o *Marionetti* —una famosa compañía de Milán— es sin excepción el espectáculo más gracioso que he visto en mi vida. Jamás vi algo tan exquisitamente ridículo. Parecen de uno veinte a uno y medio de alto, pero en realidad son mucho más bajos. Porque cuando un músico de la orquesta deja por casualidad el sombrero en el escenario resulta asombrosamente gigantesco y casi tapa al actor. Suelen representar una comedia y un ballet. El bufón de la comedia que vi una noche de verano es camarero de un hotel. Jamás hubo actor con semejantes dotes locomotrices desde que el mundo es mundo. Se toman grandes molestias con él. Tiene articulaciones especiales en las piernas y un ojo móvil con el que hace guiños al público de forma absolutamente insoportable para el extraño, aunque los asiduos, casi todos gente común, aceptan eso y todo lo demás como algo normal y como si fuera un hombre. Su ánimo es prodigioso. No para de agitar las piernas y de guiñar los ojos. Y hay un padre fornido con el cabello gris que se sienta de forma convencional en el proscenio y que bendice a su hija de la forma convencional que es tremendo. Nadie podría creer posible que algo que no es un hombre real pueda ser tan tedioso. Es el triunfo del arte.

En el ballet el mago escapa con la novia en el momento mismo de sus nupcias. La lleva a su cueva e intenta calmarla. Se sientan en el sofá (¡el consabido sofá!, ¡en el lugar consabido!, ¡segunda entrada frente al apuntador!) y entra una procesión de

músicos; una criatura toca un tambor y se golpea las piernas a cada golpe. Eso encanta a la novia. Aparecen los bailarines. Primero cuatro, luego dos; los dos de color carne. ¡Qué forma de bailar!, ¡qué brincos tan altos!, ¡y su forma increíble e inhumana de dar vueltas! La revelación de sus piernas ridículas; la caída con una pausa de puntillas cuando la música lo requiere; el repliegue del caballero cuando es el turno de la dama; y el repliegue de la dama cuando es el turno del caballero; la pasión final de la variación; ¡y la salida con un salto! No volveré a ver un ballet de verdad con semblante sereno.

Otra noche fui a ver esos títeres actuar en una obra titulada *Santa Elena o la muerte de Napoleón*. Primero aparecía Napoleón, con una cabeza inmensa, sentado en un sofá en su aposento de Santa Elena; luego su ayuda de cámara le anunciaba:

—*Sir You ud se on Lou*[10].

Sir Hudson era un hombre descomunal comparado con Napoleón; horrorosamente feo (¡tendríais que haber visto su uniforme!); con una cara monstruosamente desproporcionada y un enorme terrón por mandíbula para expresar su carácter tiránico y obstinado. Inició su método de persecución llamando a su prisionero *General Buonaparte*, a lo que el segundo replicó con la más profunda tragedia:

—No me llame así, sir Yu ud se on. ¡Repita esa frase y déjeme! Soy Napoleón, emperador de Francia.

Sir Yu ud se on no se inmutó y pasó a entretenerle con una ordenanza del gobierno británico, que regulaba las condiciones que debía conservar y el mobiliario de sus habitaciones, y que limitaba sus ayudantes a cuatro o cinco personas.

—¡Cuatro o cinco para mí! —exclamaba Napoleón—. ¡Yo, que hace poco tenía cien mil hombres a mi mando; y este oficial inglés habla de cuatro o cinco para mí!

Durante la obra, Napoleón (que hablaba de forma muy parecida al verdadero Napoleón, y que se perdía continuamente en breves soliloquios) era implacable con «esos oficiales ingleses» y «esos soldados ingleses» para gran regocijo de los espectadores, que se entusiasmaban cuando intimidaba a Low; y cada vez que este decía *General Buonaparte* (y lo decía siempre, recibiendo siempre la misma corrección) le maldecían; sería difícil adivinar la razón, pues bien sabe Dios que los italianos tienen pocos motivos de simpatía por Napoleón.

La obra carecía completamente de argumento, a no ser que el oficial francés disfrazado de inglés llega a proponer un plan de fuga; y lo descubren y Low ordena que le ahorquen de inmediato (no sin que antes Napoleón se negara de forma magnánima a robar su libertad). En dos parlamentos larguísimos, que Low hacía memorables concluyendo siempre con *¡yas!* —para demostrar que era inglés—, que provocaron aplausos atronadores. Napoleón se mostraba tan afectado por esta catástrofe que se desmayaba allí mismo y lo sacaban otros dos títeres. A juzgar por lo que siguió, se diría que no se recuperó nunca de la conmoción; porque en el acto siguiente aparecía en la cama (las cortinas de color blanco y carmesí), con una camisa limpia, donde una dama prematuramente vestida de luto lleva a dos niños pequeños, que se arrodillan junto al lecho, mientras él realiza un final digno, siendo su última palabra: *Vatterlo*.

Era indescriptiblemente grotesco. Las botas de Bonaparte, prodigiosamente fuera de control, hacían prodigios por su cuenta, se doblaban, se metían debajo de las mesas, se balanceaban en el aire, y a veces lo arrastraban fuera resbalando mientras estaba en plena disertación; infortunios que no resultaban menos absurdos por la permanente melancolía pintada en su cara. Para poner fin a una entrevista con Low, tenía que ir a una mesa a leer un libro. Fue el espectáculo más admirable que haya visto: inclinado sobre el volumen como un sacabotas, con

los ojos sentimentales clavados obstinadamente en el patio. Y estuvo prodigiosamente bien en la cama, con un inmenso cuello en la camisa y las manos diminutas sobre el cobertor. E igualmente el doctor Antonmmarchi, representado por un títere de largo cabello lacio, Mawworn, que, debido a algún trastorno de los hilos se cernía sobre el lecho como un buitre y emitía sus opiniones médicas en el aire. Era casi tan bueno como Low, aunque este era grandioso siempre: un bruto y un villano decidido, sin ninguna posibilidad de error. Low estuvo especialmente bien al final, cuando al oír al médico y al ayuda de cámara decir: «¡El emperador ha muerto!», sacaba su reloj y ponía fin a la pieza exclamando con característica brutalidad: «¡Ja, ja, las seis menos once minutos! ¡El general muerto y su espía ahorcado!». Y así cayó el telón, triunfalmente.

Dicen (y yo lo creo) que no hay en Italia residencia más preciosa que el Palazzo Peschiere, o Palacio de los Estanques, adonde nos trasladamos en cuanto nuestro contrato de alquiler por tres meses de la Cárcel Rosa de Albaro terminó y se rescindió.

Se alza en un alto del recinto amurallado de la ciudad: rodeado de hermosos jardines propios, adornado con estatuas, jarros, fuentes, pilones de mármol, terrazas, paseos de naranjos y limoneros, rosaledas y camelios. Todos sus aposentos son hermosos en proporciones y decoración, pero el gran salón, que hace unos cuatro metros y medio de altura, con tres ventanales al fondo, domina toda la ciudad de Génova, el puerto y el mar cercano, ofrece una de las vistas más fascinantes y agradables del mundo. Sería difícil concebir una casa más alegre y acogedora que esta, con sus amplias habitaciones en el interior; y desde luego no podría imaginarse nada más delicioso que el escenario exterior, tanto a la luz del sol como a la de la luna. Se parece más a un lugar encantado de un cuento oriental que a una residencia severa y sobria.

Poco importa que puedas vagar de una habitación a otra sin cansarte nunca de las locas fantasías de las paredes y de los techos, tan brillantes en su fresco colorido como si las hubieran pintado ayer mismo; o que un piso, o incluso el salón que da a otras ocho habitaciones, sea una espaciosa rambla; o que haya corredores y dormitorios arriba que nunca usamos, apenas visitamos y casi ni sabemos el camino; o que haya una vista de carácter absolutamente distinto en cada uno de los cuatro lados del edificio. Pero la vista desde el salón me parece un sueño. Vuelvo allí mentalmente como lo he hecho en la tranquila realidad cien veces al día; y me quedo allí de pie mirando afuera, con los dulces aromas del jardín subiendo hacia mí y envolviéndome, en un perfecto sueño de dicha.

Ahí se extiende toda la ciudad, en hermosa confusión, con su gran número de iglesias, monasterios y conventos alzándose hacia el cielo luminoso; y allá abajo a mis pies, justo donde empiezan los tejados, el parapeto de un convento solitario, en forma de galería, con una cruz de hierro al final, donde algunos días por la mañana temprano he visto a un pequeño grupo de monjas con velos oscuros deslizarse tristemente de un lado a otro y detenerse de vez en cuando a contemplar el amanecer del mundo, del que no forman parte. El antiguo monte Faccio, la colina más brillante con buen tiempo pero la más lúgubre cuando llegan las tormentas, queda a la izquierda. El Fuerte del interior de las murallas (el buen rey lo mandó construir para dominar la ciudad y abatió las casas de los genoveses por si estaban descontentos) domina los altos a la derecha. Más allá se extiende el ancho mar, enfrente; y la línea de la costa que empieza en el faro y se pierde como una simple mancha en la rosada lejanía, es la bella carretera de la costa que lleva a Niza. El jardín que queda al alcance de la mano, entre tejados y casas, todo lleno del rojo de las rosas y el fresco de las fuentecillas, es el Acqua Sola, un paseo público, donde la banda militar toca

alegremente y los velos blancos se apiñan y los nobles genoveses pasean a caballo dando vueltas y vueltas, con carruajes y atuendo de gala, aunque en absoluto con prudencia. A tiro de piedra, según parece, se sienta el público del teatro diurno, mirando hacia aquí. Pero como el escenario queda oculto, resulta extrañísimo, sin conocimiento de causa, ver sus semblantes cambiar súbitamente de la seriedad a la risa; y más extraño aún oír una y otra vez los aplausos que llenan el aire vespertino hasta que cae el telón. Pero hoy es domingo y esta tarde representan su obra mejor y más interesante. Y ahora se está poniendo el sol, con un despliegue de luz roja, verde y dorada tan espléndido que ningún lápiz ni pluma podría describirlo; y con el tañido de las campanas que tocan a vísperas se impone la oscuridad súbitamente, sin crepúsculo. Luego, empiezan a encenderse las luces en Génova y en el camino vecinal; y la linterna giratoria allá en el mar destella un instante en la fachada y el pórtico de este palacio, iluminándolo como si hubiera salido de pronto una luna resplandeciente de detrás de una nube; luego, se funde en la oscuridad. Y, que yo sepa, esa es la única razón de que los genoveses lo eviten después del anochecer y crean que está encantado.

Mi memoria lo rondará muchas noches en el futuro; pero no pasará nada peor, os lo aseguro. El mismo fantasma se irá de vez en cuando, como hice yo una agradable tarde de otoño, al brillante panorama y respirará el aire matinal en Marsella.

El peluquero corpulento seguía sentado en zapatillas a la puerta de su establecimiento, pero las damas remolineantes del escaparate, con la inconstancia propia de su género, habían dejado de girar y languidecían inmóviles con sus hermosas caras vueltas hacia los rincones del local donde era imposible que llegaran los admiradores.

El vapor había llegado de Génova en una deliciosa travesía de dieciocho horas y regresaríamos por la Corniche desde Ni-

za, pues no nos había satisfecho ver sólo las afueras de las bellas ciudades que asoman en blancos grupos pintorescos entre los olivares, rocas y colinas del litoral.

El barco que partió rumbo a Niza aquella noche a las ocho en punto era muy pequeño, e iba tan atestado de mercancías que apenas había espacio para moverse; tampoco había nada para comer a bordo, excepto pan; ni otra bebida más que café. Claro que no importaba, porque llegaríamos a Niza a las ocho de la mañana. Así que cuando empezamos a parpadear a las brillantes estrellas, respondiendo involuntariamente a sus parpadeos, nos recluimos en nuestras literas del pequeño camarote atestado pero fresco, y dormimos de un tirón hasta la mañana.

El barco era la embarcación pequeña más lenta y obstinada que se haya construido jamás y entró poco antes del mediodía en el puerto de Niza, donde lo único que esperábamos era el desayuno. Pero nos habían cargado de lana. La lana sólo puede permanecer en la aduana de Marsella un período máximo de doce meses sin pagar derechos. Y es costumbre hacer falsos traslados de la lana no vendida para eludir esta ley, llevarla a algún sitio cuando está a punto de expirar el plazo de doce meses, traerla inmediatamente de nuevo, y almacenarla como si de un nuevo cargamento se tratara durante casi otros doce meses. Esa lana nuestra procedía originalmente de algún lugar de Oriente. La consignaron como producto oriental en cuanto entramos en el puerto. Por consiguiente, las autoridades dispersaron a los alegres botes dominicales, llenos de gente festiva que había salido a nuestro encuentro, nos declararon en cuarentena e izaron solemnemente una gran bandera en el mástil del embarcadero para que lo supiera toda la población.

Hacía un día muy caluroso realmente. Estábamos sin afeitar, sin lavar, sin mudar y sin comer, y no nos hacía gracia quedarnos achicharrados en el puerto con los brazos cruzados mientras la ciudad nos miraba a una distancia prudencial, y todo ti-

po de individuos patilludos con sombrero de tres picos discutían nuestra suerte en un remoto cuartel, indicando con sus gestos (los observamos detenidamente por los catalejos) que nos retendrían allí al menos una semana y que no había absolutamente nada que hacer. Pero incluso en esa crisis el valiente correo salió airoso. Telegrafió a alguien (yo no vi a nadie) relacionado con el hotel o que se puso en comunicación con el mismo para la ocasión. El telegrama recibió respuesta, y al cabo de media hora o menos se oyó un grito fuerte en la casa de guardia. Requerían al capitán. Todos ayudaron al capitán a bajar a su bote. Todos cogieron su equipaje y dijeron que nos marchábamos. El capitán se alejó remando y desapareció tras una pequeña esquina sobresaliente de la prisión de galeotes, y regresó enseguida con algo, muy enfurruñado. El valiente correo le esperaba en la borda y aceptó lo que traía como su legítimo dueño. Era un cesto de mimbre, cubierto con paño de lino; y dentro había dos botellas grandes de vino, un ave asada, un poco de pescado salado picado con ajo, una hogaza grande de pan, unos doce melocotones y algunas otras bagatelas. Cuando hubimos elegido nuestro desayuno, el valiente correo invitó a un grupo selecto a compartir el refrigerio, instándoles que no renunciaran a hacerlo por delicadeza, pues pensaba pedir otro cesto a su costa. Y así lo hizo (nadie supo cómo), y otra vez llamaron al capitán, que regresó de nuevo enfurruñado con otro cesto, del que mi simpático ayudante se ocupó igual que la vez anterior: trinchando con una navaja de su propiedad, no mucho más pequeña que una espada romana.

Todo el grupo de a bordo se solazó con las provisiones inesperadas; pero nadie lo hizo más que un francés menudo y locuaz que se emborrachó en cinco minutos, y un robusto fraile capuchino que había encantado a todos y que era uno de los mejores frailes del mundo, de verdad lo creo.

Era un individuo de unos cincuenta años extraordinariamente apuesto, de semblante franco y sincero y barba larga y tupida. Se había acercado a nosotros por la mañana temprano a preguntarnos si estábamos seguros de que llegaríamos a Niza a las once; nos explicó que necesitaba saberlo concretamente, porque si llegábamos a esa hora tendría que celebrar misa, y debía guardar ayuno, por la comunión. Mientras que si no había posibilidad de que llegara a tiempo desayunaría inmediatamente. Nos dio toda esta información creyendo que el valiente correo era el capitán del barco; y en realidad tenía más pinta de serlo él que ningún otro de a bordo. Le aseguramos que llegaríamos a tiempo, y ayunó, y conversó con todos, en ayunas, con un buen humor admirable; respondió a chistes sobre frailes con otros sobre laicos; y dijo que aunque era fraile, podría agarrar con los dientes a los hombres más fuertes del barco y arrastrarlos por la cubierta. Nadie le dio la oportunidad de demostrarlo, aunque estoy seguro de que podía haberlo hecho, pues era un individuo de porte gallardo y majestuoso incluso con su hábito de capuchino, que es el más feo y tosco que pueda haber.

Todo eso complacía tanto al locuaz francés que adoptó un aire cada vez más protector con el fraile y parecía compadecerle como a alguien que podría haber nacido también francés, a no ser por mala suerte. Aunque su protección era como la que podía ofrecer un ratón a un león, tan exagerada idea tenía de su condescendencia. Y con el entusiasmo de ese sentimiento, se ponía de vez en cuando de puntillas para palmear al fraile en la espalda.

Era demasiado tarde para la misa cuando llegaron los cestos, y el fraile se puso manos a la obra valerosamente: tomó ingentes cantidades de pan y fiambre, bebió buenos tragos de vino, fumó cigarros, tomó rapé y mantuvo una conversación ininterrumpida con todos, corriendo de vez en cuando hasta la borda para saludar a alguien con la noticia de que teníamos que salir

de la cuarentena de una u otra forma, pues él tenía que participar en la gran procesión religiosa de la tarde. Luego volvía riendo de puro buen humor, ¡mientras el francés fruncía su carita en cien mil arrugas y comentaba qué simpático y qué muchacho tan valiente era aquel fraile! El calor del sol fuera y el vino dentro dieron sueño al francés finalmente. Así que, en el punto culminante del patrocinio a su gigantesco protegido, se echó entre la lana y se puso a roncar.

Ya eran las cuatro dadas cuando nos permitieron desembarcar. El francés seguía durmiendo, sucio y cubierto de lana y de manchas de rapé, cuando el fraile desembarcó. En cuanto nos vimos libres, corrimos a lavarnos y mudarnos para asistir a la procesión con un aspecto decente, y no volví a ver al francés hasta que ocupamos nuestro puesto en la calle principal para verla pasar, cuando se colocó en primera fila, despejado y primorosamente arreglado. Se echó hacia atrás la chaquetilla, dejando a la vista un chaleco de terciopelo de rayas anchas salpicado de estrellas; luego se colocó él mismo y colocó el bastón como para desconcertar completamente y paralizar al fraile en cuanto apareciera.

La procesión era larguísima, participaba en ella un inmenso número de personas dividido en pequeños grupos; cada grupo cantaba con voz gangosa a su aire sin tener en cuenta a los otros, y el resultado era penoso. Llevaban en andas ángeles, cruces y vírgenes, rodeados de cupidos, coronas, santos, misales, infantería, velas, frailes, monjas, reliquias, y dignatarios eclesiásticos con sombreros verdes que caminaban bajo palios carmesíes: y aquí y allá, una especie de farol sagrado alzado en un palo. Permanecimos atentos para ver si llegaban los capuchinos y enseguida aparecieron sus hábitos de color castaño y sus cinturones de cordel todos juntos.

Observé al pequeño francés riéndose al imaginar al capuchino preguntándose desconcertado cuando lo viera con su

elegante chaleco: «¿Será ese mi protector? ¿Ese caballero distinguido?». ¡Ay!, no podría haber estado más equivocado. Nuestro amigo el capuchino avanzaba con los brazos cruzados y miró al pequeño francés directamente a la cara, con una expresión abstraída, afable y serena indescriptible. No había el menor rastro de reconocimiento ni de diversión en su gesto; ni la menor conciencia del pan y la carne, el vino, el rapé y los cigarros. *C'est lui-même*, oí decir al francés, un tanto vacilante. Sí, claro, era él. No era un hermano ni un sobrino muy parecidos a él. Era él. Caminaba con aire majestuoso; era uno de los superiores de la Orden y desempeñaba su papel a la perfección. Nunca hubo algo tan perfecto en su género como la manera contemplativa en que dejó que su mirada plácida se posara en nosotros, sus antiguos compañeros, como si no nos hubiera visto en la vida ni nos viera entonces. El francés se quitó al fin el sombrero, muy humillado, pero el fraile siguió caminando con la misma serenidad imperturbable; el chaleco de listas anchas se perdió entre la multitud y no volvimos a verlo.

La procesión concluyó con una descarga de mosquetería que sacudió todas las ventanas de la ciudad. Al día siguiente por la tarde salimos rumbo a Génova por la célebre Corniche, la carretera litoral.

El *vetturino*[11] italofrancés que se había comprometido a llevarnos en tres días con su coche rápido de dos caballos era un individuo despreocupado y bien parecido, cuyo desenfado y propensiones cantoras no conocían límites mientras viajábamos sin problemas. Entonces, tenía siempre una palabra, una sonrisa y un aleteo del látigo, para todas las muchachas campesinas, y fragmentos de *La sonámbula*[12] para todos los ecos. Pasaba por todos los pueblecitos con las campanillas de los caballos y sus pendientes tintineando: un auténtico meteoro galante y alegre. Pero fue muy curioso observar su actitud característica en un ligero revés de las circunstancias, cuando, en una parte

del viaje, encontramos la carretera bloqueada por un carro averiado que había volcado. Se cubrió el pelo con las manos inmediatamente, como si una combinación de todos los accidentes más nefastos de la vida hubieran caído súbitamente sobre su amada cabeza. Maldecía en francés, rezaba en italiano y caminaba de un lado a otro golpeando el suelo con los pies en un verdadero arrebato de desesperación. Había varios carreteros y muleros reunidos en torno al carro averiado, y al final un individuo de carácter original propuso que hicieran un esfuerzo conjunto para solucionar el problema y despejar el camino, una idea que sinceramente creo que no se le habría ocurrido a nuestro amigo aunque siguiéramos todavía allí. Se hizo sin mucho esfuerzo. Pero él se llevaba de nuevo las manos a la cabeza a cada pausa como si no hubiera un solo rayo de esperanza que iluminara su desgracia. En cuanto estuvo en el pescante de nuevo traqueteando briosamente colina abajo, volvió a *La sonámbula* y a las mozas como si no estuviera en manos de la fortuna desanimarlo.

Buena parte del encanto de los pueblos y aldeas de esta hermosa carretera desaparece cuando entras en ellos, pues algunos son muy míseros. Las calles son estrechas, oscuras y sucias; los habitantes, enjutos y miserables; y las ancianas consumidas, con su cabello gris e hirsuto recogido en un moño en lo alto de la cabeza como una almohadilla para llevar encima cargas, son tan feas, lo mismo en la Riviera que en Génova, que al verlas rezagadas en los portales con sus husos, o canturreando juntas en los rincones apartados, parecen una población de brujas, si bien en modo alguno sospechosas de usar escobas u otros utensilios de limpieza. Tampoco resultan muy decorativos que se diga los odres de cerdo, de uso común para guardar vino, y que cuelgan en todas partes al sol, ya que siempre conservan la forma de los mismos cerdos abotargados, sin cabeza ni patas y colgando del rabo.

Los pueblos son preciosos desde la carretera, sin embargo, con sus torres y tejados apiñados, entre los árboles de las laderas empinadas, o a la orilla de las espléndidas bahías. La vegetación es exuberante y frondosa, y las palmeras constituyen un rasgo original del pintoresco paisaje. En la ciudad de San Remo —un lugar único, construido sobre sombríos arcos abiertos de forma que puedes recorrer bajo ellos toda la ciudad— hay preciosos jardines en terrazas; en otras ciudades se oye el martilleo de los carpinteros de barcos y la construcción de pequeñas embarcaciones en la playa. En algunas anchas bahías pueden hallarse ancladas las flotas europeas. Y en todas ellas, cada pequeño grupo de casas ofrece a lo lejos una confusión encantadora de formas pintorescas y caprichosas.

La misma carretera nos ofrece nuevas bellezas a cada momento: tan pronto se eleva sobre el mar relumbrante que rompe al pie del acantilado, como gira tierra adentro siguiendo la orilla de una bahía o cruza el lecho pedregoso de una torrentera, sigue el nivel de la playa o serpentea entre peñas hendidas de múltiples formas y colores, moteada por una torre en ruinas solitaria, una de la serie de torres construidas antiguamente para proteger la costa de las invasiones de los piratas berberiscos. Y cuando su propio panorama asombroso queda atrás, y discurre por una larga serie de suburbios sobre la llanura litoral hasta Génova, entonces, las vistas cambiantes de la majestuosa ciudad y de su puerto constituyen una nueva fuente de interés, renovado por cada mansión gigantesca casi deshabitada de sus alrededores, y que alcanza su punto culminante cuando llegamos a la puerta de la ciudad y toda Génova con su hermosa bahía y las colinas circundantes aparecen súbitamente ante nosotros.

A Parma, Módena y Bolonia

Salí de Génova el 16 de noviembre rumbo a diversos lugares (entre ellos Inglaterra), pero primero a Piacenza, ciudad a la que partí en el cupé de una máquina semejante a una caravana ambulante, en compañía del valiente correo y de una dama que llevaba un perro enorme que se pasó toda la noche aullando lastimero a intervalos. Era una noche muy fría y muy húmeda; muy oscura y muy deprimente; viajamos a menos de cuatro millas por hora, y no paramos a descansar. Cambiamos de coche a las diez de la mañana en Alessandria, donde nos embutieron en otro coche (en el que ya no cabía una mosca) en compañía de un sacerdote viejísimo, un jesuita joven que iba con él —que llevaba sus breviarios y otros libros, y que, con el esfuerzo de subir al coche había dejado al descubierto un trozo de pierna rosada entre el calcetín negro y los calzones negros hasta la rodilla, que recordaba a Hamlet en el cuarto de Ofelia, sólo que se veía en ambas piernas—, un *avvocato* de la provincia y un caballero de nariz colorada que tenía un brillo que jamás había visto yo en sujeto humano alguno. De esa guisa seguimos el viaje hasta las cuatro de la tarde, siendo aún los caminos malos y el coche muy lento. Y para acabar de arreglar las cosas, el anciano sacerdote era víctima de calambres en las piernas, que le hacían dar un alarido espantoso cada diez minutos o así; entonces había que sacarlo en volandas mediante el esfuerzo conjunto de todos; el coche paraba siempre por su causa, con gran deferencia. Este trastorno y las carreteras constituían el princi-

pal tema de conversación. Por la tarde advertí que habían bajado dos pasajeros del cupé y que sólo iba uno dentro, un toscano horroroso con un enorme mostacho púrpura del que nadie podía ver las puntas cuando llevaba el sombrero puesto; así que aproveché su mejor acomodo y viajé en compañía de aquel caballero (que era muy hablador y simpático) casi hasta las once de la noche, en que el conductor nos comunicó que no podía seguir y, por consiguiente, hicimos un alto en un lugar llamado Stradella.

La posada consistía en una serie de extrañas galerías que rodeaban un patio, donde se amontonaban a la buena de Dios nuestro coche, uno o dos carros y un montón de aves y leña, de tal modo que ni sabías ni podrías haber jurado qué era un carro y qué un ave de corral. Seguimos a un hombre soñoliento con una tea encendida a una habitación fría y espaciosa donde había dos camas anchísimas sobre lo que parecían dos inmensas mesas de comedor de pino. Otra mesa de pino de dimensiones similares en el centro del suelo desnudo; cuatro ventanas; y dos sillas. Alguien dijo que aquella era mi habitación; y yo paseé por ella de un lado a otro durante una media hora o así, mirando fijamente al toscano, al anciano sacerdote, al sacerdote joven y al *avvocato* (Nariz Colorada vivía en el lugar y se había ido a casa), que estaban sentados en su cama y que también me miraban. La lúgubre extravagancia de esta etapa del viaje se interrumpe por el anuncio del Valiente (había estado cocinando), que nos comunica que la cena está lista; y pasamos todos a la cámara del sacerdote (la habitación contigua a la mía, y una réplica de la misma). El primer plato es repollo, hervido con gran cantidad de arroz en una cazuela de barro y sazonado con queso. Está tan caliente y nosotros tan helados que casi nos parece sabroso. El segundo plato son trocitos de puerco fritos con riñones de cerdo. El tercero, dos aves de corral rojas. El cuarto, dos peque-

ños pavos rojos. El quinto, un inmenso estofado de ajo con trufas y no sé qué más; y eso pone punto final al refrigerio.

Antes de poder sentarme en mi cuarto y pensar que es extremadamente húmedo, se abre la puerta y entra el Valiente transportando tal cantidad de combustible que parece el bosque de Birnam dando un paseo invernal[13]. Enciende su carga en un abrir y cerrar de ojos y prepara un tazón de brandy caliente con agua; pues esa botella suya va siempre con las estaciones y en esta no lleva sino el más puro *eau de vie*. Una vez cumplida esta hazaña, se retira para pasar la noche; y le oigo luego durante una hora, en realidad hasta que me quedo dormido, haciendo bromas en alguna dependencia (al parecer debajo de la almohada) donde fuma cigarros con un grupo de amigos de confianza. No había estado aquí en su vida, pero él nunca tarda más de cinco minutos en conocer a todo el mundo en todas partes; y seguro que en el ínterin se ha ganado la devoción entusiasta de todo el establecimiento.

Eso era a las doce de la noche. A las cuatro de la madrugada ya está en pie, más lozano que un capullo de rosa recién abierto; enciende buenos fuegos sin ningún permiso del posadero, prepara tazas de café hirviendo cuando nadie puede conseguir más que agua fría; y sale a las calles oscuras a buscar leche fresca, con la esperanza de que alguien que tenga una vaca se levante para dársela. Mientras «llegan» los caballos, yo también salgo a trompicones a la calle. Parece una piazza pequeña, en la que sopla un viento húmedo y frío que entra y sale de los arcos en una especie de pauta. Pero es noche cerrada y llueve torrencialmente; y no lo reconocería mañana, si me llevaran a verlo. ¡No lo quiera Dios!

Los caballos tardan más o menos una hora. Mientras tanto, el conductor suelta juramentos; unas veces cristianos y otras, paganos. Y cuando se trata de un juramento largo y complicado, empieza con el cristianismo y se funde con el paganismo.

Despachan a varios mensajeros; no tanto a buscar a los caballos como a buscarse unos a otros. Porque el primero no regresa y los siguientes hacen lo propio. Por fin aparecen los caballos rodeados por todos los mensajeros; algunos les dan patadas y otros tiran de ellos y todos los insultan a voces. Luego, el sacerdote anciano, el sacerdote joven, el *avvocato*, el toscano y todos los demás ocupamos nuestros asientos; y voces soñolientas procedentes de las puertas de insólitos cuchitriles en diversas partes del patio, gritan:

—*Addio corriere mio! Buon' viaggio, corriere!*

Despedidas que el correo devuelve de igual modo con una mueca monstruosa mientras nos alejamos traqueteando y bamboleándonos por el barro.

Piacenza quedaba a cuatro o cinco horas de viaje desde la posada; allí nos separamos de nuestros compañeros a la puerta del hotel, con manifestaciones de afecto recíprocas. El sacerdote anciano volvió a sufrir un calambre cuando no había recorrido la mitad del camino calle abajo; el sacerdote joven posó el paquete de libros en el umbral de una casa y le frotó amablemente las piernas. El cliente del *avvocato* estaba esperándole a la puerta del patio y le plantó en ambas mejillas sendos besos tan sonoros que mucho me temo que tuviera un caso complicado o un bolso escasamente provisto. El toscano se alejó sin prisas con un puro entre los labios y el sombrero en la mano para rastrear mejor las puntas de su alborotado bigote. El valiente correo y yo dimos una vuelta para echar una ojeada, y él empezó enseguida a distraerme con las historias privadas y los asuntos familiares de todo el grupo.

Piacenza es una ciudad antigua y oscura en decadencia. Un lugar desierto y solitario, cubierto de maleza, con murallas en ruinas; acequias medio vacías que proporcionan un pasto raquítico al ganado famélico que vaga por ellas; y casas austeras

que miran ceñudas a las del otro lado. Por ellas deambulan soñolientos soldados de uniforme raído, víctimas de la doble maldición de la pereza y la pobreza; los niños sucísimos juegan con juguetes improvisados (cerdos y barro) en las cunetas más miserables; y los perros más famélicos del mundo entran y salen de los soportales más sombríos, buscando sin cesar algo que comer sin encontrarlo nunca, por lo que parece. Un palacio misterioso y solemne, guardado por dos estatuas colosales, genios gemelos del lugar, se alza gravemente en el centro de la ciudad ociosa; y el rey de las piernas de mármol que prosperó en tiempos de las mil y una noches podría vivir satisfecho en su interior, sin tener nunca energía en su mitad superior de carne y hueso para querer salir.

¡Qué sueño extraño, acongojante y delicioso a la vez es recorrer estos lugares dormidos al sol! Cada uno parece ser la capital de todas las ciudades lúgubres y enmohecidas del ancho mundo olvidadas por Dios. Sentado en el altozano que ocupó en tiempos un bastión y donde estuvo una bulliciosa fortaleza en tiempo de los romanos, caigo en la cuenta de que hasta ahora no sabía lo que era la pereza. Seguro que el lirón se siente así antes de retirarse bajo la lana en su jaula; y la tortuga antes de enterrarse. Creo que me estoy oxidando. Que cualquier intento de pensar iría acompañado de un chirrido. Que no hay nada que hacer en ningún sitio. Que aparte de esto no existe más progreso humano, esfuerzo, ni avance de ningún tipo. Que todo el plan se detuvo aquí hace siglos y se enterró hasta el día del juicio.

¡Nunca mientras viva el valiente correo! Miradlo salir de Piacenza campanilleando y seguir tambaleante este camino en la silla de posta más alta jamás vista, de tal modo que mira por la ventanilla delantera como si atisbara sobre el muro de un jardín; mientras que el postillón, esencia concentrada de toda la mezquindad italiana, interrumpe un momento su animada

conversación para tocarse el sombrero con una reverencia a una pequeña Virgen de nariz roma poco menos raída que él mismo, que había en un guiñol de yeso fuera de la ciudad.

En Génova, y en los alrededores, guían las vides en espalderas apoyadas en toscos pilares cuadrados que no dejan de ser pintorescas en sí mismas. Pero aquí las enroscan alrededor de los árboles y las dejan trepar entre los setos; y las viñas están llenas de árboles, plantados regularmente con ese objetivo, cada uno con su propia vid enroscada y arracimada a su alrededor. Ahora tienen las hojas de un dorado intensísimo y de un rojo muy oscuro; jamás ha existido algo tan encantadoramente gracioso y lleno de belleza. La carretera discurre serpenteante millas y millas entre estas formas y colores preciosos. Guirnaldas silvestres y elegantes coronas de todas formas. Las redes de hadas que cuelgan de los grandes árboles los hacen prisioneros en broma; los montículos y montones caídos de formas exquisitas en el suelo. ¡Qué preciosos son! Y a cada poco, una larga, larguísima hilera de árboles entrelazados, como si se hubiera agarrado para bailar por el campo.

Parma tiene calles alegres y bulliciosas para ser una ciudad italiana; y por eso no es tan característica como muchos lugares de menos renombre. Exceptuando siempre la piazza recoleta, donde se apiñan en noble y espléndido reposo la catedral, el baptisterio y el campanario, antiguos edificios de un tono castaño oscuro, adornados con innumerables monstruos grotescos y criaturas fantasmagóricas talladas en mármol y en piedra roja. Sólo invadía su silenciosa presencia, cuando yo las vi, el gorjeo de los pájaros que entraban y salían en bandadas de las grietas de las piedras y de los pequeños recovecos arquitectónicos en los que habían hecho sus nidos. Estaban muy atareados subiendo del frescor de la sombra de los templos hechos por manos al aire soleado del cielo. No así los fieles del interior, que escuchaban el mismo canto soñoliento o se arrodillaban ante el

mismo tipo de imágenes y velas, o susurraban con la cabeza inclinada en confesionarios idénticos a los que habíamos visto en Génova y en todas partes.

Las pinturas deterioradas y mutiladas que cubren los muros de esta iglesia producen un efecto sumamente triste y deprimente, a mi entender. Es lastimoso ver grandes obras de arte —parte de las almas de los pintores— deteriorarse y morir como figuras humanas. La catedral está impregnada del olor a putrefacción de los frescos de Correggio. Dios sabe lo bellos que debieron de ser en tiempos. Los entendidos se extasían hoy contemplándolos, pero ningún cirujano enloquecido podría haber imaginado en su delirio más aberrante ese laberinto de piernas y brazos, esos montones de extremidades en escorzo, enmarañadas y revueltas.

Aquí hay una iglesia subterránea muy interesante, en la que parecía haber al menos un mendigo emboscado detrás de cada uno de los pilares que aguantaban el techo; y eso sin mencionar las tumbas y los altares aislados. De cada uno de esos escondites salían a mendigar renqueando hombres y mujeres de aspecto fantasmal que guiaban a otros hombres y mujeres de miembros contrahechos, bocas farfullantes, gestos paralíticos, cabezas de idiota o algún otro trastorno lamentable; y en tal número, que si los destrozados frescos de la catedral de arriba hubieran cobrado vida súbitamente y se hubieran retirado a esta iglesia subterránea no habrían podido crear mayor confusión ni mostrado despliegue de piernas y brazos más desconcertante.

Está también el monumento de Petrarca; y el baptisterio, con sus bellísimos arcos y su fachada inmensa; y hay una galería que contiene algunas pinturas muy notables, algunas de las cuales estaban copiando artistas barbudos con pequeños gorros de terciopelo que sobresalían fuera de su cabeza más que sobre la misma. Y ahí está también el palacio Farnese; y en el mismo,

uno de los espectáculos de decadencia más acongojantes que se haya visto jamás: un grandioso teatro antiguo y lúgubre, en un estado de desmoronamiento absoluto. Es una gran estructura de madera en forma de herradura. Los asientos más bajos están dispuestos al estilo romano, pero sobre los mismos más que palcos hay auténticas salas, donde se sentaban los nobles en su altivez distante. Ha caído una gran desolación sobre este teatro, incrementada por la fantasía del observador debido a su alegre propósito y a su diseño, con los que ahora sólo la carcoma puede estar familiarizada. Hace ciento diez años que no se representa aquí ninguna obra. El cielo brilla entre las rendijas del tejado. Los palcos se están desplomando, desapareciendo, y sólo los ocupan las ratas; las manchas de humedad y moho difuminan los colores y trazan mapas espectrales en el artesonado. Cuelgan algunos harapos donde hubo alegres festones en el proscenio; también el escenario está tan carcomido que lo atraviesa una estrecha galería de madera, y se hundiría al paso de cualquier visitante, enterrándolo en las sombrías profundidades de abajo. La desolación y el deterioro se graban en todos los sentidos. El aire viciado huele a moho y sabe a tierra. Los sonidos externos llegan sordos y apagados con algún rayo de sol perdido; y gusanos, carcoma y podredumbre han cambiado la superficie de la madera lo mismo que marca de asperezas el tiempo una mano suave. Si los espíritus representaran obras de teatro alguna vez, lo harían en ese escenario fantasmal.

Hacía un tiempo espléndido cuando llegamos a Módena, donde la oscuridad de los sombríos soportales que daban a las aceras que bordean la calle principal a cada lado resultaban aún más acogedores y agradables con un cielo tan brillante y prodigiosamente azul. Pasé del absoluto esplendor del día a la penumbra de una catedral, donde estaban celebrando misa mayor: ardían tenues las velas, los fieles se arrodillaban en todas direcciones ante toda suerte de altares y los sacerdotes ofician-

tes entonaban suavemente el cántico habitual en el melancólico tono bajo, lento y cansino habitual.

Salí por otra puerta, pensando lo extraño que resultaba encontrar en cada ciudad estancada ese mismo Corazón que latía con la misma pulsación monótona, el centro del mismo sistema aletargado y lánguido, y casi me mata del susto el súbito toque de la trompeta más estridente que se haya oído jamás. Acto seguido apareció doblando la esquina una compañía ecuestre de París, que formó bajo los muros de la iglesia, burlando con los cascos de sus caballos a los grifos, leones, tigres y demás monstruos de piedra y mármol que los decoran. Primero iba un noble majestuoso con abundantísimo cabello y sin sombrero, que portaba un inmenso estandarte con esta inscripción: ¡Mazeppa! [14] ¡Esta noche! Le seguía un jefe mexicano con un mazo inmenso en forma de pera al hombro, como Hércules. A continuación, seis u ocho carros de guerra romanos, y, en cada uno de ellos, una hermosa dama con faldas cortísimas y mallas de un rosa artificial, que lanzaba miradas radiantes a la multitud, en la que advertí una expresión latente de turbación y ansiedad que no pude explicarme hasta que la parte posterior abierta de cada carro me permitió ver la inmensa dificultad con que las piernas rosas se mantenían rectas sobre el irregular pavimento de la ciudad, lo que me dio una idea completamente nueva de los antiguos romanos y britanos. Cerraban el desfile varias docenas de indomables guerreros de distintas naciones que cabalgaban de dos en fondo contemplando con altivez a la sumisa población de Módena, entre la que, no obstante, se dignaron dispensar su largueza en forma de unos cuantos folletos. Tras caracolear entre los leones y los tigres y proclamar los espectáculos de la tarde a toque de trompeta, se marcharon en fila por el otro lado de la plaza, dejando tras de sí un aburrimiento nuevo mucho mayor.

El desfile se alejó, los ecos de la estridente trompeta fueron apagándose y, cuando la cola del último caballo dobló la esquina y desapareció para siempre, la gente que había salido de la iglesia para verlo volvió a entrar. Pero una anciana que se arrodillaba en el suelo cerca de la puerta lo había observado todo con grandísimo interés sin levantarse; y en ese preciso momento nuestras miradas se encontraron casualmente, con gran turbación de ambos. Ella cortó en seco nuestro embarazo santiguándose devotamente y echándose boca abajo cuan larga era ante una imagen ataviada con una falda extravagante y una corona dorada, tan parecida a una de las figuras de la procesión que la anciana tal vez creyera en aquel momento que todo había sido una visión celestial. En cualquier caso, yo le habría perdonado su interés por el circo aunque hubiera sido su confesor.

Había un viejecito encorvado de mirada encendida en la catedral que tomó muy a mal que no intentara siquiera ver el cubo (guardado en una torre) que los modeneses quitaron a los boloñeses en el siglo XIV y por el cual se hizo la guerra y que es el tema del célebre poema cómico heroico de Tassoni. Yo me daba por satisfecho contemplando el exterior de la torre y dándome un festín con la imaginación del cubo del interior; y prefería merodear a la sombra del alto *campanile* y por la catedral; ni siquiera ahora conozco personalmente el susodicho cubo.

En realidad, estábamos en Bolonia antes de que el viejecillo (o la guía) considerara que habíamos hecho los honores sólo a medias a las maravillas de Módena. Pero me complace tanto dejar atrás escenarios nuevos y seguir adelante, encontrando otros más nuevos —amén de mi actitud perversa respecto a los lugares de interés preparados e impuestos como tales—, que mucho me temo que peque contra semejantes autoridades en cada lugar que visito.

Sea como fuere, en el hermoso Camposanto de Bolonia me encontré paseando la mañana siguiente de domingo entre majestuosos sepulcros y pórticos, en compañía de una multitud de campesinos y escoltado por un pequeño cicerone de la ciudad excesivamente preocupado por el honor del lugar y empeñado en desviar mi atención de los monumentos malos sin cansarse de ensalzar los buenos. Al ver a aquel hombrecillo (tan jovial que parecía todo ojos y dientes resplandecientes) mirar nostálgicamente una zona cubierta de hierba, le pregunté quién estaba enterrado allí.

—Los pobres, signore —me contestó, encogiéndose de hombros con una sonrisa, y parándose para volver a mirarme, pues iba siempre unos pasos delante, y se quitaba el sombrero para explicar cada monumento—. ¡Sólo los pobres, signore! Es muy animado. Es muy alegre. ¡Tan verde, y tan fresco! ¡Parece una vega! Cinco —alzó todos los dedos de la mano derecha para indicar el número, algo que harán los campesinos italianos siempre que dicho número no supere el de sus diez dedos—, tengo cinco hijos pequeños enterrados ahí, signore; ahí mismo; un poco a la derecha. ¡En fin! ¡Gracias a Dios! Es muy alegre. ¡Tan verde y tan fresco! ¡Parece una vega!

Me observó con mirada penetrante, y al ver que lo lamentaba por él, tomó un pellizco de rapé (todos los cicerones toman rapé) y se inclinó levemente, en parte como reprobación por haber aludido a semejante tema y también en memoria de sus hijos y de su santo preferido. Fue la venia más sencilla y absolutamente natural que haya hecho jamás hombre alguno. Acto seguido, se quitó definitivamente el sombrero y me pidió que le permitiera enseñarme el monumento siguiente y los ojos y los dientes le brillaron más que antes.

Bolonia y Ferrara

Había un funcionario de servicio tan elegante en el cementerio donde el menudo cicerone había enterrado a sus hijos, que cuando este me indicó en un susurro que no sería ofensivo en modo alguno que le obsequiara con un par de pablos (unos diez peniques) a cambio de algún servicio especial, yo repasé incrédulo su atuendo (sombrero de tres picos, guantes de gamuza y uniforme de buena hechura con botones resplandecientes) y rechacé muy serio la propuesta con un cabeceo. Pues, por el esplendor de apariencia, era como mínimo igual al caballero ujier de la Vara Negra, y me parecía monstruosa la sola idea de que se llevara «algo así como unos seis peniques», como diría Jeremy Diddler[15]. Él se lo tomó la mar de bien, sin embargo, cuando me atreví a dárselo, y se quitó el sombrero de tres picos con un floreo que hubiera sido una ganga por el doble.

Al parecer, su cometido consistía en describir los monumentos al público: de cualquier modo, lo estaba haciendo; y cuando lo comparé «con las instituciones de mi amado país, no pude evitar las lágrimas de orgullo y júbilo», como Gulliver en el país de los gigantes. No tenía gracia; no más que una tortuga. Se rezagaba cuando lo hacía la gente, para que pudieran satisfacer su curiosidad; y realmente les permitía leer las inscripciones de las tumbas. No era incompetente ni indolente, ni grosero ni ignorante. Hablaba su propio idioma con correcta propiedad, y parecía considerarse, a su modo, una suerte de maestro público, y albergar cierto respeto por sí mismo y por los demás. En la

abadía de Westminster no tendrían a un hombre así de sacristán, lo mismo que no permitían al público ver los monumentos sin pagar (como hacen en Bolonia)[16].

De nuevo una antigua ciudad sombría, bajo el cielo brillante; con sólidas arcadas en los paseos de las calles más antiguas y arcadas más ligeras y alegres en las zonas más nuevas. De nuevo, moles de edificios religiosos y pájaros entrando y saliendo de las grietas de las piedras; y monstruos gruñendo junto a los pedestales. De nuevo, iglesias espléndidas, misas soporíferas, volutas de incienso, campanillas tintineantes, sacerdotes con vestiduras brillantes y cuadros, velas, paños de encaje en los altares, cruces, imágenes y flores artificiales.

La ciudad tiene una atmósfera de distinguida austeridad, y una melancolía especial y agradable que dejarían una impresión clara y peculiar entre una multitud de ciudades aun en el caso de que no se grabara todavía más en la memoria del viajero por las dos torres de ladrillo (bastante feas, por cierto), que se inclinan en diagonal como si hicieran una reverencia y que cierran la perspectiva de una de las calles más estrechas. Los colegios, y también las iglesias y los palacios, y de modo especial la Academia de Bellas Artes, donde hay gran cantidad de cuadros interesantes, sobre todo de Guido [Reni], Domenichino [Domenico Zampieri] y Ludovico Caracci: dadles un lugar propio en la memoria. Aunque no existieran esas obras ni hubiera ninguna otra cosa memorable, el gran meridiano del suelo de la iglesia de San Petronio, donde los rayos de sol marcan la hora entre los fieles arrodillados, le daría un curioso y agradable interés.

Bolonia estaba abarrotada de turistas, que no podían salir de la ciudad porque una inundación había cortado la carretera de Florencia; yo me alojé en la planta superior de un hotel, en una habitación aislada que nunca conseguía encontrar: tenía una cama lo bastante grande para un internado en la que no conse-

guía dormir. El principal camarero que visitaba este retiro solitario, donde no había más compañía que las golondrinas de los amplios aleros sobre la ventana, era un hombre que tenía una idea fija en relación con los ingleses. Y el tema de su inofensiva monomanía era lord Byron; le comenté de pasada en el desayuno que la estera que cubría el suelo era muy agradable en aquella estación, y se apresuró a explicarme que a milor Biron le encantaba aquel tipo de estera. Advirtió luego que yo no tomaba leche, y exclamó entusiasmado que milor Biron nunca la probaba. Supuse entonces, en mi inocencia, que el hombre había sido uno de los sirvientes de Byron; pero él me dijo que no, que simplemente tenía la costumbre de llamar *my Lord* a los caballeros ingleses; eso era todo. Añadió que lo sabía todo de él. Y para demostrarlo, lo relacionó con todos los temas imaginables, desde el vino del monte Pulciano en la cena (que se producía precisamente en una finca que había tenido), hasta la enorme cama, que era idéntica a la suya. Cuando me fui del hotel, unió a su última venia el comentario de despedida de que la carretera que yo iba a tomar había sido el paseo preferido de milor Biron; y antes de que los cascos del caballo empezaran a repiquetear en el suelo, corrió escaleras arriba, seguramente a explicar a algún otro inglés alojado en alguna otra habitación solitaria que el huésped que acababa de marcharse era la viva imagen de lord Biron.

Había llegado a Bolonia de noche —casi medianoche—, y en todo el camino hasta allí tras nuestra entrada en territorio pontificio —que no se halla, en modo alguno, magistralmente gobernado, pues las llaves de San Pedro estaban bastante oxidadas — el conductor había estado tan preocupado por el peligro de los ladrones de noche, y hasta tal punto había contagiado al valiente correo, y ambos se habían dedicado tan continuamente a parar y a subir y bajar a vigilar un baúl que iba atado detrás, que casi habría agradecido que alguien hubiera tenido la bon-

dad de llevárselo. De ahí que decidiéramos salir de Bolonia, cuando nos fuéramos, para llegar a Ferrara antes de las ocho de la noche; e hicimos un viaje muy agradable toda la tarde y el atardecer, si bien es cierto que transcurrió por una región llana, que fue haciéndose cada vez más pantanosa debido a las últimas lluvias torrenciales y al desbordamiento de ríos y arroyos.

A la hora del crepúsculo, seguí caminando solo mientras los caballos descansaban, y llegué a una escena que, mediante uno de esos singulares mecanismos mentales de los que somos plenamente conscientes, me pareció absolutamente familiar y que puedo ver ahora con nitidez. No tenía nada especial. La brisa vespertina agitaba la superficie de una triste lámina de agua, a la luz rojiza; unos cuantos árboles en la orilla. En primer plano, un grupo de campesinas jóvenes, apoyadas en el pretil de un puentecillo, miraban ora el cielo ora el agua; el bronco tañido de una campana a lo lejos; la sombra de la noche inminente sobre todas las cosas. Si me hubieran asesinado allí en una vida anterior, no me habría parecido recordar más claramente el lugar, ni habría sentido con más fuerza la sangre helada en las venas; y la mera remembranza del lugar en aquel momento se ve tan intensificada por el recuerdo imaginario, que creo que no podré olvidarlo.

¡Más solitaria, más despoblada, más desierta que ninguna otra ciudad de la solemne cofradía, vieja Ferrara! La hierba crece tan alta en las calles silenciosas, que se podría segar y secar el heno, literalmente, mientras brilla el sol. Pero el sol brilla con ardor limitado en la sombría Ferrara; y la gente que va y viene por sus calles es tan escasa que bien podría en verdad la carne de sus habitantes ser hierba y crecer en las plazas[17].

Me pregunto por qué el calderero de las ciudades italianas vivirá siempre junto al hotel o enfrente, ¡haciendo que el visitante tenga la sensación de que el martilleo es el de su propio corazón que palpita con energía aterradora! Me pregunto ¡por

qué rodearán el dormitorio celosos corredores por todas partes, llenándolo de puertas innecesarias que no pueden cerrarse, ni se abrirán, y que lindan con la negra oscuridad! Me pregunto ¡por qué no es suficiente que estos genios recelosos permanezcan toda la noche boquiabiertos ante los sueños de uno, sino que ha de haber también portillas redondas abiertas en lo alto de la pared, de forma que cuando oímos un ratón o una rata detrás de los paneles nos sugieren la idea de que alguien está raspando la pared con los pies en sus intentos de llegar a una de esas portillas para mirar dentro! Me pregunto ¡por qué colocarán los haces de leña de tal forma que no producen más efecto que una agonía de calor cuando están encendidos y llenos y una agonía de frío y asfixia en los demás momentos! Me pregunto, sobre todo, ¡por qué el principal rasgo de la arquitectura doméstica de las posadas italianas es que suba por la chimenea todo el fuego menos el humo!

Poco importa la respuesta. Caldereros, puertas, portillas, humo y haces de leña me agradaban. ¡Dadme el rostro risueño del encargado o encargada; los modales corteses; el afable deseo de complacer y ser complacido; el aire sencillo, agradable y alegre —tantas joyas engastadas en polvo— y seré suyo de nuevo mañana!

La casa de Ariosto, la prisión de Tasso, una rara catedral gótica, y más iglesias, por supuesto, son los lugares de interés de Ferrara. Pero las vistas más espléndidas son las grandes calles silenciosas y los palacios ruinosos donde ondea la hiedra en lugar de los estandartes y donde la maleza sube sigilosa las escaleras que no ha pisado nadie hace mucho tiempo.

El aspecto de esta ciudad sombría media hora antes de que salga el sol una mañana espléndida, cuando yo me marché, era tan pintoresco como irreal y fantasmagórico. No importaba que sus habitantes no se hubieran levantado de la cama aún, pues su presencia apenas se habría advertido aunque hubieran

estado todos en pie y atareados en aquel desierto. Era mejor contemplarla sin una sola figura en el cuadro: una ciudad de muertos, sin un solo superviviente solitario. La peste podría haber arrasado las calles, las plazas y los mercados; el saqueo y el asedio podrían haber arruinado las viejas mansiones, derribado puertas y ventanas y abierto brechas en los tejados. En una zona se alzaba en el aire una torre grandiosa: el único mojón de la melancólica vista. En otra, un enorme castillo se erguía altivo, rodeado por un foso: una ciudad sombría en sí misma. En las oscuras mazmorras de ese castillo decapitaron a Parisina y a su amante a altas horas de la noche[18]. La luz rojiza empezó a brillar cuando volví a mirarla, tiñendo sus muros fuera como habría teñido los interiores tantas veces en los viejos tiempos; pero por muchas señales de vida que dieran, el castillo y la ciudad podrían haber sido evitados por todas las criaturas humanas, desde el momento en que el hacha cayó sobre el último de los dos amantes: y podrían no haber vibrado nunca con otro sonido

> después del golpe que atravesó hasta el tajo
> con súbito y violento impacto[19].

El Po iba muy crecido y embravecido cuando llegamos; lo cruzamos por un puente flotante de embarcaciones, y así entramos en territorio austriaco y reanudamos el viaje por una región cubierta de agua durante algunas millas. El valiente correo y la tropa habían discutido media hora o más sobre nuestro pasaporte eterno. Pero ese era un esparcimiento diario del Valiente, que se quedaba siempre sordo cuando se acercaban los funcionarios de uniforme raído, algo que hacían continuamente, saliendo de garitos de madera a inspeccionarlo —o, en otras palabras, a suplicar— y que, sordo como una tapia a mis ruegos de que le diera algo y reanudáramos el viaje en paz, se empecinaba en injuriar al funcionario de turno en mal inglés, mientras

la cara del pobre infeliz, que no sabía lo que se decía en su desdoro, era el retrato de la congoja, enmarcado en la ventanilla.

El postillón de aquella jornada era un trotamundos tan desenfrenado y exageradamente apuesto como pueda imaginarse. Era alto, corpulento y moreno, con una abundante mata de pelo enmarañado sobre la cara y enormes bigotes negros que le llegaban hasta el cuello. Vestía un traje raído de color verde fusilero, adornado aquí y allá de rojo; sombrero puntiagudo, ajeno a toda textura, con una pluma rota y sucia en la cinta; y un pañuelo rojo encendido que le colgaba a la espalda. No iba en la silla, sino apoyado tranquilamente en una especie de apoyapiés situado delante del coche entre las colas de los caballos: el lugar perfecto para que le saltaran la tapa de los sesos de una coz en cualquier momento. El valiente correo tuvo la ocurrencia de indicar a aquel bandido la conveniencia de ir más rápido cuando viajábamos a un trote razonable. Recibió él la propuesta con un grito burlón; blandió sobre la cabeza el látigo (¡y qué látigo!, ¡más parecía un arco de fabricación casera!), alzó los talones, mucho más altos que los caballos, y desapareció en un paroxismo en algún lugar próximo al eje. Yo estaba convencido de que lo vería tirado en la carretera detrás; pero apareció de nuevo el sombrero, y al momento estaba él reposando como en un sofá, divirtiéndose con la idea y exclamando:

—¡Ja, ja! ¿Y ahora qué? ¡Diantre! ¡Más rápido todavía! ¡Haaa-la!

(La última exclamación fue un grito indescriptiblemente desafiante). Deseoso de llegar a nuestro próximo destino aquella noche, me aventuré al poco rato a repetir el experimento por mi cuenta. Produjo exactamente el mismo efecto. Allá fue el látigo con el mismo floreo desdeñoso, arriba los talones, abajo el sombrero y al momento él reapareció reposando como antes y diciéndose: «¡Ja, ja!, ¿y ahora qué? ¡Más rápido todavía! ¡Diantre! ¡Haa-la!».

Un sueño italiano

Llevaba viajando bastantes jornadas, descansando muy poco de noche y nada durante el día. La rápida e incesante sucesión de novedades que habían pasado ante mí volvían como semisueños; y una muchedumbre de objetos vagaban en grandísima confusión por mi mente mientras seguía viajando por un camino solitario. De vez en cuando, uno de ellos interrumpía, como si dijéramos, su incansable ir y venir, permitiéndome mirarlo fijamente y contemplarlo con plena nitidez. Pero al momento se disolvía como la imagen de una linterna mágica; y mientras que veía claramente una parte, vagamente otras, y algunas no las veía en absoluto, me mostraba otro de los muchos lugares que había visitado hacía poco y que persistía detrás del mismo y lo traspasaba. Y en cuanto se hacía visible, se transformaba también en otra cosa.

En determinado momento, me hallaba de nuevo ante las viejas iglesias pardas e impasibles de Módena. Mientras reconocía los curiosos pilares con monstruos lúgubres en los pedestales, me parecía verlos solos de pie en la silenciosa plaza de Padua, donde se hallaba la sobria universidad antigua, y las imágenes, ataviadas con recato, se agrupaban aquí y allá en el espacio abierto en torno a ella. Luego deambulaba por las afueras de esa agradable ciudad, admirando la pulcritud insólita de sus residencias, jardines y huertas, como los había visto pocas horas antes. En su lugar se alzaban de inmediato las dos torres de Bolonia; y el más obstinado de todos aquellos objetos se negaba a

ceder su terreno un minuto, ante el monstruoso castillo rodeado de un foso en Ferrara, que volvía con el crepúsculo rojizo como la ilustración de una novela romántica, apasionada, señoreando la ciudad solitaria, cubierta de hierba y marchita. Me hallaba, pues, sumido en esa confusión mental incoherente pero agradable a que son propensos los viajeros y que están dispuestos a fomentar con indolencia. Cada sacudida del coche en que me sentaba dormitando en la oscuridad, parecía sacar algún nuevo recuerdo de su sitio y meter en él otro; y en ese estado me quedaba dormido.

Me despertó después de un buen rato (creía yo) el ruido del carruaje al pararse. Era noche cerrada y estábamos a la orilla del mar. Había un barco negro con una caseta o cabina del mismo color lúgubre. Ocupé mi asiento en la misma, y dos hombres remaron hacia una gran luz que se veía en el mar a lo lejos.

De vez en cuando soplaba una ráfaga de viento. Agitaba el agua, sacudía el barco y arrastraba las nubes oscuras sobre las estrellas. No podía dejar de pensar lo extraño que era alejarnos navegando a aquella hora: dejar atrás la tierra y avanzar hacia la luz del mar. Enseguida se hizo más brillante; y se convirtió en un grupo de velas que titilaban y resplandecían en el agua a medida que el barco se acercaba a ellas por una especie de pista fantástica marcada en el mar con postes y pilares.

Llevaríamos flotando así sobre el agua oscura unas cinco millas, cuando la oí en sueños agitarse contra algún obstáculo próximo. Miré atentamente y vi en la oscuridad que pasábamos deslizándonos una mole negra, como la costa, pero echada sobre el agua lisa como una balsa. El jefe de los dos remeros dijo que era un lugar de enterramiento. Lleno del interés y el asombro que inspiraba un cementerio allí en el mar solitario, me volví a mirarlo mientras se alejaba y desaparecía rápidamente. Y antes de que supiera por qué o cómo, me di cuenta de que nos deslizábamos por una calle arriba, una calle fantasmal; las

casas se alzaban a ambos lados en el agua y el barco negro siguió deslizándose bajo sus ventanas. En algunas brillaban luces, e iluminaban el fondo del arroyo oscuro con sus rayos reflejados, pero todo estaba sumido en el más profundo silencio.

Así que nos adentramos en aquella ciudad fantasmal, seguimos nuestro curso por calles y callejuelas, todas llenas de agua. Algunas esquinas en las que se desviaba nuestro camino eran tan pronunciadas y angostas que parecía imposible que la barca larga y estrecha pudiera tomarlas; pero los remeros lanzaban un grito de advertencia quedo y melodioso y seguían sin pausa. A veces, los remeros de otro bote negro como el nuestro repetían el grito, reducían la velocidad (como creo que hacían los nuestros), y se cruzaban con nosotros como una sombra oscura. Otros barcos del mismo tono oscuro estaban amarrados, me pareció, a pilares pintados cerca de misteriosas puertas oscuras que daban directamente al agua. Algunos estaban vacíos; en otros dormían los remeros; vi unas figuras bajar hacia una embarcación por una lóbrega arcada del interior de un palacio, ataviadas con alegres atuendos y acompañadas de portadores de antorchas. Sólo los vi un momento; porque los tapó al instante un puente tan bajo y próximo sobre el barco que parecía a punto de caer y aplastarnos, uno de los muchos puentes desconcertantes del sueño. Seguimos flotando hacia el corazón de tan extraño lugar, rodeados de agua donde nunca hubo agua en otro lugar, grupos de casas, iglesias, moles de edificios majestuosos surgiendo de ella: y el mismo silencio extraordinario por doquier. En ese momento, cruzamos como una exhalación una corriente amplia y abierta. Y al pasar por lo que me pareció un espacioso muelle pavimentado en que las lámparas brillantes que lo iluminaban permitían ver largas hileras de arcos y pilares de construcción sólida y maciza, pero de aspecto tan ligero como guirnaldas de escarcha o telarañas —y donde vi por primera vez gente caminando—, llegamos a una escalinata que

llevaba del agua a una gran mansión, donde, tras pasar por corredores y galerías sin cuento, me eché a descansar, y me dormí con el murmullo del agua surcada por las embarcaciones que iban y venían.

El esplendor del día me despertó de ese Sueño: su frescor, movimiento y ligereza, los destellos del sol en el agua, el cielo azul claro y la brisa susurrante no pueden describirse con palabras de vigilia. Pero, desde mi ventana, contemplé los botes y embarcaciones de abajo; los mástiles, las velas, el cordaje, las banderas; a los grupos de marineros que se afanaban con los cargamentos de las embarcaciones; los amplios muelles llenos de fardos, toneles y mercancías de diferentes géneros; los buques que esperaban allí muy cerca, al alcance de la mano, con majestuosa indolencia; y las islas, coronadas de torrecillas y cúpulas espléndidas, ¡donde las cruces doradas brillaban a la luz sobre iglesias maravillosas que brotaban del mar! Bajando por la orilla del mar verde, pasando delante de la puerta y abarcando todas las calles, llegué a un lugar de belleza y grandiosidad tan sublimes que todo lo demás resultaba insignificante y desvaído comparado con su encanto fascinante.

Era una plaza, o me lo pareció; anclada, como todo lo demás, en el océano profundo. En su amplio seno se alzaba un palacio, más espléndido y majestuoso en su vejez que todos los edificios de la Tierra en la lozanía y plenitud de la juventud. Claustros y galerías —tan ligeros que podrían ser obra de hadas; y tan sólidos que los siglos los habían golpeado en vano— rodeaban el palacio y lo envolvían con una catedral, esplendorosa por los caprichosos adornos orientales. A poca distancia del pórtico, se alzaba sola una torre majestuosa, que se erguía hacia el cielo dominando el Adriático. A la orilla del canal había dos columnas siniestras de granito rojo; una tenía en el capitel una figura con escudo y espada; la otra, un león alado. A escasa distancia de ellas se alzaba una segunda torre, la más preciosa en todos

sus adornos; e incluso en ella, donde todo era rico, se alzaba un gran orbe que brillaba en azul y dorado, con los doce signos zodiacales pintados en el mismo y un remedo de sol que seguía su curso a su alrededor, mientras en lo alto, dos gigantes de bronce martilleaban las horas en una campana resonante. Una plaza rectangular de majestuosas casas de piedra blanquísima, rodeada de una arcada ligera y bellísima, formaba parte de esta escena encantada; y aquí y allá se alzaban los afilados mástiles de las banderas del fondo del suelo insustancial.

Pensé que entraba en la catedral y entré y salí entre sus muchas arcadas, cruzando toda su extensión. Una estructura grandiosa y fantástica de proporciones inmensas; radiante de mosaicos antiguos; fragante de perfumes; oscurecida por el humo de incienso; un tesoro de pedrería y metales preciosos que relumbran entre barrotes. Santificada con los cuerpos de los santos difuntos; irisada con las vidrieras de colores; oscura de maderas talladas y mármoles de colores; oscura en sus inmensas alturas y sus alargadas distancias; brillante por las lámparas de plata y las luces titilantes; irreal, fantástica, solemne, absolutamente inconcebible. Pensé que entraba en el antiguo palacio, recorriendo galerías silenciosas y cámaras del consejo, donde los antiguos gobernantes de esta señora de las aguas miraban severamente en los cuadros de las paredes y donde sus galeras de altas proas, todavía victoriosas en los lienzos, luchaban y conquistaban como antiguamente. Pensé que recorría sus regios salones clamorosos —¡vacíos ahora!— reflexionando sobre su grandeza y su poder desaparecidos, pues aquello era pasado; absolutamente pasado: oí una voz que decía: «¡Algunos símbolos de su antiguo dominio y algunas razones consoladoras de su pérdida pueden hallarse aquí, todavía!».

Soñé que me guiaban entonces a aposentos más recónditos, que comunicaban con una prisión cerca del palacio; separado

del mismo por un puente célebre que cruza una calle estrecha, y que se llamaba, soñé, *El puente de los suspiros*.

Pero antes pasé dos hendiduras irregulares de un muro de piedra; las bocas de los leones (desdentados ahora), donde, en el confuso espanto de mi sueño, creí que echaban las denuncias de hombres inocentes al infame Consejo antiguo muchas veces cuando la noche era oscura. Así que cuando vi la sala del consejo a la que llevaban a los presos para interrogarlos y la puerta por la que salían cuando los condenaban —una puerta que jamás se cerró detrás de un hombre con vida y esperanza ante sí — sentí que se me paraba el corazón en el pecho.

Fue peor aún cuando bajé del día espléndido con una antorcha en la mano a las dos series, una debajo de otra, de horribles celdas de piedra, lúgubres y espantosas. Eran oscuras como boca de lobo. Cada una tenía una tronera en el muro macizo, donde antiguamente colocaban una antorcha cada día, soñé, para que iluminara a los presos durante media hora. A su tenue y breve luz, los cautivos habían garabateado y grabado inscripciones en las bóvedas ennegrecidas. Yo las vi. Pues su trabajo con la punta de un clavo oxidado había sobrevivido a su agonía y a ellos durante muchas generaciones.

Vi una celda en la que ningún hombre permanecía más de veinticuatro horas, pues ya estaba marcado para morir antes de entrar. Al lado, otra, muy lúgubre, a la que acudía a medianoche el confesor —un monje encapuchado, de hábito pardo—, espectral de día y al aire libre, pero a la media noche y en aquella prisión tenebrosa, extintor de esperanzas y heraldo del verdugo. Pisé el lugar en que a la misma hora pavorosa el prisionero confesado fue estrangulado; y di con la mano en la puerta vergonzosa —baja y encubierta— por la que sacaban el pesado saco a un bote y se lo llevaban remando y lo hundían donde estaba castigado con la muerte echar las redes.

Alrededor de esa fortaleza de calabozos y sobre cierta parte de la misma, lamiendo los toscos muros exteriores e impregnándolos de humedad y cieno dentro, rellenando con hierbajos y residuos los huecos y las grietas como si las mismas piedras y los barrotes tuvieran bocas que tapar y proporcionando un camino fácil para el traslado de las víctimas secretas del Estado —un camino tan rápido que fuera con ellos y los precediera como un funcionario cruel— fluía la misma agua que llenaba este Sueño mío y hacía que lo pareciera incluso entonces.

Al bajar del palacio por una escalinata que creo que se llamaba de los Gigantes —tuve cierto recuerdo imaginario de un anciano que había abdicado, y que bajó más lento y más débil por ella cuando oyó la campana que proclamaba a su sucesor—, me deslicé en uno de los botes oscuros hasta que llegamos a un antiguo arsenal guardado por cuatro leones de mármol. Para hacer mi sueño más monstruoso e inverosímil, uno de ellos tenía palabras y frases en el cuerpo, inscritas sobre el mismo en época desconocida y en un idioma desconocido; por lo que su significado era un misterio para todos los hombres.

Apenas se oía ruido de martillos en este lugar para la construcción de barcos y había pocas embarcaciones en construcción; pues la grandeza de la ciudad ya no existía, como he dicho. En realidad, parecía un auténtico naufragio hallado a la deriva en el mar; una bandera extraña ondeaba en sus ilustres estaciones y al timón había extraños. Una espléndida gabarra en la que su antiguo jefe salió en determinados períodos a dominar el océano, ya no estaba allí, pensé; pero en su lugar había un modelo diminuto hecho de memoria, como la grandeza de la ciudad; y explicaba lo que había sido (así se confunden los débiles y los fuertes en el polvo) de forma casi tan elocuente como los pilares macizos, los arcos, los tejados, que se alzaban para eclipsar a las majestuosas embarcaciones que ya no tenían otra sombra ahora ni en el agua ni en la tierra.

Había un arsenal aún. Saqueado y despojado, pero arsenal pese a todo. Con un estandarte formidable tomado a los turcos, pudriéndose en el aire viciado de su celda. Allí se guardaban ricas cotas de malla que vestían los grandes guerreros; ballestas y saetas; aljabas llenas de flechas; lanzas, espadas, dagas, mazas y hachas de gruesa cabeza. Planchas de acero y de hierro forjado que convertían al noble caballo en un monstruo envuelto en escamas metálicas; y un arma de resorte, fácil de llevarse en el pecho, destinada a cumplir su misión en silencio y que servía para disparar dardos envenenados a los hombres.

Vi un armario o vitrina llena de diversos instrumentos de tortura: inventos espantosos para apretar, pellizcar, triturar y aplastar los huesos a los hombres, y partirlos y retorcerlos con el tormento de mil muertes. Delante había dos yelmos de hierro con pecheras, hecho para apretar y aplastar la cabeza a las víctimas; y cada uno tenía un pequeño tirador o botón en el que el diablo que dirigía el tormento podía apoyar el codo cómodamente y escuchar junto al oído tapiado los lamentos y confesiones del desdichado que había dentro. Tenían esa expresión adusta de la forma humana —eran moldes de rostros sudorosos, afligidos y contraídos— que resultaba difícil imaginarlos vacíos; y las terribles distorsiones que persistían en ellos parecieron seguirme cuando volví al barco y nos alejamos hasta un jardín o paseo público en el mar, donde había hierba y árboles. Pero los olvidé cuando llegué a la otra orilla y me quedé allí, en mi sueño, y miré hacia el sol poniente siguiendo el fulgor de la superficie rizada: ante mí, en el cielo y en el piélago, un resplandor carmesí; y detrás de mí, toda la ciudad descomponiéndose en rayos rojizos y violáceos sobre el agua.

En el asombro desbordante de un sueño tan extraño, apenas prestaba atención al tiempo ni tenía noción clara de su vuelo. Pero había noches y días en el mismo. Y cuando el sol estaba alto, y cuando los rayos de las lámparas se curvaban en el agua,

yo seguía a flote, creía: surcando el agua en mi embarcación oscura y salpicando los muros resbaladizos y las casas.

A veces, bajaba en la puerta de iglesias y de palacios inmensos y deambulaba de una habitación a otra, de una nave a otra, entre laberintos de espléndidos altares y antiguos monumentos; aposentos abandonados cuyo mobiliario imponente y grotesco se estaba desmoronando. Había cuadros, desbordantes de expresividad y de belleza tan imperecederas, de tanta pasión, vivacidad y fuerza, que parecían otras tantas realidades jóvenes y lozanas entre una hueste de espectros. Y las imaginaba, a menudo entremezcladas con los antiguos tiempos de la ciudad, con sus bellezas, tiranos, capitanes, patriotas, mercaderes, cortesanos, sacerdotes, más aún, con sus mismas piedras y ladrillos y lugares públicos; todos los cuales vivían de nuevo a mi alrededor, en las paredes. Luego, bajaba alguna escalinata de mármol cuyos peldaños más bajos lamía y cubría el agua y subía de nuevo a mi barco y proseguía mi sueño.

Seguí por las calles estrechas en que los carpinteros trabajaban con cepillo y formón en sus talleres y tiraban las ligeras virutas al agua, donde quedaban como maleza o se alejaban delante de mí como una maraña. Pasé delante de puertas abiertas, carcomidas por su prolongado contacto con el agua, y por las que se divisaba el brillo verde de una pequeña parra cuyas hojas temblorosas proyectaban extrañas sombras en el pavimento. Pasé muelles y terrazas donde las mujeres iban y venían airosas, cubiertas con velo y donde los ociosos tomaban el sol reclinados en las escaleras o en las losas. Pasé bajo puentes, donde también había ociosos, vagando y mirando. Debajo de balcones de piedra a una altura vertiginosa, delante de las ventanas más altas de las casas más altas. Pasé por huertos, teatros, santuarios, prodigiosas moles arquitectónicas —de estilo gótico, sarraceno—, adornadas con todos los caprichos de todos los tiempos y lugares. Pasé edificios altos y bajos, negros y blancos,

rectos y torcidos, humildes y grandiosos, resquebrajados y sólidos. ¡Zigzagueamos entre la compleja maraña de embarcaciones y lanchas y al final salimos disparados al Gran Canal! Allí, en el capricho errante de mi sueño, vi al viejo Shylock[20] ir y venir por un puente, lleno de tiendas y del murmullo de voces masculinas. Me pareció identificar a una figura como Desdémona[21], inclinada en una celosía para arrancar una flor. Y, en el sueño, imaginé que el espíritu de Shakespeare se apresuraba en algún sitio sobre el agua recorriendo la ciudad.

De noche, cuando dos luces votivas ardían ante una imagen de la Virgen, en una galería que quedaba junto a la gran catedral, cerca del tejado, imaginé que la gran plaza del león alado era una hoguera resplandeciente y que toda su arcada bullía de gente; y mientras las multitudes se divertían en espléndidos cafés que se abrían en ella y que nunca cerraban, creo, sino que permanecían abiertos toda la noche. Cuando los gigantes de bronce dieron las doce en la campana, me pareció que toda la vida y la animación de la ciudad se habían concentrado allí; y mientras me alejaba remando junto a los silenciosos embarcaderos, sólo los vi salpicados aquí y allá de barqueros dormidos envueltos en sus capas y echados cuan largos eran en las piedras.

Pero pegada a muelles e iglesias, palacios y prisiones: lamiendo sus muros e inundando los rincones secretos de la ciudad, seguía el agua siempre. Silenciosa y vigilante, envolviéndola en sus múltiples pliegues como una vieja serpiente, esperando el momento, imaginaba yo, en que la gente mirara en sus profundidades buscando alguna piedra de la antigua ciudad que había asegurado ser su señora.

Así me arrastró hasta que desperté en el antiguo mercado de Verona. He pensado muchísimas veces desde entonces en este extraño sueño en el agua, preguntándome si seguirá aún allí y si se llamará Venecia.

Por Verona, Mantua y Milán hasta Suiza, cruzando el paso del Simplón

Me daba un poco de miedo ir a Verona, no fuese a indisponerme de algún modo con Romeo y Julieta. Pero mis recelos se esfumaron en cuanto entré en la vieja plaza del mercado. Es un lugar tan fabuloso, tan exótico y pintoresco, formado por una variedad tan rica y extraordinaria de edificios fantásticos, que no podría haber nada mejor en el centro de esa romántica población, escenario de una de las historias más bellas y románticas.

Era bastante lógico ir directamente de la plaza del mercado a la casa de los Capuleto, que hoy es una pequeña posada de lo más miserable. Los bulliciosos *vetturini* y los carros del mercado embarrados se disputaban el patio, cuya inmundicia te llegaba a los tobillos y en el que había una nidada de gansos sucios; y también un perro de expresión adusta, que jadeaba malévolamente en una entrada y que, de haber existido y haber andado suelto en tiempos de Romeo, habría enganchado una pierna en cuanto la hubiera puesto en el muro. El huerto cayó en otras manos y fue parcelado hace muchos años; pero había uno junto a la casa (o en realidad, tenía que haberlo) y aún puede verse el gorro (*cappêllo*), el antiguo emblema de la familia, tallado en piedra, sobre la entrada del patio. Hay que reconocer que los gansos, el perro, los carros y los carreteros del mercado se interponían un tanto en la historia; y hubiese sido más agradable encontrar la casa vacía y poder recorrer las habitaciones tran-

quilamente. Pero el gorro resultaba muy reconfortante; y el lugar que había ocupado el jardín, también. Además la casa da una impresión de recelo y desconfianza muy apropiada, aunque es de un tamaño muy modesto. Así que quedé plenamente satisfecho con ella, como la verdadera mansión del viejo Capuleto, e igualmente agradecido en mis reconocimientos a una dama de edad madura muy poco sentimental, la *padrona* del hotel, que estaba en el umbral de la puerta mirando a los gansos; y que al menos se parecía a los Capuleto en su oronda gravidez.

La transición de la casa de Julieta a la tumba de Julieta es tan natural para el visitante como para la bella Julieta misma, o para la dignísima Julieta que ha enseñado siempre a brillar a las antorchas en todo momento[22]. Así que fui con una guía a un huerto antiquísimo que perteneciera en tiempos a un antiquísimo convento, supongo; en la cancela destrozada, me dejó entrar una mujer de ojos vivos que estaba lavando ropa; bajé por senderos entre plantas lozanas y flores recientes, fragmentos del viejo muro y montículos de color hiedra; y me enseñó un pequeño depósito o abrevadero, que la mujer de ojos vivos, secándose los brazos con el pañuelo, llamó *La tomba di Giulietta la sfortunata*. Hallándome en la mejor disposición del mundo para creer, no podía hacer más que creer lo que la mujer de ojos vivos creía; así que di crédito a sus palabras y le di a ella sus honorarios acostumbrados en efectivo. Fue un placer más que una decepción, que el lugar donde reposa Julieta estuviese olvidado. Por muy consolador que fuera para el espectro de Yorick oír las pisadas arriba sobre el pavimento y repetir su nombre veinte veces al día, es mejor para Julieta yacer fuera de la ruta de los turistas y no tener más visitas que las que llegan a las tumbas con la lluvia primaveral, el aire límpido y el sol.

¡Grata Verona! Con sus bellos palacios antiguos y el campo precioso a lo lejos, visto desde los paseos, y las majestuosas ga-

lerías con balaustradas. Con sus puertas romanas todavía en la amplia calle, que proyectan la sombra de hace mil quinientos años en la luz de hoy. Con sus iglesias recubiertas de mármol, altivas torres, rica arquitectura y viejas calles silenciosas y pintorescas, donde resonaran en tiempos los gritos de Montescos y Capuletos

> E hicieron que los viejos de Verona
> prescindiesen de su grave indumentaria
> y empuñaran las viejas armas.[23]

¡Con su río de rápida corriente, su viejo puente pintoresco, el gran castillo, los cipreses agitados por el viento y el panorama tan delicioso y tan alegre! ¡Gratísima Verona!

En el centro de la ciudad, en la piazza di Brá (un espíritu antiguo entre las realidades familiares del momento), está el gran anfiteatro romano. Se halla en tan perfecto estado de conservación y mantenimiento que pueden verse todas las gradas intactas. Los antiguos números romanos siguen sobre algunos arcos; y hay galerías, escaleras y pasadizos subterráneos para animales, y caminos tortuosos arriba y abajo como cuando miles y miles de personas furibundas entraban y salían precipitadamente, concentradas en los sangrientos espectáculos de la arena. En las sombras y huecos de los muros se acurrucan ahora los herreros con sus fraguas y algunos comerciantes de uno u otro género; en el parapeto crece la maleza, y está cubierto de hierba y de hojas. Por lo demás, apenas ha cambiado.

Después de recorrerlo todo con sumo interés, subí hasta la última grada y, tras contemplar el precioso panorama delimitado por los Alpes lejanos, me volví hacia el edificio, que parecía extenderse a mis pies como el interior de un prodigioso sombrero de paja trenzada, de ala anchísima y copa baja; las cuarenta y cuatro gradas representaban el trenzado. La comparación resulta simple y fantástica, tal como la recuerdo y por escrito, pero así se me ocurrió en el momento.

Había actuado allí poco antes una compañía ecuestre (tal vez la misma que se le había aparecido a la anciana de la iglesia de Módena) y había excavado un pequeño anillo al fondo de la arena, donde habían tenido lugar sus actuaciones, y donde se veían las marcas de los cascos de los caballos todavía recientes. Imaginé sin poder evitarlo a un grupo de espectadores congregados en una o dos de las antiguas gradas de piedra, y la gallardía de un elegante jinete, o la gracia de un polichinela, con los adustos muros mirando. Imaginé, sobre todo, la extrañeza con que contemplarían aquellos mudos romanos la escena cómica preferida del viajero inglés, en que un noble británico barrigudo (lord John), ataviado con un frac azul que le llega a los talones, pantalones de color amarillo chillón y sombrero blanco, aparece ante el público montado en un caballo con una dama inglesa (lady Betsy), ataviada con sombrero de paja y velo verde, y chaquetilla roja; y que lleva siempre en la mano un «ridículo» enorme y una sombrilla abierta.

Me pasé el resto del día recorriendo la ciudad, y creo que podría haber seguido haciéndolo hasta ahora. En un lugar, vi un teatro muy moderno, en el que acababan de representar la ópera (siempre popular en Verona) de Romeo y Julieta. En otro, vi una colección de restos griegos, romanos y etruscos, al cuidado de un anciano que podría ser una reliquia etrusca él mismo; pues era tan viejo que no tenía fuerzas suficientes para empujar la puerta de hierro, cuando abrió la cerradura, ni voz suficiente para hacerse oír cuando describía los objetos curiosos, ni vista suficiente para verlos. En otro lugar había una galería de pinturas tan pésimas realmente que era un placer verlas desmoronarse. Pero en todas partes (en las iglesias, entre los palacios, en las calles, en el puente, o a la orilla del río), Verona era siempre agradable, y lo será siempre en mi recuerdo.

Leí *Romeo y Julieta* en mi habitación de aquella posada aquella noche (ningún inglés la había leído allí antes, por supuesto) y

salí para Mantua al día siguiente al amanecer, repitiéndome (en el cupé de un ómnibus, y al lado del conductor que iba leyendo *Los misterios de París*[24]):

> No hay mundo fuera de los muros de Verona,
> sino purgatorio, tormento, el mismo infierno.
> Desterrarme de aquí es desterrarme del mundo,
> y el exilio del mundo es muerte […].[25]

lo que me recordó que al fin y al cabo sólo habían desterrado a Romeo a veinticinco millas de la ciudad, lo cual me hizo dudar de su energía y de su audacia.

¿Sería en su época tan bello el camino a Mantua? ¿Discurriría serpenteante entre las mismas praderas verdes, con el brillo de los mismos arroyos relumbrantes y salpicado de lozanas florestas de gráciles árboles?

Las montañas purpúreas se extendían también entonces en el horizonte, sin duda; y no pueden haber cambiado mucho los vestidos de esas campesinas, que llevan en el pelo un gran prendedor de plata como un «salvavidas» inglés[26]. Ni siquiera un amante desterrado podría ser insensible a una mañana luminosa y a un alba perfecta y esperanzadoras; y la propia Mantua debió de aparecérsele en el horizonte, con sus torres y murallas, y su agua, más o menos como a un ómnibus corriente. Él dio las mismas vueltas y giros bruscos, tal vez, sobre dos resonantes puentes levadizos; cruzó por el mismo puente de madera largo y cubierto; y, dejando atrás el agua cenagosa, se aproximó a la puerta de la estancada Mantua.

Si todo hombre estuviese hecho para su lugar de residencia y su lugar de residencia para él, el flaco Boticario[27] y Mantua encajarían a la perfección. Tal vez la ciudad fuera más bulliciosa entonces. En cuyo caso, el Boticario se adelantó a su tiempo, y sabía lo que sería Mantua en 1844. Ayunaba mucho y eso le ayudó a adquirir tal conocimiento.

Me alojé en el hotel del León Dorado, y estaba en mi habitación haciendo planes con el valiente correo cuando se oyó un golpecito tímido en la puerta, que daba a la galería exterior que rodeaba el patio; se asomó un hombrecillo sumamente andrajoso, y preguntó si el caballero necesitaba un cicerone para que le enseñara la ciudad. Había tanto anhelo y añoranza en su rostro enmarcado en la puerta entreabierta, y su traje desvaído, su sombrero maltrecho y el guante de estambre raído de la mano con que la sujetaba indicaban tanta pobreza (más notoria aún porque claramente se trataba de su atuendo elegante, que se había puesto apresuradamente), que tanto hubiera dado decirle que se fuera como ofenderle. Le contraté al instante y entró directamente.

Esperó de pie en un rincón mientras yo terminaba la discusión en la que estaba enzarzado, sonriendo para sí y haciendo un amago de limpiar mi sombrero con el brazo. Si sus honorarios hubiesen sido tantos napoleones como francos, no podría haber caído sobre la penumbra de su miseria tal claridad de sol, como la que iluminaba toda su persona, ahora que estaba contratado.

—¡Bueno! —dije, cuando estuve listo—, ¿nos vamos ya?

—Si el caballero quiere. Hace un día estupendo. Un poco fresco pero agradable; muy encantador. El caballero me permitirá abrir la puerta. Este es el patio de la posada. ¡El patio del León Dorado! Tenga la bondad el caballero de mirar bien dónde pisa en estas escaleras.

Ya estábamos en la calle.

—Esta es la calle del León Dorado. Este es el exterior del León Dorado. La interesante ventana de allá arriba, en el primer *piano*, la que tiene el paño de cristal roto, ¡es la ventana de la habitación del caballero!

Examiné todos aquellos objetos excepcionales y le pregunté si había mucho que ver en Mantua.

—¡Bueno! La verdad es que no. ¡No mucho! Así, así —dijo, encogiéndose de hombros a modo de excusa.

—¿Muchas iglesias?

—No. Los franceses las suprimieron casi todas.

—¿Monasterios o conventos?

—No. ¡Los franceses también! Napoleón los suprimió casi todos.

—¿Mucho negocio?

—Muy poco.

—¿Muchos forasteros?

—¡Oh, cielos!

Creí que se había desmayado.

—Entonces, ¿qué haremos cuando hayamos visto esas dos iglesias grandes? —pregunté.

Miró calle arriba y calle abajo y se frotó el mentón tímidamente; luego contestó, mirándome a la cara como si se le hubiese encendido una luz en la mente, pero apelando humildemente a mi paciencia de forma irresistible:

—¡Se puede hacer un pequeño recorrido de la ciudad, signore! *(Si può far' un piccolo giro della città).*

Era imposible no aceptar encantado la propuesta, así que nos pusimos en marcha de muy buen humor. Al tranquilizarse mentalmente, abrió su corazón y me enseñó todo lo que un cicerón podía enseñar de Mantua.

—Hay que comer —dijo—; pero ¡bah!, ¡era un sitio sin gracia, desde luego!

Sacó todo el partido posible a la basílica de San Andrés (una iglesia grandiosa) y a una zona del pavimento cercada, en la que había velas encendidas y algunas personas arrodilladas, y deba-

jo de la cual dicen que se guarda el santo grial de los antiguos romances. Despachada esa iglesia y luego otra (la catedral de San Pietro), fuimos al Museo, que estaba cerrado.

—Era todo igual —dijo él—. ¡Bah! ¡No había gran cosa dentro!

Fuimos a ver la piazza del Diavolo, construida por el demonio (sin ningún propósito concreto) en una sola noche; luego, la piazza Virgiliana, luego la estatua de Virgilio (*nuestro* poeta, dijo mi pequeño amigo, animándose un poco y ladeando el sombrero). Luego, fuimos a una especie de corral lúgubre por el que se accedía a una galería de pintura. En cuanto nos abrieron la puerta, nos vimos rodeados de unos quinientos gansos que estiraban el pescuezo y gritaban horrorosamente, como si exclamaran: «¡Vaya! ¡Aquí viene alguien a ver los cuadros! ¡No subáis! ¡No subáis!». Mientras subíamos, permanecieron muy tranquilos amontonados alrededor de la puerta, graznándose unos a otros de vez en cuando en tono bajo; pero en cuanto aparecimos de nuevo, alzaron los pescuezos como telescopios y armaron un guirigay que significaba, estoy seguro: «¿Qué, os marcháis, eh? ¿Qué os ha parecido? ¿Os ha gustado?». Nos acompañaron hasta la puerta de salida y nos arrojaron burlonamente a Mantua. Comparados con ellos, los gansos que salvaron el Capitolio eran como puerco comparado con el cerdo instruido. ¡Qué galería! Claro que preferiría su opinión sobre un tema artístico antes que los discursos de sir Joshua Reynolds[28].

En cuanto nos vimos en la calle, tras haber sido escoltados hasta allí de tan ignominioso modo, advertí la preocupación de mi buen amigo porque ya no tenía más remedio que iniciar el *piccolo giro* o pequeño recorrido por la ciudad que había propuesto antes. Pero se animó enseguida cuando propuse que visitáramos el palazzo Tè (un lugar extrañísimo, del que me habían hablado mucho), y allá nos fuimos.

El secreto de la longitud de las orejas de Midas se habría divulgado más si aquel criado suyo que se lo susurró a los juncos hubiese vivido en Mantua, donde hay juncos y cañas suficientes para haberlo publicado a los cuatro vientos. El palacio Tè se alza en un pantano, entre ese tipo de vegetación; y sin duda es uno de los lugares más extraños que he visto en mi vida.

Y no por su lobreguez, aunque es muy lóbrego. Ni por su humedad, aunque es muy húmedo. Ni por su estado, aunque se halla en un estado de desolación y abandono absoluto. Sino sobre todo por las innumerables pesadillas con que decoró su interior Giulio Romano (entre otros temas de más delicada ejecución). Hay un gigante de mirada lasciva sobre una repisa de chimenea y muchos gigantes (los titanes luchando con Júpiter) en las paredes de otra sala, tan grotescos y horrendos que parece imposible que alguien imaginara semejantes criaturas. En la sala en la que abundan estos monstruos de cara hinchada, mejillas agrietadas y toda suerte de deformaciones en el rostro y los miembros, aparecen tambaleándose bajo el peso de edificios que caen y aplastados en las ruinas; levantando masas rocosas y enterrándose debajo; esforzándose en vano por sostener los pilares de los pesados techos que se desmoronan sobre sus cabezas; y, en una palabra, sufriendo y ejecutando todo género de destrucción disparatada y demoníaca. Las figuras son grandes y exageradas hasta el máximo grado de tosquedad; el colorido es chillón y desagradable; y el efecto general (diría yo), más parecido a un agolpamiento de sangre en la cabeza del espectador que a cualquier pintura real colocada ante él por la mano de un artista. Acusaba ese efecto apoplético una mujer de aire enfermizo, cuyo aspecto, a mi entender, era atribuible al aire malsano de los pantanos; pero resultaba difícil eludir la impresión de que los gigantes la angustiaban y estaba muerta de miedo, sola en aquella cisterna agotada de palacio, entre cañas y juncos, rodeada siempre de nieblas.

Nuestro paseo por Mantua nos permitió ver alguna iglesia suprimida en casi todas las calles, empleada como almacén o para nada en absoluto, y lo más desvencijadas y desmanteladas que quepa imaginar, a menos que se derrumben en bloque. La ciudad pantanosa era tan apagada e inerte que parecía que el polvo que la cubría no hubiera seguido su curso normal, sino que se hubiera posado y hubiera cubierto su superficie como agua estancada. Pese a todo, había cierta actividad mercantil y se hacían negocios; pues había soportales de comercios llenos de judíos, donde esa gente extraordinaria estaba sentada a la entrada de sus tiendas, contemplando su surtido de artículos, prendas de lana, pañuelos de vivos colores y baratijas, y que parecían en todos los aspectos tan cautelosos y eficaces como sus hermanos de Houndsditch, Londres.

Contraté a un *vetturino* entre los cristianos del vecindario, que se comprometió a llevarnos a Milán en dos días y medio y a salir a la mañana siguiente en cuanto abrieran las puertas; regresé al León Dorado y cené opíparamente en mi habitación, un pasillo estrecho entre dos catres, con un fuego humeante delante y una cómoda detrás. A las seis de la mañana siguiente íbamos tintineando en la oscuridad a través de la niebla húmeda y fría que envolvía la ciudad; y, antes del mediodía, el cochero (natural de Mantua y que tendría unos sesenta años) empezó *a preguntar por el camino* a Milán.

Pasaba por Bozzolo, en tiempos una pequeña república y ahora una de las poblaciones más abandonadas y asoladas por la pobreza, donde el dueño de la miserable posada (¡Dios le bendiga! Era su costumbre semanal) estaba repartiendo monedas infinitesimales entre un tropel de mujeres y niños andrajosos y vociferantes que esperaba a su puerta bajo la lluvia y el viento que les diera la limosna. Seguía entre la niebla y el barro, la lluvia y las vides de guías bajas, así todo aquel día y el siguiente; el primer lugar donde dormimos fue Cremona, célebre

por las iglesias de ladrillo oscuro y por su altísimo campanario, el Torrazzo, sin mencionar los violines, que ya no produce en estos tiempos de decadencia; y el segundo, Lodi. Luego continuamos entre más barro, bruma y lluvia, por terreno pantanoso, con una niebla que los ingleses, convencidos de los propios agravios, suelen creer que sólo existe en su país; hasta que entramos en las calles pavimentadas de Milán.

Allí la niebla era tan densa que la aguja de la famosa catedral bien podría haber estado en Bombay, por lo que se veía en aquel momento. Pero cuando hicimos un alto para reponer fuerzas unos cuantos días entonces, y también cuando regresamos el verano siguiente, tuve muchas ocasiones de contemplar tan soberbio edificio en todo su esplendor.

¡Todos los cristianos rinden homenaje al santo que yace en su interior! Hay muchos santos buenos y auténticos en el santoral, pero san Carlos Borromeo cuenta con «mi cariño»(si se me permite citar a la señora Primrose[29] sobre el tema). Médico caritativo con los enfermos, amigo generoso con los pobres, y no por ciego fanatismo, sino como audaz adversario de los grandes abusos cometidos por la Iglesia romana; respeto su memoria. Y la respeto más aún porque estuvo a punto de morir a manos de un sacerdote sobornado por sacerdotes para matarle en el altar, en pago a sus esfuerzos por reformar una hermandad de monjes falsa e hipócrita. ¡Que el cielo proteja a los imitadores de san Carlos Borromeo como le protegió a él! Un Papa reformador necesitaría protección incluso ahora.

La capilla subterránea en la que se conserva el cuerpo de san Carlos ofrece el contraste más impresionante y horrendo que pueda verse en el mundo. Las velas encendidas destellan y relumbran en los altos relieves de oro y plata, delicadamente realizados por manos diestras, que representan los principales acontecimientos de la vida del santo. Piedras y metales preciosos brillan y centellean por todas partes. Un torno retira lenta-

mente el frente del altar; y, tras él, en un espléndido sepulcro de oro y plata, se ve a través del alabastro la momia apergaminada de un hombre: las vestiduras pontificales con que está adornada, radiantes de diamantes, esmeraldas, y rubíes: todas las gemas valiosas y espléndidas. El montón de pobre tierra consumido en medio de tanto esplendor es más lastimoso que si yaciese sobre un montón de estiércol. No hay ni un rayo de luz aprisionado en todo el destello y el fuego de la pedrería, sino que parece burlar las cuencas polvorientas donde estuvieron los ojos. Cada hilo de seda de las ricas vestiduras parece sólo un suministro de los gusanos que hilan para los gusanos que proliferan en los sepulcros.

En el antiguo refectorio del maltrecho convento de Santa María delle Grazie está la obra de arte más famosa del mundo, quizá: la *Última Cena* de Leonardo da Vinci, con espacio para una puerta cortada en el centro por los inteligentes frailes dominicos, para facilitar sus operaciones a la hora de comer.

No estoy familiarizado con los detalles técnicos de la pintura, y sólo puedo juzgar una obra por el parecido y la perfección de la naturaleza y su combinación de formas y colores. No soy, por tanto, una autoridad respecto al «trazo» de este o aquel maestro; aunque sé muy bien (como cualquiera que lo piense un poco) que pocos grandes maestros pueden haber pintado en toda la vida la mitad de los cuadros que llevan su nombre y que muchos presuntos expertos consideran originales. Pero esto es un inciso. De la *Última Cena* sólo comentaría que en su bella composición y orden, el cuadro de Milán es maravilloso; y que, en su colorido original, o en su expresión original de cualquiera de los rostros o rasgos, no lo es. Aparte del daño causado por la humedad, el deterioro o el abandono, ha sido (como demuestra Barry) tan retocado y repintado con tal torpeza que muchas cabezas ahora son verdaderas deformidades, con parches de pintura y yeso pegados sobre ellas como tumores que distorsio-

nan completamente la expresión. Donde el artista original plasmó en un rostro la huella de su talento, que lo diferenciaba de otros pintores en un trazo o una pincelada, convirtiéndole en lo que fue, una serie de chapuceros han rellenado y pintado sucesivamente grietas y fisuras sin conseguir imitarle; y han emborronado y estropeado la obra, introduciendo por su cuenta algunos ceños o arrugas. Eso es un hecho histórico comprobado, que yo no repetiría, arriesgándome a resultar tedioso, si no hubiera observado a un caballero inglés ante el cuadro, que intentaba por todos los medios ver en lo que yo describiría como leves convulsiones ciertos detalles de expresión que ya no existen en la obra. Por todo ello, estaría bien y sería razonable que los viajeros y los críticos llegasen al acuerdo de que tuvo que ser sin duda una obra de extraordinario mérito, en tiempos, ya que, conservando tan pocas bellezas originales, el esplendor del modelo general basta para que siga siendo una obra cargada de interés y de dignidad.

Visitamos otros lugares de Milán, a su debido tiempo, y es una ciudad magnífica, aunque inconfundiblemente italiana en cuanto a que posee las características de otras ciudades mucho menos importantes. El Corso es un paseo público espléndido, sombreado por largas avenidas de árboles, por el que pasea en carruajes la aristocracia milanesa, que antes que no hacerlo preferiría pasar hambre en casa. En el majestuoso teatro de La Scala escenificaban después de la ópera un ballet dramático titulado *Prometeo*, al principio del cual unos cien o doscientos hombres y mujeres representaban a nuestra raza mortal antes de que los refinamientos de las artes y las ciencias, amores y gracias llegasen a la Tierra para ablandarla. Nunca había visto nada más eficaz. Hablando en términos generales, la acción pantomímica de los italianos es más notable por su carácter súbito e impetuoso que por su expresión delicada; pero, en este caso, la mustia monotonía, la vida tediosa, miserable, insulsa,

deprimente, las sórdidas pasiones y deseos de las criaturas humanas despojadas de esas influencias enaltecedoras a las que tanto debemos, y a cuyos promotores tan poca estimación demostramos, se expresaban de un modo realmente vigoroso y conmovedor. Yo hubiera creído casi imposible presentar esa idea con tanta fuerza en el escenario sin la ayuda del lenguaje.

Pronto dejamos atrás Milán, a las cinco de la mañana; y antes de que la estatua dorada de la cúspide de la aguja de la catedral se perdiese en el cielo azul, se alzaban en nuestro camino los Alpes, una formidable confusión de elevados picos y cordilleras, nubes y nieve.

Seguimos viajando hacia ellos hasta el anochecer; y durante todo el día vimos las cumbres que iban cambiando de forma a medida que avanzábamos. El espléndido día empezaba a declinar cuando llegamos al lago Maggiore, con sus islas preciosas. Pues, por muy fantástica y extravagante que sea la Isola Bella, y lo es, es pese a todo bella. Cualquier cosa que surja de esa agua azul, con ese escenario alrededor, tiene que serlo.

Eran las diez de la noche cuando llegamos a Domo d'Ossola, al pie del paso del Simplón. Pero como brillaba una luna resplandeciente y no había ni una nube en el cielo estrellado, no era el momento de irse a dormir ni de ir a ningún sitio, sino de continuar viajando. Así que, tras una breve espera, conseguimos un carruaje pequeño e iniciamos la subida.

Estábamos a finales de noviembre; había una capa de nieve de seis a siete palmos de grosor en la carretera de la cumbre (y en otras partes, más gruesa); el aire era gélido y cortante. Pero la serenidad de la noche y la grandiosidad del camino, con sus sombras impenetrables, su oscuridad profunda, las súbitas vueltas a la claridad de la luna y el rumor incesante de los torrentes, fueron haciendo la jornada cada vez más sublime.

En cuanto dejamos abajo las plácidas aldeas italianas, dormidas a la luz de la luna, la carretera empezó a serpentear entre árboles oscuros, y, al poco rato, salimos a una región más pelada, muy empinada y abrupta, donde brillaba la luna alta y resplandeciente. El estruendo del agua fue haciéndose más fuerte poco a poco; y aquel camino extraordinario, después de cruzar el torrente por un puente, entró entre dos enormes paredes perpendiculares de roca que bloquearon completamente la luz de la luna y sólo nos permitían ver algunas estrellas en la estrecha franja de cielo enmarcada en lo alto. Incluso eso desapareció después en la densa oscuridad de una caverna que atravesaba la carretera; la imponente catarata rugía y atronaba muy cerca, debajo, cubriendo la entrada con una bruma de espuma y humedad. Al salir de esta cueva a la luz de la luna, la carretera cruzaba un puente y ascendía serpenteando por la garganta del Gondo, de una fiereza y una grandeza indescriptibles, con precipicios lisos que se alzaban a ambos lados y que casi se encontraban arriba. Seguimos la carretera escarpada subiendo toda la noche, sin un momento de tedio. Sumidos en la contemplación de las negras peñas, las impresionantes simas y alturas, los campos nevados, las hondonadas y las torrenteras que se precipitaban estruendosas en el abismo.

Hacia el amanecer nos adentramos en la nieve, donde soplaba con furia un viento cortante. Conseguimos despertar a los habitantes de una cabaña que había en aquel páramo, alrededor de la cual aullaba lúgubremente el viento, que alzaba y arrojaba remolinos de nieve. Desayunamos algo en una habitación de troncos, pero caldeada por una estufa y bien acondicionada (como tenía que ser) para mantener a raya las tormentas glaciales. Dispusieron luego un trineo, al que engancharon cuatro caballos, y partimos en él, surcando la nieve. Proseguimos el ascenso a la gélida luz matinal, por el inmenso desierto blanco, liso y claro.

Estábamos en la cumbre de la montaña y teníamos ante nosotros la tosca cruz de madera que indicaba su máxima altitud sobre el nivel del mar, cuando la luz del sol naciente cayó de pronto en el páramo de nieve, tiñéndolo de un rojo encendido. El resplandor solitario del panorama alcanzó su punto culminante.

Seguimos deslizándonos en el trineo y apareció la hospedería fundada por Napoleón, de la que salía un grupo de campesinos viajeros, con bastones y mochilas, que habían pasado allí la noche; iban con uno o dos monjes, sus hospitalarios anfitriones, que caminaban lenta y trabajosamente con ellos, por gozar de la compañía. Fue un placer darles los buenos días, y muy agradable verles mirándonos también cuando nos volvimos a mirarlos después de un rato y comprobar que vacilaban incluso sin saber si acudir a ayudarnos, porque uno de nuestros caballos había tropezado y se había caído. Pero el caballo se levantó enseguida, con la ayuda de un carretero cuyo tiro se había quedado atascado también; le ayudamos a salir de su apuro a cambio; le dejamos seguir su camino despacio hacia ellos y seguimos suave y rápidamente al borde de un abrupto precipicio entre los pinos montanos.

Poco después volvimos a las ruedas e iniciamos el descenso, que discurría debajo de glaciares eternos, a través de galerías en arco, de las que colgaban racimos de goteantes carámbanos; por debajo y por encima de espumeantes cataratas; cerca de refugios y galerías de protección contra el peligro súbito, a través de cavernas sobre cuyos techos abovedados se deslizan en primavera los aludes y desaparecen en el abismo. Hacia abajo, por puentes elevados, y a través de terribles barrancos, una motita cambiante en la vasta desolación de hielo y nieve, y monstruosas peñas de granito; cruzamos la garganta del Saltine, ensordecidos por el torrente que se precipita entre las moles rocosas hacia la llanura, a lo lejos. Seguimos bajando despacio por los

caminos zigzagueantes que discurren entre un precipicio hacia arriba y otro hacia abajo; el paisaje va haciéndose menos abrupto y frío y el viento es cada vez más suave, hasta que al fin aparecen ante nosotros, relucientes como el oro y la plata con el deshielo y la luz del sol, las cúpulas y las torres de la iglesia de una ciudad suiza, cubiertas de metal, rojas, verdes, amarillas.

Como el tema de estos recuerdos es Italia y mi cometido, por tanto, volver allí lo antes posible, no describiré (pese a sentirme muy tentado a hacerlo) los pueblos suizos, que parecían juguetes arracimados al pie de las gigantescas montañas; ni lo confusamente que se agrupaban y amontonaban las casas, ni las calles, que eran muy estrechas para bloquear los vientos aullantes durante el invierno; ni los puentes rotos arrastrados por los torrentes impetuosos liberados súbitamente en primavera. Ni a las campesinas asomadas a las ventanas con sus grandes gorros redondos de piel como una población de portaespadas del alcalde de Londres, porque sólo se les veía la cabeza; ni el hermoso espectáculo de la ciudad de Vevey, a la orilla del tranquilo lago de Ginebra; ni la estatua de san Pedro que hay en una calle de Friburgo y que tiene en la mano la llave más grande que se haya visto jamás; ni que Friburgo es célebre por sus dos puentes colgantes y por el gran órgano de la catedral.

Ni que entre esa ciudad y Bâle, la carretera serpenteaba entre pueblos florecientes de casas de madera y techumbre de paja, ventanas protuberantes y pequeños paños de cristal redondos como monedas; ni que en cada casita suiza, con su carro cuidadosamente guardado al lado, su huertecito, su provisión de aves de corral y sus grupos de niños de mejillas rojas, se respira un ambiente de comodidad muy nueva y agradable después de Italia; ni que el atuendo de las mujeres cambió de nuevo y dejaron de verse ya portaespadas, apareciendo en su lugar lindos chalecos blancos de malla y grandes gorros negros en forma de abanico que parecían de gasa.

Ni que junto a las montañas del Jura, salpicadas de nieve e iluminadas por la luna, con la música del agua, el campo era precioso; ni que, debajo de las ventanas del hotel de los Tres Reyes de Bâle, el Rin crecido corría rápido y verde; ni que en Estrasburgo era igual de rápido pero no tan verde, y más adelante neblinoso, y que en esa época del año era una vía de comunicación mucho menos segura que la carretera de París.

Ni que la ciudad de Estrasburgo, con su antigua catedral majestuosa y sus casas antiguas de gabletes y tejados puntiagudos, constituía una pequeña galería de vistas singulares e interesantes; ni que al mediodía se congregaba una auténtica multitud en la catedral para ver dar las doce al célebre reloj. Porque cuando da las doce, su ejército de muñecos pasa por ingeniosas evoluciones; y entre ellos hay un inmenso gallo, encaramado en la cima, que canta doce veces alto y claro. Ni que era maravilloso ver a aquel gallo agitar las alas y estirar el pescuezo con grandes esfuerzos, sin conexión alguna con su propia voz, que estaba mucho más abajo, en las entrañas de la maquinaria.

Ni que la carretera de París era un mar de barro; y desde París hasta la costa un poco mejor porque se había endurecido por la helada. Ni que los acantilados de Dover eran una vista grata e Inglaterra me pareció maravillosamente limpia… aunque oscura y sin color un día de invierno, hay que reconocerlo.

Ni que, al cruzar de nuevo el canal pocos días después, hacía frío, y había hielo en las cubiertas; y una buena capa de nieve en Francia. Ni que el *malle poste* se abrió paso con dificultad por la nieve, precipitadamente, tirado en las partes accidentadas por el número que fuese de vigorosos caballos a medio galope; ni que a la entrada del patio de Correos de París, antes de amanecer, extraordinarios aventureros con montones de harapos tanteaban las calles con pequeños rastrillos a la busca de objetos.

Ni que entre París y Marsella la gruesa capa de nieve empezó a derretirse y el correo tuvo que vadear en vez de rodar más o menos las trescientas millas siguientes; se rompieron los muelles los domingos por la noche y los dos pasajeros tuvieron que esperar que los arreglaran, en míseros salones de billar, donde la espeluznante clientela se agrupaba en torno a las estufas jugando a la baraja, con cartas tan sucias y destrozadas como ellos.

Ni que en Marsella hubo una demora por el mal tiempo; y que anunciaron la salida de vapores que no salieron; o que el paquebote *Charlemagne* zarpó al fin y encontró tan mal tiempo que amenazó con dirigirse ora a Toulon, o a Niza, pero no lo hizo porque amainó el temporal y siguió hasta el puerto de Génova, donde las campanas familiares repicaron dulcemente en mi oído. Ni que había un grupo de viajeros a bordo, y uno de ellos estaba muy mareado en el camarote contiguo al mío y estaba muy enfadado por el mareo y se negó a prestar el diccionario que guardaba debajo de la almohada; con lo que obligó a sus compañeros a acudir continuamente a él para preguntarle cómo se decía en italiano terrón de azúcar, vaso de agua con coñac, hora en punto, etc., pues se empeñaba en mirarlo él con sus propios ojos mareados, negándose a confiar el libro a ningún hombre vivo.

Os habría explicado con detalle todo eso y mucho más, como Grumio[30] (aunque no viniera al caso) si no me hubiera disuadido el recuerdo de que el tema es Italia. Así que «morirá en el olvido», como la historia de Grumio.

A Roma, por Pisa y Siena

La carretera de la costa entre Génova y Spezia me parece lo más bello de Italia. A un lado, a veces muy abajo, otras, casi al nivel de la carretera, y casi siempre bordeado por rocas quebradas de múltiples formas, se extiende el mar azul, surcado aquí y allá por un pintoresco falucho; al otro lado, las altas colinas y quebradas, salpicadas de casitas blancas, olivares oscuros, iglesias rurales con sus finas torres abiertas y casas solariegas pintadas de alegres colores. En todos los ribazos y las lomas de la orilla crecen en exuberante profusión cactos silvestres y áloes; y los huertos de los pueblos resplandecientes que hay a lo largo de la carretera, rosados en verano con macizos de belladona y fragantes en otoño e invierno con naranjas y limones dorados.

Algunos pueblos están casi exclusivamente habitados por pescadores; y es agradable ver sus grandes barcos recogidos en la playa, que proyectan pequeñas manchas de sombra, en las que duermen ellos o se sientan las mujeres y los niños jugando y contemplando el mar, mientras ellos remiendan las redes en la costa. Hay un pueblo, Camoglia, con su pequeño puerto de mar, muy por debajo de la carretera, donde viven familias de marineros que tienen embarcaciones de cabotaje y comercian con España y otros lugares desde tiempo inmemorial. Visto desde la carretera, parece una maqueta minúscula brillando al sol en la orilla del agua rizada. Si se baja hasta allí siguiendo los tortuosos caminos de herradura, es la perfecta miniatura de un pueblo marinero primitivo: el lugar más agreste, salobre y pira-

tesco que haya existido jamás. Bloquean el paso grandes argollas de hierro oxidadas y cadenas de amarre, cabrestantes y fragmentos de mástiles y palos antiguos; embarcaciones resistentes para aguantar las tormentas y ropa de marineros se agitan en el pequeño puerto o son arrastradas fuera a secar sobre las piedras bañadas por el sol; en el malecón del muelle dormitan unos cuantos individuos de aspecto anfibio con las piernas colgando sobre el muro, como si tierra y mar fuesen lo mismo para ellos, y si se deslizaran en el agua se alejarían flotando, dormitando tranquilamente entre los peces; la iglesia centellea con los trofeos marinos y los exvotos de quienes se salvaron de tempestades y naufragios. A las viviendas que no lindan directamente con el puerto se llega por pasadizos bajos abovedados y por escaleras torcidas, como si por la oscuridad y por la dificultad de acceso fuesen bodegas de barcos, o míseros camarotes bajo el agua; y en todas partes huele a pescado, a algas y a cuerda vieja. La carretera de la costa que queda sobre Camoglia es célebre por las luciérnagas en la temporada de calor, sobre todo en algunas partes próximas a Génova. Paseando allí una noche oscura, la vi convertirse en un firmamento chispeante por obra de esos bellos insectos, hasta el punto de que las estrellas lejanas palidecieron frente al relampagueo y el brillo que tachonaban los olivares y laderas y llenaban el aire por todas partes. Pero no fue esa la estación en que recorrimos la carretera en nuestro viaje a Roma. Acabábamos de entrar en la segunda quincena de enero y el tiempo era muy lúgubre y sombrío; llovía mucho, además. Al cruzar el bello paso de Bracco, nos sorprendió un temporal de niebla y lluvia y viajamos el resto del camino en una nube. Podría no haber existido ningún Mediterráneo, por lo que veíamos del mismo, salvo cuando una súbita ráfaga de viento despejaba la niebla un momento y aparecía el mar agitado a una gran profundidad allá abajo, azotando embravecido las rocas lejanas y arrojando espuma. La lluvia

era incesante; todos los arroyos y los torrentes iban muy crecidos; en mi vida he oído tan ensordecedor estruendo y rugido del agua.

De ahí que cuando llegamos a Spezia nos encontráramos con que el Magra, un río sin puente en la carretera principal que va a Pisa, estaba demasiado crecido para poder cruzarlo sin peligro en el transbordador; esperamos de buen grado hasta el día siguiente por la tarde, en que ya había bajado un poco el nivel del agua. Spezia es un buen lugar para detenerse, sin embargo; en primer lugar, por su hermosa bahía; en segundo, por su posada fantasmagórica; y en tercero, por el tocado de las mujeres, que llevan un sombrerito de paja minúsculo, sujeto al pelo a un lado de la cabeza, que sin duda es el sombrero más pícaro y extraño que se haya inventado.

Cruzamos el Magra en el transbordador sin novedad (la travesía no es en modo alguno agradable cuando el río va crecido y hay mucha corriente), y llegamos a Carrara en pocas horas. A la mañana siguiente conseguimos unos jacos y fuimos a ver las canteras de mármol.

Hay cuatro o cinco cañadas grandes que se adentran por una cadena de cerros altos, hasta que no pueden seguir y se interrumpen bruscamente estranguladas por la naturaleza. Las canteras, «o cuevas», como las llaman allí, son otras tantas aberturas, en lo alto de los cerros y a ambos lados de los pasos, de las que extraen el mármol con explosivos y excavando. Las cuevas pueden resultar buenas o malas, pueden hacer rico a un hombre en poco tiempo, o arruinarle, debido al enorme gasto que suponen los trabajos para algo que puede no valer nada. Algunas de esas cuevas las abrieron los antiguos romanos, y permanecen tal como las dejaron ellos. Muchas otras se están explotando en este momento; otras se empezarán mañana, la próxima semana o el mes que viene; algunas ni se compran ni se piensa en ellas; y hay oculto por todas partes mármol sufi-

ciente para más siglos de los que han transcurrido desde que se empezó a extraer, que espera pacientemente que lo descubran.

Mientras subes y trepas penosamente por uno de esos desfiladeros empinados (tras haber dejado el caballo empapándose las cinchas una o dos millas más abajo), se oye resonar de vez en cuando entre los cerros, en un tono bajo, más silencioso que el silencio previo, un melancólico cornetazo, que es la señal para que los mineros se retiren. A continuación se oye un estruendo que retumba de cerro en cerro, quizá el ruido de grandes fragmentos de rocas que saltan por el aire; y luego sigues avanzando penosamente hasta que se oye de nuevo el aviso, en una nueva dirección, y te detienes, por miedo a quedar al alcance de la nueva explosión.

Había muchos hombres trabajando en lo alto de los cerros, en las laderas, apartando y echando abajo las masas rotas de piedra y tierra, para dejar paso a los bloques de mármol que habían quedado al descubierto. Mientras bajaban rodando empujados por manos invisibles al estrecho valle, pensé sin poder evitarlo en la profunda cañada (exactamente el mismo tipo de cañada) en que el Roj dejó a Simbad el marino; y donde los mercaderes arrojaban desde los altos grandes trozos de carne para que los diamantes se pegaran a ellos[31]. Aquí no había águilas que taparan el cielo en su calada y se abalanzaran sobre ellos; pero todo era tan violento y frenético como si hubiese cientos.

¡Pero la carretera, la carretera por la que baja el mármol, por inmensos que sean los bloques! ¡El genio del país, y el espíritu de sus instituciones, cuida esa carretera: la repara, la supervisa, la mantiene en condiciones! Imaginad un canal de agua que corriera por un lecho rocoso, lleno de montones de piedras de todas las formas y tamaños, que serpenteara valle abajo; y que fuera la carretera… ¡porque lo fue hace quinientos años! Imaginad los carros rudimentarios de hace quinientos años que to-

davía se emplean, tirados, como hace quinientos años, por bueyes, cuyos antepasados trabajaron hace quinientos años hasta morir agotados en doce meses, ¡como ahora sus desdichados descendientes, por el sufrimiento y el calvario de tan cruel trabajo! Dos yuntas, cuatro yuntas, veinte yuntas para un bloque, según su tamaño; tiene que bajar de ese modo. Muchos mueren en el camino, arrastrando sus enormes cargas; y no sólo ellos, pues a sus ardorosos conductores les fallan a veces las fuerzas y caen y mueren aplastados bajo las ruedas. Pero todo se daba por bueno hace quinientos años y así ha de ser ahora; y un ferrocarril bajando por una de esas pendientes (la cosa más fácil del mundo) sería una blasfemia.

Nos hicimos a un lado al ver que bajaba uno de esos carros, tirado sólo por una yunta de bueyes (pues no llevaba más que un bloque de mármol pequeño), y saludé, en mi fuero interno, al hombre que iba sentado en el pesado yugo, para mantenerlo en el pescuezo de los pobres animales (y que iba mirando hacia atrás, no hacia delante) como al mismo demonio del auténtico despotismo. Llevaba en la mano una vara enorme con punta de hierro; y cuando no podían seguir avanzando por el lecho inseguro del torrente y se detenían, les pinchaba con ella en el cuerpo, les pegaba en la cabeza, se la metía en la nariz y la retorcía, hasta que conseguía que avanzaran un poco más desesperados de dolor; repetía las mismas medidas disuasorias con renovada intensidad cuando volvían a pararse para que reiniciaran la marcha; los apremió y aguijoneó de ese modo hasta un lugar más abrupto de la pendiente; y cuando la angustia, el dolor punzante y la carga que arrastraban los hizo lanzarse precipicio abajo entre una nube de salpicaduras de agua, enarboló la vara sobre la cabeza y lanzó un alarido como si hubiese conseguido algo y no tuviera ni idea de que podían derribarle y aplastarle ciegamente los sesos en la carretera en el punto culminante de su triunfo.

Por la tarde fui a uno de los muchos estudios de Carrara (pues es un gran taller, lleno de copias de mármol bellamente acabadas de casi todas las figuras, grupos y bustos que conocemos) y, al principio, me pareció muy extraño que aquellas formas exquisitas, llenas de gracia, pensamiento y delicado reposo, nacieran de tanto esfuerzo, sudor y tortura. Pero pronto encontré un paralelismo y una explicación en las virtudes que surgen en terreno mísero, y en todo lo bueno que nace del pesar y la aflicción. Y, mirando por el ventanal del escultor las montañas de mármol, rojizas y resplandecientes en el ocaso del día, pero severas y solemnes hasta el final, pensé: ¡Dios mío, cuántas canteras de almas y corazones humanos, capaces de resultados mucho más bellos, se dejan encerrados y se consumen, mientras quienes viajan gozosamente por la vida evitan sus rostros cuando pasan y tiemblan ante la pesadumbre y la dureza que los ocultan!

El duque de Módena reinante, a quien pertenecía parte de ese territorio, reclamaba con orgullo el honor de ser el único soberano de Europa que no había reconocido a Luis Felipe como rey de los franceses. No era un bromista y lo decía completamente en serio. También era muy contrario a los ferrocarriles; y si hubiesen construido ciertas líneas que otros potentados estaban considerando, a ambos lados de él, quizá hubiera disfrutado de la satisfacción de tener un ómnibus que hiciese el trayecto de un extremo a otro de sus no muy vastos dominios, de una terminal a otra.

Carrara es una ciudad escarpada y pintoresca, rodeada de montañas. Pocos turistas se alojan en ella; y casi todos sus habitantes están relacionados de algún modo con el trabajo del mármol. También hay pueblos entre las cuevas, donde viven los trabajadores. Posee un pequeño y bello teatro, recién construido; y existe la curiosa costumbre de que los trabajadores formen un coro; son autodidactas y cantan de oído. Les oí inter-

pretar una ópera bufa y un acto de *Norma*[32] y la verdad es que se desenvolvían muy bien; no como la gente común de Italia en general, que (con algunas excepciones entre los napolitanos) desentonan muchísimo y tienen pésimas voces.

Desde la cumbre de una colina elevada que hay más allá de Carrara, la primera vista de la fértil llanura en que se alza la ciudad de Pisa (con Liorna, una mancha púrpura en la lisa distancia) es preciosa. Y no sólo debido a la distancia, pues el campo fértil y los ricos olivares entre los que discurre luego la carretera hacen que resulte una delicia.

Brillaba la luna cuando nos acercábamos a Pisa, y vimos durante mucho tiempo la Torre inclinada detrás de la muralla, toda torcida a aquella luz incierta: el misterioso original de las antiguas ilustraciones de los libros escolares, que presentan «Las Maravillas del Mundo». Era demasiado pequeña, como casi todo lo que asociamos primero con los tiempos y los libros escolares. Me afectó profundamente. No era en absoluto tan espectacular como yo esperaba. Fue otro de los muchos engaños del señor Harris, librero, en la esquina de Saint Paul's Churchyard de Londres. Su torre era ficción, pero esta era realidad, y una realidad pequeña en comparación. De todos modos, resultaba agradable y muy extraña, y se inclinaba tanto como la ilustración de Harris. También eran excelentes el ambiente tranquilo de Pisa, el gran cuartel que había a la entrada, con dos soldaditos sólo, las calles casi desiertas, y el Arno que pasaba por el centro de la ciudad. Así que recordé las buenas intenciones del señor Harris y no le guardé rencor, sino que le perdoné antes de la cena, y, a la mañana siguiente, fui a ver la Torre, lleno de confianza.

Tenía que haberlo sabido, pero, por alguna razón, esperaba ver su larga sombra proyectada sobre una calle pública con gente yendo y viniendo todo el día. Me sorprendió que estuviera en un lugar retirado, apartado del centro turístico general y

alfombrado con un césped verde y suave. Pero el conjunto de edificios, agrupado sobre la alfombra verdeante y a su alrededor —que incluye la torre, el baptisterio, la catedral y la iglesia del camposanto—, tal vez sea el más bello y notable del mundo entero; y agrupados allí, fuera de las transacciones y nimiedades de la ciudad, los edificios poseen un carácter singularmente venerable e impresionante. Es la esencia arquitectónica de una ciudad antigua y rica, con toda su vida corriente y sus viviendas corrientes exprimidas y eliminadas.

Simond compara la Torre con las representaciones gráficas habituales de la Torre de Babel que aparecen en los libros infantiles. Es una comparación feliz, y da una idea más clara del edificio que capítulos de fatigosas descripciones. Nada puede superar la gracia y la ligereza de la estructura; nada puede ser más notable que su aspecto general. La inclinación no es muy evidente durante la subida a lo alto (que se efectúa por una cómoda escalera); pero arriba sí, y produce la impresión de que estás en un barco escorado por el reflujo de la marea. El efecto *en el lado bajo*, por así decirlo (mirando desde la galería y viendo el eje retroceder en la base) es muy sorprendente; y vi a un viajero que se aferraba espontáneamente a la Torre después de mirar hacia abajo, como si quisiera sostenerla. También es muy curiosa la vista interior desde abajo (mirando hacia arriba, como por un tubo inclinado). La verdad es que se inclina todo lo que pueda desear el turista más optimista. El impulso natural de noventa y nueve de cada cien personas dispuestas a reclinarse en la hierba a descansar y contemplar los otros edificios probablemente sea no hacerlo debajo del lado inclinado. Por si acaso.

Las múltiples maravillas de la catedral y del baptisterio no precisan que las enumere; aunque en este caso, como en muchos otros, me resulta difícil separar el placer que me proporciona recordarlas de vuestro tedio ante el recordatorio. Hay un

cuadro de santa Agnés realizado por Andrea del Sarto, en la primera, y una variedad de ricas columnas en el segundo, que me tientan mucho.

Confío en no faltar a mi propósito de abstenerme de hacer descripciones complejas, recordando el camposanto; en el que las tumbas cubiertas de hierba están en la tierra traída hace más de seiscientos años de Tierra Santa; creo que ni la memoria más embotada podría olvidar nunca los claustros y los juegos de luces y sombras que caen en su pavimento de piedra a través de su delicada tracería. En las paredes de este lugar solemne y encantador hay antiguos frescos desdibujados y borrosos pero muy interesantes. Como suele ocurrir en Italia con casi todas las colecciones de pinturas donde hay muchas cabezas, sean del estilo que sean, una de ellas guarda siempre un sorprendente parecido casual con Napoleón. En cierta época, solía divertirme fantaseando con la idea de si aquellos pintores antiguos presentirían en su obra al hombre que se alzaría un día para desencadenar tal destrucción contra el arte, cuyos soldados convertirían en blancos grandes cuadros y estabularían sus caballos entre glorias arquitectónicas. Pero el mismo semblante corso es tan frecuente en algunas regiones italianas hoy que resulta inevitable una explicación más común de tal coincidencia.

Si Pisa fuese la séptima maravilla del mundo por su Torre, podría reclamar ser al menos la segunda o la tercera por sus mendigos. Asaltan al desdichado visitante en cada esquina, le siguen hasta todas las puertas por las que entra y le esperan pacientes con numerosos refuerzos en todas las puertas por las que saben que va a salir. El chirrido de los goznes de la puerta es la señal para un griterío general, y, en cuanto aparece, se ve rodeado y caen sobre él montones de mendigos andrajosos y deformes. Parece que encarnen toda la industria y la iniciativa de Pisa. Todo lo demás es quietud y sólo se agita el aire caliente. Paseando por las calles, las fachadas de las casas soñolientas pa-

recen la parte posterior. Están todas tan quietas y silenciosas y son tan distintas de las casas habitadas que la mayor parte de la ciudad tiene la apariencia de una ciudad al amanecer, o durante una siesta general de la población. Y se parece todavía más a esos fondos de casas de las ilustraciones corrientes, o de los grabados antiguos, en que las ventanas y las puertas se indican debidamente y se ve a un personaje (un mendigo, por supuesto) que se aleja solo en la perspectiva sin límites.

No es así Liorna (célebre por la tumba de Smollet), que es un lugar próspero, ordenado y realista, donde el comercio elimina la ociosidad. Las normas que se observan allí en relación con el comercio y los comerciantes son muy libres y liberales, y la población se beneficia de ellas. Liorna tenía mala fama por los apuñalamientos, y con razón, hay que admitirlo, pues no hace muchos años había un club de asesinos cuyos miembros no guardaban rencor a nadie en particular, pero se dedicaban a apuñalar a la gente (personas a quienes no conocían de nada) en las calles de noche, por el placer y la emoción que les proporcionaba el esparcimiento. Creo que el presidente de tan amable asociación era un zapatero. Pero lo capturaron y el club se disolvió. Quizá hubiera desaparecido de forma natural con la llegada del ferrocarril entre Liorna y Pisa, que es un buen ferrocarril y que ya ha empezado a asombrar a Italia con un precedente de puntualidad, orden, claridad y progreso (el más peligroso y herético de todos los motivos de asombro). La inauguración del primer ferrocarril italiano tuvo que causar cierta sensación en el Vaticano, como un terremoto.

Regresamos pues a Pisa, donde contratamos a un *vetturino* afable para que nos llevara a Roma en su coche de cuatro caballos y viajamos todo el día por el alegre paisaje toscano y sus pueblos agradables. Hay muchas cruces a la orilla de la carretera en esa región. Son muy curiosas: casi ninguna tiene imagen, aunque a veces sí un rostro; pero están adornadas con tallas de

todos los objetos imaginables relacionados con la muerte del Salvador. El gallo que cantó cuando Pedro negó a su Maestro por tercera vez suele estar encaramado en lo alto y, en general, es todo un fenómeno ornitológico. Debajo de él está la inscripción. Y de los brazos de la cruz cuelgan la lanza, la caña con la esponja empapada en vinagre en la punta, la túnica inconsútil que los soldados echaron a suertes, el martillo con el que clavaron los clavos, las tenazas con que los sacaron, la escalera que estaba apoyada en la cruz, la corona de espinas, el instrumento de flagelación, la lámpara con la que María acudió a la tumba (supongo) y la espada con la que Pedro mutiló al criado del sumo sacerdote, una juguetería completa de pequeños objetos, repetida cada cuatro o cinco millas a todo lo largo de la carretera.

Al final del segundo día de viaje llegamos a la hermosa ciudad de Siena. Estaban celebrando lo que llaman un carnaval; pero como todo su secreto residía en unas veinte o cuarenta personas que desfilaban por la calle principal, ataviadas con máscaras corrientes de juguetería, y más melancólicas, si cabe, que el mismo tipo de gente de Inglaterra, no añadiré nada. Al día siguiente por la mañana temprano fuimos a ver la catedral, que es maravillosamente pintoresca por dentro y por fuera, sobre todo por fuera, y también la plaza del mercado o plaza Mayor, muy amplia: tiene una gran fuente rota, algunos edificios góticos extraños y una torre cuadrada de ladrillo; fuera de la cúspide de la cual (un rasgo curioso de estas vistas de Italia) cuelga una campana enorme. Parece una pequeña Venecia sin agua. También hay algunos palacios curiosos en la ciudad, que es muy antigua; y aunque no tiene (en mi opinión) el encanto de Verona, o de Génova, es maravillosa, fantástica y sumamente interesante.

Reanudamos el viaje en cuanto vimos todo eso, por una región bastante inhóspita (no se veían más que vides, meros bastones en esa época del año), y paramos una o dos horas al me-

diodía para que descansaran los caballos, como siempre, pues eso forma parte del contrato de todos los *vetturini*. Seguimos por un territorio cada vez más inhóspito y agreste, hasta que era tan yermo y desierto como un páramo escocés. Paramos a pasar la noche en la posada de La Scala poco después de que oscureciera. Era una casa absolutamente solitaria. La familia estaba sentada alrededor del fuego de la cocina, elevado sobre una plataforma de piedra muy alta y tan grande como para asar un buey. En la primera y única otra planta, había un salón laberíntico y desordenado, con un ventanuco en un rincón y cuatro puertas negras que daban a cuatro dormitorios negros en distintas direcciones. Por no decir nada de otra puerta negra y grande que daba a otra sala negra y amplia, en la que aparecía súbitamente la escalera por una especie de trampilla del suelo, y las vigas del techo acechando arriba, una prensa sospechosa escondida en un rincón oscuro y todos los cuchillos de la casa tirados por allí. La chimenea correspondía a la más pura arquitectura italiana, o sea, que era totalmente imposible verla por el humo. La camarera parecía la esposa de un bandolero teatral, y lucía un tocado parecido; los perros ladraban como locos; los ecos devolvían los cumplidos que les hacían; no había otra casa en doce millas a la redonda, y las cosas tenían un aspecto lúgubre y bastante sanguinario.

No las mejoraron los rumores de que pocas noches antes habían salido bandoleros fuertes y valientes y que habían parado el correo muy cerca de allí. Que habían asaltado a unos viajeros no hacía mucho en el mismo monte Vesubio, y que no se hablaba de otra cosa en las posadas del camino. Pero como a nosotros no nos afectaba (porque teníamos muy poco que perder), nos divertimos con el tema y enseguida estábamos lo más cómodos posible. Tomamos la cena habitual en aquella casa solitaria, que es muy buena en cuanto te acostumbras. Algo con verdura o arroz, que es una forma de referirse a la sopa, y que

sabe muy bien si le pones abundante queso rallado, mucha sal y bastante pimienta. La media ave con que se hace el caldo para la sopa. Y pichón estofado, con mollejas e higadillos. Un rosbif del tamaño de un panecillo francés. Un trocito de queso parmesano y cinco manzanitas secas, acurrucadas en un platillo como si intentaran salvarse del peligro de que las comieran. Luego, el café. Y, a continuación, la cama. No te importan los suelos de ladrillo; no te importan las puertas que se abren, ni las ventanas que golpean; no te importa que tus propios caballos estén justo debajo del dormitorio y tan cerca que te despiertas cada vez que uno tose o estornuda. Si eres afable con la gente que te rodea y hablas en un tono agradable y te muestras alegre, te aseguro que puedes pasarlo bien hasta en la peor posada italiana; siempre te brindarán las máximas atenciones y puedes ir de un extremo a otro del país (a pesar de todas las historias que afirman lo contrario) sin que pongan a prueba tu paciencia en ningún sitio. Sobre todo cuando consigues vinos como el Orvieto y el Monte Pulciano. Hacía mal tiempo cuando salimos por la mañana; viajamos unas doce millas por una región tan yerma, pedregosa y agreste como Cornualles en Inglaterra; hasta que llegamos a Radicofani, donde hay una posada fantasmal con duendes, que fuera en tiempos pabellón de caza de los duques de Toscana. Está llena de corredores tan sinuosos y habitaciones tan desoladas que todas las historias de crímenes y fantasmas que se han escrito en el mundo podrían haberse desarrollado allí. Hay algunos palazzi antiguos horribles en Génova, y uno en particular que no desmerece de este, por fuera; pero en ningún sitio he visto ni oído nada tan tortuoso, chirriante, carcomido, susurrante, tantas puertas que se abren y pasos que bajan por las escaleras como en el hotel Radicofani. La ciudad, si se puede llamar así, cuelga en una loma encima de la casa, frente a ella. Los habitantes son todos mendigos; y en

cuanto ven llegar un carruaje, se lanzan en picado sobre él como otras tantas aves de presa.

En el puerto de montaña que queda pasado ese lugar, soplaba un viento tan fuerte (ya nos lo habían advertido en la posada) que nos vimos obligados a sacar a mi media naranja del coche para que no la tirara con carruaje y todo, y a colgarnos de él, en el lado del viento (en la medida en que la risa nos lo permitía) para impedir que se fuera Dios sabe adónde. Aquella tormenta podría haber competido por la simple fuerza del viento con una tempestad marina con bastantes posibilidades de salir victoriosa. Bajaba por los grandes barrancos de una cadena de montañas que quedaba a la derecha, así que miramos con verdadero pavor un pantano que había a la izquierda y no vimos ni un arbusto ni una rama para agarrarse. Parecía que si nos alzaba del suelo nos arrastraría hasta el mar o por el aire. Nevaba, granizaba, llovía y caían rayos y truenos; y había brumas que se desplazaban a increíble velocidad. Todo era absolutamente oscuro, sobrecogedor y solitario; había montañas y más montañas, cubiertas de nubarrones; y la agitación era tan furiosa, rápida, violenta y turbulenta que el panorama resultaba indescriptiblemente emocionante y grandioso.

Fue un alivio salir de él, no obstante; y cruzar incluso la frontera pontificia, sucia y deprimente. Pasamos por dos pueblos pequeños, en uno de los cuales, Acquapendente, estaban celebrando también un «carnaval», que consistía en un hombre disfrazado de mujer y una mujer disfrazada de hombre, que paseaban melancólicos por las calles, con barro hasta los tobillos; al oscurecer, divisamos el lago de Bolsena, en cuya ribera hay un pueblecito del mismo nombre, muy célebre por el paludismo. Aparte de ese pobre lugar, no hay ni una casa de campo en las orillas del lago, ni cerca de él (pues nadie se atreve a dormir allí), ni una barca sobre las aguas; ni un palo ni una estaca que rompa la triste monotonía de veintisiete millas de agua. Llevá-

bamos retraso por el mal estado de las carreteras, debido a las fuertes lluvias; y cuando se hizo de noche, la monotonía del lugar resultaba insoportable.

Llegamos a un paraje desierto más agradable y distinto la noche siguiente al ponerse el sol. Habíamos pasado por Montefiaschone (famoso por su vino) y Viterbo (por sus fuentes), y después de subir una larga colina de ocho o diez millas de extensión, llegamos de pronto a la orilla de un lago solitario, muy bello a un lado, con un bosque frondoso; y al otro muy árido y rodeado por inhóspitos cerros volcánicos. En tiempos hubo una ciudad donde está ahora el lago. Se la tragó la tierra un día y en su lugar apareció esa agua. Según la leyenda (común en muchos lugares del mundo), la ciudad en ruinas se veía en el fondo cuando el agua estaba clara; pero aunque fuera cierto, se desvaneció de este lugar de la Tierra. El suelo ascendió burbujeando y la cubrió; y el agua también; y aquí están, como espectros sobre los que el otro mundo se cerró de pronto y que no tienen medio de volver. Parece que estén esperando que pasen los siglos y llegue el próximo terremoto; entonces se hundirán en la tierra en cuanto se abra, y desaparecerán para siempre. La desdichada ciudad hundida no está más perdida ni es más lóbrega que el agua estancada y esas colinas calcinadas por el fuego. El sol rojizo tenía un aspecto extraño sobre ellas, como si supiese que estaban hechas para las cavernas y la oscuridad; y el agua melancólica rezumaba y sorbía el barro y se deslizaba quedamente entre la hierba y los juncos, como si la destrucción de las torres y tejados antiguos y la muerte de todas las personas nacidas y criadas allí le pesaran aún en la conciencia.

Un viaje corto desde el lago nos llevó a Ronciglione, un pueblecito como una pocilga grande, donde pasamos la noche. Salimos hacia Roma el día siguiente a las siete de la mañana.

En cuanto salimos de la pocilga, entramos en la Campagna romana, una llanura ondulante (como sabéis), donde pocas per-

sonas pueden vivir; y donde no hay nada que alivie la monotonía y la tristeza durante millas y millas. De todos los tipos de territorio que podrían extenderse fuera de las puertas de Roma, este es el lugar de enterramiento más apto y el más apropiado para la Ciudad Muerta. Es triste, silencioso y sombrío; secreto, por cubrir y ocultar grandes masas de ruinas; parecido a los yermos donde acudían los posesos a aullar y a desgarrarse en la antigua Jerusalén. Teníamos que atravesar treinta millas de llanura y recorrimos veintidós sin ver más que alguna casa solitaria de vez en cuando, o a un pastor de aspecto ruin, cabello enmarañado por la cara y tapado hasta la barbilla con un maltrecho manto pardo. Luego hicimos un alto para que descansaran los caballos y comer algo en un mesón miserable, con las paredes y las vigas pintadas y decoradas (según la costumbre) de forma tan lastimosa que cada habitación parecía el revés de otra, y con su espantosa imitación de colgaduras y con sus pintarrajos de liras torcidos, que parecían haber sido robadas entre bastidores de algún circo ambulante.

Llevábamos ya un buen rato viajando de nuevo cuando empezamos a forzar la vista para divisar Roma; y cuando la Ciudad Eterna apareció al fin a lo lejos después de otras dos millas, parecía (me asusta un poco escribir la palabra) ¡¡¡Londres!!! Se alzaba bajo una gruesa nube, con innumerables torres y agujas y tejados, y, muy por encima de todos ellos, una cúpula. Juro que, pese a lo profundamente que sentí el aparente absurdo de la comparación, se parecía tanto a Londres, a aquella distancia, que si me la hubierais enseñado en un espejo, no la hubiera tomado por ninguna otra cosa.

Roma

Entramos en la Ciudad Eterna hacia las cuatro de la tarde del 13 de enero, por la puerta del Popolo, y llegamos inmediatamente (era un día oscuro y había llovido mucho) a los bordes del carnaval. No sabíamos entonces que lo que veíamos sólo era el final de las máscaras, que estaban dando vueltas despacio a la piazza en los carruajes, esperando la oportunidad de incorporarse al desfile de carrozas y llegar al centro de la fiesta; nuestra brusca llegada, cansados y sucios del viaje, no era ideal para disfrutar de la escena.

Habíamos cruzado el Tíber dos o tres millas antes por el ponte Molle. Estaba tan amarillo como debía y fluía entre sus riberas erosionadas y pantanosas presagiando ruina y desolación. Los disfraces de la periferia del carnaval distorsionaban bastante ese presagio. No se veían grandes ruinas, ni solemnes símbolos de la antigüedad, pues quedaban todos en el otro lado de la ciudad. Las calles parecían amplias, con casas y tiendas, como las que pueden verse en cualquier ciudad europea; había gente atareada, carruajes, transeúntes que iban y venían; una multitud de extraños parloteantes. No era mi Roma, la Roma de la fantasía de cualquiera, hombre o niño, degradada y caída, durmiendo al sol entre un montón de ruinas, más de lo que pudiera serlo la place de la Concorde de París. Estaba preparado para el cielo nublado, la llovizna fría y las calles embarradas, pero no para aquello; y confieso que mi entusiasmo se enfrió

bastante y aquella noche me acosté de un humor bastante apático.

Al día siguiente fuimos directamente a San Pedro. Parecía inmensa de lejos, pero clara y decididamente pequeña, en comparación, cuando nos acercamos. La belleza de la piazza en que se alza, con sus admirables columnatas y sus fuentes borboteantes (tan fresca y tan amplia, libre y bella) no tiene parangón. La primera impresión del interior, en todo su esplendor y su gloria, y, sobre todo, al alzar la vista hacia la cúpula, es inolvidable. Pero estaban haciendo preparativos para una fiesta; los pilares de mármol estaban envueltos en adornos rojos y amarillos; el altar y la entrada a la capilla subterránea, que queda antes, en el centro de la iglesia, parecían el taller de un orfebre, o uno de los escenarios iniciales de una pantomima fastuosa. Y aunque me hice la idea más elevada posible de la belleza del edificio (creo), no sentí una emoción muy intensa. Me he sentido infinitamente más conmovido en muchas catedrales inglesas cuando tocaban el órgano, y en muchas iglesias rurales inglesas cuando cantaban los fieles. La catedral de San Marcos de Venecia me produjo una sensación mucho más fuerte de misterio y asombro.

Salimos de la iglesia (habíamos pasado casi una hora contemplando la cúpula, y no habríamos «visto» la catedral entonces por nada del mundo), y pedimos al cochero que fuera al Coliseo. Paró a la puerta en unos quince minutos, y entramos.

No es ficción, sino la más pura y simple verdad —tan sugestivo y nítido es a estas alturas— decir que, por un momento (al entrar), quienes lo deseen lo verán todo ante sí tal como fue en el pasado: miles de rostros anhelantes con la vista clavada en la arena, y tal remolino de lucha, sangre y polvo que no puede describirse con palabras. Su soledad, su belleza sobrecogedora y su desolación absoluta, caen sobre el forastero al instante como un dolor mitigado; y puede que jamás en su vida se sienta

tan conmovido y abrumado por ninguna otra cosa que no se relacione directamente con sus propios sentimientos y desgracias.

Verlo desmoronarse un poco cada año, los muros y los arcos cubiertos de verde, los corredores abiertos al día, las galerías llenas de maleza, los arbolillos que crecen en el parapeto destrozado y dan fruto (producto casual de las semillas que dejan caer los pájaros que anidan en grietas y huecos); ver la arena llena de tierra y la pacífica cruz plantada en el centro; subir a las gradas superiores y mirar hacia abajo y ver ruinas, ruinas y más ruinas por todas partes: los arcos de Constantino, Septimio Severo y Tito, el foro romano, el palacio de los césares, los templos desmoronados de la religión antigua, es ver el espectro de la antigua Roma, vieja ciudad maravillosa y malvada, rondando en el mismo lugar que pisaron sus habitantes. Es el espectáculo más impresionante, majestuoso, solemne, grandioso, mayestático y triste que pueda imaginarse. Jamás en su apogeo más sanguinario, puede la vista del gigantesco Coliseo, lleno a rebosar de la vida más lozana, haber conmovido un corazón como tiene que conmover el de todo el que lo contempla ahora, en ruinas. ¡Gracias a Dios en ruinas!

Lo mismo que sobresale por encima de las otras ruinas, alzándose como una montaña entre tumbas, también sus antiguas influencias sobreviven a todos los demás restos de la mitología antigua y de la antigua carnicería de Roma, en el carácter del violento y cruel pueblo romano. El semblante italiano cambia cuando el visitante se acerca a la ciudad, su belleza se hace diabólica y apenas ves un rostro entre cien personas corrientes en las calles que no se sintiera a gusto y feliz en un Coliseo restaurado mañana.

Allí estaba realmente Roma al fin; ¡y una Roma que nadie puede imaginar en toda su grandeza sobrecogedora! Salimos a la vía Apia y seguimos por millas y millas de tumbas en ruinas y

muros rotos, con una casa desolada y deshabitada de cuando en cuando; pasado el circo de Rómulo, donde la pista de los carros, los puestos de los jueces, los participantes y los espectadores pueden verse aún tan claramente como en la antigüedad; después de la tumba de Cecilia Metella, después de todos los recintos, setos o estacas, paredes o vallas, fuera en la llanura, donde sólo se ven ruinas en esa parte de Roma. Salvo donde los lejanos Apeninos bloquean la vista hacia la izquierda, todo el amplio panorama es un campo de ruinas. Acueductos rotos, de los que quedan conjuntos de arcos de lo más bello y pintoresco, templos rotos, tumbas rotas. Un desierto de decadencia, de una tristeza y una desolación indescriptibles; y con una historia en cada una de las piedras esparcidas por el suelo.

El Papa asistió a la misa mayor que se celebró en San Pedro el domingo. La catedral me produjo exactamente la misma impresión que en la primera visita, y que sigue siendo igual después de muchas otras. No conmueve ni impresiona religiosamente. Es un edificio inmenso, sin un solo punto en que posar la mente, que se cansa del incesante vagabundeo. La finalidad concreta del lugar no se expresa en nada de lo que ves, a menos que analices los detalles; y todo análisis de los detalles es incompatible con el propio lugar. Podría ser un Panteón, o una Cámara del Senado, o un gran trofeo arquitectónico, sin más objetivo que el de ser un triunfo arquitectónico. Hay una imagen negra de san Pedro, por cierto, bajo un dosel rojo, que es de tamaño mayor que el natural y a la que los buenos católicos besan continuamente el dedo gordo del pie. No puedes dejar de verla, porque es muy llamativa y célebre. Pero no realza el efecto del templo como obra de arte; ni expresa (en mi opinión) su elevado propósito.

Detrás del altar había un gran espacio provisto de palcos, como los de la ópera italiana de Inglaterra, aunque la decoración era mucho más chillona. En el centro de esa especie de teatro

así delimitado, había una tarima endoselada y en ella la silla pontificia. El suelo estaba cubierto por una alfombra de color verde muy vivo; y con ese verde y los rojos y carmesíes insoportables y los bordes dorados de las colgaduras, el conjunto parecía un regalo sorpresa prodigioso. A ambos lados del altar había un palco grande para las damas extranjeras. Estaban llenos de damas con vestidos y velos negros. Los gentilhombres de la guardia pontificia, ataviados con chaqueta roja, pantalones de montar de cuero y botas altas, protegían el espacio reservado con las espadas desenvainadas, que resultaban muy llamativas en todos los sentidos; y desde el altar y a lo largo de toda la nave mantenía despejado un camino ancho la guardia suiza, que viste una extraña guerrera a rayas, medias a rayas y alabardas como las que suelen llevar al hombro los figurantes del teatro que nunca salen del escenario lo bastante rápido y a los que se puede ver demorándose en el campamento enemigo después de que el terreno despejado, ocupado por las fuerzas adversarias, ha sido partido a la mitad por una convulsión de la naturaleza.

Me acerqué al borde de la alfombra verde con muchos otros caballeros, vestidos de negro (no es necesario ningún otro pasaporte), y permanecí allí tranquilamente durante la misa. Los cantores estaban en una especie de cesto de alambre (como una fresquera o una jaula grande) en un rincón; y cantaban atrozmente. Alrededor de la alfombra verde había una multitud que se movía despacio; hablaban entre ellos; miraban al Papa con los monóculos; se quitaban unos a otros los precarios asientos de la base de las columnas en cuanto se descuidaban, y sonreían odiosamente a las damas. Había algún que otro grupo de frailes (franciscanos o capuchinos, con los toscos hábitos pardos y las capuchas) que contrastaba con los chillones eclesiásticos de rango superior, y que satisfacían su humildad plenamente con los empujones y codazos a un lado y otro, en todas partes. Al-

gunos llevaban las sandalias y el paraguas embarrados y el hábito manchado porque habían llegado caminando del campo. Casi todos tenían los rasgos tan toscos y burdos como la indumentaria; y había algo deprimente y ridículo en su mirada obstinada, estúpida y monótona ante todo aquel esplendor.

En la gran alfombra y agrupado en torno al altar, había todo un ejército de cardenales y clérigos, vestidos de rojo, oro, morado, violeta, blanco y lienzo fino. Sus retaguardias iban de un sitio a otro entre la multitud, conversando de dos en dos, o haciendo y recibiendo presentaciones e intercambiando saludos; otros funcionarios de vestiduras negras y otros más con atuendo de corte se dedicaban a la misma tarea. En medio de todos estos, y de los jesuitas que entraban y salían sigilosamente, y la extrema inquietud de los jóvenes de Inglaterra, que no paraban de dar vueltas, unas cuantas personas de sotana negra que se habían arrodillado de cara a la pared concentradas en sus misales, se convirtieron involuntariamente en una especie de trampas humanas, en cuyas piernas devotas tropezaban todos.

Había un montón de velas a mi lado en el suelo, y un individuo muy viejo que vestía sotana de un negro herrumbroso y esclavina calada como el adorno estival de papel de seda de una chimenea, estaba muy atareado dándoselas a los clérigos, una a cada uno. Ellos merodearon por allí con ellas cierto tiempo, llevándolas debajo del brazo como bastones o en la mano como porras. Pero, en determinado momento de la ceremonia, se acercaron en fila al Papa con las velas: cada uno la depositaba en las rodillas del pontífice para que la bendijera, la recogía luego y bajaba. Desfilaron así muy despacio, como es de suponer, y llevó un buen rato. No porque bendecir una vela tras otra lleve mucho tiempo, sino por las muchas velas que había que bendecir. Al fin las bendijo todas y luego las encendieron; a continuación, alzaron al Papa con silla y todo y le dieron una vuelta por la iglesia.

Debo decir que nunca he visto fuera de noviembre nada tan parecido a la conmemoración inglesa popular del día 5 de ese mes. Sólo faltaban los fósforos y la linterna. Ni el propio Papa estropeaba lo más mínimo el parecido, aunque tenía un rostro apacible y venerable; pues, como esta parte de la ceremonia le aturde y le marea, cierra los ojos cuando se realiza, y con los ojos cerrados y la gran mitra a la cabeza, que balanceaba de un lado a otro con el movimiento, parecía que fuera a caérsele la máscara[33]. Los dos inmensos abanicos que llevan siempre, uno a cada lado de él, le acompañaban también en esta ocasión, por supuesto. Mientras lo llevaban de ese modo, él bendecía a la gente con la señal mística y todos se arrodillaban a su paso. Después de ese recorrido por la iglesia volvieron a colocarle en su sitio; repitieron esa ceremonia tres veces, si mal no recuerdo. La verdad es que no resultaba impresionante ni solemne; y sí en buena medida artificiosa y estrafalaria. Pero este comentario se aplica a todo el oficio, salvo la elevación de la Hostia, en la que todos los miembros de la guardia hincaron una rodilla instantáneamente y dejaron las espadas desenvainadas en el suelo; eso resultó muy efectista.

La próxima vez que fui a la catedral, unas dos o tres semanas después, subí hasta la cúpula; y entonces ya habían quitado las colgaduras y recogido la alfombra, pero quedaba el armazón y los restos de los adornos parecían los de paquetes sorpresa.

Como el viernes y el sábado habían sido días de fiesta mayor, y como el domingo era siempre un *dies non* en los actos del carnaval, habíamos estado esperando con cierta impaciencia y curiosidad el principio de la nueva semana: el lunes y el martes eran los últimos y los mejores días del carnaval.

A la una o las dos de la tarde del lunes se inició un gran traqueteo de carruajes en el patio del hotel; un ir y venir apresurado de todos los criados que había en él; y, de cuando en cuando, cruzaba disparado una puerta o un balcón un desconocido re-

zagado, que aún no se había acostumbrado al disfraz lo suficiente para llevarlo con desenvoltura y desafiar a la opinión pública. Todos los carruajes eran abiertos y tenían los forros cuidadosamente tapados con tela de algodón blanco o de percal, para proteger la tapicería y demás adornos de la incesante lluvia de confites; la gente fue cargando y amontonando en todos los vehículos, que esperaban a sus ocupantes, enormes sacos y cestos llenos de confetis, junto con tales montones de flores, atadas en ramilletes, que algunos carruajes no sólo estaban llenos de flores sino rebosantes, y las derramaban a su paso con cada salto y sacudida de los muelles. Para no ser menos en esos detalles esenciales, hicimos que llevasen a toda prisa a nuestro birlocho alquilado dos sacos muy respetables de confites y un cesto de ropa enorme lleno de flores. Contemplamos todas estas operaciones desde nuestro puesto de observación, en uno de los balcones de la parte de arriba del hotel con la más viva satisfacción. Los carruajes empezaron a recoger a sus ocupantes y se pusieron en marcha, así que nosotros subimos al nuestro y salimos también, provistos de pequeñas máscaras de alambre para la cara; los confites contenían cal, como vino de Falstaff adulterado.

La vía del Corso tiene una milla de longitud; es una calle de tiendas, palacios y casas particulares, que se abre a veces a una gran piazza. Hay barandas y balcones de todas las formas y tamaños en casi todas las casas (no sólo en una planta, sino a menudo en una habitación u otra en cada planta) colocadas en general sin orden ni concierto, como si año tras año y estación tras estación, hubiera llovido balcones, granizado balcones, nevado balcones, o los hubiese esparcido el viento.

Este es el gran manantial y centro del carnaval. Pero como todas las calles en que se celebra el carnaval son atentamente vigiladas por los dragones, es necesario que las carrozas desfilen primero por otra vía pública y lleguen así al Corso por la

plaza del Popolo, que es una en las que desemboca. Así que nos sumamos a la hilera de carruajes y avanzamos bastante tranquilamente durante un tiempo, arrastrándonos a veces a paso de tortuga, trotando luego unas yardas, retrocediendo después cincuenta, y parando del todo más tarde, según nos forzara a hacerlo la presión de los que iban delante. Si algún carruaje impetuoso se salía de la fila y avanzaba por un lado con la disparatada idea de ir más rápido, se encontraba de pronto con, o le alcanzaba, un soldado a caballo que, tan sordo como su propia espada desenvainada a todas las protestas, lo escoltaba inmediatamente hasta el final mismo de la cola, convirtiéndolo en una mota imprecisa en la lejanía. De cuando en cuando intercambiábamos una lluvia de confetis con la carroza de delante, o con la de detrás, aunque de momento las capturas de los coches extraviados o errantes por los soldados era la principal diversión.

Llegamos enseguida a una calle estrecha, donde, además de la hilera de carruajes que iban había otra de carruajes que regresaban. Entonces los confites y los ramilletes de flores empezaron a volar de un lado a otro con fuerza y tuve la suerte de ver a un caballero disfrazado de guerrero griego que alcanzaba a un bandolero de patillas claras en la nariz (se hallaba en el acto mismo de lanzar un ramo de flores a una señorita de la ventana de un primer piso) con una precisión que fue muy aplaudida por los espectadores. Cuando este griego victorioso intercambiaba un comentario burlón con un corpulento caballero que estaba en un portal (mitad negro y mitad blanco, como si le hubiesen despellejado la mitad) que le había brindado sus felicitaciones por aquel triunfo, recibió un naranjazo en plena oreja izquierda que le dejó muy sorprendido, por no decir desconcertado. Sobre todo porque estaba de pie en aquel preciso momento, y como el coche arrancó de pronto, él se tambaleó ignominiosamente y se hundió entre sus flores.

Tras avanzar de ese modo unos quince minutos, llegamos al Corso, y sería difícil imaginar una escena tan alegre, radiante y animada como aquella. Colgaduras de vivos colores verdes, rojo, azul, blanco y oro tremolaban a la intensa luz del sol en los innumerables balcones, tanto en los más remotos y altos como en los más bajos y próximos. De las ventanas, barandas y tejados descendían flotando sobre la calle cintas y serpentinas de vistosos colores, y colgaduras de los tonos más alegres y centelleantes. Parecía que hubieran vuelto del revés literalmente los edificios, volcando su alegría hacia la vía pública. Habían desmontado los escaparates y las ventanas estaban llenas de gente, como palcos de un teatro resplandeciente; habían sacado de sus goznes las puertas y colocado en su lugar boscajes de tapices con guirnaldas de flores y ramas de hojas verdes. Los andamios de los constructores eran templos espléndidos, radiantes de plata, oro y carmesí; y en cada rincón y esquina en que podían brillar los ojos de las mujeres desde el pavimento de la calle hasta los sombreretes de las chimeneas, allí bailaban, reían y centelleaban como la luz en el agua. Todo el frenesí fascinante de la indumentaria estaba presente. Absurdas chaquetitas escarlata, antiguos jubones extraños, más pícaros que los corpiños más elegantes. Pellizas polacas, prietas y tensas como grosellas maduras; gorritos griegos, todos torcidos, sujetos al pelo oscuro. Dios sabe cómo, pero toda la fantasía desbocada, rara, audaz, irritante, alocada, tenía su ilustración en un vestido; y toda fantasía estaba completamente olvidada por su propietario, en el júbilo tumultuoso, como si los tres acueductos antiguos que aún permanecían intactos hubiesen traído el Leteo[34] a Roma, en sus sólidos arcos, aquella mañana.

Las carrozas desfilaban de tres en fondo; en sitios más anchos, cuatro; de vez en cuando, permanecían paradas un buen rato; siempre en una masa compacta de abigarrado brillo; y, en medio de aquella lluvia de flores, parecían también flores más

grandes que llenaban toda la calle. Algunos caballos lucían espléndidos jaeces; otros llevaban cintas ondeantes desde la cabeza hasta la cola. Algunos cocheros tenían dos caras enormes: una que miraba con recelo a los caballos y la otra con los ojos extraordinarios pendientes del carruaje, y ambas se agitaban bajo la lluvia de confites. Otros conductores iban disfrazados de mujer, con largos tirabuzones y sin sombrero, y en cualquier problema real que les planteaban los caballos (que eran muchos, con semejante concurrencia) resultaban más ridículos de lo que pueda explicarse con palabras o describirse por escrito. Las bellas mujeres romanas no se sientan en los asientos de los carruajes, sino en la capota del birlocho, con los pies apoyados en los cojines, para ver y para que las vean mejor en ese período de licencia general; ¡y qué aspecto jovial, desenvuelto y gallardo tenían, con las faldas flotando, los talles finos y las benditas formas! Había también grandes furgones, llenos de jóvenes preciosas (hasta treinta o más) y las andanadas dirigidas hacia allí y las que se lanzaban desde aquellas tiendas de fuego encantadas, salpicaban el aire de flores y confites durante diez minutos seguidos. Los carruajes que se demoraban mucho tiempo en un sitio, iniciaban un combate deliberado con los otros, o con la gente de las ventanas más bajas; y los espectadores de algunos de los balcones y ventanas más altos se incorporaban a la refriega y atacaban a ambos bandos vaciando sobre ellos grandes bolsas de confetis, que caían como una nube, cubriéndolos en un instante de una capa blanca como si fueran molineros. Un río interminable de carrozas, disfraces, colores y multitudes. Hombres y muchachos se agarraban a las ruedas de los coches, se sujetaban atrás, o los seguían y se metían entre las patas de los caballos a coger las flores desparramadas para venderlas otra vez; las máscaras que iban a pie (en general las más graciosas), con trajes de cortesanos exagerados y fantásticos, examinaban a la multitud con enormes monóculos y caían en un

arrebato amoroso siempre que veían a una dama particularmente vieja en una ventana; había largas hileras de polichinelas que llevaban palos con vejigas hinchadas, atadas a la punta y repartían golpes a diestro y siniestro; una carretada de locos, chillando y vociferando en una imitación perfecta; un coche lleno de graves mamelucos, con su estandarte de cola de caballo plantado en medio; un grupo de gitanas enzarzadas en una pelea terrible con un barco lleno de marineros; un hombre mono en un poste, rodeado de extraños animales con cabeza de cerdo y cola de león, transportado bajo el brazo o airosamente al hombro: carrozas, disfraces, colores y multitudes sin fin. El verdadero encanto de la escena no consistía en los muchos personajes reales interpretados o representados quizá, considerando el número de disfraces, sino en su variedad brillante, chispeante e infinita; y el absoluto abandono al frenesí del momento; un abandono tan absoluto, contagioso e irresistible, que el extranjero más serio combate cubierto hasta la cintura de flores y confites como el romano más desenfrenado, sin pensar en ninguna otra cosa hasta las cuatro y media, en que recuerda de pronto (con gran pesar) que esto no es lo más importante de su existencia, al oír las trompetas y ver que los dragones empiezan a despejar la calle.

Resulta inexplicable que consigan despejar la calle para la carrera que se celebra a las cinco y que los caballos hagan esta sin arrollar a la gente. Pero las carrozas se meten en las calles laterales, suben a la piazza del Popolo, y algunas personas se sientan en tribunas provisionales en este último lugar, y decenas de miles se colocan a ambos lados de la vía del Corso mientras sacan los caballos a la plaza, junto a la misma columna que presidió durante siglos los juegos y las carreras de carros en el Circo Máximo.

A la señal convenida, empieza la carrera. Los caballos se lanzan raudos como el viento Corso adelante; sin jinete, como to-

do el mundo sabe, con ornamentos relucientes en la grupa y en las crines trenzadas, y con pesadas bolitas llenas de pinchos bamboleándose a los lados, para aguijonearlos. El tintineo de esos arreos y el repiqueteo de los cascos en las piedras, el ímpetu y la furia de su marcha por la calle retumbante y, más aún, los cañonazos que disparan, todo eso no es nada comparado con los aplausos y los gritos estruendosos de la multitud. Pero acaba enseguida, casi instantáneamente. Los cañonazos vuelven a sacudir la ciudad. Los caballos ya se han zambullido en las alfombras atravesadas en la calle para detenerlos; se ha cumplido el objetivo; se han ganado los premios (que aportan, en parte, los pobres judíos, a cambio de no hacer carreras a pie ellos); y se pone fin a la diversión del día.

Pero el espectáculo vibrante, alegre y multitudinario del penúltimo día no es nada comparado con el colorido relumbrante, el hormiguero de gente y el tumulto alborozado del último; me mareo sólo de recordarlo. Se prolongan hasta la misma hora las mismas diversiones, aumentadas e intensificadas por el ardor con que se entregan a ellas. Se repite la carrera, se disparan cañonazos, se renuevan los aplausos y el griterío, vuelven a dispararse los cañones, termina la carrera y se reciben los premios. Pero los carruajes, con una gruesa capa de confites en el suelo y cubiertos de flores y de polvo por fuera, de tal modo que resulta difícil identificarlos como los mismos vehículos de hace tres horas, no se dispersan en todas direcciones, sino que se concentran en la vía del Corso, formando enseguida una masa compacta que apenas se mueve. Porque se avecina ya la fiesta de las *moccoletti*, la última extravagancia del carnaval; y por todas partes se oyen los gritos de los vendedores de velitas de Navidad, como las llaman en Inglaterra: *Moccoli, moccoli! Ecco moccoli!*, un nuevo elemento del tumulto, que casi suprime el de *Ecco fiori!, Ecco fior-r-r!* que se ha oído a intervalos por encima de los demás durante todo el día. Cuando los trajes y las colgadu-

ras brillantes empiezan a fundirse en un color apagado y uniforme al declinar el día, empiezan a llamear luces, aquí y allá, en las ventanas y en lo alto de las casas, en los balcones, en los carruajes, en las manos de los viandantes; y van apareciendo cada vez más, poco a poco, lenta y gradualmente, hasta que toda la calle es una gran llamarada resplandeciente. Entonces, todos los presentes se concentran en un único objetivo, que consiste en apagar las velas de los demás y mantener la propia encendida; y todo el mundo, hombres, mujeres y niños, damas y caballeros, príncipes y campesinos, romanos y forasteros, todos, chillan y gritan y vociferan sin cesar burlándose de los vencidos: *Senza moccolo, senza moccolo!* (¡Sin luz, sin luz!), hasta que sólo se oye el gigantesco coro de esas dos palabras entre carcajadas.

El espectáculo se convierte entonces en uno de los más extraordinarios que puedan imaginarse. Las carrozas desfilan despacio, con todos sus ocupantes de pie en los asientos o en los pescantes, sosteniendo las luces a cierta distancia para mayor seguridad; algunos con pantallas de papel, otros con un manojo de velitas desprotegidas que arden juntas, otros con antorchas llameantes o con candelitas débiles; algunos hombres que van a pie se deslizan entre las carrozas esperando la oportunidad para dar un salto y apagar alguna luz concreta; otros se suben a los carruajes para apoderarse de ellas a viva fuerza; y hay quienes persiguen a algún desdichado dando vueltas y vueltas a su propio coche para apagarle la luz que ha mendigado o robado en algún sitio antes de que pueda volver al coche con los suyos y permitirles encender sus velas apagadas; otros se acercan con el sombrero en la mano a la puerta de un carruaje y piden humildemente a una dama bondadosa que les permita encender el cigarro, y mientras la dama vacila sin saber qué hacer, le apagan de un soplo la vela que tan tiernamente protegía con su manecita; también hay quienes pescan velas

con sedal y anzuelo desde las ventanas, o se valen de largas varas con un pañuelo en punta, que agitan diestramente cuando el portador está en el apogeo del triunfo; otros esperan el momento oportuno en las esquinas con apagavelas inmensos como alabardas y caen súbitamente sobre las radiantes antorchas; algunos se agrupan alrededor de un coche y lo siguen; otros lanzan una lluvia de naranjas y ramilletes de flores contra una linternita obstinada, o se abalanzan regularmente contra una pirámide de hombres que sostienen en lo alto a uno que lleva una débil mechita alzada sobre la cabeza, con la que desafía a todos. *Senza moccolo! Senza moccolo!* Bellas mujeres señalan burlonas de pie en las carrozas las luces apagadas y aplauden gritando al pasar: *Senza moccolo! Senza moccolo!* Balcones bajos llenos de caras preciosas y alegres vestidos, que forcejean con asaltantes de las calles, rechazándolos cuando intentan subir, inclinándose, empujándolos, retrocediendo a veces: bustos y brazos delicados, gráciles figuras, luces brillantes, vestidos revoloteantes. *Senza moccolo, senza moccoli, senza moc-co-lo-o-o-o!* En el punto álgido del griterío más delirante y en pleno arrebato de la diversión, los campanarios de las iglesias tocan el ángelus y el carnaval termina inmediatamente: ¡se apaga como una vela, de un soplo!

Se celebró un baile de disfraces en el teatro de noche, tan insulso y absurdo como uno de Londres, y sólo notable por la forma sumaria en que despejaron el local a las once en punto: lo hizo una fila de soldados que formaron a lo largo de la pared del fondo del escenario y fueron barriendo a su paso a todos los asistentes, como una escoba enorme. Algunos suponen que el juego de las *moccoletti* (plural de *moccoletto*, diminutivo de *moccolo*, que significa lamparilla o mecha de vela) es una ceremonia de duelo burlesco por la muerte del carnaval, siendo las velas indispensables en el duelo católico. Pero tanto si es así como si se trata de los restos de las antiguas saturnales, o de una mezcla

de ambas, o bien tiene su origen en cualquier otra cosa, siempre lo recordaré y recordaré el alegre juego como un espectáculo luminoso de lo más fascinante, tan notable por el continuo buen humor de todos los participantes, hasta los de la más baja condición (y entre los que se subían a los coches había muchos hombres y muchachos de lo más común) como por su inocente animación. Pues, por extraño que parezca tratándose de una fiesta tan llena de irreflexión y de exhibición personal, está más libre de toda mancha de impudicia de lo que pueda estarlo cualquier mezcla general de ambos sexos; y prevalece en ella un sentimiento de confianza y sencillez casi infantil, en el que uno piensa con una punzada de dolor cuando el ángelus lo despide hasta dentro de un año.

Aprovechamos una parte del tranquilo intervalo entre la terminación del carnaval y el inicio de la Semana Santa, en que todo el mundo había escapado del uno y pocas personas habían empezado a regresar para la otra, dedicándonos concienzudamente a ver Roma. Y, a fuerza de salir temprano todas las mañanas, regresar tarde todas las noches y trajinar de firme durante todo el día, creo que llegamos a conocer todos los pilares y columnas de la ciudad y del campo del entorno; exploramos sobre todo tantas iglesias que yo abandoné esa parte de la empresa a la mitad, pues temía no poder volver a ir a la iglesia por voluntad propia en la vida. Pero me las arreglé para volver al Coliseo, casi todos los días, en un momento u otro, y salir a la campiña, pasada la tumba de Cecilia Metella.

Solíamos encontrarnos en esas excursiones con un grupo de turistas ingleses, con quienes yo sentía un ardiente deseo insatisfecho de establecer contacto verbal. Se trataba de un tal señor Davis y su pequeño círculo de amistades. Era imposible no conocer el nombre de la señora Davis, pues estaba siempre muy solicitada en su grupo y su grupo estaba en todas partes. Asistieron a todas las ceremonias de la Semana Santa. Y duran-

te los quince o veinte días anteriores, los encontramos en todas las tumbas, iglesias, ruinas y galerías de pintura que visitamos; y nunca vi que la señora Davis guardara silencio un momento. La señora Davis aparecía igual en las profundidades subterráneas que en lo alto de San Pedro, en la Campagna o en el sofocante barrio judío. No creo que viese nunca nada, ni siquiera que lo mirase; y siempre había perdido algo del bolso de paja que llevaba y se empeñaba en encontrarlo entre una inmensa cantidad de monedas de medio penique posadas en el fondo del mismo como la arena a la orilla del mar. Acompañaba siempre al grupo (formado por unas quince o veinte personas que habían llegado de Londres en un viaje organizado) un cicerone profesional, a quien la señora Davis paraba los pies en cuanto la miraba, diciendo: «¡Vaya por Dios, hombre! ¿Quiere dejar de agobiarme? No entiendo una palabra de lo que dice, ¡y no le entenderé aunque siga hablando hasta desgañitarse!». El señor Davis llevaba siempre puesto un gabán de color castaño y un gran paraguas verde en la mano, y tenía una curiosidad absurda que le consumía constantemente, impulsándole a hacer cosas insólitas, como levantar la tapa de las urnas funerarias de las tumbas y mirar las cenizas que contenían como si fueran pepinillos, o recorrer las inscripciones con la contera del paraguas y decir, con profunda seriedad: «Aquí hay una B, ¿veis? Y ahí una R, y este es el camino que seguimos nosotros, ¿no?». Sus hábitos de anticuario le hacían rezagarse con bastante frecuencia; y uno de los calvarios de la señora Davis y de todo el grupo era el miedo permanente a que el señor Davis se perdiese. Eso les obligaba a gritarle en los lugares más extraños y en los momentos menos oportunos. Y cuando aparecía, saliendo despacio de algún sepulcro como un pacífico demonio necrófago, diciendo: «¡Aquí estoy!», la señora Davis replicaba invariablemente: «¡Acabarás enterrado vivo en un país extranjero, Davis, y de nada sirve intentar impedírtelo!».

Al señor y la señora Davis y a su grupo probablemente les hubiesen llevado hasta allí desde Londres en unos nueve o diez días. Hace mil ochocientos años, las legiones romanas del emperador Claudio se negaron a que las llevaran al país del señor y la señora Davis, alegando que quedaba fuera de los confines del mundo.

Entre lo que podríamos llamar cachorros o pequeños leones de Roma, había uno que me divertía muchísimo. Siempre se le puede encontrar allí; y su cubil está en el gran tramo de escaleras que va de la piazza di Spagna a la iglesia de la Trinità del Monte. En palabras más sencillas, esas escaleras son el centro de reunión de los «modelos» de artista que esperan siempre allí que los contraten. La primera vez que fui, no entendía por qué me resultaban familiares las caras; por qué parecían haberme acosado durante años en las diversas poses y atuendos imaginables, y cómo podía ser que los encontrara en Roma en pleno día, como otras tantas pesadillas controladas. No tardé en descubrir que nos habíamos conocido y habíamos ampliado la relación durante años en las paredes de diversas galerías de pintura. Hay un anciano de largo cabello blanco y barba inmensa que ha recorrido medio catálogo de la Real Academia. Es el modelo venerable o patriarcal. Lleva un bastón grande, cuyos nudos y sinuosidades he visto fielmente delineados innumerables veces. Hay otro individuo que lleva una capa azul y que finge siempre que está dormido al sol (cuando lo hay) y que, huelga decirlo, permanece ojo avizor y muy atento a la postura de las piernas. Es el modelo del *dolce far' niente*. Hay otro hombre que se cubre con una capa parda y mira por el rabillo del ojo, apoyado en la pared; por otra parte, los ojos apenas se le ven bajo el ancho sombrero inclinado sobre la cara. Es el modelo del asesino. Un individuo mira constantemente por encima del hombro como si fuera a marcharse pero sin hacerlo nunca. Es el modelo altivo o desdeñoso. En cuanto a los grupos

de «felicidad doméstica» y «sagradas familias», deben salir muy baratos, porque hay montones en las escaleras; y lo bueno del asunto es que todos son los vagabundos más falsos del mundo, especialmente preparados para ese fin y que no tienen equivalente en Roma ni en ninguna otra parte habitable del globo.

Recuerdo haber dicho al mencionar el carnaval que es un duelo burlesco (en la ceremonia con la que termina) por la alegría y los festejos previos a la Cuaresma; y eso me recuerda también los auténticos funerales y cortejos fúnebres de Roma, que, como los de casi todos los lugares de Italia, sorprenden principalmente al extranjero por la indiferencia con que se considera en todas partes el simple barro en cuanto la vida lo abandona. Y no es porque los vivos hayan tenido tiempo de separar la memoria del difunto de su aspecto y forma en este mundo, que recuerdan perfectamente, ya que el sepelio sigue con demasiada prontitud a la muerte para que eso sea posible: tiene lugar casi siempre a las veinticuatro horas, y, a veces, a las doce horas.

La disposición de las fosas en un amplio espacio abierto, inhóspito y sombrío, es igual en Roma que la que ya he descrito de Génova. Visité el lugar a mediodía; vi un ataúd de pino, que no cubría ningún sudario ni paño mortuorio, y tan ligero que lo habría aplastado el casco de cualquier mula errante; lo habían dejado despreocupadamente allí, de lado, a la puerta de una de las sepulturas. Y allí estaba, expuesto al viento y a la luz del sol.

—¿Cómo es que lo han dejado ahí? —pregunté al hombre que me enseñó el lugar.

—Lo trajeron hace media hora, signore —me contestó.

Recordé que me había encontrado con el cortejo fúnebre, que regresaba, dispersándose ya y alejándose a buen paso.

—¿Cuándo lo meterán en la fosa? —le pregunté.

—Cuando venga el carro y la abran esta noche —dijo.

—¿Cuánto cuesta que le traigan a uno aquí así, en vez de venir en el carro? —le pregunté.

—Diez *scudi* (unas dos libras y doce peniques ingleses) —contestó. Y añadió—: Los otros cadáveres, por los que no se paga nada, los llevan a la iglesia de Santa Maria della Consolazione y luego los traen aquí juntos en el carro de noche.

Me quedé mirando el ataúd un momento; tenía dos iniciales garrapateadas en la tapa; supongo que mi expresión indicaba que no me gustaba mucho que lo dejaran allí de aquel modo, porque, al volverme, el hombre se encogió de hombros y se apresuró a decirme, esbozando una afable sonrisa:

—Pero si está muerto, signore, está muerto. ¿Por qué no?

Tengo que mencionar por separado una de las innumerables iglesias de Roma. Me refiero a la del Ara Coeli, que se supone construida en el emplazamiento del antiguo templo de Júpiter Feretrio; se accede a la misma por una escalinata empinada, que parece incompleta sin un grupo de adivinos barbudos al final. Destaca por poseer un Bambino milagroso, una figura de madera del Niño Jesús; vi por primera vez al Bambino milagroso de la siguiente manera:

Habíamos entrado en la iglesia una tarde y estábamos contemplando su larga perspectiva de sombrías columnas (pues todas las iglesias antiguas construidas sobre las ruinas de antiguos templos son oscuras y tristes), cuando llegó corriendo el Valiente, con una sonrisa de oreja a oreja, y nos suplicó que le siguiéramos sin tardanza porque iban a enseñar el Bambino a un grupo selecto. Así que nos apresuramos a seguirle hasta una capilla o sacristía que quedaba muy cerca del altar mayor, pero no en la iglesia propiamente dicha. Ya se había congregado allí el grupo selecto, formado por dos o tres caballeros y damas católicos (no italianos); un monje joven de rostro enjuto estaba encendiendo velas, mientras otro se ponía unas vestiduras cle-

ricales sobre el tosco hábito pardo. Las velas estaban en una especie de altar y sobre él había dos imágenes preciosas, como las de una feria inglesa, que representaban a la Virgen María y a san José, supongo, devotamente inclinados sobre una caja de madera o cofre, que estaba cerrado.

El primer monje acabó de encender las velas y se arrodilló en un rincón ante el grupo escultórico, y el segundo monje se puso unos guantes con muchos adornos y salpicados de oro, bajó el cofre con gran veneración y lo colocó en el altar. Luego, con muchas genuflexiones y susurrando determinadas oraciones, lo abrió, retiró la tapa y diversos paños de seda y encaje. Las damas habían permanecido arrodilladas desde el principio y los caballeros se arrodillaron devotamente cuando el monje mostró a todos a un muñequito de madera, muy parecido de cara al general Tom Thumb, el «enano americano»[35], vestido de rica seda y bordados de oro y pedrería resplandeciente. Apenas tenía un punto del pecho, cuello o vientre que no centellease con las costosas ofrendas de los fieles. El monje lo sacó enseguida de la caja y pasó con él entre los fieles arrodillados, posando su rostro en la frente de cada uno y ofreciéndoles luego su tosco pie para que lo besaran, ceremonia que todos ejecutaron, hasta un sucio pilluelo que había entrado de la calle. Cuando acabaron, volvió a guardarlo en la urna. Y todos los presentes se levantaron, se acercaron y elogiaron las joyas en susurros. Enseguida volvió a colocar los paños, cerró la caja, la colocó en su sitio y cerró el conjunto (Sagrada Familia y todo) tras dos puertas plegables. Se quitó las vestiduras sacerdotales y aceptó la «pequeña dádiva» habitual, mientras su compañero apagaba todas las velas una tras otra con un apagavelas atado al extremo de una vara. Recaudado el dinero y apagadas las velas, se retiraron; y otro tanto hicieron los espectadores.

Me encontré al mismo Bambino en la calle poco tiempo después: lo llevaban con gran ceremonia a casa de algún enfermo.

Lo hacen continuamente, lo llevan a todas partes en Roma con el mismo propósito, aunque tengo entendido que no siempre logra los resultados deseados; pues cuando aparece acompañado de un numeroso séquito junto al lecho de los enfermos débiles y nerviosos en extremo, muchas veces los mata del susto. Tiene muchísimo éxito en asuntos de parto, y ha obrado tales milagros que si una dama tarda más de lo habitual en superar sus dificultades, despachan a toda prisa un mensajero a solicitar la ayuda urgente del Bambino. Es un auténtico tesoro, en el que deposita toda su confianza sobre todo la orden religioso a la que pertenece.

Me alegra saber que algunos buenos católicos que están entre bastidores no lo consideran inmaculado, por lo que me contó un caballero inteligente y erudito, pariente de un sacerdote y también católico. Ese sacerdote hizo que mi informante le prometiera que bajo ninguna circunstancia permitiría que llevaran al Bambino al dormitorio de una dama enferma por quien ambos se interesaban. «Pues —le dijo— si la molestan (los frailes) con él y entran en su habitación, sin duda la matará». Así que, llegado el momento, mi informante miró por la ventana y se negó a abrir la puerta. También había intentado impedir por todos los medios que lo introdujeran en un cuarto malsano donde agonizaba una pobre muchacha, de la que nada sabía; simplemente pasaba por allí en aquel preciso momento. Pero todo fue en vano, y la joven expiró mientras la multitud se apretujaba alrededor de su lecho.

Entre las personas que pasan por San Pedro en su tiempo libre para arrodillarse en el suelo y rezar una oración silenciosa, hay grupos de veinte o treinta alumnos de seminarios y de otros colegios. Estos muchachos se arrodillan siempre en fila india, uno detrás de otro, y van acompañados de un maestro alto y adusto, con sotana; parecen un mazo de cartas colocadas para que se vengan abajo con un simple toque, con una sota de

bastos desproporcionadamente grande al final. Cuando llevan más o menos un minuto ante el altar mayor, se levantan y van en fila a la capilla de la Madonna o del sacramento, dejándose caer en el mismo orden; de forma que si alguno tropezara con el maestro, caerían todos a un tiempo.

La escena resulta extrañísima en todas las iglesias. Siempre la misma salmodia monótona, lenta y soporífera; el mismo edificio oscuro, más aún al entrar de la claridad de la calle; las mismas lámparas que arden con luz tenue; la misma gente arrodillada aquí o allá; y mirando a los fieles, en un altar u otro, la espalda del mismo sacerdote, con la misma cruz bordada sobre la misma. Por muy diferente de tamaño, forma, riqueza y arquitectura que sea una iglesia de otra, sigue siendo lo mismo. Los mismos mendigos sucios interrumpen sus plegarias susurradas para pedir; los mismos tullidos miserables exhiben sus deformidades a la entrada; los mismos ciegos, que hacen sonar sus botes como pimenteros, sus huchas para las limosnas; las mismas coronas de plata plantadas en las cabezas de santos y vírgenes en los cuadros atestados, de forma que una pequeña figura en una montaña tiene el tocado más grande que el templo del primer plano o que el paisaje circundante. La misma capilla o imagen preferida llena de crucecitas, corazones de plata y demás: el negocio principal de todos los joyeros; la misma extraña mezcla de respeto y falta de decoro, de fe y despreocupación: arrodillarse en las piedras y escupir en ellas ruidosamente; levantarse dejando de rezar para pedir un poco o para atender cualquier otro asunto mundano, y arrodillarse de nuevo como si nada para reanudar la súplica contrita donde se interrumpió. Una señora que estaba rezando arrodillada en una iglesia se levantó un momento para darnos su tarjeta de profesora de música; en otra, un caballero tranquilo que llevaba un bastón muy grueso, interrumpió sus oraciones para atizar a su perro que gruñía a otro perro, y cuyos ladridos y aullidos retumbaron en

toda la iglesia mientras su dueño volvía a sumirse tranquilamente en su ensimismamiento, sin apartar los ojos del animal.

Y siempre hay un receptáculo de una u otra forma para las aportaciones de los fieles. A veces, es una alcancía colocada entre la imagen a tamaño natural del Redentor y el fiel; otras, una urna pequeña para el mantenimiento de la Virgen o un cepillo a favor de un Bambino popular; otras, una bolsa atada al extremo de una vara, que el diligente sacristán pasa entre los fieles haciéndola sonar atentamente; pero sea como fuere, no falta nunca, y muchas veces hay varios en la misma iglesia, y todos muy provechosos. Y tampoco faltan al aire libre —calles y caminos—, pues cuando paseas tranquilamente pensando en cualquier cosa menos en una hucha, el mencionado objeto se abalanza sobre ti al pasar por una casita; tiene pintado encima: «Para las almas del purgatorio»; petición que su portador repite sin parar agitándolo delante de ti.

Y eso me recuerda que algunos altares peculiarmente sagrados de Roma llevaban la siguiente inscripción: «Cada misa que se celebra en este altar salva un alma del purgatorio». No he sido capaz de averiguar nunca el precio de uno de esos oficios religiosos, pero por fuerza han de ser caros. También hay en Roma varias cruces que si se besan suponen indulgencias para penas mayores o menores. La del centro del Coliseo supone cien días de indulgencia; y acude mucha gente a besarla de la mañana a la noche. Es curioso que algunas de esas cruces hayan adquirido una popularidad aparentemente arbitraria: entre ellas, concretamente esta. En otra parte del Coliseo hay una cruz sobre una placa de mármol que lleva esta inscripción: «Quien bese esta cruz tendrá derecho a doscientos cuarenta días de indulgencia». No vi a nadie besarla, aunque me senté en la arena día tras día y vi pasar a su lado a muchísimos campesinos que iban a besar la otra.

Señalar los detalles del gran sueño de las iglesias romanas sería la ocupación más demencial del mundo. Pero la de San Esteban Rotondo, una iglesia antigua, húmeda y mohosa situada a las afueras de Roma, persistirá en mi memoria debido a las espantosas pinturas que cubren sus muros. Representan los martirios de los santos y los primeros cristianos; y ningún hombre podría imaginar en sueños semejante panorama de horror y matanza aunque comiera un cerdo crudo entero de cena. Hombres de barba gris a quienes están hirviendo, friendo, asando, quemando; hombres devorados por las fieras, acosados por los perros, enterrados vivos, descoyuntados por caballos, destrozados con hachas; mujeres a quienes desgarran los senos con tenazas de hierro, les cortan la lengua, les arrancan las orejas, les parten las mandíbulas; mujeres con el cuerpo estirado en el potro, o despellejado o abrasado y consumido en la hoguera: esos son los temas más suaves. Tan persistentes y trabajados, además, que cada víctima constituye el mismo motivo de asombro que el pobre Duncan despertó en lady Macbeth, haciéndola maravillarse de que el viejo tuviera tanta sangre en el cuerpo[36].

Hay un aposento superior en la prisión mamertina sobre el que dicen que fue el calabozo de san Pedro, y que muy probablemente lo fuera. La estancia es hoy un oratorio dedicado al santo; y persiste como un lugar diferenciado y distinto en mi recuerdo, también. Es muy pequeño y tiene el techo muy bajo. Y la oscuridad y el terror de la lóbrega prisión lo impregnan como si hubieran atravesado en una bruma oscura el suelo. Colgados de los muros entre los exvotos hay objetos extrañamente en armonía y en desacuerdo con el lugar a la vez: dagas oxidadas, cuchillos, pistolas, garrotes, diversos instrumentos de violencia y asesinato, que trajeron y colocaron aquí recién empleados para propiciar al cielo ofendido, como si la sangre que los cubría pudiera desaparecer en el aire consagrado y no tuviera voz con que llorar. Es un lugar tan absolutamente silen-

cioso, cerrado y sepulcral, y los calabozos de abajo son tan oscuros y secretos y están tan vacíos que esta pequeña estancia oscura se convierte en un sueño dentro de un sueño, y en la visión de las grandes iglesias que pasan como un océano, hay una pequeña ola diferenciada que no se funde con ninguna otra ni corre con las demás.

Es espantoso pensar en las inmensas cavernas a las que se accede por algunas iglesias romanas y que minan la ciudad. Muchas iglesias tienen criptas y capillas subterráneas de gran extensión que, en la antigüedad, fueron baños y cámaras secretas de los templos, y quién sabe qué; pero no me refiero a esos. Debajo de la iglesia de San Juan y San Pablo se abren las fauces de inmensas cavernas excavadas en la roca y que, según cuentan, tienen otra salida debajo del Coliseo; tremenda oscuridad de enorme extensión, semienterrada e inexplorable, donde las tenues antorchas que llevaban los ayudantes brillaban con luz trémula en las amplias cámaras que salían a derecha e izquierda como calles de una ciudad de los muertos y que mostraban la fría humedad que se deslizaba por los muros en un goteo constante hasta los charcos de agua que hay aquí y allá y que no han visto ni verán jamás un rayo de sol. Según unos relatos, estas fueron las prisiones de las fieras destinadas al anfiteatro; según otros, las de los gladiadores condenados; y cuentan incluso algunos que las de ambos. Pero la leyenda más impresionante es que en la parte superior (pues hay dos plantas de cuevas), los primeros cristianos oían los rugidos de las fieras hambrientas que esperaban en la planta inferior para devorarlos. Hasta que en la noche y la soledad de su encierro irrumpían súbitamente la luz y la vida del inmenso teatro atestado de gente y sus aterrados vecinos salían a la arena.

Debajo de la iglesia de San Sebastián, dos millas más allá de la puerta de San Sebastián en la vía Apia, se encuentra la entrada a las catacumbas de Roma, que fueron primero canteras y

luego sirvieron de refugio a los cristianos. Se han explorado veinte millas de las espantosas galerías que forman una cadena de laberintos de sesenta millas de circunferencia.

Nos guio por ese lugar profundo y pavoroso un fraile franciscano enjuto, de mirada profunda. Los estrechos pasadizos y aberturas aquí y allá, junto con la atmósfera cargada y asfixiante, no tardaron en hacernos olvidar a todos el recuerdo del camino que habíamos seguido, y no pude evitar decirme: «¡Santo cielo!, ¿qué sería de nosotros si en un súbito ataque de locura tirara las antorchas, o si le diera un síncope?». Seguimos nuestro recorrido entre las tumbas de los mártires por las enormes galerías abovedadas que se ramifican en todas direcciones, bloqueadas con montones de piedras, para que los ladrones y los asesinos no se refugiaran allí y formaran una población debajo de Roma incluso peor que la que vive entre ella y el sol. Tumbas, tumbas y más tumbas; tumbas de hombres, de mujeres, de niños pequeños, sus hijos, que habían corrido gritando a los perseguidores: «¡Somos cristianos! ¡Somos cristianos!», para que los mataran con sus padres; tumbas con la palma del martirio tallada toscamente en las rocas que las rodean, y pequeñas hornacinas para colocar un recipiente con la sangre de los mártires; tumbas de quienes vivieron aquí abajo durante años seguidos, atendiendo a los demás y predicando la verdad, la esperanza y el consuelo en los altares rudimentarios, para dar fe de su entereza en esta hora; sepulturas más amplias pero mucho más terribles, donde centenares de cristianos, sorprendidos, fueron encerrados y emparedados, enterrados en vida y condenados a morir lentamente de inanición.

—Los triunfos de la fe no están arriba sobre la superficie en nuestras espléndidas iglesias —nos dijo el fraile, mirándonos cuando nos paramos a descansar en uno de los pasajes bajos, rodeados de huesos y polvo por todas partes—. ¡Están aquí! ¡Entre las sepulturas de los mártires!

Era un hombre afable y serio, que hablaba con sinceridad; pero al recordar cómo se han tratado los cristianos unos a otros, cómo han pervertido nuestra clementísima religión, persiguiéndose y torturándose, quemándose y decapitándose, estrangulándose y matándose brutalmente, y oprimiéndose, imaginé una agonía que supera todas las que hubiera sufrido este polvo con el aliento de la vida aún en sí, y cómo se habrían estremecido sus corazones valerosos y leales —cómo se habrían espantado y desfallecido— si hubieran sabido lo que harían los cristianos confesos, en nombre de aquel por quien ellos habían muerto. Los habría desgarrado con su propio suplicio en la cruel rueda, la amarga cruz y la pavorosa hoguera.

Tales son los aspectos y lugares de mi sueño de las iglesias que permanecen diferenciados y conservan una identidad propia. Recuerdo más vagamente las reliquias a veces; los fragmentos del pilar del templo que se partió en dos; la porción de la mesa de la Última Cena; el pozo en que la mujer de Samaria dio agua a Nuestro Salvador; las dos columnas de la casa de Poncio Pilatos; la piedra a la que ataron las benditas manos durante la flagelación; la parrilla de san Lorenzo, y la piedra que hay debajo de la misma, con las marcas de su grasa y de su sangre; todos ellos proyectan una sombra en algunas catedrales, como lo haría una vieja historia o una fábula, y las tapan un instante cuando aparecen ante mí. El resto es un inmenso yermo de edificios religiosos de todas las formas y estilos mezclados; de las columnas destrozadas de los antiguos templos paganos, desenterradas y forzadas como cautivos gigantescos a sostener los techos de las iglesias cristianas; de pinturas deleznables y maravillosas, impías y absurdas; de gente arrodillada y de volutas de incienso, campanillas tintineantes y a veces (no muchas) un órgano de pedal: de Vírgenes con los senos llenos de espadas dispuestas en semicírculo como un abanico moderno; de los auténticos esqueletos de santos, horrorosamente ataviados con

rasos chillones, sedas y terciopelos bordados de oro, y el cráneo marchito adornado con pedrería o coronas de flores pulverizadas; a veces, de fieles congregados en torno al púlpito ante un monje que tiende hacia ellos un crucifijo y predica enardecido, mientras el sol entra a raudales por alguna ventana alta y cae sobre el dosel y en toda la iglesia para impedir que su voz aguda se perdiera entre los ecos del techo. Luego mi memoria agotada sale a una escalinata donde duermen o toman el sol grupos de personas; y se aleja entre los harapos, los olores, los palacios y las casuchas de una antigua calle italiana.

Un domingo por la mañana (el 8 de mayo) decapitaron aquí a un hombre. Había atacado nueve o diez meses antes a una condesa bávara que peregrinaba a Roma —sola y a pie, por supuesto—, y que realizaba tan piadosa obra, según cuentan, por cuarta vez. La había visto cambiar una pieza de oro en Viterbo, donde vivía él; entonces la siguió y luego le hizo compañía durante unas cuarenta millas o más, con el falso pretexto de protegerla; y la atacó en la Campagna, a escasa distancia de Roma, cerca de lo que llaman (aunque no lo es) la tumba de Nerón; le robó cuanto llevaba y la mató a palos con su propio cayado de peregrina. El hombre se había casado hacía poco y regaló algunos vestidos de la víctima a su esposa, diciéndole que se los había comprado en una feria. Pero la mujer había visto pasar por el pueblo a la condesa peregrina y reconoció algunas prendas. El marido le explicó entonces lo que había hecho. Ella se lo contó a un sacerdote en confesión, y cuatro días después del asesinato apresaron al hombre.

No hay fechas fijas para la administración de la justicia ni para su ejecución en este país incomprensible; y el hombre había permanecido en la cárcel desde entonces. Estaba cenando con los demás prisioneros el viernes cuando fueron a comunicarle que iban a ajusticiarle al día siguiente por la mañana y se lo llevaron. Es muy insólito que haya ejecuciones en Cuaresma;

pero como su delito era muy grave, juzgaron aconsejable dar un ejemplo con él en esa época en que gran número de peregrinos acuden a Roma de todas partes para la Semana Santa. Yo me enteré el viernes por la tarde, y vi los anuncios colgados en las iglesias, pidiendo a la población que rezara por el alma del criminal. Así que decidí ir a presenciar la ejecución.

La decapitación estaba fijada para las catorce y media, hora romana, o nueve menos cuarto de la mañana. Me acompañaron dos amigos. Y como sólo sabíamos que acudiría muchísima gente, llegamos a las siete y media. El lugar de la ejecución quedaba cerca de la iglesia de San Juan *decollato* (dudoso cumplido a san Juan Evangelista), en una de las callejas intransitables y sin aceras, como buena parte de Roma: una calle de casas miserables y ruinosas, con aspecto de no pertenecer a nadie ni haber estado habitadas nunca, y que sin duda no se construyeron conforme a un plan ni para ningún propósito concreto, sin marcos de ventana, y con cierto aire de fábricas de cerveza abandonadas; podrían ser almacenes si no fuera porque no contienen nada. Habían montado el patíbulo frente a una de esas casas, una blanca. Era un objeto tosco, sin pintar, de aspecto desvencijado y unos diez palmos de altura, en el que se alzaba un armazón en forma de horca, con la cuchilla (una masa impresionante de hierro, dispuesta para caer), que resplandecía al sol matinal cuando este asomaba de vez en cuando tras una nube.

No había muchas personas esperando, y las pocas que había se mantenían a considerable distancia del patíbulo, junto a los grupos de dragones del Papa. Doscientos o trescientos soldados de infantería armados esperaban tranquilamente en grupos aquí y allá; y los oficiales paseaban arriba y abajo en grupos de dos o tres, conversando y fumando cigarros.

Al final de la calle había un espacio abierto, con un montón de tierra, fragmentos de cacharros y montículos de desperdi-

cios vegetales, aunque en Roma pueden verse en cualquier parte los mismos desechos, que no favorecen a ninguna localidad particular. Entramos en una especie de lavadero que pertenecía a una vivienda en ese sitio. De pie en un carro viejo y sobre un montón de ruedas de carro amontonadas contra la pared, miramos por un ventanal enrejado al patíbulo y la calle más allá del mismo hasta donde torcía de pronto a la izquierda y la perspectiva quedaba cortada, coronada por un oficial corpulento con sombrero de tres picos.

Dieron las nueve y las diez y no pasó nada. Las campanas de todas las iglesias tocaron como siempre. Se había reunido en el espacio abierto una pequeña asamblea de perros que se perseguían unos a otros entre las piernas de los soldados. Los romanos de clase baja y aspecto feroz, con capas azules, capas rojizas o sin capa y harapientos, iban y venían, conversando unos con otros. Las mujeres y los niños daban vueltas en torno a la escasa multitud congregada. Había un amplio espacio embarrado completamente vacío, como una calva en la cabeza de un hombre. Un vendedor de cigarros iba y venía con una vasija de barro llena de cenizas de carbón en una mano pregonando sus mercancías. Un pastelero dividía su atención entre el patíbulo y los clientes. Los niños intentaban escalar los muros y se caían. Sacerdotes y frailes se abrieron paso a codazos entre la gente y se empinaron para ver la cuchilla. Luego se marcharon. Artistas ataviados con ridículos sombreros medievales y barbas de ninguna época concreta (¡gracias a Dios!) lanzaban miradas ceñudas y pintorescas a su alrededor desde sus emplazamientos entre el gentío. Un caballero (relacionado con las bellas artes, supongo) paseaba de un lado a otro con botas de mercenario; tenía una barba roja que le llegaba hasta el pecho y el cabello largo y rojizo bien peinado en dos trenzas que le caían por delante casi hasta la cintura.

Dieron las once y todo seguía igual. Recorrió la multitud el rumor de que el reo no se confesaría; en cuyo caso, los sacerdotes le retendrían hasta la hora del avemaría (el atardecer); pues tienen la misericordiosa costumbre de no apartar hasta entonces el crucifijo de un hombre en semejante trance, como el que se niega a confesarse y, por lo tanto, es un pecador abandonado del Salvador. La gente empezó a retirarse poco a poco. Los oficiales se encogían de hombros y se mostraban dubitativos. Los dragones, que se acercaban de vez en cuando a caballo a nuestra ventana para mandar que retiraran de allí un carro o coche de alquiler lleno de gente, en cuanto se instalaba cómodamente (pero no antes), se volvieron imperiosos e irascibles. El calvero no tenía ni un pelo desordenado. Y el oficial corpulento que coronaba la vista tomaba rapé sin parar.

Se oyó de pronto ruido de trompetas. Los soldados de a pie se pusieron firmes, desfilaron hacia el patíbulo y lo rodearon en formación. Los dragones se acercaron también al galope y ocuparon sus puestos. La guillotina se convirtió en el centro de un bosque de puntas de bayonetas y de sables brillantes. La gente se acercó más, por el flanco de los soldados. Un largo río de hombres y muchachos que habían acompañado al cortejo desde la prisión desembocó en el claro. El calvero ya no se distinguía del resto. El vendedor de pastas y el de cigarros renunciaron a toda idea de hacer negocio, de momento, y buscaron buenos sitios entre la multitud, abandonándose plenamente al placer. La perspectiva terminaba ahora en una tropa de dragones. Y el oficial corpulento, con la espada en la mano, miraba con dureza a una iglesia que había cerca y que él podía ver pero nosotros y la multitud, no.

Tras una breve demora, vimos a unos monjes que se encaminaban hacia el patíbulo desde la iglesia; y por encima de sus cabezas, avanzando con triste parsimonia, la imagen de un Cristo crucificado bajo un doselete negro. Lo llevaron hasta el pie del

patíbulo, a la parte delantera, y lo colocaron allí mirando al reo, que pudo verlo al final. No estaba en su sitio cuando él apareció en la plataforma descalzo, con las manos atadas y el cuello y el escote de la camisa cortados casi hasta los hombros. Era un individuo joven (veintiséis años), vigoroso y bien plantado. De cara pálida, bigotillo oscuro y cabello castaño oscuro.

Al parecer se había negado a confesarse si no iba a verle su mujer, y habían tenido que mandar una escolta a buscarla; esa era la razón de la demora.

Se arrodilló enseguida debajo de la cuchilla. Colocó el cuello en el agujero hecho en un travesaño para tal fin y lo cerraron también por arriba con otro, igual que una picota. Justo debajo de él había una bolsa de cuero, a la que cayó inmediatamente su cabeza. El verdugo la agarró por el pelo, la alzó y dio una vuelta al patíbulo mostrándosela a la gente, casi antes de que uno se diera cuenta de que la cuchilla había caído pesadamente con un sonido vibrante. Cuando ya había pasado por los cuatro lados del patíbulo, la colocó en un palo delante: un trozo pequeño de blanco y negro para que la larga calle lo viera y las moscas se posaran en él. Tenía los ojos hacia arriba, como si hubiera evitado la visión de la bolsa de cuero y mirado hacia el crucifijo. Todos los signos vitales habían desaparecido de ella. Estaba apagada, fría, lívida y pálida. Y lo mismo el cuerpo.

Había muchísima sangre. Dejamos la ventana y nos acercamos al patíbulo, estaba muy sucio; uno de los dos hombres que echaba agua en el mismo se volvió a ayudar al otro a alzar el cuerpo y meterlo en una caja, y caminaba como si lo hiciera por el fango. Resultaba extraña la aparente desaparición del cuello. La cuchilla había cercenado la cabeza con tal precisión que parecía un milagro que no le hubiera cortado la barbilla o rebanado las orejas; y tampoco se veía en el cuerpo, que parecía cortado a ras de los hombros.

Nadie se preocupaba ni se mostraba afectado en absoluto. No vi ninguna manifestación de dolor, compasión, indignación o pesar. Me tantearon los bolsillos vacíos varias veces cuando estábamos entre la multitud delante del patíbulo mientras colocaban el cadáver en su ataúd. Era un espectáculo desagradable, sucio, descuidado y nauseabundo; no significaba nada más que carnicería aparte del interés momentáneo para el único desdichado actor. ¡Sí! Un espectáculo así tiene un significado y es una advertencia. No hay que olvidarlo. Los especuladores de la lotería se sitúan en puntos ventajosos para contar las gotas de sangre que salpican aquí o allá; y luego compran ese número. Seguro que habrá una gran demanda del mismo.

A su debido tiempo se llevaron en carro el cuerpo, limpiaron la cuchilla, desmontaron el patíbulo y retiraron el espantoso aparato. El verdugo, un bandido *ex officcio* (¡qué sátira para el Castigo!), que no se atrevía, por su vida, a cruzar el puente de Sant' Angelo más que para cumplir su cometido, se retiró a su guarida, y el espectáculo acabó.

El Vaticano se sitúa a la cabeza de las colecciones de los palacios de Roma, por supuesto, y descuella entre todos con sus tesoros artísticos, sus inmensas galerías, escalinatas y aposentos más aposentos de cámaras enormes. Muchas de las esculturas más nobles y de las pinturas más prodigiosas están allí; y no es herejía decir que también contiene una considerable cantidad de basura. Si cualquier escultura antigua que se desentierra encuentra sitio en una galería porque es antigua y sin referencia alguna a sus méritos intrínsecos, y encuentra admiradores a cientos porque está allí y por ninguna otra razón del mundo, no faltarán objetos mediocres a simple vista para cualquiera que emplee tan vulgar don, cuando puede ponerse las lentes de la hipocresía por menos de nada y ganar fama de hombre de gusto por la simple molestia de hacerlo.

Confieso sin reservas, por mi parte, que no puedo dejar la percepción de lo que es natural y auténtico a la puerta de un palacio, en Italia o donde sea, como dejaría los zapatos si viajara por Oriente. No puedo olvidar que hay ciertas expresiones faciales, propias de ciertas pasiones y tan inmutables en su naturaleza como el andar de un león o el vuelo de un águila. No puedo prescindir de mi conocimiento concreto de hechos tan comunes como la proporción ordinaria de los brazos, las piernas y la cabeza de los hombres; y cuando veo obras que violentan tales experiencias y recuerdos, estén donde estén, no puedo alabarlas con sinceridad, y prefiero decirlo; a pesar del importante consejo de que a veces debemos fingir admiración aunque no la sintamos.

Así que reconozco francamente que cuando veo a un barquero joven y alegre representando a un querubín, o a un carretero pintado como un evangelista, no advierto nada digno de elogio y admiración en la obra, por muy célebre que sea el pintor. Ni siento debilidad por los ángeles falsos que tocan violines y flautas para edificación de monjes espatarrados, que parecen ebrios. Ni por esos monsieurs Tonson de las galerías, san Francisco y san Sebastián, que en mi opinión debieran tener méritos muy raros y singulares como obras de arte para justificar su multiplicación compuesta por los pintores italianos.

Me parece también que los arrebatos indiscriminados y decididos que se permiten algunos críticos son incompatibles con la genuina apreciación de las obras verdaderamente grandes y trascendentes. Me resulta inconcebible, por ejemplo, que el resuelto paladín de pinturas sin mérito alguno pueda elevarse a la asombrosa belleza de la gran obra de Tiziano sobre la asunción de la Virgen en Venecia; o que el hombre sinceramente impresionado por el carácter sublime de esa obra exquisita, o que sea verdaderamente sensible a la belleza de la extraordinaria pintura de la asamblea de los bienaventurados en el mismo lugar,

pueda percibir en el *Juicio Final* de Miguel Ángel (en la Capilla Sixtina) cualquier idea general, o un pensamiento dominante, en armonía con el formidable tema. Quien contemple la *Transfiguración*, la obra maestra de Rafael, y pase a otra sala del Vaticano y contemple otra obra de Rafael que representa (de forma increíblemente caricaturesca) la milagrosa detención del incendio por León IV, y luego diga que admira ambas por igual como obras extraordinariamente geniales, creo que por fuerza le fallan las facultades perceptivas en uno de los dos casos y, seguramente, en el noble y elevado.

Es fácil plantear una duda, pero yo dudo mucho que a veces no se observan demasiado estrictamente las normas artísticas y que sea correcto y agradable que sepamos de antemano dónde se volverá esta figura, dónde se echará esa, dónde se pliegan las vestiduras, y así sucesivamente. Cuando veo en los museos italianos cabezas inferiores a la que representan en obras de mérito, no se lo reprocho al pintor, pues tengo la sospecha de que esos grandes hombres, que se hallaban forzosamente en manos de monjes y sacerdotes, pintaban monjes y sacerdotes con excesiva frecuencia. Veo muchas veces, en obras de verdadera fuerza, cabezas inferiores al tema y al pintor: e invariablemente advierto que llevan la huella conventual, y tienen sus réplicas entre los religiosos conventuales del momento; así que he llegado a la conclusión de que, en tales casos, la mediocridad no se debe al pintor, sino a la vanidad y a la ignorancia de algunos de sus patrones, que querían ser apóstoles en el lienzo a toda costa.

La gracia y la belleza exquisitas de las esculturas de Canova, la prodigiosa gravedad y el reposo de muchas esculturas antiguas que pueden verse tanto en el Capitolio como en el Vaticano, así como la fuerza y el ardor de muchas otras, se hallan, de diferentes modos, fuera del alcance de las palabras. Son especialmente admirables y preciosas tras las obras de Bernini y

sus discípulos que abundan en las iglesias de Roma, desde la de San Pedro en adelante; y que sinceramente considero la más detestable clase de producciones de todo el mundo. Preferiría infinitamente (como meras obras de arte) contemplar las tres divinidades del Pasado, el Presente y el Futuro de la Colección China, que las mejores obras de esos maníacos dinámicos en las que cada pliegue del ropaje se alza al revés, la más minúscula vena o arteria es tan grande como un dedo índice normal, el cabello parece un nido de serpientes llenas de vida y cuyas actitudes ponen en evidencia todos los demás excesos. Hasta tal punto que sinceramente creo que no puede haber lugar en el mundo donde semejantes abortos insoportables, engendros del cincel del escultor, se encuentren en la misma profusión que en Roma.

Hay una magnífica colección de antigüedades egipcias en el Vaticano; y los techos de las salas en que las han colocado representan un cielo estrellado del desierto. Quizá parezca una idea extraña, pero es muy efectiva. Los monstruos semihumanos y adustos de los templos son más adustos y monstruosos bajo el intenso azul oscuro, que da un aire sombrío e incierto a todo: un misterio adaptado a los objetos; y te marchas dejándolos envueltos en la noche solemne, tal como los encontraste.

Las pinturas se aprecian plenamente en los lugares privados. Rara vez hay tantas en un mismo sitio que nos distraigan o confundan. Podemos contemplarlas pausadamente. Y es muy poco probable que nos interrumpa una multitud. Hay retratos sin cuento de Tiziano, Rembrandt, Vandyke; bustos de Guido, Domenichino y Carlo Dolci; temas diversos de Correggio, Murillo, Rafael, Salvador Rosa y el Españoleto, que en verdad es difícil elogiar demasiado o elogiar lo suficiente; tales son su ternura y su gracia, su elevación, pureza y belleza extraordinarias.

El retrato de Beatrice di Cenci, que se encuentra en el Palazzo Berberini, es un cuadro prácticamente inolvidable. El brillo especial de la belleza y la ternura del rostro me cautivan. Lo veo ahora lo mismo que veo este papel, o mi pluma. La cabeza enmarcada en el tocado blanco; el cabello claro cayendo bajo los pliegues del lino. Se ha vuelto de pronto hacia ti; y hay una expresión en sus ojos —aunque son tan tiernos y dulces— como si en ese instante hubiera luchado y vencido la furia de un terror momentáneo, o distracción, y solamente quedaran una esperanza celestial, un hermoso dolor y un desamparo afligido. Cuentan algunas historias que Guido (Reni) lo pintó la noche antes de que la ejecutaran; y otros, que lo pintó de memoria después de haberla visto camino del patíbulo. Yo me inclino a creer que se volvió hacia él tal como aparece en el lienzo al ver por primera vez el hacha, y que grabó en su mente esa mirada que él ha grabado en la mía como si hubiera estado a su lado entre la multitud. El vergonzoso palacio de los Cenci, que destroza toda una manzana de la ciudad y que se alza comido por la ruina, tenía esa misma cara, en mi imaginación, en su pórtico lúgubre y en sus ventanas tapiadas, y subiendo y bajando sus escaleras sombrías, y saliendo de la oscuridad de los corredores fantasmagóricos. La historia está escrita en la pintura; escrita en la cara de la niña agonizante por la propia mano de la Naturaleza. Y, ¡ay!, cómo pone en fuga con ese único roce (en vez de acercar) al mundo lastimoso que afirma estar emparentado con ella, según las miserables falsificaciones convencionales.

Vi la estatua de Pompeyo en el palacio Spada. La estatua a cuyo pie cayó César. ¡Una figura severa e impresionante! Yo la imaginaba de mayor refinamiento, de finura absoluta, llena de detalles delicados, que perdiera su diferencia en la mirada confusa de alguien cuya sangre fluía ante ella y se adaptara a cierta majestad tan rígida como esta mientras la muerte pasaba sigilosamente por la cara vuelta.

Las excursiones por los alrededores de Roma son preciosas y tendrían mucho interés aunque sólo fuera por las vistas cambiantes de la Campagna. Pero cada palmo de tierra en todas direcciones está lleno de asociaciones y de bellezas naturales. Está Albano, con su precioso lago, su litoral boscoso y su vino, que en verdad no ha mejorado desde los tiempos de Horacio y que ya no justifica su panegírico. Y Tívoli, con el río Anio, separado de su curso, y que se precipita unos ochenta pies buscándolo. Con su pintoresco templo de la Sibila en lo alto de un risco; y sus cascadas secundarias destellando al sol; y una cueva que abre su oscuridad, donde el río se lanza temerario y avanza rápido bajo las rocas voladizas. También está allí la Villa d'Este, desierta y ruinosa entre bosquecillos de cipreses y pinos melancólicos, donde parece yacer en capilla ardiente. Y luego Frascati; y más arriba, las ruinas de Túsculo, donde Cicerón vivió, escribió y adornó su casa preferida (algunos fragmentos de la cual pueden verse todavía), y donde nació Catón. Vimos su anfiteatro en ruinas un día nublado y gris, en que soplaba un viento fuerte de marzo y las piedras dispersas de la antigua ciudad se desparramaban por el solitario promontorio, tan desolado y muerto como cenizas de una hoguera apagada hace mucho tiempo.

Un día fuimos caminando a Albano (a catorce millas de distancia) un reducido grupo de tres; nos dominaba el fuerte deseo de ir por la antigua vía Apia, abandonada y ruinosa hacía ya mucho tiempo. Salimos a las siete y media de la mañana y en una hora más o menos dominábamos la Campagna abierta. Seguimos subiendo doce millas, por una sucesión ininterrumpida de montículos, montones y colinas de ruinas. Tumbas y templos, derruidos y postrados; fragmentos de columnas, frisos y frontones; enormes bloques de granito y de mármol; arcos en proceso de desmoronamiento y desintegración, cubiertos de maleza; ruinas suficientes para construir con ellas una ciudad

espaciosa; todo esparcido a nuestro alrededor. A veces encontrábamos en el camino muros toscos que habían construido los pastores con estos fragmentos; otras, nos cortaban el camino montones de piedras; a veces los fragmentos mismos que rodaban bajo nuestros pies hacían laboriosísimo y penoso nuestro avance; pero todo eran ruinas. Seguimos, ora por un trecho de la antigua carretera desenterrada; ora rastreándola bajo la capa de hierba como si fuera su tumba; pero todo el camino eran ruinas. Los acueductos ruinosos seguían acechando su colosal curso por la llanura; y cada ráfaga de viento que soplaba en nuestra dirección agitaba las flores y hierbas tempranas que brotan espontáneamente sobre la extensión de ruinas. Sólo quebraban el imponente silencio las alondras invisibles que anidaban en las ruinas; y los impetuosos pastores, ataviados con pieles de oveja, que nos miraban ceñudos de vez en cuando desde los escondrijos en que dormían, también se alojaban en las ruinas. El aspecto de la desolada llanura en la dirección en que es más llana, me recordaba la pradera americana; ¡pero qué es la soledad de una región donde nunca han vivido los hombres comparada con la de un desierto donde una raza poderosa dejó sus huellas en la tierra de la que ha desaparecido, donde las últimas moradas de sus muertos se han desmoronado como sus muertos y el reloj de arena del Tiempo sólo es un montón de tierra inútil! Al volver por la carretera al ponerse el sol y contemplar de lejos el camino que habíamos recorrido por la mañana, casi sentí (como la primera vez que lo vi a esa hora) que el sol no volvería a salir nunca y que estaba viéndolo por última vez aquella noche sobre un mundo en ruinas.

Llegar de nuevo a Roma a la luz de la luna después de semejante excursión es un final digno de semejante día. La estrechez, inmundicia y oscuridad de las callejas sin aceras, y llenas de montones de basura y estiércol en todos los rincones oscuros, contrastan con la plaza amplia delante de una iglesia ma-

jestuosa, en cuyo centro se alza un obelisco cubierto de jeroglíficos, traído de Egipto en tiempos de los emperadores, que contempla extrañado el escenario desconocido que lo rodea; o quizá el pedestal de una estatua antigua venerada sostenga ahora a un santo cristiano: Marco Aurelio cediendo el sitio a Pablo, y Trajano a san Pedro. También están los enormes edificios que se erigieron con el saqueo del Coliseo, y que tapan la luna como montañas, mientras que aquí y allá hay arcos rotos y murallas hendidas por los que pasa libremente como la vida que sale a borbotones de una herida. La pequeña ciudad de casas míseras, amurallada y cerrada con puertas trancadas en el barrio en que los judíos quedan encerrados todas las noches cuando el reloj da las ocho; un lugar miserable, densamente poblado y hediondo, pero donde la población es laboriosa y hace dinero. Puedes verlos a todos trabajando si pasas por allí durante el día, casi siempre en la calle junto a sus talleres oscuros y viciados, arreglando ropa vieja y haciendo negocios.

Al salir de esos charcos de densa oscuridad una vez más a la luz de la luna, te sorprende la fuente de Trevi, que mana por cien surtidores y cae por las rocas, y que es argentina a la vista y al oído. En la pequeña y angosta garganta de la calle un poco más adelante, hay un puesto adornado con lámparas resplandecientes y ramas de árboles que congrega a un grupo de romanos hoscos en torno a sus ollas de cobre humeantes, llenas de caldo caliente y coliflor, fuentes de pescado frito y jarras de vino. Al doblar traqueteantes la esquina girando bruscamente se oye un ruido sordo de pisadas. El cochero para repentinamente y se descubre, mientras pasa lentamente un furgón, precedido por un hombre que porta una cruz grande, por otro que porta una antorcha, y por un sacerdote que camina entonando una salmodia. Es el carro de los muertos, que transporta los cuerpos de los pobres para enterrarlos en el camposanto que hay fuera de las murallas, donde los echarán a una fosa, que cu-

brirán con una losa esta noche y que permanecerá precintada un año.

Pero si en ese recorrido pasáis junto a obeliscos o columnas, templos, teatros, viviendas, pórticos o foros antiguos, os extrañará ver cómo se ha combinado cada fragmento con una estructura moderna siempre que ha sido posible, o se ha utilizado para algún propósito moderno: un muro, una vivienda, un granero, un establo; algo para lo que no fue diseñado, y relacionado con lo cual resulta inevitablemente forzado. Es más extraño aún ver cuántas ruinas de la mitología antigua, cuántos fragmentos legendarios obsoletos y de culto se han incorporado al culto de los altares cristianos aquí; y la monstruosa unión en que se han fusionado de múltiples formas la fe falsa y la verdadera.

Mirando más allá de las murallas desde una zona de la ciudad, se ve una pirámide achaparrada y raquítica (lugar de enterramiento de Cayo Cestio) que forma un triángulo opaco a la luz de la luna. Pero para un viajero inglés marca también la sepultura de Shelley, cuyos restos reposan en un pequeño huerto cerca de ella. Y más cerca aún, casi a su sombra, reposan los restos mortales de Keats, «cuyo nombre está escrito en el agua», que resplandece en el paisaje de una noche italiana serena.

Se supone que la Semana Santa de Roma ofrece grandes atracciones a todos los visitantes. Pero, salvo por las ceremonias del domingo de Pascua, yo aconsejaría a quienes van a Roma por el interés de la ciudad en sí, que no lo hagan en esas fechas. Las ceremonias son pesadísimas y tediosas en general; el calor y la multitud, penosamente opresivos; el ruido, el barullo y la confusión impiden concentrarse en nada. Nosotros renunciamos enseguida y volvimos a las ruinas. Pero nos unimos precipitadamente a la multitud para participar en una de las mejores ceremonias; y os describiré lo que vimos.

Vimos muy poco en la Capilla Sixtina el miércoles, porque cuando llegamos (aunque fuimos muy pronto) ya no cabía un alfiler. La gente se amontonaba incluso en la sala contigua, apretujándose en la puerta, debatiéndose, protestando y apresurándose a ocupar el espacio libre cada vez que sacaban a una dama desmayada, como si pudieran meterse en el mismo cincuenta personas. Unas veinte personas se debatían con el grueso cortinaje de la puerta de la capilla, empujándose unas a otras en su afán de agarrarlo y mantenerlo alzado para poder oír el miserere. El resultado era una extraordinaria confusión, pues parecía enroscarse alrededor de los desprevenidos como una serpiente. Una señora se enredó en él y no podía soltarse. Luego se oyó la voz ahogada de un caballero que suplicaba que lo sacaran de allí. A continuación, dos brazos envueltos en el mismo (no se sabía si de hombre o de mujer) se debatían como si estuvieran dentro de un saco. Tan pronto lo arrastraban a la capilla como si fuera un toldo, como hacia afuera, tapando a un guardia suizo que llegó en aquel preciso instante a poner orden.

Sentados a cierta distancia entre dos o tres caballeros pontificios que parecían cansados y que contaban los minutos (como quizá lo estuviera haciendo también Su Santidad), podíamos observar mejor el extravagante espectáculo, aunque no oíamos el miserere. A veces nos llegaba una oleada de voces lastimeras que resultaban muy patéticas y tristes, y que se apagaban luego en un tono bajo; pero eso fue todo lo que oímos.

También asistimos a una exposición de reliquias en San Pedro, que tuvo lugar entre las seis y las siete de la tarde y que se caracterizó sobre todo por el ambiente oscuro y lúgubre de la catedral y por el gran número de personas que acudió. Tres sacerdotes llevaron de una en una las reliquias a una galería alta que había junto al altar mayor. Era la única zona iluminada de la iglesia. Siempre hay ciento doce lámparas encendidas junto

al altar, y entonces había también dos hachones junto a la imagen negra de san Pedro; claro que eso no suponía nada en tan inmenso edificio. La penumbra, las caras alzadas hacia la galería y la postración de los verdaderos creyentes en el suelo cuando sacaban y mostraban los objetos brillantes como pinturas o espejos producían cierto efecto a pesar de la forma absurda en que los alzaban para edificación general y la gran altura a que los exponían; se diría que todo estaba calculado para disminuir el consuelo de un pleno convencimiento de su autenticidad.

El jueves fuimos a ver al Papa llevar la Eucaristía desde la Capilla Sixtina a la capilla Paulina, otra capilla del Vaticano, una ceremonia simbólica del sepultamiento del Salvador antes de la Resurrección. Esperamos en una galería enorme con una gran multitud (tres cuartas partes de la misma eran ingleses) durante una hora o así, mientras seguían cantando el miserere en la Capilla Sixtina. Ambas capillas daban a la galería. Y la atención general se concentraba en la puerta de aquella por la que tenía que salir el Papa. La puerta se abrió y se cerró varias veces sin desvelar nada más grandioso que a un hombre subido en una escalera que estaba encendiendo gran número de velas; pero cada vez que se abría la puerta una avalancha de gente se precipitaba hacia la escalera y el hombre, semejante (diría yo) a una carga de la caballería pesada británica en Waterloo. Pero no tiraron ninguna vez la escalera ni al hombre, que realizó las cabriolas más extrañas del mundo entre la multitud cuando acabó de encender todas las velas y pasó con ella, dejándola al fin apoyada en la pared de la galería de cualquier modo, poco antes de que se abriera la otra capilla y se iniciara un nuevo canto que anunciaba la llegada Su Santidad. Ante lo cual, los soldados de la guardia que habían estado conteniendo a la multitud de todas las formas imaginables, se pusieron en formación y la procesión pasó entre las dos hileras que habían formado.

Algunos miembros del coro y gran número de sacerdotes caminaban de dos en dos, y portaban (al menos los más apuestos) las velas encendidas de forma que proyectaban la luz sobre sus caras, pues la sala estaba a oscuras. Los que no eran guapos, o no tenían largas barbas, llevaban las velas de cualquier modo, entregados a la contemplación espiritual. Mientras tanto, el canto era muy monótono y pesado. La procesión entró lentamente en la capilla, seguida del sonsonete, hasta que apareció el Papa, caminando bajo un palio de raso blanco y sujetando con ambas manos la Eucaristía cubierta. Cardenales y canónigos le rodeaban, y el conjunto constituía un brillante espectáculo. Los soldados de la guardia se arrodillaron cuando pasó a su lado el pontífice; y los espectadores inclinaron la cabeza; y así entró en la capilla: en la puerta de la misma retiraron el palio, sustituyéndolo por una sombrilla de raso blanco sobre la pobre cabeza del anciano pontífice. Cerraban la marcha unas cuantas parejas más, que entraron también en la capilla. Entonces cerraron la puerta de la misma, y la ceremonia terminó; y todo el mundo desapareció corriendo precipitadamente como si les fuera la vida o la muerte en ello, para ver alguna otra cosa y comentar que no merecía la pena.

Creo que la ceremonia más célebre y la más concurrida (exceptuando las del domingo y el lunes de Pascua, a las que tienen acceso toda clase de personas) es la del lavatorio de los pies de doce hombres por el Papa, que representan a los doce apóstoles y a Judas Iscariote. Esta ceremonia piadosa se celebra en una de las capillas de San Pedro, que decoran con alegres adornos para la ocasión. Los trece hombres se sientan «en hilera» en un banco muy alto, y parecen especialmente incómodos con los ojos de sabe Dios cuántos ingleses, franceses, americanos, suizos, alemanes, rusos, suecos, noruegos y demás extranjeros clavados todo el rato en ellos. Visten túnicas blancas; y llevan a la cabeza un gorro blanco rígido como una enorme caña inglesa sin asa.

Cada uno lleva en la mano un ramillete del tamaño de una buena coliflor; y dos de ellos, en esta ocasión, llevaban anteojos; lo cual me pareció un curioso añadido al disfraz, teniendo en cuenta los personajes que representaban. Habían cuidado mucho la caracterización: un joven apuesto representaba a san Juan. Y un caballero anciano, de aspecto austero y abundante barba oscura, a san Pedro; y a Judas Iscariote, un hipócrita tan descomunal (aunque no pude distinguir si la expresión de su rostro era natural o fingida) que si hubiera interpretado el papel hasta el final y se hubiera ahorcado, no habría dejado nada que desear.

Las dos amplias zonas reservadas para las damas en esta ceremonia estaban a rebosar y era imposible acercarse, así que nos marchamos con muchísimos otros para llegar a tiempo a la mesa en que el Papa en persona sirve la cena a estos trece hombres. La muchedumbre invadió la sala tras una prodigiosa lucha en la escalinata del Vaticano y varios conflictos personales con la guardia suiza. Era una galería amplia, con cortinajes blancos y rojos y otro compartimento enorme reservado a las damas (que han de vestir de negro y cubrirse con velos negros en estas ceremonias), un palco regio para el rey de Nápoles y su séquito; y la mesa propiamente dicha, dispuesta como la de una cena de gala y adornada con imágenes doradas de los auténticos apóstoles, en una tribuna de la galería. Los cubiertos de los falsos apóstoles estaban en el lado de la mesa más próximo a la pared, para que el público pudiera observarles de nuevo a sus anchas sin obstáculos.

La parte principal estaba llena de extranjeros varones; la multitud era inmensa; el calor intenso; y la presión, insoportable a veces. El punto álgido llegó cuando irrumpieron en la sala los que venían del lavatorio. Entonces los gritos y las protestas llegaron a tales extremos que tuvo que acudir a socorrer a los

guardias suizos un destacamento de dragones piamonteses que los ayudaron a calmar el tumulto.

Las damas eran especialmente feroces en su lucha por conseguir sitio. A una conocida mía que estaba en el reservado de las señoras, la agarró por la cintura una matrona robusta, la alzó y la sacó de su sitio. Y otra señora (que estaba en el mismo reservado, en la fila de atrás) mejoró su puesto clavándoles un alfiler largo a las señoras que se sentaban delante de ella. Los caballeros que me rodeaban se mostraban interesadísimos por ver lo que había en la mesa. Y un inglés parecía haber dedicado toda su energía a descubrir si había mostaza. «¡Por Júpiter que hay vinagre! —le oí decirle a su amigo, después de pasarse una eternidad de puntillas aguantando pisotones y golpes por todas partes—. ¡Y aceite! Lo veo claramente, ¡en vinajeras! ¿Puede decirme algún caballero de los que están delante si hay mostaza en la mesa? Caballero, por favor, ¿puede ver si hay un tarro de mostaza en la mesa?».

Los apóstoles y Judas aparecieron en la tribuna, después de mucha expectación, y se colocaron en orden frente a la mesa, en fila, con Pedro a la cabeza. El público podía contemplarlos a sus anchas mientras los doce olían con parsimonia sus ramilletes, y Judas —moviendo los labios exageradamente— rezaba concentrado en silencio. Entonces apareció el Papa entre una muchedumbre de cardenales y demás dignatarios, ataviado con vestiduras de color escarlata y solideo de raso blanco. Alzó una jarra dorada y echó un poco de agua a Pedro en las manos, mientras un ayudante aguantaba debajo una palangana dorada; y otro, un paño fino; y un tercero, el ramillete de Pedro. Su Santidad repitió la misma operación con notable prontitud con todos los hombres de la fila (advertí que Judas se mostraba especialmente abrumado por esta condescendencia); a continuación, los trece se sentaron a cenar. El Papa bendijo la mesa. Pedro la presidía.

Había vino blanco y vino tinto; y la cena parecía excelente. Sacaron los platos ya servidos, uno para cada apóstol. Los cardenales, arrodillados, se los presentaban al Papa, que a su vez se los daba a los comensales. Es imposible describir la actitud cada vez más pusilánime y lánguida de Judas ante las vituallas, con la cabeza ladeada como si no tuviera apetito. Pedro era un anciano bueno y sensato, y estaba dispuesto a «ganar», como se dice. Comió todo lo que le dieron (siempre lo mejor, porque era el primero de la fila) sin hablar con nadie. Al parecer, los platos consistían principalmente en pescado y hortalizas. El Papa les sirvió también vino; y durante toda la cena, alguien leía algo en voz alta de un libro grande (la Biblia, supongo), que nadie podía oír ni prestaba la menor atención. Los cardenales y demás ayudantes se sonreían unos a otros de vez en cuando, como si se tratara de una gran farsa; y si así lo creían, no hay duda de que tenían toda la razón del mundo. Su Santidad cumplió con su cometido, como el hombre sensato que realiza una ceremonia pesada, y parecía muy contento cuando todo acabó.

Las «cenas de los peregrinos» eran muy interesantes. Los caballeros y las damas les servían en señal de humildad, y les secaban los pies después de que los criados se los lavaran bien. Pero entre los muchos espectáculos basados peligrosamente en prácticas externas, simples formulismos vacíos en sí mismos, ninguno me impresionó ni la mitad que la Scala Sancta o escalera santa, que vi varias veces, aunque beneficio, o perjuicio, en Viernes Santo.

Esta santa escalera consta de veintiocho escalones y dicen que perteneció a la casa de Poncio Pilatos y que es la misma que pisó nuestro Redentor al bajar del tribunal. Los peregrinos subían por ella de rodillas. Es muy empinada. Y al final, hay una capilla llena de reliquias; los fieles miran dentro por los barrotes de hierro y luego bajan por una de las dos escaleras latera-

les, que no son santas y sobre las que pueden caminar sin problema.

El Viernes Santo había unas cien personas, según un cálculo moderado, arrastrándose de rodillas escaleras arriba al mismo tiempo; mientras que quienes se proponían subir o bien ya habían bajado —más algunas que habían hecho ambas cosas pero que querían subir por segunda vez— esperaban abajo en el pórtico, donde había un anciano en una especie de garito que hacía sonar incesantemente un bote con una ranura en la parte superior, para recordarles que aceptaba dinero. Casi todos los fieles eran campesinos, hombres y mujeres. Había cuatro o cinco jesuitas también y unas cuantas mujeres elegantes. Un colegio entero de chicos, por lo menos veinte, estaban a medio camino escaleras arriba y era evidente que se lo estaban pasando en grande. Iban todos juntos, apiñados; y los demás procuraban eludirlos en la medida de lo posible, porque manifestaban cierta temeridad en el manejo de las botas.

En mi vida había visto algo tan ridículo y desagradable a la vez como ese espectáculo: ridículo por los incidentes absurdos inseparables del mismo; y desagradable por su degradación sin sentido. Había primero dos peldaños y luego un rellano bastante ancho. Los penitentes más estrictos lo cruzaban de rodillas también, lo mismo que subían las escaleras. Y nada podría describir la pinta que tenían cruzando a rastras la superficie llana. Luego, verles esperar su oportunidad en el pórtico y colarse donde hubiera un sitio junto al muro. Y ver a un hombre con paraguas (lo había llevado a propósito, pues hacía un día excelente) empinándose ilegalmente de peldaño en peldaño. Y observar a una dama recatada de unos cincuenta y cinco años volverse a mirar a cada momento para asegurarse de que tenía las piernas colocadas con propiedad.

También se daban diferencias en cuanto a la rapidez entre las distintas personas. Algunas avanzaban como si estuvieran ha-

ciendo una competición contra reloj; otras se paraban a rezar una plegaria en cada peldaño. Un hombre tocaba cada escalón con la frente y lo besaba; otro se rascaba la cabeza todo el camino. Los chicos avanzaban radiantes y subieron y bajaron antes de que la anciana hubiera conseguido subir seis peldaños. Pero casi todos los penitentes bajaban animosos y alegres como si hubieran hecho una buena obra realmente importante que requeriría muchísimo pecado para contrarrestarla; y el anciano de la alcancía acudía a ellos insistente mientras se hallaban de ese humor, os lo aseguro.

Como si subir de aquel modo no fuera por sí mismo forzosamente estrafalario, en lo alto de la escalera había una imagen en un crucifijo apoyada en una especie de enorme platillo de hierro: tan desvencijado e inestable que siempre que algún fiel entusiasta besaba la imagen con más devoción de la habitual o echaba una moneda al platillo con más ímpetu del normal (pues servía a este respecto como un segundo bote o bote suplementario) daba un gran salto y resonaba y estaba a punto de tirar la lámpara, asustando muchísimo a los demás y avergonzando lo indecible al culpable.

El Papa bendecía al pueblo desde el balcón de San Pedro el Jueves Santo, así como el domingo de Resurrección. Ese domingo de Pascua amaneció un día tan luminoso y azul, tan despejado, templado y espléndido, que borró en un instante el recuerdo del mal tiempo que había hecho antes. Yo había visto la bendición del jueves, que cayó húmeda sobre centenares de paraguas; pero entonces no había ni un destello en las cien fuentes de Roma (hay todas esas fuentes) y en cambio la mañana del domingo resplandecían todas. Las calles miserables por las que pasamos (obligados por los dragones del Papa, la policía romana en tales ocasiones) estaban tan llenas de color, que nada en ellas podía mostrar un aspecto desvaído. La gente común salía con sus vestidos más alegres; los más ricos, con sus vehículos

más elegantes; los cardenales iban a la iglesia de los pescadores pobres en sus carruajes ceremoniales; sus libreas gastadas y sus sombreros de tres picos sin brillo lucían una magnificencia raída al sol; y todos los coches de Roma se requisaron para la gran plaza de San Pedro.

¡Había por lo menos unas ciento cincuenta mil personas! Pero sobraba espacio. No sé cuántos carruajes habría; pero había espacio para ellos también, y sobraba. La escalinata estaba abarrotada de gente. Había muchos *contadini*[37] de Albano (a quienes les encanta el rojo) en aquella zona de la plaza, y la mezcla de colores de la multitud era preciosa. Los soldados se alineaban al pie de la escalinata, y parecían un arriate de flores en la inmensidad de la plaza. El murmullo de los romanos hoscos, los alegres campesinos de los alrededores, los grupos de peregrinos de remotas regiones de Italia, y los turistas extranjeros de todas las naciones resonaba en la atmósfera diáfana como el zumbido de otros tantos enjambres de insectos; y sobre todos ellos, borboteando y salpicando y formando colores irisados en la luz, manaba y caía copiosamente el agua de las dos fuentes.

Una especie de tapiz brillante colgaba delante del balcón; y los lados del ventanal estaban engalanados con colgaduras carmesíes. Habían colocado también un dosel para proteger al anciano de los ardientes rayos del sol. Al acercarse el mediodía, todas las miradas se alzaron hacia aquella ventana. A su debido tiempo, acercaron la silla a la baranda, con gigantescos abanicos de plumas de pavo real detrás. Y el muñeco sentado en ella (pues el balcón es muy alto) se levantó entonces y extendió sus diminutos brazos, mientras todos los varones de la plaza se descubrieron, y algunos se arrodillaron (aunque en modo alguno la mayoría). Los cañones de las murallas del castillo de Sant' Angelo proclamaron acto seguido que la bendición se había dado. Batieron tambores; sonaron trompetas; chocaron las armas; y el gentío de la plaza se dividió súbitamente en grupos

más pequeños y se dispersó aquí y allá en riachuelos que se agitaban como arenas multicolores.

¡Qué brillante era el mediodía, cuando nos alejamos! El Tíber ya no era amarillo, sino azul. Un tono rosáceo teñía los viejos puentes, dándoles un aspecto vigoroso y nuevo. La luz estival iluminaba los muros maltrechos del Panteón, con su majestuosa fachada, tan llena de surcos y grietas como una cara vieja. Las míseras casuchas de la Ciudad Eterna (¡cada lóbrego palacio antiguo es testigo de la inmundicia y la miseria del vecino plebeyo que lo empuja, tan seguro como que el Tiempo atenaza su cabeza patricia!) parecían renovadas con algún rayo de sol. La misma prisión de la calle atestada, un remolino de carruajes y de gente, tenía cierto aire festivo, que rezumaba de sus grietas y rendijas, y los tristes prisioneros que no podían asomarse por las ventanas tapadas, estiraban las manos y, aferrándose a los barrotes herrumbrosos, las volvían hacia las calles rebosantes, como si fueran una hoguera y pudieran compartir así su calor.

Pero cuando cayó la noche sin una sola nube que cubriera la luna llena, ¡qué espectáculo ver la gran plaza llena una vez más, y toda la iglesia, desde la cruz hasta el suelo, iluminada por innumerables faroles que perfilaban toda su arquitectura, y titilaban y brillaban en toda la columnata! ¡Y qué sensación de gozo, dicha y júbilo, cuando la gran campana dio las siete y media y una masa de fuego roja y brillante se elevó airosa de la cúpula hasta lo alto de la cruz! Esa era la señal para una explosión de luces innumerables, tan grandes, rojas y resplandecientes como ella misma en todas las partes de la gigantesca iglesia, de forma que cada cornisa, capitel y pequeño ornamento de piedra se encendió, ¡y la base sólida y negra de la inmensa cúpula pareció volverse transparente como una cáscara de huevo!

Un reguero de pólvora, una cadena eléctrica —nada podía encenderse más súbita y rápidamente que esta segunda iluminación—; y cuando nos alejamos y llegamos a una considerable

altura y miramos hacia allí dos horas después, todavía ¡seguía brillando y relumbrando como una piedra preciosa en la noche serena! No faltaba ni una sola línea de sus dimensiones; ni un solo ángulo embotado; ni un solo átomo de su radiación.

La noche siguiente (lunes de Pascua) hubo un gran espectáculo de fuegos artificiales en el castillo de Sant' Angelo. Alquilamos una habitación en una casa de enfrente y nos abrimos paso hasta nuestros sitios con tiempo, entre la apretada muchedumbre que llenaba la plaza y todas las avenidas que desembocaban en ella; y tan cargado estaba el puente por el que se va al castillo que parecía a punto de hundirse en la rápida corriente del Tíber. En el mismo hay estatuas (obras execrables) y habían colocado entre ellas grandes vasijas llenas de estopa ardiendo que brillaba de forma extraña en las caras de la multitud, y no menos extrañamente en las imitaciones de piedra que había sobre ellas.

El espectáculo empezó con una tremenda descarga de cañón; y luego, durante veinte o treinta minutos, todo el castillo fue una capa continua de fuego y un laberinto de ruedas resplandecientes de todos los colores, tamaños y velocidad, mientras los cohetes corrían hacia el cielo, no de uno en uno ni de dos en dos o de veinte en veinte, sino centenares todos a la vez. La explosión final (la *Girandola*), fue algo así como si toda la mole del castillo saltara por los aires sin humo ni polvo.

La numerosísima concurrencia se dispersó en media hora; la luna contemplaba su imagen arrugada en el río; y unos cuantos hombres y niños con cabos de vela encendidos en la mano (que buscaban aquí y allá cualquier objeto de valor que pudiera haberse caído en el agolpamiento) tenían todo el lugar para ellos solos.

Fuimos a las ruinas de la antigua Roma a despedirnos del Coliseo, para variar después de tanto fuego y estruendo. Yo lo

había visto antes a la luz de la luna (no podía pasar un día sin volver), pero su tremenda soledad aquella noche es inenarrable. Las columnas fantasmales del Foro, los arcos triunfales de los antiguos emperadores, las enormes masas de ruinas que fueran en tiempos sus palacios, los montículos cubiertos de hierba que señalan las tumbas de los templos derruidos, las piedras de la vía Sacra, gastadas por las pisadas de los antiguos romanos; incluso estas estaban empañadas, en su melancolía trascendente, por el oscuro fantasma de sus fiestas sangrientas, erguido y lúgubre, rondando el antiguo escenario; saqueado por el pillaje de los papas y las luchas de los príncipes, pero no destruido; retorciendo las manos de maleza y hierbas y zarzas; ¡y lamentando hasta la noche en cada hueco y cada arco quebrado la sombra de su atroz ser, inmutable!

Cuando nos echamos en la hierba de la Campagna al día siguiente, camino a Florencia, para oír el canto de las alondras, vimos que habían colocado una pequeña cruz de madera en el lugar en que habían asesinado a la pobre «condesa Peregrina». Así que amontonamos algunas piedras sueltas a su alrededor, como el principio de un túmulo en su memoria, preguntándonos si alguna vez descansaríamos allí de nuevo y nos volveríamos a contemplar Roma.

Un diorama rápido

¡Vamos rumbo a Nápoles! Cruzamos el umbral de la Ciudad Eterna en la puerta de San Giovanni Laterano, en que los dos últimos objetos que atraen la atención del viajero que parte y los dos primeros objetos que atraen la atención del que llega son una iglesia imponente y unas ruinas: perfectos emblemas de Roma.

Nuestro camino se extiende sobre la Campagna romana, que parece más solemne un día claro y luminoso como este que bajo un cielo más oscuro. La gran extensión de ruinas es más evidente, y el sol atraviesa los arcos de los acueductos rotos, mostrando otros arcos rotos que resplandecen a través de ellos en la melancólica lejanía. Cuando la atravesamos y nos volvemos a mirar atrás en Albano, su superficie oscura y ondulada se extiende ante nosotros como un lago de aguas estancadas, o como un ancho Leteo que rodeara Roma aislándola del mundo. ¡Cuántas veces cruzaron las legiones en marcha triunfal ese yermo púrpura, tan silencioso y desplomado ahora! ¡Cuántas veces contemplaron los cautivos acongojados la ciudad lejana y vieron a sus gentes salir en tropel a aclamar el regreso de su conquistador! ¡Cuántos crímenes, cuánta disipación y lascivia agitaron los inmensos palacios que hoy son montones de escombros de ladrillos y mármol! ¡Qué resplandor de fuegos y clamor de tumulto popular, lamentos, pestilencia y hambruna barrieron la agreste llanura donde sestean ahora los lagartos solitarios al sol y sólo se oye el rumor del viento!

Ya ha pasado la caravana de carretas cargadas de vino que va a Roma, cada una conducida por un campesino harapiento recostado bajo un toldo de piel de oveja como los de los gitanos, y seguimos laboriosamente hasta una región más alta y arbolada. Llegamos a la llanura Pontina al día siguiente, pantanosa, solitaria y cubierta de maleza; pero la carretera que la cruza es excelente, sombreada por una alameda larguísima. De vez en cuando pasábamos un cuartel solitario; y vemos aquí y allá una casucha abandonada y tapiada. Algunos pastores holgazanean junto a la carretera en las orillas del riachuelo, en el que aparece de vez en cuando un barco de fondo plano remolcado por un hombre que se mece en él tranquilamente. También pasa algún que otro jinete con una escopeta atravesada en la silla delante de él, seguido de perros feroces; pero todo lo demás es quietud, y sólo se mueven el viento y las sombras, hasta que divisamos Terracina.

¡Qué azul y brillante el mar que se agita bajo las ventanas de la posada famosa en las historias de bandidos! ¡Qué pintorescos los riscos y las puntas rocosas que sobresalen sobre la estrecha carretera de mañana, donde trabajan los galeotes en las canteras, y los centinelas que los custodian se repantingan a la orilla del mar! El murmullo del mar bajo las estrellas se oye toda la noche; y, por la mañana, justo al rayar el día, el panorama se ensancha de pronto milagrosamente, y aparecen Nápoles y sus islas —en la lejanía, al otro lado del mar— y el Vesubio arrojando fuego. Al cuarto de hora, todo ha desaparecido en las nubes como una visión, y ya sólo se ven el mar y el cielo.

Cruzamos la frontera napolitana tras dos horas de viaje; conseguimos apaciguar a duras penas a los soldados y los agentes de aduanas más ávidos y entramos por un portal sin puerta en la primera ciudad napolitana: Fondi. Tomad nota de Fondi, en nombre de todo lo deleznable y mísero.

Un inmundo canal de fango y desperdicios serpentea por el centro de las míseras calles, alimentado por regatos repugnantes que salen de las míseras viviendas. No hay en todo Fondi puerta, ventana o postigo, tejado, muro, poste o pilar que no esté en ruinas, desvencijado o podrido. La desgraciada historia de la ciudad, con los asedios y saqueos de Barbarroja[38] y los demás, podría haberse llevado a cabo el año pasado. Uno de los mayores enigmas del mundo es que los perros famélicos que vagan por las calles miserables sigan vivos y que la gente no los devore.

¡Son gente ceñuda y de mejillas hundidas! Todos mendigos; pero eso no es nada. Fijaos en ellos cuando se acercan. Algunos son demasiado indolentes para bajar las escaleras, o tal vez sea que recelan juiciosamente y no se atreven a aventurarse por ellas; así que se limitan a tender las manos huesudas por las ventanas dando alaridos; otros acuden en tropel, peleándose, empujándose y pidiendo sin cesar limosna por amor de Dios, limosna por amor de la santísima Virgen, por amor de todos los santos. Un grupo de pobres niños casi desnudos que vociferan lo mismo descubren su reflejo en el barnizado del coche y se ponen a bailar y a hacer muecas para disfrutar viendo sus payasadas repetidas en ese espejo. Un tonto tullido se fija de pronto en su réplica enfadada en el panel cuando intenta pegar a uno de ellos que ahoga su clamorosa petición, y se interrumpe, saca la lengua y empieza a mover la cabeza y a parlotear. El alarido que provoca eso despierta a media docena de criaturas salvajes envueltas en capas pardas harapientas que están en la escalinata de la iglesia con ollas y pucheros para vender. Se levantan, se acercan y claman con actitud desafiante:

—Tengo hambre. Dame algo. Escúchame, señor, ¡tengo hambre!

Una mujer cadavérica aparece entonces corriendo renqueante calle abajo como si temiera llegar tarde, tendiendo una

mano y rascándose continuamente con la otra mientras grita mucho antes de que puedan oírla:

—¡Limosna, limosna! ¡Si me das una limosna iré a rezar por ti ahora mismo, hermosa señora!

Por último, pasan apresuradamente los miembros de una cofradía que da sepultura a los difuntos: llevan máscaras horrendas y túnicas negras raídas, descoloridas en los bajos por las salpicaduras de muchos inviernos; les acompañan un sacerdote sucio y otro parecido que lleva la cruz. Salimos de Fondi rodeados de tan variopinta concurrencia, y seguidos por miradas feroces en la oscuridad de cada vivienda destartalada cual relumbrantes fragmentos de su putrefacción e inmundicia.

Un noble paso de montaña con las ruinas de una fortaleza en un promontorio llamado popularmente de Fra Diavolo[39]; la antigua ciudad de Itri, que parece un ingenio de pasta, construida casi en perpendicular sobre una colina y a la que se llega por empinados tramos de escaleras; la hermosa Mola di Gaeta, cuyos vinos sin duda han degenerado, como los de Albano, desde los tiempos de Horacio a no ser que él mismo tuviera mal gusto para el vino, algo improbable en alguien que lo disfrutaba tanto y que lo ensalzó tan bien otra noche en la carretera de Santa Águeda; un descanso al día siguiente en Capua, pintoresca aunque no tan seductora para el viajero ahora como solían considerar la antigua ciudad de ese nombre los soldados de la Roma pretoriana; una carretera llana entre vides festoneadas y atadas de un árbol a otro; y al fin, el monte Vesubio al alcance de la mano, con el cono y la cumbre cubiertos de nieve y el humo cerniéndose sobre él como un nubarrón en la atmósfera cargada del día. Entramos en Nápoles traqueteando colina abajo.

Un entierro sube por la calle hacia nosotros. Llevan al difunto en un ataúd abierto sobre una especie de palanquín cubierto

con un paño de vivos colores carmesí y dorado. Los acompañantes llevan máscaras y túnicas blancas. No sólo la muerte, sino también la vida está bien representada en las calles, pues parecía que todo Nápoles hubiera salido de casa y corriera de un lado a otro en carruajes. Algunos de ellos, los vehículos de alquiler corrientes, son coches tirados por caballos de tres en fondo, engalanados con jaeces elegantes y gran abundancia de ornamentos de latón, y van siempre muy rápidos. Y no es que su carga sea ligera, pues el más pequeño lleva por lo menos seis personas dentro, cuatro delante, otras cuatro o cinco detrás y dos o tres en una red o bolsa debajo del eje, donde van medio asfixiados por el barro y el polvo. Titiriteros, cantantes bufos con guitarras, recitadores, cuentistas, una serie de espectáculos baratos con payasos y artistas, tambores y trompetas, paños pintados que representan las maravillas del interior y multitudes asombradas congregadas fuera contribuyen al ajetreo y el bullicio. Los *lazzaroni*[40] andrajosos duermen en portales, soportales y casetas; la gente bien va y viene en carruajes por la Chiaja a toda prisa, con trajes vistosos, o pasea en los jardines públicos. Y los escritores de cartas esperan a sus clientes tranquilamente sentados tras sus mesitas y sus escribanías en el pórtico del gran teatro de San Carlo, en la vía pública.

He ahí a un galeote encadenado que quiere que le escriban una carta para un amigo. Se acerca a un individuo con aire de escribiente, sentado bajo el arco de la esquina, y cierra el trato. Ha obtenido permiso del guardia que lo custodia y que le espera a escasa distancia apoyado en un muro cascando nueces. El galeote dicta la carta al oído del escritor, lo que desea decir; y como no puede leer lo que el hombre escribe, lo mira de hito en hito para leer en su cara si anota fielmente lo que le dice. Al poco rato, el galeote empieza a divagar, dice incoherencias. El secretario hace una pausa y se frota la barbilla. El galeote es locuaz y enérgico. El amanuense capta por fin la idea y escribe

con el aire de quien sabe cómo expresarla, parándose de vez en cuando a contemplar lo escrito con admiración. El galeote guarda silencio. El soldado casca sus nueces imperturbable. ¿Algo más?, pregunta el amanuense. No. Escucha entonces, amigo mío. Lo lee de un tirón. El galeote está entusiasmado. El escritor dobla la carta, pone la dirección, y se la entrega. Él le paga lo acordado. El secretario se retrepa en la silla con indolencia. Y toma un libro. El galeote recoge una bolsa vacía. El centinela tira un puñado de cáscaras de nuez, se echa el mosquete al hombro y allá se van los dos juntos.

¿Por qué se golpean la barbilla continuamente los mendigos cuando los miras? En Nápoles, todo es pantomima, y esa es la seña habitual para indicar hambre. Un hombre que discute con otro, pone la palma de la mano derecha sobre el dorso de la izquierda y mueve ambos pulgares —que expresa orejas de burro — mientras su adversario se desespera. Dos personas regatean el precio del pescado. El comprador vacía un imaginario bolsillo del chaleco al oír el precio y se aleja sin decir palabra, pues ya ha indicado claramente al vendedor que le parece excesivo. Se encuentran dos personas que van en carruaje: una se toca los labios dos o tres veces, alzando los cinco dedos de la mano derecha y corta el aire con la palma en horizontal. El otro asiente enérgicamente. Le ha invitado a un ágape amistoso a las cinco y media, y asistirá sin falta.

Mover el índice de la mano derecha de un modo determinado expresa una negativa en toda Italia: la única que entenderán siempre los mendigos. Pero en Nápoles esos cinco dedos son un lenguaje riquísimo.

Veréis todo eso y demás bullicio y animación al aire libre: tomar macarrones al atardecer, vender flores todo el santo día, pedir y robar en todas partes y a todas horas en el litoral, donde las olas de la bahía centellean alegremente. Pero, amantes y buscadores de lo pintoresco, no olvidemos deliberadamente la

mísera depravación, el envilecimiento y la desdicha inseparables de la alegre vida napolitana. No está bien considerar tan repulsivo Saint Giles y tan atractiva la Porta Capuana. ¿Acaso un par de piernas desnudas y un pañuelo rojo andrajoso marcan la diferencia entre lo interesante y lo burdo y odioso? Pintad y cantad eternamente vosotros si queréis las bellezas de este hermosísimo y precioso rincón del mundo, dejándonos el deber de tratar de asociar un nuevo pintoresquismo con un vago reconocimiento del destino y aptitudes humanos; más esperanzadores, creo yo, entre el hielo y la nieve del Polo Norte que en el sol y el encanto de Nápoles.

Capri —que hiciera odiosa en tiempos la bestia divinizada de Tiberio—, Ischia, Procida y las mil bellezas lejanas de la bahía se extienden en el mar azul, cambiando con la bruma y el sol veinte veces al día: ora al alcance de la mano, ora lejísimos, ora invisibles. La región más hermosa del mundo se extiende a nuestro alrededor. Las maravillas se suceden tanto si nos volvemos hacia la costa misena del espléndido anfiteatro marino y vamos por la gruta de Posilipo a la gruta del Cane y a Baiae, como si tomamos la otra dirección hacia el Vesubio y Sorrento. En la última dirección citada, donde se ven sobre puertas y arcadas numerosas imágenes de san Gennaro con la mano tendida para aplacar la furia del volcán ardiente, viajamos muy cómodos en tren por la preciosa playa marina, pasada la Torre del Greco, construida sobre las cenizas de la población anterior destruida por una erupción del Vesubio hace casi un siglo; y pasadas las casas de tejado plano, los graneros y las fábricas de macarrones, hasta Castel a Mare, con su castillo ruinoso, ocupado hoy por los pescadores, que se alza en el mar sobre un montón de rocas. Aquí termina el trayecto del ferrocarril; pero podemos seguir nuestro recorrido por una sucesión ininterrumpida de preciosas bahías y un paisaje bellísimo que desciende desde la cumbre más alta de Sant' Angelo, la montaña

más alta del entorno, hasta la orilla del mar —entre viñedos, olivares, huertos de naranjos y limoneros, masas rocosas, desfiladeros verdes en las colinas— y al pie de los altos cubiertos de nieve, y por pueblecitos con hermosas mujeres de cabello negro a la puerta de las casas y preciosas villas de verano, hasta Sorrento, cuyo entorno inspiró al poeta Tasso. Al regresar podemos subir a los altos que dominan Castel a Mare y, mirando entre ramas y follaje, contemplar el mar nítido que brilla al sol; y los grupos de casas blancas en el lejano Nápoles, minúsculas en el inmenso panorama. El regreso a la ciudad, de nuevo por la playa, al atardecer —el mar resplandeciente a un lado y la montaña oscura al otro, con su humo y su fuego— es el broche perfecto de tan espléndido día.

La iglesia que hay junto a la puerta Capuana —cerca del antiguo mercado de pescadores, en el barrio sucio del sucio Nápoles, donde empezó la revuelta de Masaniello[41]— es célebre por haber sido escenario de una de sus primeras proclamas al pueblo, y especialmente notable por ninguna otra cosa, a no ser por su santo enjoyado y céreo en una urna, con las manos separadas; o el enorme número de mendigos que se tocan continuamente el mentón cual batería de castañuelas. La catedral, con su bellísima puerta, y las columnas de granito africano y egipcio que adornaran en tiempos el templo de Apolo, donde se guarda la bendita sangre de san Gennaro o Januarius, que se conserva en dos ampollas en un tabernáculo de plata, y que se licua milagrosamente tres veces al año, para gran asombro de la gente. En el mismo momento, la piedra donde martirizaron al santo (a varias millas de distancia) se enrojece ligeramente. Y cuentan que, a veces, también los sacerdotes oficiantes enrojecen un poco cuando se produce el milagro.

Los viejísimos ancianos que viven en casuchas a la entrada de estas antiguas catacumbas y que, a su avanzada edad y con su debilidad, parecen esperar aquí para enterrarse solos, perte-

necen a una curiosa institución llamada Hospital Real, y son los asistentes oficiales en los entierros. Dos de esos espectros viejísimos salen tambaleantes con velas encendidas para enseñar las cavernas de la muerte, tan indiferentes como si fueran inmortales. Se emplearon como lugar de enterramiento durante tres siglos; y, en una parte, hay un gran foso de calaveras y huesos, que dicen que son los tristes restos mortales de una gran mortandad que ocasionó la peste. Todo lo demás es polvo. Consisten principalmente en amplísimas galerías y laberintos excavados en la roca. La luz del sol llega fugazmente al final de algunas galerías y resulta tan fantasmagórica y extraña entre las antorchas, el polvo y las bóvedas oscuras, como si también estuviera muerta y enterrada.

El cementerio actual se halla en una colina entre la ciudad y el Vesubio. En el camposanto antiguo, con sus trescientas sesenta y cinco fosas, sólo entierran a quienes mueren en prisiones y hospitales y no son reclamados por sus amigos. El cementerio nuevo queda a escasa distancia del viejo; aún no está acabado, pero ya cuenta con muchas sepulturas entre arbustos, flores y espaciosas columnatas. Podría objetarse en cualquier otro lugar, con razón, que algunas sepulturas son demasiado llamativas y extravagantes; pero el resplandor general parece justificarlo aquí; y el monte Vesubio, separado de ellas por una preciosa loma, realza y entristece el panorama.

Si ya era lúgubre contemplarlo desde esta nueva Ciudad de los Muertos, con el humo oscuro que se cierne en el cielo azul, ¡cuánto más espantoso e impresionante resulta visto desde las fantasmales ruinas de Herculano y Pompeya!

Si os situáis al fondo de la plaza del mercado de Pompeya y miráis hacia las calles silenciosas a través de los templos derruidos de Júpiter y de Isis, sobre las casas rotas con sus recónditos santuarios abiertos al día, hacia el monte Vesubio, que relumbra a lo lejos cubierto de nieve, dejáis toda noción de tiempo y

los cuidados de todo lo demás, con la extraña y melancólica sensación de ver a destruido y destructor formando este silencioso panorama al sol. Entonces vagáis y veis a cada vuelta los detalles de las moradas y de la actividad cotidiana; el roce de la soga del cubo en el brocal de piedra del pozo seco; la huella de ruedas de carros en el pavimento de la calle; las marcas de las vasijas en el mostrador de piedra de las vinaterías; las ánforas de las bodegas privadas almacenadas hace tantos siglos e intactas hasta ahora; todo lo cual, hace que el absoluto aislamiento y el desamparo del lugar sean diez mil veces más impresionantes que si el volcán en su furia hubiera barrido la ciudad de la faz de la tierra y la hubiese hundido en el fondo del mar.

Después de verse sacudida por el terremoto que precedió a la erupción, emplearon a operarios para que tallaran en piedra nuevos ornamentos para los templos y demás edificios afectados. He ahí su obra, junto a la puerta de la ciudad, como si fueran a regresar mañana.

En el sótano de la casa de Diomedes encontraron unos esqueletos abrazados junto a la puerta, la huella de sus cuerpos sobre las cenizas, endurecidos con las mismas y estampados y plasmados allí una vez reducidos por la lava a los puros huesos. Asimismo, en el teatro de Herculano, una máscara cómica que arrastró el río de lava cuando aún estaba caliente y líquida, dejó sus rasgos grabados en la misma cuando se endureció sobre la piedra; y ahora, clava en el extraño la mirada fantástica que clavaba en el público de aquel mismo teatro hace dos mil años.

Junto al asombro de recorrer las calles arriba y abajo, entrar y salir de las casas, cruzar las cámaras secretas de los templos de una religión que ha desaparecido de la faz de la tierra, y encontrar tantas huellas frescas de la remota antigüedad —como si el curso del tiempo se hubiera detenido tras esta desolación y ya no hubiera habido noches y días, meses, años y siglos desde entonces—, no hay nada más impresionante y terrible que los

muchos ejemplos del carácter riguroso de la lava como indicador de su fuerza irresistible y de la imposibilidad de huir de ellas. En las bodegas se abrieron paso hasta el interior de las tinas de barro, desplazando el vino y taponándolas hasta el borde. Las bocas, los ojos y los cráneos de todos los esqueletos quedaron anegados por esa lluvia terrible. En Herculano, donde la avalancha fue diferente y más fuerte, llegó como un mar. Imaginad una inundación de agua convertida en mármol en su punto álgido, y eso es lo que aquí se llama «la lava».

Algunos operarios excavaban el lúgubre pozo en cuyo borde estamos ahora nosotros mirando hacia abajo, cuando llegaron a las gradas de piedra del teatro —peldaños, pues es lo que parecen al fondo de la excavación— y descubrieron la ciudad enterrada de Herculano. Al bajar ahora con antorchas encendidas, nos llenan de perplejidad los grandes muros de gigantesco grosor que se alzan entre las gradas, cerrando el escenario, obstruyendo sus formas informes en lugares absurdos, distorsionándolo todo y convirtiéndolo en un sueño disparatado. Al principio, no podemos creerlo ni hacernos idea de que esto inundara y anegara la ciudad; y que todo lo que no está aquí haya sido recortado por el hacha como piedra maciza. Pero en cuanto nos damos cuenta y lo entendemos, la opresión y el espanto de su presencia resultan indescriptibles.

Muchas pinturas que hay en los muros de las cámaras sin techo de ambas ciudades, así como las que han trasladado cuidadosamente al museo de Nápoles, son tan frescas y luminosas como si las hubieran ejecutado ayer mismo. Hay bodegones, con viandas, caza, botellas, vasos y demás; historias clásicas familiares o fábulas mitológicas, siempre expresadas de forma convincente y clara; representaciones de cupidos, discutiendo o consagrados a diversos oficios y actividades deportivas; ensayos teatrales; poetas que leen sus obras a los amigos; inscripciones en los muros; proclamas y sátiras políticas, toscos dibujos

de escolares; todo para poblar y restaurar las antiguas ciudades en la fantasía del asombrado visitante. También veréis toda clase de mobiliario: lámparas, mesas, divanes; vasijas para comer, beber y cocinar; herramientas de trabajo, instrumentos quirúrgicos, pases de teatro, monedas, adornos personales, manojos de llaves que se encontraron en los puños de los esqueletos, yelmos de guardias y guerreros; campanillas caseras, que conservan la musicalidad de sus antiguos tonos familiares.

El más insignificante de esos objetos contribuye a aumentar el interés del Vesubio, dotándolo de una fascinación absoluta. Examinar desde cualquiera de las dos ciudades el entorno cubierto de ricos viñedos y de árboles frondosos y recordar que bajo las raíces de todos los cultivos silenciosos yacen aún casas y más casas, templos y más templos, edificios y calles que esperan que los descubran, resulta tan prodigioso, está tan cargado de misterio y cautiva de tal modo la imaginación, que se diría que es insuperable y superior a todo lo demás. Excepto al Vesubio; porque el monte es el genio de la escena. De cada huella de la ruina que ha dejado miramos de nuevo con arrobado interés hacia donde se alza su humo en el cielo. Queda fuera de nuestro alcance cuando nos abrimos paso por las calles en ruinas; sobre nosotros, cuando subimos a los muros derruidos; lo seguimos entre cada vista de las columnas rotas, cuando pasamos por los patios vacíos de las casas; y entre las guirnaldas y entrelazamientos de las vides exuberantes. Al dar la vuelta hacia Paestum para ver las imponentes estructuras construidas siglos antes de Cristo las menos antiguas, y que siguen en pie con solitaria majestad sobre la llanura yerma asolada por el paludismo, vemos desaparecer del panorama el Vesubio, y lo esperamos de nuevo al volver con el mismo interés estremecido, como la pesadumbre y el destino de toda esta bella región que espera su terrible momento.

Hace mucho calor al sol este día de principios de primavera que regresamos de Paestum, pero mucho frío a la sombra: tanto que, aunque al mediodía comemos muy a gusto al aire libre junto a la puerta de Pompeya, el arroyuelo vecino nos proporciona hielo para el vino. Pero el sol brilla luminoso; no se ve ni una nube ni una gota de vapor en el cielo azul sobre la bahía de Nápoles, y esta noche habrá luna llena. No importa que la nieve y el hielo sean gruesos en la cumbre del Vesubio, ni que hayamos estado caminando todo el día en Pompeya, ni que los agoreros afirmen que los extraños no deben estar en la montaña de noche en tan insólita estación. Aprovechemos el espléndido tiempo; disfrutemos al máximo de nuestro viaje a Resina, el pueblecito que hay al pie de la montaña; preparémonos lo mejor posible con tan breve tiempo en la casa del guía; subamos enseguida y veremos el crepúsculo a mitad de camino, la luz de la luna en lo alto y volveremos a media noche.

A las cuatro de la tarde hay un revuelo espantoso en el patio de las cuadras del signore Salvatore, el conocido guía jefe que lleva una cinta dorada en el gorro; y los treinta guías ayudantes discuten vociferando todos a la vez mientras ensillan media docena de caballos y preparan tres literas y cayados resistentes para el viaje. Cada uno de los treinta riñe con los otros veintinueve y asusta a los seis caballos; y toda la gente del pueblo que puede se mete en el pequeño patio; y todos participan en el alboroto y son pisoteados por el ganado.

Tras la violenta discusión y más alboroto del que bastaría para el asalto a Nápoles, el cortejo parte. Abre la marcha el jefe de los guías, a quien pagan liberalmente todos los participantes y que cabalga a cierta distancia del grupo. Los otros treinta guías van a pie: ocho, delante con las literas que habrá que emplear al poco rato; y los otros veintidós detrás.

Ascendemos poco a poco por los senderos empedrados como amplios tramos de toscas escaleras durante un rato. Al fin

dejamos atrás esos senderos y los viñedos que se extienden a ambos lados y salimos a una región yerma y sombría, donde la lava se extiende confusamente en enormes masas pardas: como si la tierra hubiera sido abierta por rayos. Y ahora hacemos un alto para contemplar la puesta de sol. Quien haya presenciado el cambio que se produce en la región sombría y en toda la montaña cuando se apaga su luz rojiza, cae la noche, y la solemnidad y la tristeza que imperan, jamás podrá olvidarlo.

Seguimos un rato por el terreno quebrado y al fin llegamos al pie del cono (que es muy empinado y parece alzarse casi en perpendicular desde el lugar en que desmontamos). Ya es de noche. Sólo vemos la luz que se refleja en la gruesa capa de nieve dura y blanca que cubre el cono. El frío es muy intenso; y el aire, cortante. Los guías no se han molestado en traer antorchas porque saben que la luna saldrá antes de que lleguemos arriba. Dos literas son para las dos damas; la tercera, para un caballero bastante corpulento de Nápoles, cuya afabilidad y bondad le habían hecho unirse a la excursión y decidirse a rendir también los honores a la montaña. Quince guías transportan al caballero bastante corpulento en su litera; y seis, cada una de las literas de las señoras. Los que vamos a pie, empleamos a fondo los cayados; y así, todo el grupo inicia el laborioso ascenso sobre la nieve, como si de alcanzar la cima de un pastel de reyes se tratara.

Subimos laboriosamente durante mucho rato. Y el guía jefe mira de forma extraña a su alrededor cuando alguien del grupo (que no es italiano, pero sí asiduo a la montaña hace muchos años y a quien llamaremos a nuestros efectos actuales míster Pickle de Portici) indica que el descenso será difícil porque está helando y el camino de lava está cubierto de nieve y de hielo. Pero nos distraemos al ver inclinarse las literas arriba y abajo y bambolearse, porque los porteadores resbalan y se caen continuamente; y sobre todo al ver en ese momento toda la longitud

del caballero bastante corpulento de forma alarmante en escorzo, con la cabeza hacia abajo.

La luna sale al poco rato y eleva los ánimos decaídos de los porteadores. Siguen adelante con gallardía, animándose unos a otros con su lema habitual: «¡Valor, amigo! ¡Hay que comer *maccaroni*!».

La luna, que teñía la capa de nieve sobre nosotros con una franja de luz y la derramaba a raudales por el valle abajo mientras nosotros ascendíamos a oscuras, ilumina ahora toda la blanca ladera de la montaña y el ancho mar allá abajo, la diminuta Nápoles a lo lejos y los pueblos de la región circundante. Todo el panorama está bañado por la luz de la luna cuando llegamos a la plataforma de la cima, la región del fuego: un cráter apagado formado por grandes masas de tobas gigantescas, como bloques de piedra de una catarata enorme calcinada; de todas las grietas y hendiduras sale humo caliente y sulfuroso, mientras de otra colina en forma cónica, el cráter actual, que se alza abruptamente de esta plataforma al final surgen grandes cortinas de fuego que inflaman y enrojecen la noche y la ennegrecen con humo y la salpican de ceniza y piedras candentes, que suben por el aire como plumas y caen como plomo. ¡Qué palabras pueden describir la melancolía y la grandeza de semejante escena!

El terreno quebrado, el humo, la sensación de asfixia provocada por el sulfuro, el miedo a precipitarnos al abismo por las grietas, las continuas paradas cuando alguien se extravía en la oscuridad (porque la densa capa de humo cubre la luna ahora), el insoportable alboroto de los treinta y el bronco rugido de la montaña la convierten al mismo tiempo en una escena tan turbadora que nos tambaleamos de nuevo. Pero arrastrando a las damas por él y por otro cráter apagado hasta el pie del volcán actual, nos acercamos más, nos sentamos al pie del mismo, al abrigo del viento, entre las cenizas calientes, y alzamos la vista

en silencio calculando vagamente la acción que tiene lugar en su interior por el hecho de que es cien pies más alto en este momento que hace seis semanas.

Hay algo en el fuego y en el rugido que provoca un deseo irresistible de acercarse más. Y dos del grupo no aguantamos mucho rato sentados y empezamos a subir a gatas al borde del cráter llameante para intentar mirar dentro. Nos acompaña el jefe de los guías, mientras los treinta nos gritan al unísono que es peligroso y que regresemos, dando un susto de muerte a los demás.

No es extraño que nos sintamos aturdidos e irracionales como si estuviéramos ebrios con sus gritos y con el temblor de la fina corteza del suelo que parece a punto de abrirse bajo nuestros pies y precipitarnos en el ardiente abismo (que es el verdadero peligro, si es que hay alguno), y con el destello del fuego en la cara y la lluvia de cenizas candentes y el humo y el sulfuro asfixiantes. Pero nos las arreglamos para llegar hasta el borde y mirar un instante al interior, al infierno de fuego hirviente de abajo. Luego, caemos los tres rodando, tiznados, chamuscados, quemados, abrasados y atolondrados: todos con la ropa ardiendo en varios sitios.

Habéis leído mil veces que la forma habitual de bajar es deslizarse sobre las cenizas, formando con los pies un repecho cada vez más grueso que impide un descenso demasiado rápido. Pero cuando volvemos a cruzar los dos cráteres apagados y llegamos de nuevo a ese lugar cortado a pico, no vemos vestigio de cenizas (tal como había pronosticado míster Prickle). La superficie es una capa de hielo lisa.

Ante semejante dilema, unos diez o doce guías se agarran cautelosamente de la mano formando una cadena humana para ir abriendo con los bastones un sendero lo mejor que pueden; nos disponemos a seguirlo. La pendiente es muy peligrosa y

nadie (ni siquiera uno de los treinta) puede aguantar los pies juntos más de seis pasos, por lo que bajan a las damas de las literas sujetándolas con cuidado uno de cada lado, mientras que los guías restantes les agarran de las faldas para impedir que caigan de bruces —precaución necesaria, encaminada al inmediato e irremediable deterioro de su atavío—. Piden al caballero bastante corpulento que baje de la litera también para escoltarlo del mismo modo; pero él decide que han de bajarlo tal como lo subieron, basándose en que sus quince porteadores no se caerán todos a la vez y que va más seguro así que confiando en sus propias piernas.

Iniciamos el descenso de la siguiente manera: a veces caminando, a veces arrastrándonos sobre el hielo y avanzando siempre mucho más despacio y cuidadosamente que en la subida, y preocupados continuamente por la posibilidad de que se caiga alguno de los de atrás, poniendo en peligro el descenso de todo el grupo, y se aferre pertinazmente a los tobillos de alguien. Además, es imposible que la litera vaya delante, porque hay que ir abriendo el camino, y resulta sumamente arriesgado y aterrador verla detrás sobre nosotros, con uno u otro porteador siempre en el suelo y el caballero bastante corpulento con las piernas siempre en el aire. Seguimos así un trecho cortísimo, laboriosa y angustiosamente pero contentos y considerándolo un gran éxito —ya hemos caído todos varias veces y nos hemos parado todos de una forma u otra mientras nos deslizábamos— cuando míster Pickle de Portici, que iba comentando estas insólitas circunstancias tan ajenas a su experiencia, tropieza, cae, se suelta de los que van a su lado con rápida presencia de ánimo, se desploma en picado con la cabeza por delante, ¡y baja dando vueltas y vueltas toda la superficie del cono!

Aunque resulta escalofriante mirar sin poder ayudarle, lo veo a la luz de la luna —he tenido ese sueño muchas veces— pasar rozando la superficie del hielo blanco como una bala de

cañón. Y casi en el mismo instante, oímos un grito atrás; y un hombre que transportaba un cesto ligero con capas de repuesto a la cabeza, pasa rodando a la misma velocidad vertiginosa, seguido de cerca por un muchacho. Y en ese punto culminante del capítulo de accidentes, los restantes veintiocho vociferan de tal forma que una manada de lobos sonaría a música celestial.

Encontramos a Pickle de Portici cubierto de un montón de harapos, aturdido y ensangrentado cuando llegamos a donde habíamos desmontado y donde nos esperan los caballos; pero, gracias a Dios, de una pieza. Y no es probable que nos alegre nunca más ver a un hombre vivo y sobre sus pies de lo que nos alegró verle a él entonces, quitándole importancia, a pesar de las magulladuras y el dolor. Llevan al chico a la ermita de la montaña mientras cenamos, con la cabeza inmovilizada. Y pocas horas después tenemos noticias del hombre. También él está todo magullado y contusionado, pero no se ha roto ningún hueso. Por suerte, la nieve cubre las rocas y las piedras más grandes haciéndolas inofensivas.

Tras una comida reconfortante y un buen descanso junto al fuego, montamos de nuevo y proseguimos el descenso hasta la casa de Salvatore; muy despacio, pues nuestro amigo magullado casi no se aguanta en la montura ni soporta el dolor del movimiento. Aunque es noche avanzada o casi de madrugada, toda la gente del pueblo está esperando en el patio del establo, mirando hacia el camino por el que llegamos. Nuestra aparición es recibida con un gran vocerío y un entusiasmo que no sabemos cómo explicar hasta que, al entrar en el patio vemos que uno de los caballeros franceses que estuvieron en la montaña al mismo tiempo que nosotros está sobre un montón de paja en el establo, con una pierna rota, completamente desencajado y aquejado de fuertes dolores; y que todos esperaban que nos hubiera pasado algo todavía peor.

Así que «feliz regreso y alabado sea Dios», como dice con toda su alma el jovial *vetturino* que nos ha acompañado desde Pisa. ¡Y que nos lleva con sus caballos ya dispuestos rumbo a la dormida Nápoles!

Despierta de nuevo a los polichinelas y carteristas, cantantes bufos y mendigos, harapos, títeres, flores, luminosidad, inmundicia y degradación universal; oreando al sol su traje de arlequín al día siguiente y todos los días; cantando, pasando hambre, bailando, jugando en la costa y dejando todo el trabajo a la montaña ardiente, que está siempre ocupada.

Nuestros diletantes ingleses tratarían con patetismo el tema del gusto nacional si oyeran una ópera italiana la mitad de mal interpretada en Inglaterra de lo que oímos nosotros esta noche *Foscari*[42] en el espléndido teatro de San Carlo. Pero en cuanto a la pasmosa veracidad y el espíritu con que capta y encarna la vida real que lo rodea, el pequeño teatro de San Carlino —el local destartalado de una planta, con un retrato llamativo fuera: entre tambores y trompetas, los acróbatas y la prestidigitadora — no tiene rival en ningún sitio.

Hay una característica extraordinaria en la vida real de Nápoles a la que debemos echar un vistazo antes de marcharnos: las loterías.

Predominan en casi todas las ciudades de Italia, pero aquí son especialmente evidentes por sus efectos e influencias. Hay sorteo todos los sábados. Aportan cuantiosísimos ingresos al gobierno; e inculcan a los pobres más pobres la afición al juego, que resulta muy satisfactoria para las arcas del Estado y sumamente ruinosa para ellos mismos. La apuesta más pequeña es un grano, menos de un cuarto de penique. Colocan en una caja cien números (del uno al cien, ambos incluidos). Sacan cinco. Esos son los premiados. Yo compro tres números. Si sale uno de ellos, ganaré un pequeño premio. Si salen dos, varios cientos

de veces lo que he apostado. Si salen los tres, tres mil quinientas veces la apuesta. Yo apuesto (o juego, como dicen ellos) lo que pueda a mis números, y compro los números que quiera. La cantidad que juegue la pago en el despacho donde compro el boleto; y dicha cantidad se especifica en el mismo.

En todos los despachos de lotería tienen un libro en el que figuran todas las circunstancias y casualidades posibles, con su número correspondiente. Por ejemplo, tomemos dos carlinas —unos siete peniques—. De camino al despacho de lotería tropezamos con un hombre negro. Cuando llegamos, decimos muy serios: «El Adivinador». Nos dan el registro muy serios, como algo importante. Buscamos hombre negro. Tal número. «Deme ese». Buscamos a continuación «tropezar con una persona en la calle». «Deme ese». Miramos el nombre de la calle. «Deme ese». Ya tenemos los tres números.

Si se hundiera el tejado del teatro de San Carlo, apostarían tantas personas al número adjudicado a tal accidente en el Adivinador que el gobierno cerraría pronto las apuestas sobre esos números, rehusando correr el riesgo de perder más en ellos. Es algo que ha ocurrido a veces. No hace mucho tiempo, hubo un incendio en el palacio real y la demanda de los números correspondientes a incendio, rey y palacio fue tal que se prohibió hacer más apuestas sobre los números adjudicados a los mismos en el registro. La gente ignorante supone que todo accidente o suceso es una revelación para el espectador o la parte interesada en relación con la lotería. Algunas personas que tienen sueños premonitorios están muy solicitadas; y hay algunos sacerdotes que se ven favorecidos continuamente con visiones de los números afortunados.

Una vez me contaron la historia de un caballo que se desbocó y derribó al jinete en la esquina de una calle. El hombre murió. Y otro individuo persiguió al caballo desbocado a tan increíble velocidad que llegó a la esquina nada más producirse el

accidente. Se hincó de rodillas junto al desventurado jinete derribado, le apretó la mano con expresión de dolor desesperado y le dijo: «Si estás vivo, dime una sola palabra. ¡Si te queda un solo aliento de vida, menciona tu edad, por amor de Dios, para que pueda jugar a ese número en la lotería!».

Son las cuatro en punto de la tarde y podemos ir a ver el sorteo de la lotería. La ceremonia tiene lugar todos los sábados en el Tribunale o Juzgado: esa sala o galería singular, que huele a tierra, tan mohosa como un antiguo sótano y tan húmeda con una mazmorra. En el extremo superior hay una tribuna con una gran mesa en forma de herradura, a la que se sientan el presidente y el consejo (todos jueces). El hombre que hay en el banquillo detrás del presidente es el Capo Lazzarone, algo así como el tribuno de la plebe, nombrado para que verifique que todo se desarrolla limpiamente; le acompañan algunos amigos personales. Es un individuo moreno y harapiento, con una maraña de cabello largo sobre la cara y cubierto de pies a cabeza de auténtica mugre. La sala está llena de napolitanos normales y corrientes. Y entre ellos y la tribuna, guardando los peldaños que llevan a la última, hay un grupo de soldados.

Se produce cierta demora en la llegada del número de jueces necesario, durante la cual, la urna en la que están metiendo los números es objeto de grandísimo interés. El muchacho que va a sacar los números premiados se convierte en el protagonista de la ceremonia en cuanto llenan la urna. Ya está ataviado para desempeñar su cometido, con un guardapolvo ceñido de lino que sólo tiene una manga (la izquierda), que le deja el brazo derecho al descubierto para poder meterlo en la misteriosa urna.

Un quedo murmullo impera en la sala, y todos clavan los ojos en el joven agente de la fortuna. El público empieza a preguntar su edad, con vistas al siguiente sorteo; y el número de hermanos y hermanas que tiene; y la edad de su padre y de su madre; y si tiene lunares y granos; y dónde y cuántos. La llega-

da del penúltimo juez (un anciano menudo, a quien todos temen porque tiene el don de echar mal de ojo) provoca una ligera distracción, y la hubiera provocado mayor de no haber sido inmediatamente depuesto como foco de interés por el sacerdote oficiante que se dirige muy serio hacia su sitio, seguido por un niño muy sucio que porta sus vestiduras religiosas y una vasija de agua bendita.

Aquí llega al fin el último juez, y se sienta a la mesa en forma de herradura en su sitio correspondiente.

Se oye un murmullo de agitación incontenible. En medio del cual, el sacerdote mete la cabeza en las vestiduras religiosas y se las coloca sobre los hombros. A continuación, reza una plegaria en silencio; mete una escobilla en el agua bendita y rocía con ella la urna y al muchacho, dándoles una bendición conjunta, que reciben en la mesa la urna y el muchacho. El muchacho sigue en la mesa mientras un ayudante lleva la urna por delante de la tribuna, alzándola y agitándola vigorosamente al mismo tiempo, y que parece decir como el mago: «Damas y caballeros, nada por aquí, nada por allá. No aparten la vista de mí, por favor».

Por último, coloca la urna delante del muchacho, que alza primero el brazo desnudo con la mano abierta y luego lo introduce en el agujero de la urna (es como las de votaciones): saca un número y lo enrolla bien, como un caramelo. Se lo entrega así al juez que se sienta a su lado; este lo desenrolla un poco y se lo pasa al presidente, junto al que se sienta. El presidente lo abre my despacio. El Capo Lazzarone lo mira afanosamente y grita con voz agudísima: *«Sessantadue!»* (sesenta y dos), expresándolo al mismo tiempo con los dedos. ¡Ay!, el Capo Lazzarone no ha jugado ese número. Revuelve los ojos como un loco, con una cara larguísima.

Pero el número que ha salido es uno de los favoritos y es muy bien acogido, algo que no siempre ocurre. Se repite el mismo ceremonial con todos los números, omitiendo sólo la bendición. La misma vale para toda la tabla de multiplicar. El único incidente nuevo de todo el procedimiento es la intensidad gradualmente creciente del cambio que se opera en el Capo Lazzarone, que sin duda ha jugado muy por encima de sus posibilidades y que, cuando ve el último número y comprueba que no es ninguno de los suyos, une las manos y alza los ojos a lo alto antes de gritarlo, como si amonestara acongojado en silencio a su santo patrón por haber cometido tan flagrante abuso de confianza. Espero que el Capo Lazzarone no lo abandone por algún otro miembro del santoral, aunque parece amenazar con hacerlo.

Nadie sabe dónde estarán los ganadores. Desde luego aquí no; la desilusión general hace que uno se apiade de la pobre gente. Nos quedamos a un lado observándolos cuando pasan por el patio al salir, y parecen tan desdichados como los presos de la cárcel (que forma parte del edificio) que los miran entre los barrotes; o como los fragmentos de cabezas humanas que todavía cuelgan encadenados fuera, en memoria de los buenos tiempos pasados en que colgaron allí a sus propietarios para edificación general.

Lejos de Nápoles en un amanecer espléndido, por la carretera hacia Capua y luego en un viaje de tres días siguiendo carreteras secundarias, para poder ver, de paso, el monasterio de Monte Cassino, que se alza en la empinada y elevada colina sobre el pueblo de San Germano y se pierde entre las nubes de la mañana brumosa.

Tanto mejor, pues el sonido profundo de su campana resuena misteriosamente en el aire quieto cuando subimos por el sendero sinuoso hacia el convento en mulas, y sólo se ve la bruma grisácea, que avanza solemne y lentamente como un cortejo

fúnebre. He ahí al fin ante nosotros la oscura mole del edificio: sus muros y torres grises apenas se distinguen, pese a estar tan cerca y ser tan inmensos; y la densa niebla fría y húmeda que sale de sus claustros.

Dos sombras oscuras pasean de un lado a otro en el patio, cerca de las estatuas del santo patrón y de su hermana; un cuervo salta detrás, entrando y saliendo de las antiguas arcadas y responde a la campana con graznidos, pronunciando a veces en el más puro toscano. ¡Cómo se parece a un jesuita! Jamás hubo individuo taimado y furtivo tan confianzudo como ese cuervo, plantado ahora a la puerta del refectorio con la cabeza ladeada, simulando mirar hacia otro lado mientras examina detenidamente a los visitantes y escucha con atención. ¡Qué torpe parece el hermano portero en comparación!

—Habla como nosotros —dice el portero—, con la misma claridad.

Con la misma claridad, portero. Nada podría ser más expresivo que su recibimiento a los campesinos que cruzan la puerta con cestos y bultos. Tiene un movimiento de ojos y una risilla gutural que lo facultarían para ser elegido prior de la Orden de los Cuervos. Lo sabe todo al respecto.

—Muy bien —dice—. Sabemos lo que sabemos. Vamos, buena gente. Encantado de veros.

¿Cómo pudieron construir este edificio impresionante en semejante emplazamiento, realizar la ingente labor de transportar la piedra, el hierro y el mármol a semejante altura? «¡Cuá!», dice el cuervo, dando la bienvenida a los campesinos. ¿Cómo habrá surgido de las ruinas tras haber sido despojado por el saqueo, el fuego y el terremoto y han vuelto a hacerlo tal como lo vemos ahora, con su iglesia tan suntuosa y espléndida? «¡Cuá!», dice el cuervo, dando la bienvenida a los campesinos. Esta gente tiene un aspecto miserable y es (como de costumbre) de una

ignorancia supina, y todos piden mientras los monjes cantan en la capilla. «¡Cuá! —dice el cuervo—. ¡Cucú!».

Así que lo dejamos riéndose y revolviendo los ojos en la verja del convento, y bajamos de nuevo lentamente entre la nube. Cuando salimos finalmente de ella, divisamos el pueblo abajo a lo lejos y la fértil llanura cruzada por riachuelos; la vista resulta agradable y reconfortante tras la oscuridad y la bruma del monasterio; sin ofender al cuervo ni a los benditos frailes.

Allá vamos de nuevo, por carreteras embarradas y pueblos destrozados, sin una sola ventana intacta en todas las casas, ni una prenda íntegra entre todos los campesinos ni el menor atisbo de algo comestible en ninguno de los míseros tenderetes. Las mujeres visten corpiño rojo atado delante y detrás, falda blanca y el mismo tocado napolitano de pliegues rígidos de lino que usaban antiguamente para colocar las cargas. Los hombres y los niños visten lo que pueden conseguir. Los soldados son tan sucios y rapaces como los perros. Las posadas son tan terroríficas que resultan infinitamente más atractivas y divertidas que los mejores hoteles de París. Hay una cerca de Valmontone (es decir, Valmontone, la ciudad amurallada del monte de enfrente), a la que se llega por un lodazal que cubre casi hasta la rodilla. Abajo hay una columnata desierta y un patio oscuro lleno de establos y pajares vacíos, y una cocina enorme con un escaño y un banco enormes, en los que se apiña un grupo de viajeros, con dos sacerdotes entre ellos, en torno a la lumbre, donde se hace su comida. Arriba hay una galería de ladrillo rústica para sentarse, con ventanucos de paños de cristal nudoso muy pequeños; y todas las puertas que dan a la misma (una docena o así) se han salido de los goznes, y la mesa es un tablero sobre caballetes, en la que podrían comer fácilmente treinta personas; una chimenea lo bastante amplia para el comedor, donde la leña arde y crepita, iluminando las caras más feas y adustas, dibujadas con carboncillo a los lados de la chimenea

encalada por viajeros anteriores. Hay una lámpara rústica sobre la mesa y al lado espera, rascándose el tupido cabello negro continuamente, una enana cetrina que se aguanta de puntillas para colocar los cuchillos, y toma impulso para dar un salto y mirar la jarra de agua. Las camas de las habitaciones contiguas son de lo más alegre. No hay ni un pedacito solitario de espejo en toda la casa, y el equipo de aseo es idéntico a los utensilios de cocinar. Pero la enana cetrina pone sobre la mesa un buen jarro de vino excelente, de litro y cuarto por lo menos; y, entre otra media docena de platos, sirve dos tercios de cabrito asado, caliente y humeante. Es tan jovial como sucia, además, lo cual es decir mucho. Así que brindemos a su salud con el vino, y por la prosperidad del establecimiento.

Llegamos a Roma y la dejamos atrás, y con ella a los peregrinos, que regresan a sus hogares —todos con su cayado y su venera[43], y pidiendo limosna por amor de Dios—, y llegamos por una región hermosa a la cascada de Terni, donde las aguas del río Velino se precipitan desde un alto rocoso, entre arco iris y espuma resplandecientes. Perusa, fortificada por la naturaleza y por el arte, situada en un promontorio que se alza abruptamente en la llanura, donde las montañas de color púrpura se funden con el cielo lejano, resplandece el día del mercado con los colores más radiantes. Realzan admirablemente sus edificios góticos sombríos y espléndidos. Los productos del campo están esparcidos en el pavimento de la plaza. En toda la empinada colina que va desde la ciudad, bajo la muralla, hay una bulliciosa feria de terneros, corderos, cerdos, caballos, mulas y bueyes. Pollos y gallinas, gansos y pavos revolotean entre sus pezuñas; y compradores, vendedores y espectadores se apiñan por todas partes y bloquean la carretera cuando nos acercamos gritando a ellos.

Se oye de pronto un repiqueteo entre nuestros caballos. El conductor los para. Se hunde en la silla alzando los ojos al cielo

y profiere este apóstrofe: «¡Oh, Júpiter omnipotente! ¡Un caballo ha perdido la herradura!».

Pese a la atrocidad del accidente y el gesto y la mirada absolutamente desesperados con que se nos comunica (algo de lo que sólo es capaz un *vetturino* italiano), un herrero mortal lo repara sin tardanza, y con su ayuda llegamos a Castiglione la misma noche y al día siguiente a Arezzo. Están celebrando misa en su espléndida catedral, por supuesto, y el sol entra por las vidrieras y brilla entre las columnas: iluminando y ocultando a la vez a las figuras arrodilladas en el suelo y proyectando franjas de luz moteada en las largas naves.

Pero ¡cuánta belleza de otra clase aparece cuando contemplamos Florencia desde una colina una espléndida mañana clara! Se extiende a nuestros pies en un valle iluminado por el sol, brillante con el Arno sinuoso y rodeada de colinas onduladas. Sus cúpulas, sus torres y palacios se alzan en el fértil paraje en un montón rutilante que brilla al sol como el oro.

Las calles de la bella Florencia son de una perfección austera y sombría; y las moles de los edificios antiguos proyectan tal cúmulo de sombras sobre el suelo y en el río, que siempre existe otra ciudad diferente de fantasías y formas espléndidas tendida a nuestros pies. Palacios prodigiosos, construidos para la defensa, con pequeñas ventanas recelosas enrejadas y muros de gran grosor formados por enormes masas de piedra sin pulir, miran ceñudos todas las calles con su antigua dignidad huraña. En el centro de la ciudad —en la piazza del Gran Duque, adornada con bellas estatuas y la fuente de Neptuno— se alza el palazzo Vecchio, con sus enormes murallas almenadas voladizas, y la gran torre que domina toda la ciudad. Y en su patio —digno del castillo de Otranto por su abrumadora tristeza— hay una escalera enorme que podrían haber subido el carro más pesado y el tiro de caballos más corpulentos. Hay en el mismo un gran salón, descolorido y marchito en sus decorados majestuo-

sos, que se está cayendo a pedazos, pero que aún registra en los cuadros de las paredes los triunfos de los Medici y las guerras del antiguo pueblo florentino. La prisión queda al lado, en un patio contiguo al edificio; un lugar inmundo y deprimente donde están encerrados algunos hombres en celdas tan pequeñas como hornos; y donde otros miran entre los barrotes y mendigan; algunos juegan a las damas, y otros conversan con sus amigos que fuman, mientras tanto, para purificar el aire; y algunos compran fruta y vino a las vendedoras ambulantes; y todos están sucios y escuálidos, y tienen un pésimo aspecto.

—Son bastante felices, signore —dice el carcelero—. Los que han cometido delitos de sangre están todos aquí —añade, indicando con la mano tres cuartas partes del edificio.

Antes de que pase la hora, un anciano octogenario que está discutiendo por una bagatela con una joven de diecisiete, la mata a puñaladas en la plaza del mercado llena de flores brillantes; y lo ingresan en la cárcel, para aumentar el número.

El Ponte Vecchio es el más encantador de los cuatro puentes antiguos que cruzan el río —el que está lleno de joyerías y talleres de orfebres—. Han dejado en el centro el espacio de una casa, y aparece al fondo la vista como si estuviera enmarcada; y esa preciosa visión del cielo y el agua y los espléndidos edificios brillando en el tropel de tejados y hastiales en el puente es bellísima. La galería del Gran Duque cruza el río sobre ella. La construyeron para unir los dos grandes palacios mediante un pasadizo secreto; y sigue su cauteloso curso entre las calles y las casas con verdadero despotismo: yendo donde se le antoja y eliminando todos los obstáculos a su paso.

El gran duque tiene un pasaje secreto más digno por las calles, con su túnica y su capuchón negro, como miembro de la Compañía de la Misericordia, a la que pertenecen individuos de todas clases. Su cometido consiste en recoger a la víctima de

cualquier accidente y trasladarla con ternura al hospital. Si se produce un incendio, una de sus funciones es acudir al lugar y prestar ayuda y protección. También se cuenta entre sus actividades más corrientes asistir y consolar a los enfermos; y nunca reciben dinero, ni comida ni bebida, en ninguna de las casas que visitan con ese fin. El tañido de la gran campana de la torre convoca a los que estén de guardia inmediatamente. Y cuentan que han visto al gran duque levantarse de la mesa al oír la campana para acudir a su llamada de inmediato.

Hay esa otra piazza grande, donde se celebra una especie de mercado irregular, y los pertrechos de hierro viejo y otras mercancías expuestos en tenderetes o esparcidos por el suelo se agrupan junto a la catedral, con su gran cúpula y el baptisterio de puertas de bronce labrado. Y aquí, en un pequeño espacio cuadrado del pavimento, está «la piedra de Dante», donde (según cuenta la historia) solía traer él su taburete y sentarse absorto. Me pregunto si alguna vez, durante su amargo exilio, se abstendría de maldecir las mismas piedras de las calles de la ingrata Florencia por algún buen recuerdo de este antiguo lugar de meditación y su asociación con tiernos pensamientos sobre Beatriz.

Atraen nuestros lentos pasos al recorrer la ciudad. A la capilla de los Medici, los ángeles buenos y los ángeles malos de Florencia; la iglesia de la Santa Cruz, donde está enterrado Miguel Ángel y donde cada piedra de los claustros habla con elocuencia sobre la muerte de grandes hombres; numerosas iglesias, a veces moles de grueso enladrillado sin terminar por fuera pero solemnes y serenas en el interior.

En armonía con las tumbas entre los claustros está el Museo de Historia Natural, famoso en todo el mundo por sus réplicas en cera; empezando con los modelos de hojas, semillas, plantas y animales inferiores, y ascendiendo gradualmente mediante diferentes órganos del cuerpo humano hasta la estructura com-

pleta de esa creación prodigiosa, tan delicadamente presentados como si acabaran de morir. Pocas advertencias de nuestra frágil mortalidad pueden ser más solemnes y más tristes, o dar tan directamente en el corazón como la imitación de la Juventud y la Belleza que reposan en sus lechos en su último sueño.

Más allá de las murallas, se extiende ante nosotros todo el fértil valle del Arno, el convento de Fiesole, la Torre de Galileo, la casa de Boccaccio, antiguas quintas y refugios; innumerables lugares de interés, resplandecientes en un paisaje de belleza sin par, impregnados de la luz más intensa. Qué solemnes y grandiosas las calles de nuevo al volver de tanto esplendor, con sus grandes palacios oscuros y lúgubres y sus muchas leyendas: no sólo de asedio, guerra, poder y mano férrea, sino también del crecimiento triunfal y pacífico de las artes y las ciencias.

¡Qué luz se derrama sobre el mundo desde estos resistentes palacios de Florencia! Aquí, abiertos a todos, en sus bellos y tranquilos retiros, los antiguos escultores son inmortales, junto a Miguel Ángel, Canova, Tiziano, Rembrandt, Rafael, poetas, historiadores, filósofos; esos hombres ilustres de la historia, junto a quienes sus testas coronadas y sus guerreros armados resultan tan insignificantes y pasan tan rápidamente al olvido. Aquí prevalece el aspecto imperecedero de la magnanimidad plácida y equitativa cuando se derriban los bastiones de asalto y de defensa; cuando la tiranía de los muchos o de los pocos o de unos y otros es sólo un cuento; cuando el Orgullo y el Poder son tanto polvo enclaustrado. El fuego sigue ardiendo con fuerza en las calles austeras y entre las torres y los palacios imponentes, atizado por rayos celestiales cuando la vacilante llama de la guerra se extingue y los fuegos del hogar de generaciones se consumen; y miles y miles de rostros rígidos por la lucha y la pasión del momento, han desaparecido de las antiguas plazas y de los lugares públicos, mientras la dama florenti-

na anónima, guardada del olvido por la mano del pintor, sigue viviendo con gracia y juventud imperecederas.

Volvámonos a contemplar Florencia mientras podamos, y cuando su cúpula brillante ya no se vea, sigamos viajando con su luminoso recuerdo por la alegre Toscana; pues Italia será la más bella para el recuerdo. Se acerca el verano, y Génova, Milán y el lago Como quedan ya muy lejos, y descansamos en Faido, un pueblo suizo, cerca de las rocas y montañas imponentes, las nieves perpetuas y las cataratas estruendosas del gran San Gotardo, oyendo la lengua italiana por última vez en este viaje. Despidámonos afectuosamente de Italia, con todos sus errores y sus miserias, en nuestra admiración por las bellezas naturales y artificiales que la llenan a rebosar y nuestra ternura hacia un pueblo bienintencionado, paciente y afable por naturaleza. Los años de abandono, opresión y desgobierno se han confabulado para cambiar su carácter y debilitar su ánimo; las envidias miserables, fomentadas por príncipes mezquinos para quienes la unión era la destrucción y la división la fuerza, han sido un cáncer en su raíz de nacionalidad y barbarizaron su idioma; pero lo bueno que han tenido siempre sigue en ellos todavía, y un pueblo noble puede alzarse un día de esas cenizas. ¡Abriguemos esa esperanza! ¡Y no recordemos Italia con menos consideración, porque cada fragmento de sus templos caídos y cada piedra de sus palacios y prisiones desiertos contribuye a inculcar la lección de que la rueda del Tiempo gira con un fin y que el mundo es mejor, más agradable, más indulgente y más alentador en todo lo esencial mientras gira!

CHARLES DICKENS nació en Portsmouth (Inglaterra) en 1812, aunque pasó la mayor parte de su infancia en Londres y Kent.

No empieza a acudir al colegio hasta los nueve años. Tras el encarcelamiento de su padre por el impago de deudas, su familia se traslada a la cárcel, ya que la legislación de la época permitía que los familiares compartieran la celda del moroso. El joven Dickens se ve obligado entonces a trabajar como operario en una factoría de betún para zapatos bajo duras condiciones laborales. Con el dinero que ganaba pagaba su propio hospedaje y ayudaba a su familia. Tras una formación prácticamente autodidacta, consiguió un puesto como secretario de un abogado en 1827, y poco después se convirtió en cronista parlamentario. Gracias a este oficio pudo publicar en 1833 su pri-

mera obra, *Esbozos*, bajo el seudónimo de Boz. En esta línea continuó publicando, hasta que su obra *Los papeles póstumos del Club Pickwick* lo convirtió en un autor aclamado mundialmente. Que la mayoría de su obra fuera publicada en entregas periódicas le daría gran popularidad e influencia entre el público inglés. Viajó por Europa y Estados Unidos, donde era muy conocido, aunque tras la crítica que realiza del Nuevo Mundo en su novela *Martin Chuzzlewit*, se ve rechazado por la sociedad norteamericana. Entre sus obras más célebres se encuentran *Oliver Twist*, *Canción de Navidad* y, sobre todo, *David Copperfield*, del que vendería en poco tiempo más de 100.000 ejemplares y que resume de modo magistral sus penurias infantiles.

En el ámbito personal disfrutó de un fecundo matrimonio que le aportó diez hijos pero que finalmente se vio perturbado por las relaciones extramatrimoniales que Dickens mantenía con una actriz de teatro. Hombre enérgico y comprometido, compaginó su extensa labor literaria con otros campos de la cultura tales como la dramaturgia y la edición (fue fundador del semanario *Household Words*, donde publicaría por entregas dos de sus obras más conocidas, *Casa desolada* y *Tiempos difíciles*). Administró diversas asociaciones caritativas y luchó por conseguir reformas sociales que favorecieran a las clases obreras, así como por la abolición de la esclavitud en Estados Unidos. Murió en Gads Hill Place (Higham, Kent), su casa de campo, el 9 de junio de 1870, tras sufrir una apoplejía. Fue incinerado, y sus restos reposan en la Esquina de los Poetas de la Abadía de Westminster.

Notas

[1] Nicolás Patricio Esteban Wiseman (Sevilla 1802-Londres 1865), cardenal y escritor, autor de la novela *Fabiola* (1855), que se tradujo a muchos idiomas y le dio gran popularidad. Entre sus escritos figura también *Lectures on the Offices and Ceremonies of Holy Week*, a que sin duda alude el autor. *[Esta nota, como las siguientes, si no se indica lo contrario, es de la traductora]*. <<

[2] María Tussaud (Berna 1760-Londres 1850), célebre modeladora de figuras de cera que expuso primero en París y luego en Londres, donde fundó un museo. <<

[3] Oliver Goldsmith (1730-1774) describe en *El vicario de Wakefield* a la familia del vicario, el doctor Primrose. <<

[4] Cola di Rienzo (1313-1354), político italiano, asesinado por orden de los nobles, en cuya vida se han inspirado escritores, músicos y artistas. <<

[5] Calabozos. <<

[6] Samuel Pepys (1633-1703), *Diarios*, 9 de agosto de 1663. <<

[7] El ejército austriaco sitió la ciudad de Génova durante sesenta días en 1800, por haberse parapetado allí con sus hombres el general francés André Masséna. Durante el asedio, el hambre y las enfermedades causaron una gran mortandad entre la población. <<

[8] Louis Simond, *A Tour in Italy and Sicily*, Londres, 1828. <<

[9] Caballero de una orden de caballería. <<

[10] Sir Hudson Lowe (1769-1844), general inglés, nombrado gobernador de Santa Elena al desterrar allí a Napoleón. <<

[11] Cochero. <<

[12] Ópera de Vincenzo Bellini (1801-1835). <<

[13] En *Macbeth* (acto IV, escena i), la tercera aparición que conjuran las brujas dice que Macbeth no ha de temer nada si el gran bosque de Birnam no se mueve y sube a luchar con él, haciéndole creerse invulnerable. Claro que luego el bosque «se mueve». <<

[14] Iván Estepánovich Mazeppa (1644-1709), atamán de los cosacos ucranianos desde 1687. Su historia inspiró a escritores, músicos y pintores. Byron escribió su poema *Mazeppa* en 1819. <<

[15] Protagonista de la farsa de James Kenney *Raising the Wind*. <<

[16] En la abadía de Westminster se ha establecido un trato más liberal y justo al público, después de haberse escrito lo anterior. *[N. del A.]*. <<

[17] «Toda la carne es hierba […] Ciertamente, hierba es el pueblo». Isaías, 40, 6 y 7. <<

[18] Laura (llamada *Parisina*), segunda esposa de Nicolás III de la casa de Este, decapitada en 1425 por el delito de adulterio con su hijastro Hugo, que siguió la misma suerte. <<

[19] Byron, «Parisina», 1816. <<

[20] Personaje de *El mercader de Venecia*, un judío rico usurero. <<

[21] Esposa de Otelo en *Otelo, el moro de Venecia*. <<

[22] «¡Ay, cómo enseña a brillar a las antorchas!», exclama Romeo al ver a Julieta (acto I, escena v). <<

[23] *Romeo y Julieta* (acto I, escena i). <<

[24] Novela de Eugène Sue publicada en 1842-1843, que tuvo mucho éxito. <<

[25] *Romeo y Julieta* (acto III, escena iii). <<

[26] Se refiere a una vara llena de plomo que algunos solían llevar consigo para defenderse. <<

[27] El boticario de *Romeo y Julieta* (acto V, escena i), «macilento, enflaquecido por la penuria…». <<

[28] Pintor inglés (1723-1792), cofundador y primer presidente de la Real Academia (1768). Expuso sus teorías artísticas en sus discursos. <<

[29] De *El vicario de Wakefield*, cap. 12. <<

[30] Personaje de *La fierecilla domada*, (acto IV, escena i). <<

[31] Alude el autor al segundo viaje de Simbad el marino, *Mil y una noches*, noche 320. <<

[32] Del compositor Vincenzo Bellini (1802-1835). <<

[33] «El día de Guy Fawkes», que se celebra en Inglaterra con hogueras, fuegos artificiales y desfiles de bufos, por la fallida Conspiración de la pólvora (5 de noviembre de 1605), en que Guy Fawkes y otros se proponían volar el Parlamento con el rey y su familia. <<

[34] Según la mitología, río del infierno, cuyas aguas tenían que beber las almas para olvidar el pasado. «Río del olvido». <<

[35] Se refiere a un célebre enano que el espectáculo de Barnum exhibió por Inglaterra en 1844 y 1857. <<

[36] *Macbeth*, acto V, escena i. <<

[37] Campesinos. <<

[38] Federico I (1123-1190), rey de Germania desde 1152. <<

[39] Miguel Pezza, famoso bandido (Itri 1771-Nápoles 1806). Perdonado y nombrado coronel del ejército real tras haber lu-

chado con Fernando IV de Nápoles contra los franceses (1799). Derrotado, capturado y ajusticiado por estos en 1806. <<

[40] Plural de *lazzarone*, lázaro, mendigo. Los *lazzaroni* participaron en la insurrección de 1647 contra España al mando de Masaniello. (Véase nota 41). <<

[41] Tommasso Aniello (1620-1647), dirigió la sublevación popular de Nápoles (1647) contra los tributos impuestos por el virrey español. <<

[42] *Los dos Foscari*, Byron, 1821. <<

[43] Concha de vieira, que solían llevar cosida a la ropa los peregrinos de Santiago. <<

ÍNDICE

Estampas de Italia	2
Nota al texto	5
Pasaporte del lector	6
Paso por Francia	9
Lyon, el Ródano y la tarasca de Aviñón	19
De Aviñón a Génova	31
Génova y su entorno	38
A Parma, Módena y Bolonia	75
Bolonia y Ferrara	86
Un sueño italiano	93
Por Verona, Mantua y Milán hasta Suiza, cruzando el paso del Simplón	103
A Roma, por Pisa y Siena	122
Roma	138
Un diorama rápido	192
Sobre el autor	223
Notas	225